

# CULTURA 71

MINISTERIO DE EDUCACION/EL SALVADOR

net  
e



# CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION DE EL SALVADOR

## No. 71

ENERO-DICIEMBRE/1981



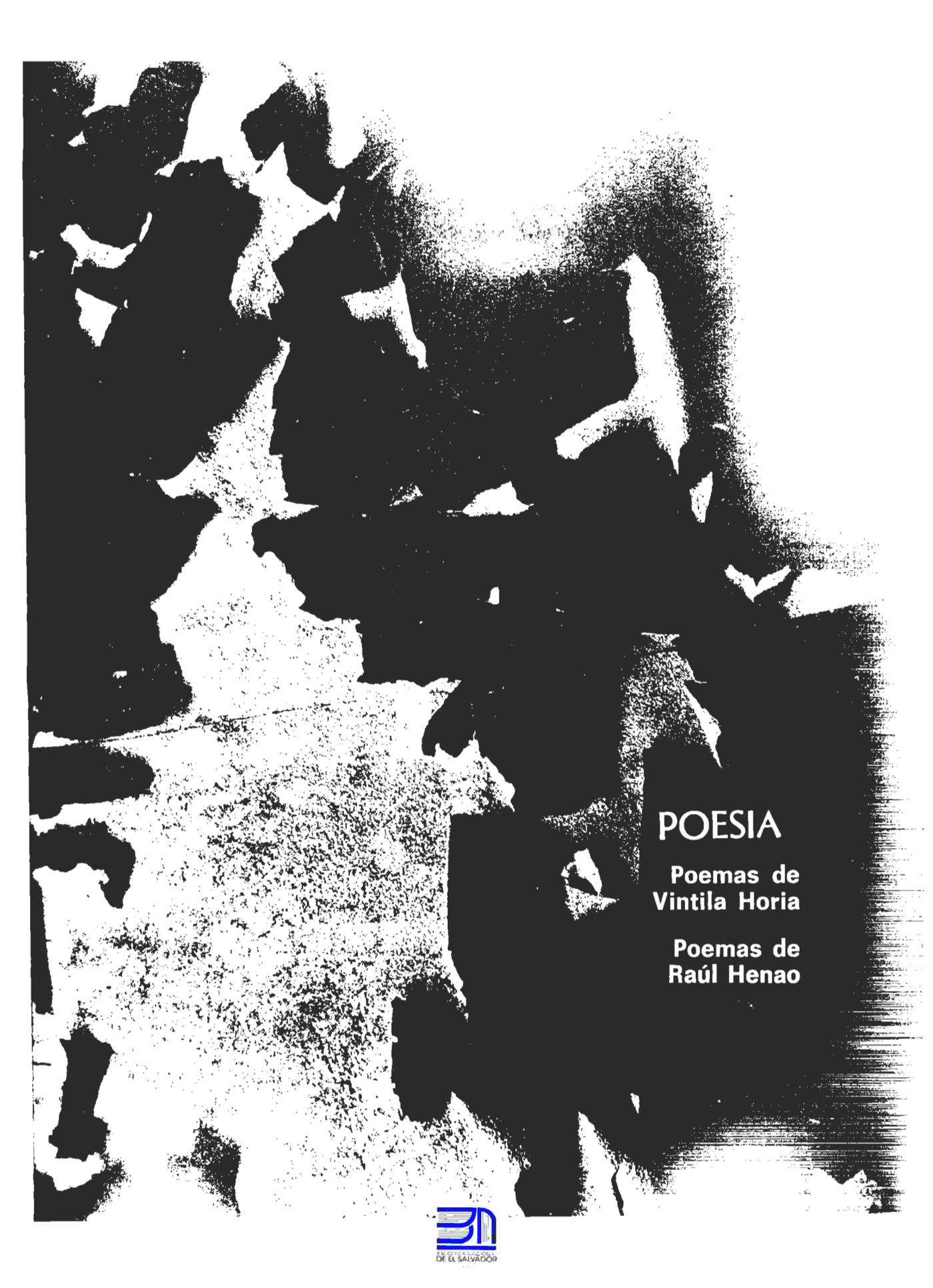
MINISTERIO DE EDUCACION  
DIRECCION DE PUBLICACIONES  
San Salvador, El Salvador, Centro América.



**CULTURA**  
REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION  
DE EL SALVADOR

Director  
**David Escobar Galindo**

Toda colaboración es solicitada e inédita. Cuando se reproduce un trabajo en la Revista se indica su procedencia.



**POESIA**

**Poemas de  
Vintila Horia**

**Poemas de  
Raúl Henao**



**Portada e Ilustraciones:**  
**Fotografías realizadas por alumnos de la Escuela  
de Artes Aplicadas de la Universidad  
"Dr. JOSE MATIAS DELGADO"**

Impreso en la  
**DIRECCION DE PUBLICACIONES**  
Pasaje Contreras 145, San Salvador  
El Salvador, Centro América.



**VINTILA HORIA**

Notable novelista, pensador y poeta rumano, ganador del Premio Goncourt con su novela "Dios ha Nacido en el Exilio". Su fama es universal. Vive en España.

**RAUL HENAO**

Joven poeta colombiano, de viva imaginación. Es evidente su vena surrealista. Publica en diversas revistas del Continente.

VINTILA HORIA

*INCERTIDUMBRE*

*Así, pues,  
si conociera mi forma de arraigo  
en el venir de las edades,  
si un atisbo tuviera del arribo,  
no importa cuándo o dónde,  
no pudiera medir mi propia fluencia  
en la corriente de los años.  
Sería un golpe ciego  
sobre los tiempos,  
sobre los espacios,  
como el viaje a la luna:  
partir-llegar en una sola pista.*

*Si conociera, en cambio,  
los detalles del viaje,  
sin arraigo previsto.  
Como Ulises sin playas  
de retorno  
condenado a los círculos del conocimiento.*

*Puede decirse, entonces, que los hombres  
son semejantes a los átomos  
y que la física  
—aparentemente material—  
es, en la sima última,  
una psicología de lo alto.*

## *JULIETA A ROMEO*

*Oyes al ruiñeñor  
pero no sabes lo que dice.  
Después de todo,  
su canto no es para nosotros.  
El cuenta cosas de sí mismo a nadie.  
Y nosotros también.*

*Pero nosotros nos decimos  
lo que puede llegar a ser  
en palabra del Ser.  
Yo he hecho de ti un hombre,  
tú has hecho una mujer de mí,  
igual que copas inocentes y vacías  
vertidas una en otra,  
llenas así de pronto  
con la muerte y la vida.*

(Versiones del francés, sobre originales publicados en la revista internacional CORRESPONDANCES, por Carmen Eugenia Argüello y David Escobar Galindo).

**RAUL HENAO**

## *Iluminaciones*

*Al comienzo el arlequín  
a cuadros de un moribundo  
rayo de sol*

*La tarde gris  
y lluviosa  
Me alcanzaba su paraguas  
abierto sobre un valle  
de lirios*

*¿Qué fuego secreto  
a cuyo alrededor  
parecía bailar  
la caja de fósforos  
de mis pensamientos  
se propagaba  
por la plaza de armas?*

*Mirando la cola  
de un pavo real  
resbalé sobre el quicio  
loco del universo.*

## *El Regocijo*

*Viento, viento agrio,  
viento a gritos,  
murmullo de voces  
en el recodo solitario  
de la montaña.*

*Y ¿Cuál es mi nombre,  
Quién me llama,  
Qué extraño responde?*

*Solo definitivamente.  
Abandonado a la palabra.  
La palabra que es el secreto  
inextinguible corazón  
del mundo.*

*Pero no hay compasión  
ni recompensa.*

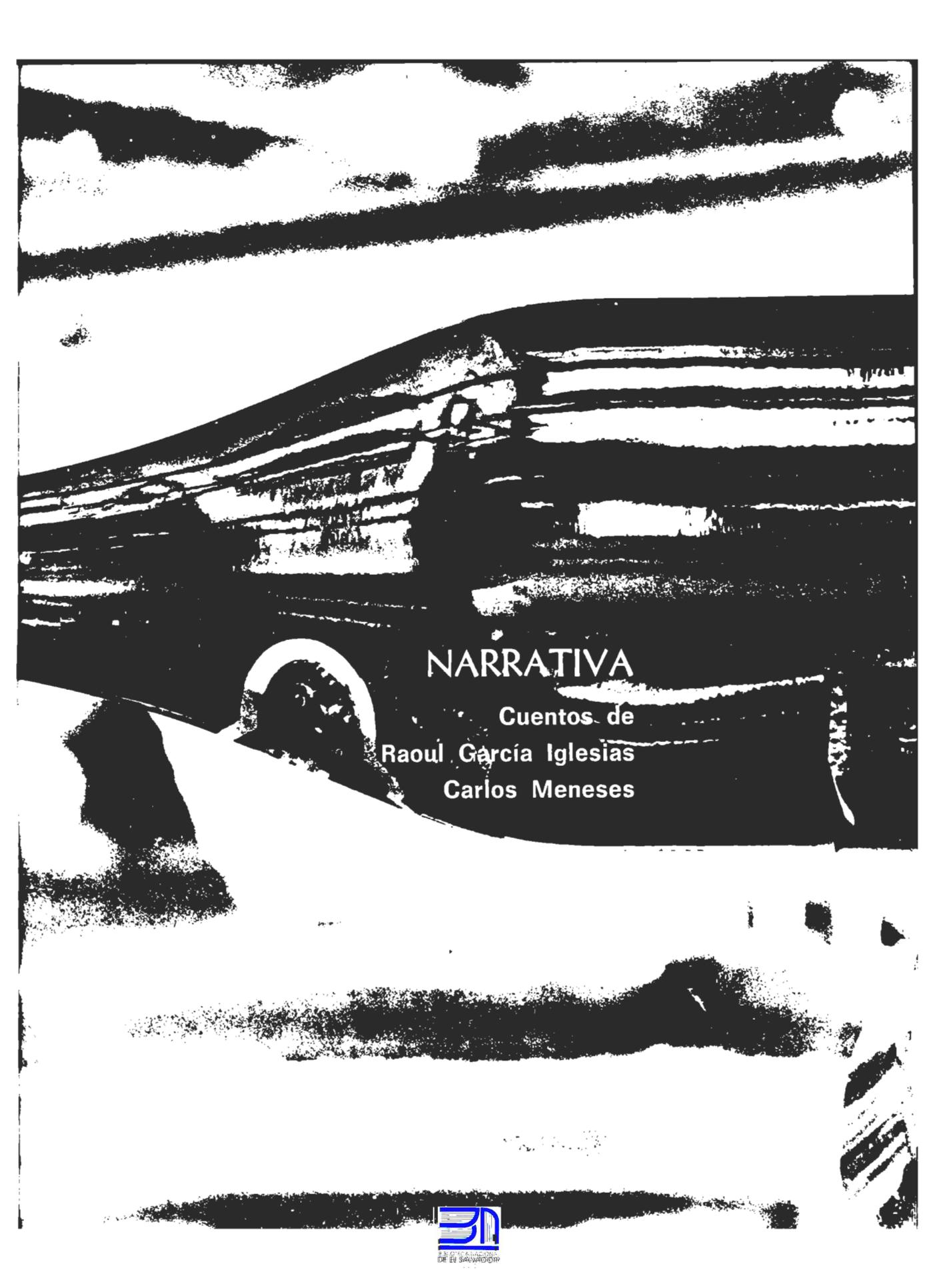
*Soy el sufrimiento  
y la loca alegría.  
Si callo soy silencio.  
Soy el regocijo.  
¡Nadie, Nadie me regocijo!*

# *La Trama del Mundo*

*Mi sueño no encuentra reposo  
a la cabecera de la luna  
Mi embriaguez no se aplaca  
sino en la ronda del baile*

*Porque todo es embriaguez  
en la trama del mundo  
Todo es olvido y delicia bajo  
el burbujeante champaña del sol.*





# NARRATIVA

Cuentos de  
Raoul García Iglesias  
Carlos Meneses

Poeta y narrador cubano. Vive fuera de su país.

RAOUL GARCIA IGLESIAS

CARLOS MENESES  
(Ver CULTURA 66-67)

RAOUL GARCIA IGLESIAS

## ESPORADIO

A mi conterráneo, el ilustre escritor  
Enrique Labrador Ruiz, muy undosamente.

Los acontecimientos se precipitaron cuando el niño Felipe lo vio desplazarse como a cinco centímetros del suelo, y luego a quince o cosa así. Fue un impensado descuido del aparecido, pero es que de esa forma se justificaba a sí mismo y se le aliviaba la conciencia. Claro, el niño Felipe se atemorizó y comenzó a proferir chillidos, a hacer grandes gesticulaciones: a dar brincos a pie juntillas. Por supuesto atrajo la atención de las gentes de su casa. Sin embargo, el aparecido aunque no podía oír, sí podía ver y comprender que el niño lo había sorprendido en su ingravidez impulsiva. Los padres del Felipito no lo creían, pero algo quedó de sus imputaciones. El muchachito tenía fama de mentiroso. (Y lo era). Eso

ocasionó una pausa mayor. Los padres lo regañaron con duros adjetivos pero en el fondo creían (querían creer) que decía la verdad. Aunque fuese ese descabello. Pero por darle una oportunidad al muchacho prometieron que se pondrían en guardia. Que lo observarían.

Comenzaron a llamar Esporadio a nuestro personaje —el de los ataques de ingravidez— no por la naturaleza esporádica del mismo sino porque unos rústicos que vieron al personaje lo bautizaron con ese nombre, que da la casualidad que en la lengua de ellos —una vieja tribu de pastores soñolientos— el nombre *esporadio* significa “*polvo de estrellas*”, tal vez por los esporos de luz que afirman despide el hombre de su cabeza, aunque es difícil especular con

prejuicios que conceden a los nativos cierta información naturalista. Estoy seguro que esto va a traer discusiones y conflictos entre filólogos y etimólogos, y es cosa razonable. Es increíble cómo unas mismas palabras —en algunos casos— han venido a significar mejores ideas, aunque en la mayoría de ellos (desgraciadamente) han descendido a ínfimos conceptos y degradaciones simbólicas. Pero, en fin, en aquel villorrio la aparición de Esporadio perturbó los días, las horas, las ocupaciones, la vida judicial, la rutina mercantil, las palabras consuetudinarias y por lo mismo la concordia rutinaria que impone el aislamiento geográfico. El pobre hombre —no sé si llamarlo así— no sabía o no podía hablar ni tampoco oír. Aparentemente no había tenido tiempo de ejercitar su voz (o descubrirla), ni siquiera su mirada, su tacto, toda la intuición heredada de golpe, todo lo cual había venido a aumentar la confusión de unos, el alelamiento de otros y la furibundez de todos.

El asunto revistió caracteres de violencia, pero gracias a algunas mujeres influyentes el tal Esporadio pudo salvar el pellejo o lo que fuese.

Comienzo por decir que, de pura casualidad, pude hablar (?) con el misterioso sujeto, antes que nadie. Creo que he sido el único en hacerlo. Yo estaba entre los pocos curiosos a los que se les permitió acceso

al lugar en que mantenían recluso al aparecido. No sé si todos mis lectores saben lo que es una armónica de radiocomunicación. Es algo que sucede algunas veces entre transmisores de diversa radiofrecuencia, que no se supone que puedan simultáneamente comunicación, y sin embargo, por fenómenos atmosféricos específicos ello es posible. Una armónica mental se estableció entre el Esporadio y yo. A pesar de mi sorpresa y natural aprensión el canal comunicativo mantuvo la recepción alta y clara, como se suele decir en el argot radioaviónico. Debe haber existido, no un fenómeno atmosférico especial, sino, quizás, un corte diagonal, seccional, creo, entre las posiciones dimensionales de nuestras receptividades espirituales. El caso es que lo pude entender, como en un leve trance. Era ya un poco tarde en la noche, quedaban pocos curiosos frente al recinto preventivo de la Policía, pero nos pudimos mirar bajo la terca luz de unos faroles empolvados, de menguado vataje, y así establecimos la comunicación. Fue una gran sorpresa para mí y al tiempo una angustia por la suerte de este ser que, a veces, parecía resplandecer en la esquina de su cautiverio. Doy gracias a mi presencia de ánimo, porque si en aquel momento llego a revelar mi conversación con el detenido, tal vez me hubiese visto envuelto en sospechas, acusaciones y hasta confinamiento.

Existía una tensión muy grande en el poblado. Todos se sentían amenazados por lo desconocido, personificado en este hombre, al parecer, inofensivo.

El periódico en que trabajo me había enviado a reseñar el suceso. La noticia había trascendido lo cotidiano y alcanzaba relieves mundiales. Pero, por supuesto, como siempre pasa, una gran mayoría de los pueblos informados tomaron la cosa a risa, a superchería, y por lo mismo la avalancha de periodistas no se produjo de inmediato. El director de mi periódico, hombre intrigante y sensacionalista, me ordenó la labor. Yo, como pocas veces, sentía una extraña curiosidad.

Cuando llegué al villorrio no anduve en más averiguaciones, me dirigí al lugar de confinamiento con el objeto de poder ver al sujeto. Llegué en un pequeño bolsón de vacío popular y pude observar al desconocido. Lo mantenían en un calabozo, casi una cueva parecida al Dolmen de la Menga, que se puede visitar en Antequera, España; pero antes de marcharme de allí pude observarlo con detenimiento.

Era un hombre alto, de facciones muy regulares y suaves, como recién hecho, anchos hombros, brazos robustos, sin ser exactamente atléticos. El cabello no era abundante, sino como suavemente arracimado, de color claro y de consistencia fina. Era

lampiño, como un indio blanco; la boca no acusaba uso alguno, no movía los labios para nada. En suma: era una cabeza medio griega, medio fenicia, hasta medio pompeyana, diría yo. El dibujo total era muy delicado y armonioso. Pero eran los ojos los que no admitían descripción. Porque a veces eran alabastriños, otras lechosos, a veces azules, y siempre extrañamente transparentes, como si en el centro de aquellas esferas, iluminadas con delicadeza, habitara un micromundo. Me recordaron, de súbito, las esferas de cristal del cuento de H. G. Wells. Llegué a la conclusión que podían ser videotransmisores-receptores intergalácticos. No se lo dije a nadie, claro está, por temor a las burlas ofensivas. Lo que hice fue reírme de mis fantasías y burlarme de mis ocurrencias.

Estaba vestido con ropas de trabajo que le iban un tanto estrechas, lo que dejaba traslucir la hermosura general de su origen, del que fuese. Poco a poco el lugar dejó de ser una pausa de tranquilidad. Un barullo de curiosos colmó de golpe el sitio, haciéndolo ya insoportable. Y como de aquel hombre callado, que evidentemente ni oía ni hablaba, no podía obtener mejor información, me di a buscarla en otra parte. Y al registrar mi nombre en el hotel donde había podido reservar habitación, entré en charla con el dueño del hospedaje, que era

hombre locuaz y visiblemente interesado en ganar notoriedad con la prensa.

Al identificarme como reportero de El Universal, diario de gran prestigio, el hotelero me llevó a su despacho y allí me llenó de humo de tabaco y de su nombre: Don Jacinto Olmedo. Conjeturó todo lo que quiso. Algo pude entresacar, no obstante. Parece ser que la aparición del hombre no ha podido tener explicación posible. Fue por la noche y en casa de un conocido maestro de música y organista de iglesia, mientras el profesor ensayaba algunas piezas religiosas. Aparentemente, de sopetón, como si se cayera del techo o brotara del suelo, el ruido del cuerpo y la sustancialidad del hombre pusieron sobre aviso al músico que dio grandes gritos, porque el hombre se incorporaba desnudo, sí señor, desnudo, como si acabara de nacer y más asombrado que un águila sin alas. A los gritos, imprecaciones y luego amenazas del maestro de solfeo, acudió su mujer, que agregó exclamaciones y la natural sorpresa, pero mucho más comedidas y objetivas. Según Don Jacinto, el hotelero, que sin duda tiene la lengua floja y mordaz, la mujer, dentro de su natural turbación, no pudo evitar sobreponerse a pudor y aspavientos haciendo un inventario goloso de la humanidad —nada exigua por cierto— del aparecido. (Comentó Don Jacinto, muy chismográfico,

que la señora del organista nunca estuvo muy convencida de su matrimonio. Olmedo se reía con estruendo, mostrando su humor verde. Que la mujer creyó casarse con un organista, pero sólo pensaba en el órgano. Esta es la tónica del director Olmedo). Luego, alguien que trabaja en la recepción del hotel me reforzó la impresión, diciéndome: Este no es un Olmedo es un potrero. Y me confió que toda la empleomanía lo despreciaba. En suma, que de todo este chismorrear y conjeturar no pude sacar nada en limpio. Las lenguas largas han tenido sus días de fiesta con este enredado asunto.

Pero volvamos a lo de Esporadio. Porque esa misma tarde, a prima noche regresé a la cueva o prisión preventiva donde lo mantenían detenido. Y he aquí que logro llegar en una pausa del histerismo popular. Los guardias de turno, unos viejos arrieros, unas mujercitas campesinas y yo. Y aquí fue lo del armónico que antes mencioné. Me fijó los ojos y sentí en mi mente su conversación. Oía como si me resonara el cráneo. Cosa impresionante. Esto escuché:

“Fue un descuido. Los ángeles tenemos —como cualquiera— deslices y angustias táctiles. A veces nos limitamos a cumplir una ordenanza, una misión especial. Entonces debemos tener la precaución y el entrenamiento. No es cosa fácil eso de andar de dimensión en dimensión

sin sufrir percances. Míreme aquí. Totalmente desconectado de mi ambiente, de mi curso, de la órbita en que me muevo. Usted me comprende, ¿no es así? (Claro, claro, le transmití, siga, por favor). Bueno, pues me encontraba en un arco de recorrido de bastante amplitud. Imagínese un meridiano mental y que se pueda mover fugazmente de polo a polo, como si pestañeara una travesía. (Notaba que me robaba mis palabras). Ustedes tienen lo que llaman mente, que es el único vínculo con lo que también llaman más allá, que lo es también más acá y más abajo y arriba y adentro. Pero en esa dimensión no tienen modo de vislumbrar la enorme claridad —le digo claridad para que me entienda— sobre la que resbalamos apropiadamente, como con autopropulsión fotomotriz. Ostentamos formas que se ven sólo con conocimiento, no hay esferas ópticas como las que necesitan aquí, sino una especie de certeza de nuestra trayectoria. En fin, no quiero confundirlo, que ya voy entendiendo lo peligroso que es estar confundido en un ambiente como éste que ustedes llaman mundo. El caso es que hubo un desajuste, un corte en la piel del tiempo, en la esfera del instante por el que deambulaba. Yo, por pura molición (me gusta esa palabra que he tomado de su subconsciente me di a imaginar otras coordenadas sub-galácticas; sentía que estaba casi a punto de hacer

pálpito de un juego de luces armónicas. El pálpito es una muy permanente ilusión de los ángeles. Como ustedes no pueden analogar destellos y distancias cosmocromáticas, se ven en la necesidad de parapetarse en reductos astrosimbióticos para extraer tiempos sonoros a diferentes escalas de elevación cósmica. Casi nunca se dan buena cuenta de las curvas de viaje, pero intuyen emocionalmente esas variantes de penetración extrasuperficial. Esto los conmueve. Y con razón. La latitud de este esferismo material en que se desarrollan es increíblemente pertinaz en su impenetración. Es, realmente, un esfuerzo meritorio, como diría mi ángel mayor, que a estas alturas debe estar vaticinando mi traslación más constelativa. En fin, para no cansarlo, como dicen ustedes, que también he conocido la fatiga en este lugar, que es algo sencillamente inaceptable, me veo aquí descendido por esa pequeña, ínfima grieta de mi despiste —término recién aprendido, pero de gran utilidad— por las recurvas de mi temperatura cronológica. Al pasar el vacío interdimensional me veo en una órbita oscura —también he aprendido los valores de la visión esferoidal y de la luz sólida— y por primera vez (lo dijo con sonrisa de ojos) siento un delirante contacto conmigo mismo. Porque no es que nos sea extraño el tipo de experiencias de los que habitan esta burbuja espacial. Pero

una cosa es tener noción de ella y otra saberlo por otros conductos, como las manos, el pelo, lo interior, lo palpitante. Y para colmo de aprendizaje, como ya le he dicho, el fastidio y el cansancio. Pero lo verdaderamente alucinante e intolerable es el dolor. Aquí me han empujado como un volumen impuro, totalmente forzado e irremediable. Pude hacerme ingrátido pero no quería acelerar mi desgracia. Elevarse parece ser lo más imperdonable en esta superficie. Me resigno. Ha sido mi culpa. Aquí me tiene, un ángel preso. Trato infructuosamente de penetrar la cubierta de mi transmisionalidad fototónica por ver si alcanzo la pequeña incisión por donde me deslicé, para que mi ángel mayor, calculando alguna incidencia astrífera, me permita dar un salto intraísta y regresarme a mis interrumpidas coordenadas”.

No pudimos continuar nuestra silenciosa comunicación intelectual porque aparecieron, con grandes suspiros y finos lamentos enamorados, tres mujeres. Traían las cabezas cubiertas con elaborados paños blancos que parecían salidas las tres de alguna pintura de la Crucifixión. Traían con ellas, envueltos en valiosos manteles bordados, suaves viandas, y una de las mujeres portaba un alto garrafón de cristal tallado que parecía contener vino. Se acercaron a las barras de la puerta con la anuencia del trío de guardianes

que las miraban con intencionadas suspicacias y luego cambiaban entre ellos, sin importarles los demás, turbios reojos de una fea sensualidad.

El cuerpo de esta triple presencia me ocultó la vista. Otras personas se acercaban a mí. Simplemente miraban. Algunos dormitaban porque se había vuelto alta la hora nocturna. Y la llegada de las mujeres no alteró la postura de estos curiosos. Sin embargo, uno de ellos me habló, sorprendiéndome, porque no esperaba ningún comentario, y menos dirigido a mí, aún algo caviloso, después del diálogo. Me expresó: “La hospitalidad es una virtud de nuestras gentes. Aun con seres inesperados y satánicos”.

Me sentí algo aludido. Sufro de estos prejuicios. No por lo de satánico, precisamente, sino por el quebranto de mi soledad y de mi mismidad. Aquel hombre no me conocía, ni respetó mi silencio. No lo pude evitar. Pero lo observé no sin cierto desdén. Tenía ojos separados y estrábicos. Una boca espesa y semibierta. Contaba con una cabellera que hubiese dado envidia a las bellezas de estas comarcas rústicas. Me atreví a comentarle:

—¿Y si resulta que este sujeto viene a hacer cosas buenas, no es un error el tratarlo de ese modo, sin darle una oportunidad de que explique su presencia en este lugar?

—Es que ese tipo no habla. No dice nada. Mira con esos ojos raros. Y luego, aparece de pronto en casa de Felipe, el organista. Tocando estaba el músico su armonio cuando siente el estruendo y se encuentra ese hombre desnudo en medio de su salón de música. No entró por ninguna parte, ni por el techo ni por otra puerta. Allí, desnudo como lo trajo su madre, si es que tiene madre. Felipe, el organista es hombre probo y decente, y aunque músico y persona fina, es hombre de temple. Quiso darle muerte pero estaba aterrado. Su mujer tan aterrada como él lo impidió con su propia persona. La mujer se compadeció de la aparición, que de otra forma no puede llamarse, y con todo pudor lo cubrió con una manta y luego le proporcionó vestidos. Y el hombre sin decir nada. Sin casi moverse. Estaba espantado. Figúrese, la casa se llenó de curiosos. Y después, sabe usted, la gente es mala y propala rumores. Que si el hombre y la mujer de Felipe... que si el hijo de Felipe se parece al extraño. En fin, la gente canalla. ¡Si nadie ha visto a ese hombre nunca en estos lugares! Vino la policía y desde una semana aquí no se habla de otra cosa. En ese tiempo ha habido discusiones, reuniones, entrevistas con el Alcalde, con el Jefe de la Seguridad del Estado, con el cura del pueblo, con Don Pancraccio el médico... una locura. Han comenzado a venir turistas y gente novele-

ra que no hacen más que echar basuras en las calles y beber en los bares y armar peticiones. Ha habido que poner al hombre ese en esta vieja prisión, para no mezclarlo con otros presos. Por su bien y por el nuestro. Aquí hay que temer por él y a él. Y ahora, también, a toda esta gente que viene a curiosarse. Han tenido que poner barreras y pedir identificaciones. Sólo los autorizados como usted que es periodista, pueden llegar hasta aquí. Fue muy complicado el asunto. (El hombracho melenudo volvía sobre la aparición, era una compulsión del día). Lo más complicado fue cuando el niño Felipito dijo que el hombre andaba por el aire. No se le creyó, pese a las circunstancias tan extrañas. Y el hombre mudo. Después el propio Felipe y su hermana Malvina lo pudieron ver a una cuarta del suelo. Perdieron la compostura y se espantaron. Lo gritaron en la calle. Claro, se llenó la casa de gente. El aparecido mientras veía el barullo y las gentes se estaba tranquilo. Para no asustarlo se escondieron y lo observaron vigilándolo. Y así, encaramados unos sobre otros, y por hendiduras de puertas y paredes consiguieron verlo alzándose como si fuese de viento, tocando las paredes y hasta el techo como si buscara una rendija por donde escabullirse. Ya no hubo más que hacer. Había que encerrarlo.

—¿Y el nombre de Esporadio,

quién se lo puso? Inquirí intrigado aunque ya lo sabía.

—La mujer del organista se lo oyó decir a unos pastores que pasaban en ese momento de la barahúnda y entraron a la casa. Esa mujer se ha cogido la cosa para ella. Por eso, muchas veces, las mujeres —algunas, claro está— dan lugar a malas teorías.

—Me han dicho que ese nombre en la lengua de los nativos quiere decir “polvo de estrellas”, ¿es cierto?

—Así es, sí señor.

—¿Y por qué de estrellas?

El hombre debió haber visto mi expresión como un tanto estúpida. Me miró como a un retrasado mental. Dijo:

—Pues porque tiene que haberse caído del cielo. ¿No ve cómo le brilla la cabeza? Cuando la luz le da como que resplandece. ¿Entiende?

Le dije que sí. Y entonces quise saber quiénes eran las tres mujeres. Como con cierto despecho me informó:

—La del centro es la mujer del organista. La otra es Malvina, la hermana del músico, que también es catequista. La otra es Mariela, una medio chiflada que nunca ha tenido novio. Muchas ínfulas. Siempre esperando su caballero en un caballo blanco. A lo mejor cree que éste es su hombre.

Se rió estruendosamente, cínico. Agregó:

—Tanto tiempo sin hombre. Estúpida. A mí me ha despreciado mu-

chas veces. Si le echa mano al mudo ese se lo come. Las ganas que tendrá de que la embarriguen.

Me sacudí aquellas palabras y observé a la mujer del organista. Era todavía joven, de facciones llenas, pero de líneas nobles. Una complacida sonrisa le concedía cierta expresión giocondina. Lo siento, pero esa es la verdad. La Mariela estaba en éxtasis. Una expresión larga de cara afilada y ojos que imaginé negros, sufridos, recónditos; Malvina, la hermana del músico, era mayor, inquieta, de manos fuertes y trabajadoras. Pensé que cualquiera de esas tres mujeres habría podido soñar con un hijo como ese hombre mudo que podía andar por los aires. Para redondear mi información pregunté al hombre de la gran cabellera:

—¿Y el organista dónde está?

—No sé. Hace días que anda perdido. Está obcecado. Cree que ese hombre es el padre de su hijo. Le ha dado la taranta por eso. Loco que se ha puesto el pobre. Como que es un poco feo, piensa —digo yo— que la mujer lo engañó con éste. Pero, ¿cuándo? Nadie ha visto a ese hombre nunca. Aunque, por otra parte, eso de que se le aparezca a uno un hombre hecho y derecho en cueros, así de pronto, vamos, es como para chiflarse, ¿no cree usted?

Qué iba a hacer. Tuve que asentir. Me hincó la curiosidad:

—¿Y usted, se puede saber su nombre?

—Claro. Soy Eutiquio. Me dicen Sastreúltimo. (Se rió).

—¿Por qué le dicen así?

—¿Pero no se da cuenta? Soy funerario. Por eso lo del sastreúltimo. A éste ya yo lo tengo cubicado. Porque, ya verá usted, terminan por arrancársela. La cabeza digo. Si no se espabila y habla, o vuela de verdad, a ése le hago el traje pronto.

Había avanzado la noche y entráramos en la madrugada. Seguían los tres guardias a la puerta del calabozo. Muchos de los curiosos que había dejado pasar la tropa por medio de unos sobornillos, también se habían retirado. Las tres mujeres sintieron frío y ante la impasibilidad del *ángel* que apenas las miraba (según pude ver, por momentos, entre las cabezas) aparentemente decidieron volverse a sus casas, casi sin hablarse entre ellas. Por fin quedó la puerta del habitáculo libre de cuerpos. Los tres guardas fumaban y hablaban bajito junto a los barrotes. Alguno de ellos, de vez en vez, echaba una mirada al interior, movía la cabeza o escupía. Todos estaban atemorizados. Era una escena extraña.

De pronto, el silencioso hombre de otro mundo volvió a lanzar su mirada encontrando la mía. Para mí era como una certeza. Creo que era conmigo —hasta ahora— con quien había podido establecer comunicación. Me clavó los ojos azulencos como uvas transparentes. Por un buen rato nos miramos. El funerario

Eutiquio percibió esta sostenida confianza y me hizo una prudente advertencia:

—Mire, periodista, déjese de estar mirando mucho a ese hombre, que a lo mejor la gente aquí se inquieta con usted. Hay mucho nerviosismo. Quien quita que le consideren un cómplice.

—¿Lo cree usted? Pero, ¿cómplice de qué?

—Yo no sé nada de nada. Lo único que sé es que esto está muy feo. Muy extraño. Para mí éste no es más que un muerto vivo. O un vivo que se hace el muerto. Pero usted me ha caído bien. Cuidese. Yo me voy de aquí. A lo mejor nos vemos en la mañana.

—Espero que no me tenga cubicado a mí también.

Se rió con un estruendo de barítono agrio. Y se fue dando pasos inciertos entre las grandes piedras por los caminos oscurecidos.

Esporadio estableció una vez más el diálogo. Esta vez para anunciarme que había conseguido establecer comunicación con su ángel mayor.

—Es hoy la séptima jornada —o día— de este encierro increíble. Pero ya he tenido el primer contacto sub-galáctico. Cuando vuelva la claridad —o como ustedes le llaman: el día— ya no me encontrarán. Debo esperar cierta coincidencia magnética, un cambio de traslación de las energías del tiempo adistanciado en-

tre otras órbitas. Usted no me entiende.

—¿Cómo se producirá la salida? . . .  
¿Podré verlo?

—No lo creo. El tránsito es tan veloz que quizás siga usted viendo mi imagen por algunos momentos. Ya se lo dije: es un pequeño corte en la tela del tiempo. Una piel muy fina. Las dimensiones no están allá o acá, sino intercomprendidas en una madeja de tiempo y velocidad. Yo mismo no sé explicarme.

—¿Y su cuerpo —le pregunté con verdadera curiosidad ansiosa— cómo piensa usted trasladar su cuerpo?

Sentí dentro de mis oídos, o en los oídos de mi mente, por primera vez un murmullo alegre y juguetón. Tal una risa. Luego su respuesta:

—Mi cuerpo no es más que una inevitabilidad que se materializó al penetrar en esta órbita, tan rápidamente, que Felipe sintió peso y volumen cuando aparecí en su salón donde producía esas vibraciones tan gratas. Al desaparecer nada queda, ni siquiera se filtra la misma sombra. Es un tránsito tan automático y antiblastémico, que todos los procesos anteriores se resuelven como un giro de aire en el viento, una gota de agua en medio del espacio vacío. Sólo encontrarán mis vestidos. Imagino que quedará por mucho tiempo este enigma. Porque, no creo que usted se atreva a explicarles lo sucedido. Lo pondrían en mi lugar. Y usted sí que no podría en-

contrar una brecha en la cubierta de otra dimensión.

—¿Y no le interesaría a usted experimentar un poco más las sensaciones de los que habitamos esta burbuja, que usted dice?

—Aquí, en este espacio a que me redujeron estos ignorantes inocentes, he sentido muchas novedades recibidas de los que han venido a verme, a mirarme, a injuriarme, a compadecerme y hasta a sentir intenciones duras e incomprensibles. Esa mujer que estuvo aquí hace poco con la compañera del organista, esa mujer me llenó el cuerpo de fuerzas finísimas y de apetitos de gran intensidad. Buscaba perpetuación conmigo y la pobre está llena de agitados laberintos. La mujer del organista me quería para ella, hambrienta, confundida de intenciones y fracasos. La otra, la mayor, es de gran calidad. Quería ayudarme a salir de este lugar, desinteresadamente. ¡Si ella supiera! Estas cosas pasan a veces. Nunca se pueden explicar. Nadie entiende. La comprensión de este mundo es plana y está sosteniendo grandes pesos cósmicos. Es muy lenta la operación de comprender. Sólo algunos seres que se liberan inconscientemente surcan grandes curvas galácticas, por llamarlas de algún modo, y regresan tan rápidamente que todo lo explican como ensueño, desvelo, reminiscencia, premonición y tal. . . . Ahora voy a comunicarlo. No quiero que usted

pueda comprometerse con explicaciones que no puede dar. Váyase ahora. Quizás trate, alguna vez, de comunicarme con usted. Esa vez podré ya usar del sonido humano. No se le olvide.

Vi que se recostaba como a dormir. Cerró los ojos comunicativos y quedó inmóvil. Uno de los guardas dijo al otro, simplemente: "El duerme".

Me dirigí al hotel donde tenía mi habitación reservada por Olmedo, el director. No pude conciliar el sueño hasta muy cerca del amanecer.

Mañana, me dije, se habrá alborotado el pueblo. De la modorra cansada me sacó el ruido de la calle. Después de refrescarme salí. Ya no tenía prisa. Sabía lo que estaba sucediendo. Quedaría del ángel la ropa que le había obsequiado la mujer del organista. Ya habría empezado el misterio.

Me informó el dueño del hotel, con inferencias a que usara su nombre en mi reportaje, lo siguiente:

—Las mujeres están como posesas. La mujer de Felipe, la hermana, la Mariela y sus amigas. Han formado un grupo frente al calabozo. Allí están orando. Dicen que fue una manifestación de Dios, que es una resurrección en vida. ¿Quién las entiende? Que es un nuevo Jesús.

Oyéndonos estaba Eutiquio, el enterrador-funerario, y mirándonos con sospecha adelantó su barrabazada:

—Esas mujeres están histéricas. En seguida a inventar un Jesús. ¡Mire usted! ¡Quién ha visto un Jesús mudo y sordo! ¡No entendía ni jota!

El caso es que lo tenía cubicado. ¡Qué lástima! Y la Alcaldía me había prometido el servicio.

De vuelta al periódico, no sabía qué escribir. Redacté la más absurda y ridícula crónica que he leído nunca.

Diciembre de 1980.

CARLOS MENESES

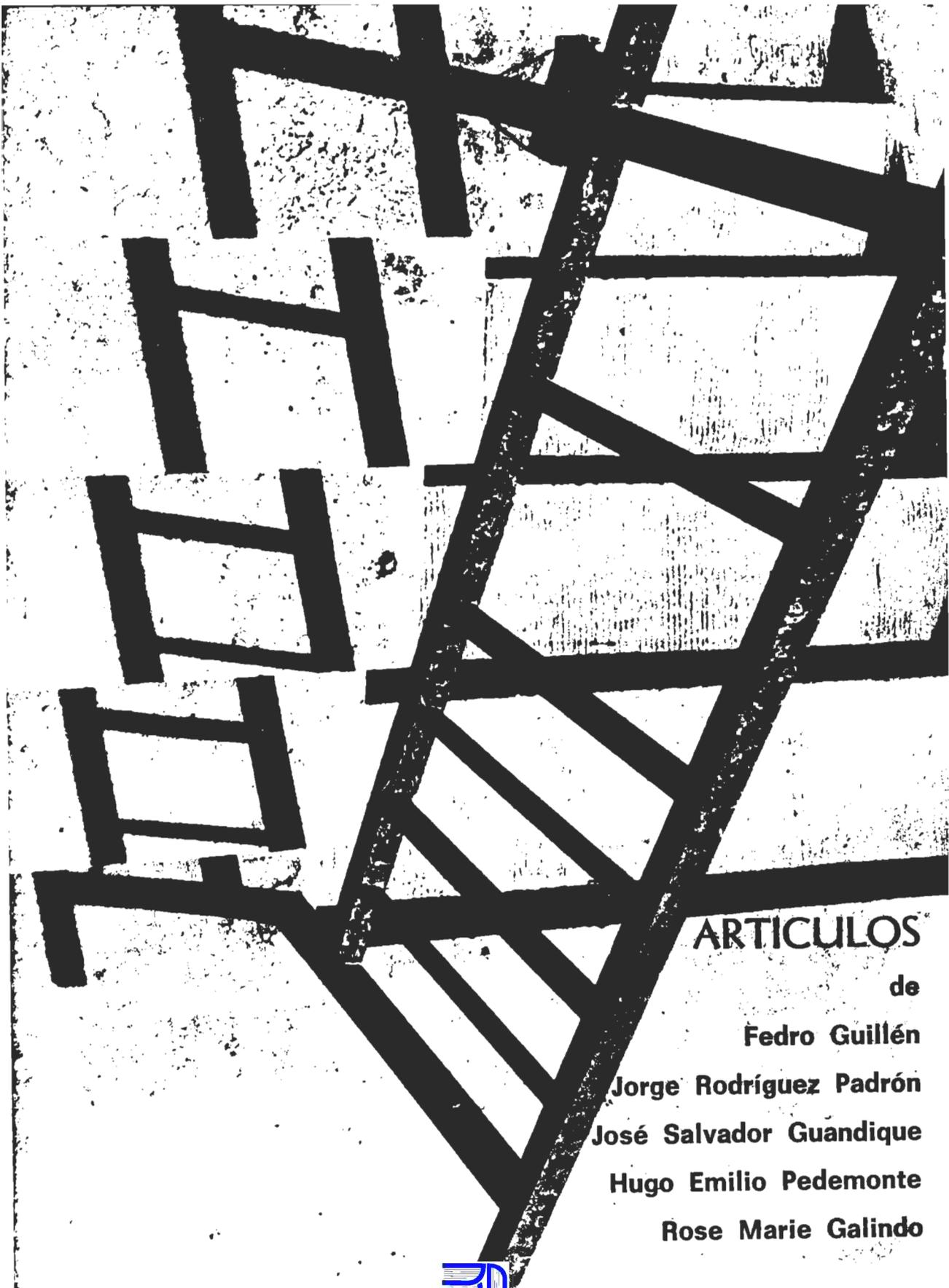
## EL JUEGO DE FLORECER

*A Susanne P. Buchholz.*

En enero le brotaron claveles rojos mientras leía la carta que él le había escrito. Toda la familia estupefacta, primero, alborozada, después, la rodeó cariñosamente. La madre, tras besarla emocionada, fue la primera en arrancarle las flores y dar orden a sus otros hijos que salieran a venderlas sin perder un solo instante. Al día siguiente el padre quedó absorto cuando vio a su hija, nuevamente, cubierta de claveles, los que con presteza le fueron arrancados y vendidos a muy buen precio. Así se sucedieron los días hasta la llegada de febrero y, en medio de los suspiros y cándidas miradas que le provocaba una nueva carta, le nacieron hermosas margaritas que la familia, en pleno, se encargó de recortar. En el mismo mes llegaron dos cartas más, coincidiendo con la frondosidad del florecimiento. El padre decidió abandonar el trabajo y montar una florería. Al mes siguiente brotaron magnolias. La madre estuvo muy contenta porque era su flor preferida. Todos los hermanos dejaron sus respectivos empleos y se dedicaron a trabajar en la florería del padre. Cuando llegó el mes de abril hubo alegres apuestas entre los familiares, unos aseguraban que florecerían crisantemos, otros que serían azucenas. Pero pasaron los primeros días sin que naciera una sola flor, lo que causó

cierto pánico en el hogar, hasta que alguien recordó que había pasado buen tiempo sin la presencia del cartero. Ella salía a la puerta de su modesta vivienda y mirando hacia el horizonte suspiraba candorosamente. Fue justamente en uno de esos momentos de dulce esperanza en que solía sumergirse, cuando unas pálidas pero bellas y enormes rosas la empezaron a cubrir. La familia convencida de haber superado el mal momento, respiró tranquila. En los días subsiguientes, no obstante no tener noticias de él, siguieron brotándole rosas hasta la llegada de mayo. Mientras discutían, con un escondido y ligero temor, qué flor daría ese mes, tuvieron la oportuna visita del cartero. La madre descubrió una letra extraña en el sobre. El padre sugirió leer la carta antes de entregársela. Estuvieron discutiendo algunos días y todo terminó cuando vieron que la dulce enamorada empezaba a cubrirse de orquídeas. La familia muy alegre, pero no totalmente alejada del miedo, se reunió una noche mientras ella dormía. Todos estuvieron de acuerdo en no decirle ni una palabra de la determinación que habían tomado. La hermana mayor quiso saber qué harían en el caso de que la enfermedad avanzara y les llegara una triste noticia. Un aire de terror sacudió a la familia que, por unos instantes, tuvo la desagradable sensación de saberse enfrentada, nuevamente, con la imagen de la pobreza, pero de inmediato se dieron ánimos, pensando en que no tardaría en recuperarse, pues, al fin de cuentas se trataba de un hombre bastante joven. Terminado el mes de mayo y ante la ausencia de noticias, pensaron en falsificar una carta o en elaborar alguna mentira, pero tuvieron que desistir de esas ideas, porque a los pocos días comenzaron a florecer camelias. Una mañana la madre acostumbrada a acercarse muy temprano a la cama de su hija, para arrancarle las primeras flores, tuvo un momento de horrible angustia, al encontrarla sin una sola camelia. No se atrevieron a preguntarle qué le estaba pasando. Atemorizados la oían llorar por las noches y, a veces, hasta la veían hablar y gesticular muy quedo y con una delicadeza que sobrecogía, como si él hubiera regresado y estuviera a su lado. Decidieron urdir una treta. Decirle que sabían que llegaría muy pronto. Ella no parecía escucharlos, solamente suspiraba, entrecerrando los ojos. La

madre repetía insistentemente el nombre del muchacho. La hermana mayor le decía que alguien que había estado con él, había traído el mensaje de que no tardaría en volver. Ella sólo atinaba a sonreír débilmente y, en ese preciso instante brotaba, tímidamente, una camelia. Tras una horrible y larga noche, de amargas cavilaciones, pues había concluido mayo sin que llegara ninguna carta, la madre acudió como siempre a la cama de la inocente enamorada y al verla lanzó un estentóreo grito de júbilo. La cama estaba cubierta de flores que hasta caían al suelo. Claveles, violetas, lilas, magnolias, rosas, azucenas, crisantemas. Tardaron largos momentos en recogerlas y, mientras lo hacían, se escuchó la voz del cartero, que traía un nuevo mensaje con letra desconocida. El padre desgarró nervioso el sobre y leyó en voz baja, muy nervioso, enrojeciéndose tras cada palabra. La madre tembló conteniendo un sollozo. Mientras los hermanos seguían luchando, con más rabia que pena, por encontrarla debajo de las últimas flores que cubrían la cama.



# ARTICULOS

de

**Fedro Guillén**

**Jorge Rodríguez Padrón**

**José Salvador Guandique**

**Hugo Emilio Pedemonte**

**Rose Marie Galindo**

**FEDRO GUILLEN**

Periodista y escritor mejicano. Colabora constantemente en los diarios de su país, como editorialista y articulista destacado. También cultiva la docencia. Recientemente preparó una edición de los cuentos de don José Vasconcelos.

**JORGE RODRIGUEZ PADRON**

Distinguido crítico literario español. Tiene, entre otros, un estudio muy lúcido sobre la obra de Octavio Paz.

**JOSE SALVADOR GUANDIQUE**  
(Ver CULTURA 66-67)

**HUGO EMILIO PEDEMONTE**  
(Ver CULTURA 64)

**ROSE MARIE GALINDO**  
(Ver CULTURA 63)

FEDRO GUILLEN

## LOS OTROS VASCONCELOS

En este 1981 México ha visto la primera estatua de José Vasconcelos con motivo de los sesenta años del edificio de la Secretaría de Educación Pública, obra del Ministro ejemplar.

Secretaría y edificio fueron planeados por Vasconcelos en tiempos azarosos, cuando la Revolución “todavía no degeneraba en gobierno”, según frase intuitiva de algún general.

O sea, la obra magna de la educación popular, se hizo como parte de nuestras contradicciones. Un caudillo presidente, Obregón, hombre de la gleba, supo interpretar la grandeza vasconceliana que estaba hecha de claroscuros, fiel a un carácter que el mismo filósofo oaxaqueño calificó “Pesimismo Alegre”.

¿Cómo, podrán preguntarse quienes saben que Vasconcelos es nuestro mayor intelectual, no sólo uno de los mejores escritores, hasta ahora se le hace una estatua . . . ?

Bueno, la piedra y el plinto estaban listos desde el régimen del presidente Luis Echeverría, pero hombres así traen su propia tormenta.

Una mañana el presidente Echeverría organizó uno de esos desayunos mexicanos en que se toma más café que Balzac cuando escribía. Se trata —dijo— de organizar un homenaje al maestro Vasconcelos, y estaba hablando ante expartidarios del que fuera candidato presidencial en 1929.

Nosotros éramos agregados. En el año clave de la gran Depresión Económica, usábamos pantalones cortos. Pero nuestro padre era amigo de Vasconcelos desde 1910. Y el filósofo quería ver en el nombre platónico que llevamos un compromiso con la Academia ateniense, los sicomoros y el Ilisos que arrullaron aquella fiesta de la inteligencia.

De allí nuestro vasconcelismo que era, como un debate continuo, cuando el Maestro pasaba a casa en un “jeep” que parecía querer desarmarse. Ibamos a restaurantes donde se podía charlar, con otros amigos, haciendo honor al solferino Oporto, que era preferido por Vasconcelos.

Luis Echeverría es un hombre de extraordinaria actividad y del desayuno-sesión en Los Pinos —residencia presidencial desde que Cárdenas renunció a vivir en el castillo de Chapultepec— salió el plan de la estatua de una calle bautizada con el nombre del autor de “La Raza Cósmica”.

Pero, como a sus años finales Vasconcelos confundió la magnesia con la gimnasia, dice el pueblo mexicano y de su lucha anticomunista resultó aliado de dictadores latinoamericanos, la estatua quedó en el taller del escultor Tamariz, que lo puso con toga, atuendo poco afín al temperamento nada protocolario del ex Ministro.

La calle José Vasconcelos existe por el rumbo de Tacubaya. La placa fue colocada —¡otra vez el temor a los antivasoncelistas!— con nocturnidad, alevosía y ventaja. Es decir, sin ninguna ceremonia. Pero algo es algo.

Carlos Pellicer, secretario que fue del creador de la Educación Popular, propuso ir a arrancar la placa. Era el poeta tabasqueño *hombre de sonetos tomar* y estaba soliviantado por la injusticia hacia el gran escritor, único mexicano que ha pedido no ser enterrado en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Una versión que ha corrido fortuna habla de dos Vasconcelos: uno antes de su campaña de 1929 y otro, después.

La mitomanía popular gusta de esos supuestos cambios y frente a alguna de las crisis espirituales de Tolstoi se dijo algo parecido.

El novelista ruso tuvo influencia en la generación de Vasconcelos. Era, con Dostoiewski, no sólo la cumbre de las letras universales, sino cada cual a su manera, el tipo de escritor-profeta. Ambos, acendradamente cristianos.

La historia de los dos Vasconcelos trata de ignorar un hecho: jamás se producen esos cambios súbitos, aunque haya una declinación del carácter. Alguien puede aumentar su pesimismo, caso vasconceliano, pero siempre fue un hombre de impulsos y arrebatos, como en su prosa.

La prueba de que Vasconcelos no retrocedió, como dicen muchos, es que después de su fallida campaña presidencial hizo sus mejores libros: su Autobiografía, su Estética, sobre todo.

Como jefe de la Educación Nacional hizo una memorable campaña buscando nuestras raíces y extendiendo el mensaje hacia el Nuevo Mundo. Trajo maestros de otros países, Gabriela Mistral, entre ellos y ellas. Fundó escuelas, bibliotecas, estadios. Editó Clásicos de pastas verdes, federalizó la enseñanza, antes circunscrita al Distrito Federal.

Como Rector de la Universidad, al principio de su gestión, creó el lema que sigue hasta la fecha: “Por mi Raza hablará el Espíritu”. Antes de Vasconcelos la Universidad Nacional estaba clausurada por una de tantas facciones revolucionarias.

Los muros universitarios y del edificio de Educación Pública fueron pintados por los grandes muralistas. Son lecciones de historia viva a los vientos. Cada artista interpretando lo suyo pero gozando de la mayor libertad para atacar males seculares, como el fanatismo religioso.

Pellicer contaba que cuando llegó Diego Rivera con los proyectos de sus murales pidió ver al Ministro Vasconcelos para mostrárselos.

Entró el poeta a informar al funcionario y éste, con un antiburocratismo que nos parece espléndido, hizo saber a Rivera que comenzara a pintar; que no necesitaba consultar nada. Y Diego salió feliz con sus enormes zancadas y de paso pintó al Ministro cerca de Tagore y del elefante oriental como alusión a las preocupaciones ‘Indostánicas’ del Vasconcelos de entonces.

Como Rector, un 12 de octubre, llamó “Juan Bisonte” a Gómez, en una ceremonia llena de esa oratoria a que somos los latinoamericanos tan dados.

(La frase, por cierto, nos parece de Rufino Blanco Fombona).

Quisimos a Vasconcelos y jamás ese cariño nos hizo disculpar sus yerros. Si en la vida de cada cual hay ocasión de conocer algún hombre con genio, nosotros pensamos siempre en el viejo “Ulises Criollo”, oscilando entre la vanidad de vanidades y el franciscanismo a que acudió como Terciario.

Sus crisis sentimentales, religiosas, políticas aparecen en su Autobiografía con un valor inusitado. Creemos que nadie en América se ha descubierto tan íntimamente. Y tal vez por eso y por el poder de su prosa nutrida por el poeta filósofo que había en Vasconcelos, los cuatro tomos de memorias nos parecen los mejores como libros, de nuestras letras.

**Cuando murió el 30 de junio de 1959 Vasconcelos leía a Nietzsche, uno de sus predilectos. El tiempo, eso esperamos, despejará la figura de José Vasconcelos como uno de los grandes que vivió, como el hombre en llamas, de Orozco, quemándose.**

**No decimos Descanse en Paz porque eso a él no gustaría. . .**

JORGE RODRIGUEZ PADRON

## LA POESIA DE JOSE KOZER

Para José Kozer la poesía es una pasión obsesiva. Su misma fragilidad física se acrecienta siempre ante una constante exigencia: la entrega fervorosa a esa tarea que se debate entre el irrenunciable amor y la dolorosa incertidumbre. Quizá debamos buscar —como él mismo hace— en las raíces judaicas de su Polonia ancestral y en la desbordante vitalidad antillana (Kozer nació en La Habana, en 1940, donde sus padres habían emigrado desde Europa, y pasa toda su infancia y juventud en la isla) para empezar a comprender el peculiar sincretismo que nos ofrece su obra, compuesta por el momento de cinco títulos: *Padres y otras profesiones* (Nueva York, 1972); *De Chapén a La Habana* (Nueva York, 1973),

en colaboración con Isaac Goldemberg; *Poemas de Guadalupe* (Buenos Aires, 1973); *Este judío de números y letras* (S/C. de Tenerife, 1975), Premio “Julio Tovar” 1974; y, por último, *Y así tomaron posesión en las ciudades*, libro cuya reciente aparición ha motivado estas reflexiones.<sup>(1)</sup>

José Kozer aborda en él, una vez más, el tema de la recuperación poética de su mundo personal y colectivo, cercano o lejano, tanto a través de los aconteceres cotidianos

(1) *Ambito Literario*. Barcelona, 1978. 109 págs. En estos momentos están a punto de aparecer dos nuevos libros suyos: la editorial Premiá, de México, publicará *El jarrón de las abreviaturas* y la colección Provincia, de León (España), haría lo mismo con *La rueda de los semblantes*, libro finalista del Premio “Provincia”, 1979.

(lo familiar tiene una especial relevancia en su obra, y no sólo por la melancólica captación de lo pequeño burgués, sino como posibilidad engendradora de nuevas relaciones poéticas que luego el escritor desarrollará sorprendentemente); por medio del grandilocuente discurrir de una historia ante cuya presencia no puede sustraerse (Kozzer manipula libremente la historia, con un sentido lúdico muy peculiar); o —en fin— utilizando aquellos mitos o presencias intelectuales que le son más afines (personajes de la literatura, la leyenda o la propia historia se transforman en espejos que devuelven una imagen asimilada ya a la historia personal del escritor). Pero lo familiar, lo histórico o lo mítico son algo más que simples apoyaturas anecdóticas; en el poema adquieren una insólita dimensión: no son recuerdo sino fundación, renovado origen que el poeta descubre con una evidente capacidad imaginativa, con la vitalidad engendradora de su palabra y con una facundia imaginista que diversifica o multiplica las referencias contenidas en el poema, convirtiéndolo así en una posibilidad abierta a que cualquier cosa suceda; a que cualquier afirmación (o intuición) poética consiga que la anécdota, que es siempre el germen del texto, se produzca de otra manera: como pudo haber

sido, como al poeta le hubiese gustado que fuese, o como soñó que realmente se produjo.

El texto poético de José Kozzer, además de una muy peculiar selección del vocabulario, revela un minucioso estudio de la sintaxis y del ritmo de los versos, que se extienden demorados en largos versículos que no prescinden del ritmo, sino que generan el suyo propio hasta alcanzar un sincretismo muy ajustado entre la tradición oral en que la obra hunde sus raíces, pues a pesar de no ser Kozzer un poeta bíblico en cuanto a lo temático (excepciones aparte), sí lo es en lo que respecta a la relación lector/texto, en lo que respecta a la precisa adecuación entre la palabra dicha y la escritura (es necesario aludir al carácter dialógico de estos poemas: el escritor aborda al lector, o reflexiona consigo mismo desdoblándose, o integra a los personajes aludidos en el poema en ese diálogo...), por eso pretende siempre, en ese primer momento que suele constituir el núcleo del poema, verificar o aludir con toda seguridad a aquello que, como historia, recupera. Síntesis —decía— de todo esto con una perplejidad e incertidumbre constantes, siempre irónicas y por lo mismo críticas. Perplejidad e incertidumbre que se transmiten al lenguaje utilizado en el poema, donde los quiebros sintácticos, las sorprendentes concordancias, las elipsis o alusio-

nes que se integran en el discurso poético original por medio de paréntesis o referencias sincopadas, caracterizan singularmente estas composiciones poemáticas con una voz muy personal.

De esta forma, la lectura de la poesía de José Kozer impone dos niveles de seguimiento: de una parte, la superficie donde se ordena el discurso que podríamos considerar anecdótico (hechas todas las salvedades que se quieran), de carácter aparentemente narrativo; de otra parte, el nivel de la dispersión anterior, provocada por la intencionada intervención poética del escritor con esas insinuaciones, con esas facetas ocultas (mostradas sólo a medias, escamoteadas a veces en el momento más oportuno) que invaden todo el primer nivel y que, como una conciencia despierta y disidente asumen el verdadero protagonismo, en medio de tanta ampulosa y retórica grandeza como tienen los temas originarios que el escritor manipula. El vacío de la retórica quedará así en evidencia cuando el poeta vuelve del revés esa misma retórica, cuando insiste en esos guiños o quebraduras que impone en el desarrollo, superficialmente lleno de grandeza, del tema inicial del poema.

El barroquismo expresivo de Kozer es, como viene siendo común entre los escritores hispanoamericanos actuales, un medio de plantear

la dinámica incertidumbre ante una realidad adquirida y, al mismo tiempo, una forma (quizá la más genuina) de abordar sin reparos la crítica de esa realidad y del lenguaje que tradicionalmente la configura. Que Kozer personaliza todo esto (y sin ningún disimulo) es obvio, pero no por ello es menos ajena su poesía al conflicto colectivo de un mundo que busca afanosamente su identidad, perdida en una maraña histórica llena de contradicciones, viciada por sucesivas oleadas de colonización, signada por la marginación y la diáspora.

Así encontramos de nuevo la zona de confluencia entre sus dos tradiciones al comienzo reseñadas (la judaica y la antillana): la insistencia en los temas judíos, o las referencias histórico-geográficas a determinados lugares en que se ubican sus raíces, la aparición de ciertos personajes, o la constante apertura del lenguaje a la sorpresa, son formas —a mi entender— de vulnerar esos principios inamovibles bajo los cuales el escritor ha formado su experiencia. Porque su tradición como pueblo, sus referencias culturales y su lenguaje se verán influidos de tal manera por la trasmutación poética que consiguen inaugurar una nueva tradición. Tal vez haya que pensar en este último libro suyo como en una síntesis de todo ese proceso concreto, porque Kozer desarrolla actualmente su trabajo en

el ámbito y el lenguaje de la poesía china, donde el sincretismo expresivo, la penetración intelectual en el mundo de las conjeturas, el pensamiento entre lo filosófico y mítico y el goce de la visión (peculiar visión) de la realidad, le proporcionan los suficientes elementos para no dejarse llevar por el peligroso atractivo de la palabra abundante, ni por el poderoso acicate de la inmediatez histórica, lo que supone estar alerta ante la retórica de las apariencias, que es la retórica de la servidumbre.

Octavio Paz ha escrito más de una vez que el hombre (y el escritor) hispanoamericano no ha sido nunca protagonista de su historia que *no ha hecho* su historia, sino que *la ha padecido*, y pone como ejemplo indiscutible de tal afirmación esa arrebatadora fuerza poética que se llama César Vallejo. Octavio Paz dice entonces que es el sentimiento de culpa el que brota en el centro de toda la literatura hispanoamericana, y se hace algo consustancial a la facundia de sus escritores. Leyendo la poesía de José Kozér, quien no esconde —ni mucho menos— su admiración por el gran poeta peruano, entendemos perfectamente esto que dice Octavio Paz. Poesía, pues, cargada de una implacable causticidad crítica, al tiempo que no renuncia a una doliente y melancólica ternura; este peculiar maridaje, que ya se daba

precisamente en César Vallejo, alcanza en la poesía de José Kozér —y en especial en este libro que comentamos— una singularidad indiscutible; y yo pienso que, en última instancia, podría ser su más destacado valor literario. Causticidad crítica doblada de ternura infinita que hacen de aquella amarga y melancólica historia padecida por el propio escritor, una presencia fugaz, precedera, diluida en el mismo momento en que se dice; pero, al propio tiempo, se hace una nueva historia, fijada de forma indeleble por esa nueva palabra que la revela originalmente.

La pasión poética de José Kozér culmina así en la liberación, en un encuentro no con su tiempo perdido, sino con el origen de ese tiempo tal y como el escritor lo crea (lo imagina), nunca como le fue impuesto por esos acontecimientos de lo que él es simple sujeto paciente. Pasión y fervor poéticos que el escritor nos exige a nosotros también para participar a plenitud del mundo sugestivo que él conforma inteligentemente con su palabra. Es cierto que tal posición origina un margen de dificultad para quienes abordan su poesía con un esquema establecido, y entrañado en otra sintaxis del pensamiento poético. Y es cierto, porque esta poesía busca precisamente el riesgo, la dificultad, y nos exige complicidad en su aventura, que sigamos teniendo su

voz con nosotros una vez finalizada la lectura . . . Y ello no es problemático por cuanto José Kozer nos encela en su palabra con toda premeditación. Sí es tarea, sin embargo, que nos obliga a usar de una gran dosis de generosidad y entre-

ga. Convencidos de ello, el poema se restablece como lugar de comunión, como espacio y tiempo vivos donde cualquier individuo y cualquier colectividad pueden reconocerse.

JOSE SALVADOR GUANDIQUE

## RILKE: LA POESIA COMO VIDA

Hay poetas sentimentales, idelógicos, combativos, tarados, místicos y hasta "científicos", pero son muy pocos quienes logran identificar, parmenídicamente, su estro con la existencia. Esta es la hazaña de Rainer María.<sup>(1)</sup>

Lo poético rilkeano es algo más recóndito que inusual, difícil de captar al primer latido y también después... No ilumina, como Byron, ni convence tal Goethe. Tampoco ofrece una signología tenue, tal Mallarmé le decía a Valery, haciendo *política del espíritu*. Nada de los deliquios a lo Verlaine. Menos los arrebatos que liquidarían, con premura, a Rimbaud. Apollinaire no tendría nada que comunicarle a Rainer, cuya musa llega, al fin mujer, suave y persuasiva, adentrándose en su entraña, hasta subyugar.

Y, sin embargo, en el fondo de ese aparente hermetismo crece una llama, que en determinado instante, reluce o quema. Cuando ello sucede resulta difícil encontrar otro verbo similar. Ese

es el enigma y la solución del rilkeanismo.

Pero, independientemente de ires y venires, de lustros pasados y, sobre todo, de releer a Rilke, ahora, al siglo de su nacimiento y casi al medio de su desaparición física, que no espiritual, repunta a inquietarnos ya cuando muchos de sus acordes dejaron de escucharse.<sup>(2)</sup> A revivir ciertas vibraciones irán dedicadas algunas líneas, en un 1975, que "centenarizó" —valga el barbarismo— a Rilke con Thomas Mann.

Estuvimos a punto de intentar el contraste, pero aquello no sólo era demasiado amplio, sino frustráneo, aunque habiendo sido admirador del hermano menor de Henrich Mann, a veces emerge aquí, con su acento admonitorio.

Vaya Rilke, sin pretensiones críticas y menos bibliográficas, a estilo vivido, no de fichero o catalogamiento, contribuyendo, entre otras cosas, que pueden tornarse casos, siquiera a poner un gra-

no de arena en un póstumo homenaje ya que el de Mann, Premio Nobel (1929) lo superó sin duda alguna.<sup>(3)</sup>

## HONTANAR

Rainer vino al mundo en Praga, ciudad de las esbeltas torres, de acuerdo con sus geógrafos, pero en su criterio, al menos ya en los minutos de prueba, “la de las enemistades y falsías”. Sale rutinario referirse al grupo, ya clásico: Brod, Werfel y Kafka, integrando casi un cuarteto que desafinó, y era natural que así pasara. Mas no adelantemos los datos, ni nos rindamos al gustado clisé, porque Rilke, prematuramente universal, tuvo, desde adolescente, múltiples afinidades selectivas, que desbordan a los indicados.

En la casa de la Heinrichsgasse No. 19, advino el sábado 4 diciembre 1875, un niño colmando la felicidad de sus padres que habían perdido una niña; por consiguiente, Rainer creció único, con sus ventajas e inconvenientes. Acuciosos biógrafos apuntan que, según tradición, la familia databa de antigua nobleza de Carintia, lo que placía a Rilke tanto como a Nietzsche descender de polacos sangre azul, radicados en Prusia, vínculos que, de paso, lo unían a Ricardo Wagner.<sup>(4)</sup> Tal vez eso conformara al padre de Rilke, modesto inspector del ferrocarril Turnau-Praga, quien tuvo que retirarse más por no obtener un ascenso que por cierta afeción en la garganta.

Rubio y vivaz lo muestran sus primeras fotos; adoraba a su padre; y escribe a la condesa Suzzo Muzot, lo. Junio 1923: “Recuerdo cuánto he querido a mi padre, a pesar de la dificultad que teníamos para comprendernos recíprocamente e imponer nuestras personali-

dades. A menudo, en mi niñez, quedaba confuso y el corazón se me paralizaba ante la mera idea de que alguna vez fuese a desaparecer”.

En cambio, nunca se entendió con su madre —edípicamente al revés—, aversión que trasciende —Munich, 14 octubre 1915—: “¡Ay, qué dolor! Después de la visita de esta inquieta mujer. ¡Ay, qué dolor! —Mi madre me derrumba— como una pequeña casa me había levantado piedra sobre piedra... —Viene mi madre y me derrumba...”<sup>(5)</sup>

Esa alternativa le impactó, hasta la médula; y de ahí muchas de sus oscilaciones, a veces pendulares, tanto en la vida como en su poesía, aisladas o sobrepuestas.

Sus originarios estudios acusan buenas calificaciones y largas ausencias, a causa de continuos viajes al lado de la proteica madre, ya separada del progenitor, primero residiendo en Viena y luego de aquí para allá. Al tío Jaroslav debería una beca estatal, que utilizó sólo a medias. Intima con Jacob Wassermann...

Al no lograr adaptarse a la Escuela Militar Secundaria Superior de Mahrisch-Weisskirchen, sale de ella el 3 junio de 1891, prometiéndose escribir una “novela” que nunca concluyó; apenas, queda el ensayo “Pierre Dumont”, aún inédito. Luego, estimulado por el deambular materno, comienza el suyo, aunque Ingeborg Schnack en su *Vida, Obra y Testimonios Gráficos*: “Con todo, Rilke conservaba el objetivo profesional de la carrera de oficial”. p. 9.

Fracasa al querer bachillerarse en Linz, retornando a Praga, a los 16 años, entre un amorío que lo hizo llenar hojas con versos, por abril 1892. Pero el amable tío Jaroslav de nuevo le auxilia y, mediante profesores particulares, logra terminar asignaturas universitarias.

Año con año, si no a la mitad, producía un nuevo poemario, de "Vida y Canciones" a "Ofrenda a los Lares" pasando por "Adviento". Además, 8 piezas de teatro, novelas cortas y variados cuentos. Y al mudarse de Praga a Munich conoce y amó a Lou Andreas-Salomé que lo rebautizaría "Rainer", y él feliz... todo esto consigna Ingeborg Schnack, que agrega haberle dedicado 6 poemas en ruso.

Rilke sufre algo de eslavofilia... Para Leonid Pasternak, pintor, semeja uno de los bardos de la gran Rusia.<sup>(6)</sup> Es el minuto de las múltiples amistades: Stefan George<sup>(7)</sup> el que sería Nobel, Gerhart Hauptman<sup>(8)</sup>, George Simmel, su catedrático, formalista irredento<sup>(9)</sup> el inmenso Tolstoi.<sup>(10)</sup>

Embrujado por los nórdicos traduce a Chejov y a Dostoievsky. Algo que no le impidiera forjar, afiebradamente, en una jornada de noviembre 1899, "El Canto del Amor y de la Muerte del Corneta Cristóbal Rilke", trasunto de su etapa castrense. Y, al año siguiente, "El Libro de la Monástica" se convierte en el "Libro de las Horas".

En busca de alguna colocación segura —porque la "beca" familiar le estaba fallando— comenta en un diario de Bremen numerosas obras, entre ellas, "Los Buddenbrook" de Thomas Mann, si bien nosotros, albergamos serias dudas de que le perteneciera a él, exclusivamente, y no sea coautor con su hermano mayor Heinrich, el primogénito del clan, que no llegaría a su fama.<sup>(11)</sup>

En Westerwede, aldea cercana a Worpswede vivió Rilke un interludio de sencillez; y, allí, desposa a Clara Westhoff, escultora y ex alumna de Rodin (1901-2), separándose después, atenido a su credo: "dos soledades mutuamente se protejan, se limitan y se reverencian".<sup>(12)</sup> Los conocedores des-

criben a Worpswede, conocida colonia de artistas entonces: paisaje agreste, de llanura; el suelo refleja una luz cobriza, bajo un cielo gris. Algunos abedules blancos y finos; pocas bestias, diseminadas viviendas, y todo, hasta las gentes, cual tocado por la característica indefinible del lugar. Tal el paisaje en que Rainer vivió efímera vida conyugal.

Y, en la VII de "Cartas a un Joven Poeta": "también es bueno amar, porque el amor es difícil. Tener amor un ser humano por otro: esto es quizá lo más difícil que nos ha sido encomendado; es lo supremo, la última prueba y examen, el trabajo ante el cual todos los otros trabajos no son más que preparación. Es por eso que los jóvenes, novicios en todo, no dominan el amor; tienen que aprenderlo. Con todo el ser, con todas las fuerzas concentradas en torno a un corazón palpitante, solitario, ansioso, desbordante tienen que aprender a amar. Pero el período de aprendizaje es un largo período de clausura, y así, para el que ama, amar es por mucho tiempo y a lo largo de la vida interior; soledad, acrecentado y ahondado aislamiento".

## RODIN

Nadie ejerció sobre Rilke el influjo que el consagrado escultor. Insensiblemente nuestro artista deja a la estepa por París. Vivió (1903-6) en Meudon-Val-Fleury, más en el estudio de Augusto que en su casa, atento a laborar siempre, cumpliendo el lema rodiniano. No era un secretario sino miembro de la estirpe.

Luego, a causa de cierto abandono, a raíz de la muerte del padre y de algunas faltas en su conducta, leves por cierto, tal la poca regularidad en la correspon-

dencia, se separó el poeta del escultor, mas siempre llevaría su impronta, pues quedaron superadas al cabo las discrepancias.

Sigue en su labor y arriba a Capri —oasis de Gorky— donde prepara otras reediciones, pero las “Nuevas Poesías”, pasada la tormenta, llevan dedicatoria “a su gran amigo Augusto Rodin”. Rainer absorbe su París, admirando a Cezanne, el íntimo de Zola. Trató a Gide, a Romain Rolland —uno de los iniciales biógrafos del Mahatma—, a Edmundo Jaloux quien nos ha dejado una semblanza vívida:

“Comprendí mejor a Malte Laurids Brigge cuando vi a Rainer María Rilke, con su rostro alargado bajo una hermosa frente, con su esbelta talla menuda, sus ojos claros y pensativos, su cortesía de gran estilo que hacía de él un hombre de otra época. Llevaba con él su atmósfera propia, lo que significa que una hora pasada con R. M. R., como una hora pasada con Proust, no se parece en nada a una hora transcurrida con otro hombre, aunque fuese de tan gran inteligencia o igual talento. Cuando comencé a hablar con Rilke *me pareció que hablaba con un poeta*. Quiero decir que los demás poetas a quienes me había acercado por grandes que fuesen, no eran sin embargo poetas más que por el espíritu; fuera de su labor, vivían en el mismo mundo que yo, con los mismos seres; mi sorpresa al escucharlos sólo era de orden intelectual. Pero Rilke, a medida que discurría, me introducía en un universo que era suyo, y en el cual apenas se me admitía a penetrar por una especie de milagro. Bajo sus palabras nació lo feérico, lo fantástico; con él me evadía, en fin, del infierno de la lógica, del laberinto de lo posible”.

“Línea Divisoria de las Aguas”, sal-

taría en la ciudad luz de antaño; y Rilke, poseso y trashumante, va a Argelia, acaricia con la vista al Cartago de Aníbal, se sumerge espiritualmente en las aguas del Nilo, río sagrado, mientras las “Elegías de Duino” (1912) nacieron al calor de la hospitalidad de la princesa Taxis, cuyo castillo quedaba próximo a Trieste.

Rainer siempre retornó a París, yendo y viniendo, de España a Alemania, irrequieto, fugaz, indetenible, hasta que lo encuentra la I Conflagración Mundial, cuando, el 26 de noviembre 1915, a los cuarenta años, declarado apto para prestar servicio militar, pronto ingresa en la reserva austriaca destinándosele, como soldado, a los archivos de Guerra. Así volvió a Viena.

En 1919, acabada la contienda por encima de la cual quiso estar Rolland, desde Munich, reviviendo su romance con Lou, acepta ir a Suiza, entre Berna y Ginebra, estimulado por el afecto de buenos amigos... Sigue burilando sus estrofas inconclusas. Vierte, amorosamente, a Paul Valery. Y tenía ofrecimientos de que tradujeran al francés los “Cuadernos”. En París se le brinda un Reconocimiento —1926— cabe los “Cahiers du Moi” que reconfortó sus postrimerías. El 2 de enero de 1927 es sepultado en Raron, bajo escudo y epitafio determinados en su testamento, y supo morir su propia muerte, una que derivase de la vida.

## LAS CARTAS A UN JOVEN POETA

Para la génesis de este cruce epistolar vale el testimonio de Franz Xaver Kappus:<sup>(12)</sup>

“Fue en las postrimerías del otoño de 1902; estaba yo entonces sentado en el parque de la Academia Militar de Wien-

Neustadt, bajo los viejísimos castaños y leía un libro. Tan absorto me hallaba en la lectura que apenas advertí junto a mí al único civil entre nuestros profesores, el docto y bondadoso Horacek, párroco de la Academia. Tomó de mis manos el volumen, miró la tapa, y moviendo la cabeza: "Poesías de Rainer María Rilke", dijo pensativo. Hojeó algunas páginas y recorrió algunos versos; miró largamente a lo lejos, y finalmente musitó: "Así que el alumno René Rilke ha llegado a ser poeta".

A punto y aparte: "Y supe del muchacho delgado y pálido a quien sus padres hacía más de quince años, habían puesto en la "Militar Unterrealschule" de Sankt-Polten, para que con el tiempo fuese oficial. Por entonces Horacek había ejercido allí las funciones de capellán, y con bastante precisión recordaba todavía al alumno de una vez. Lo describió como un muchacho silencioso, serio y altamente dotado, que gustaba de apartarse y soportaba con paciencia las obligaciones de la vida del internado.

Después del cuarto año había pasado con otros discípulos al Colegio Superior Militar, que se hallaba en Weisskirchen (Moravia). Pero allí su constitución dio muestras de escasa resistencia; por ello, sus padres lo retiraron del Instituto y le hicieron proseguir estudios en Praga, su ciudad natal. De cómo se desenvolvió, luego, en el camino de la vida, Horacek nada pudo informar".<sup>(13)</sup>

De aquí que Xaver, obedezca al sino: "Todo ello hace más comprensible mi resolución, tomada en aquel mismo instante de enviar a R. M. R. mis ensayos poéticos y de pedirle su opinión. Hacia los veinte años, y ante el umbral de una profesión que sentía diametralmente opuesta a mis inclinaciones yo esperaba encontrar comprensión —si era posible

esperarla de alguien— en el poeta de "Mir Zur Feier"; y sin que lo hubiese querido deliberadamente tomó forma una carta que acompañó a mis versos, en la cual explayé mis reservas, tanto como nunca antes ni después a ser alguno".

Kappus no sabía de Rilke, personalmente, nada; le movía tan sólo una inexplicable convicción en él: "pasaron muchas semanas hasta que llegó la respuesta. La carta, lacrada en azul, tenía sello de París, pesaba mucho en la mano y mostraba en el sobre los mismos trazos claros, hermosos y firmes que desde la primera a la última línea, había en el texto. Allí comenzó mi correspondencia regular con R. M. R., prolongada hasta 1908. Menguó después paulatinamente, pues la vida me arrastró a los dominios de que había querido guardarme la instancia cordial, delicada y conmovedora del poeta".

Estas confesiones —Berlín, junio 1929— tienen un corolario: "Pero eso no es lo importante. Lo importante son las diez cartas que siguen; importante para el conocimiento del mundo en que Rilke vivió y creó e importante también para muchos de hoy y de mañana que se forman y que devienen. Y donde habla lo insigne, lo único, debe callar lo pequeño".

La inicial misiva rilkeana, fechada en París, 17 de febrero de 1903:

"Muy estimado señor: Su carta me llegó hace unos días. Tengo que agradecerla por su confianza amplia y amable. Apenas si puedo hacer más. No puedo avenirme a considerar la manera de sus versos, pues todo intento de crítica está muy lejos de mí. Nada es menos eficaz que abordar una obra de arte con las palabras de la crítica; de ello siempre resultan equívocos más o menos felices. Las cosas no son tan com-

preñables y descriptibles como generalmente se nos quiere hacer creer. La mayor parte de los acontecimientos son indecibles; se consumen en un ámbito en el que jamás ha penetrado palabra alguna, y más indecibles que todo son las obras de arte, existencias misteriosas cuya vida perdura, al contrario de la nuestra que pasa".<sup>(14)</sup>

Rainer nunca pudo enjuiciar a nadie ni a nada: nos lo imaginamos ante las esculturas de Rodin, de "El Beso" al "Pensador", pasando por "El Ángel de Bronce", absorto, ensimismado, sin aliento, no digamos para juzgarlos, ni siquiera de aludirlos. Véase, pues, su actitud ante los tanteos del desconocido remitente al que trata con "esa cortesía de gran estilo que hacía de él un hombre de otra época", al viso de Jaloux. Y su censura, no de los auténticos críticos, sino de los palabreros, apenas requiere comentario...

Rilke contaba 28 años y no había dado ni "Sonetos a Orfeo", ni las "Elegías de Duino":

"Pregunta usted si sus versos son buenos. Me lo pregunta a mí. Antes se lo ha preguntado a otros. Los envía a las revistas. Los compara con otras poesías y se inquieta cuando en ciertas redacciones rechazan sus ensayos. Ahora (ya que usted me ha permitido aconsejarle) ruégole que abandone todo esto. Usted mira a lo exterior, y esto es, precisamente lo que no debe hacer ahora. Nadie le puede aconsejar ni ayudar, nadie. Solamente hay un medio: retorne a usted. Investigue la causa que le impide a escribir; examine si ella extiende sus raíces en lo más profundo de su corazón. Confiese si le sería preciso morir en el supuesto que escribir le estuviera vedado".

Receta para impacientes o snobs. Lo poético es íntimo, no simple publicidad,

y constituye un don, poco codiciable, de darle fe: "Acaso resulte que usted sea llamado a devenir artista. Entonces tome usted esa suerte y llévela, con su carga y su grandeza, sin preguntar jamás por la recompensa que pudiera llegar de fuera. Pues el creador tiene que ser un mundo para sí, y encontrar todo en sí y en la naturaleza, a la que se ha incorporado".

Y en la segunda carta, desde Viareggio, cerca de Pisa (Italia), 15 de abril de 1903:

"Naturalmente, ha de saber usted que toda carta suya siempre me complacerá, y tiene que ser indulgente en cuanto a las respuestas, ya que a menudo quedara con las manos vacías; porque en el fondo, y justamente en las cosas más profundas e importantes, estamos, indeciblemente solos...".

Ahora los favoritos: "De todos mis libros pocos me son indispensables; pero hay dos que están entre mis cosas dondequiera que me encuentre. Están también aquí, en torno mío: la Biblia y los libros del gran poeta danés Jens Peter Jacobsen". Al respecto, ya se ha anotado que Rainer detectaría cierta afinidad entre éste y su amado Rodin.<sup>(15)</sup>

En la tercera —también desde Viareggio, 23 de abril de 1903— Rilke vuelve a la carga con su "anticrítica":

"Y ahora un ruego: lea usted lo menos posible cosas de crítica estética; o son opiniones de escuela, petrificadas y escurridas de sentido por un endurecimiento ya sin vida, o hábiles juegos de palabras en que hoy prevalece esta opinión y mañana la opuesta. Las obras de arte son de una infinita soledad, y por nada tan poco abordables como por la crítica. Solamente el amor puede comprenderlas y tratarlas y ser justo con ellas... Deje que en sus juicios se opere el desarrollo propio, tranquilo, no

perturbado que, como todo progreso tiene que derivar de lo íntimo, sin que pueda ser acelerado o instado por nada. Todo es: llevar hasta el término y después dar a luz".<sup>(16)</sup>

En la cuarta ya anda en Worpswede, cerca de Bremen, 16 de julio de 1903, y le llama a su destinatario: "Usted querido señor, es tan joven, está tan lejos de toda iniciación, que quisiera encarecerle, tanto como puedo, que tenga paciencia frente a todo lo no resuelto en su corazón y que trate de amar los *problemas mismos*, como a cerrados aposentos y como libros escritos en un idioma muy extraño. No busque ahora las respuestas; no le pueden ser dadas porque no podría vivirlas. Y de ello se trata: vivirlo todo. *Viva usted ahora los problemas*. Viviéndolos, tal vez en un lejano día, poco a poco, penetre en la respuesta".

En la quinta, fechada en la capital italiana, 29 de octubre de 1903, nos legó sus remembranzas, más que preceptiva:

"A ello hay que agregar que Roma (cuando no se la conoce bien) durante los primeros días actúa con opresora tristeza; por el mortecino y melancólico ambiente de museo que exhala; por la opulencia de sus *pasados* desenterrados y fatigosamente conservados, de los cuales se nutre un mediocre presente; por el encarecimiento desmesurado —fomentado por sabios y filólogos, y remedado por los habituales visitantes de Italia— de todas estas cosas mutiladas y estropeadas, que en el fondo, no son más que restos casuales de otro tiempo y de una vida que no es nuestra y que no debe serlo".

Siempre que tocaba el punto, Vasconcelos me habló —y también lo escribiera en alguno de sus libros autobiográficos, que calificué como de barricada<sup>(17)</sup>— sobre la monumental frialdad de Roma comparándola con el fervor cristia-

no de Asís, si bien Rilke reacciona ante su dolido preludio:

"Y hay aquí jardines, alamedas inolvidables y escaleras; escaleras (así consta en la traducción de Offenbach, nosotros diríamos escalinatas) imaginadas por Miguel Angel, escaleras construidas a semejanza de los saltos de agua, amplias en su caída, donde un peldaño nace de otro como una ola de otra ola. Con tales impresiones uno se recoge y se recobra del múltiple reclamo que aquí habla y charla (¡y cuán locuazmente!), y se aprende, despacio, a reconocer las muy raras cosas donde dura algo de lo eterno, que se puede amar, y algo de lo solitario de que uno puede participar en silencio".

Rainer en su obsesión desde la ciudad que fue imperial, el 23 de diciembre del mismo año, en su sexta carta, vísperas de Navidad:

"Hay sólo una soledad, y es grande y no es fácil de llevar; y a casi todos les sobrevienen horas que trocarían gustosos por alguna comunicación —aun vulgar y anodina—, por alguna apariencia de un mínimo acuerdo con el primer llegado, por el más indigno... Pero tal vez sean éstas precisamente las horas en que crece la soledad; pues su crecimiento es doloroso como el crecimiento de los niños, y triste como el comienzo de las primaveras. Ello no debe confundirlo. Pues lo que hace falta es sólo esto: soledad, gran soledad interior. Ir-hacia-sí, y durante horas no encontrar a nadie; he ahí lo que hay que lograr". En estos pasajes palpita mucho de Kierkegaard, admirado por él, incluso en lo siguiente:

"Todavía quedan las noches, y los vientos que van por los árboles y sobre muchas tierras; todavía en las cosas y en los animales todo está lleno de acaecimientos, de los que usted puede parti-

cipar; y los niños son siempre lo que usted fue de niño —así tristes y felices—; y si piensa en su infancia revivirá entonces en medio de ellos, en medio de los niños solitarios; y los adultos nada son, y su dignidad nada vale”.

En la séptima —Roma, 14 de mayo de 1904—: “Mi querido señor Kappus:

“Ha pasado mucho tiempo desde que recibí su última carta. Trabajo (a partir del 8 de febrero anterior, había comenzado *Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge*, acotaríamos) molestias después, y finalmente un malestar, fue lo que retardó una y otra vez esta respuesta, que (yo así lo quería) llegarle de días tranquilos y buenos... Usted ve: he copiado su soneto porque lo hallé hermoso y sencillo, y nacido en la forma en que va con tan discreta soltura. Son los mejores versos que he leído de usted. (Aquí, Rilke ejerce su crítica, lo quiera o no, interrumpimos). Y le ofrezco esta copia porque sé que es importante y reporta nuevas enseñanzas reconocer un trabajo propio en ajena escritura. Lea los versos como si fuesen ajenos y sentirá en lo íntimo cuán suyos son”.

Rainer atraviesa el mapa europeo, y fecha la octava en Borgeby Gard, Pladie (Suecia), 12 de agosto de 1904, donde asoma el problema de la patología —con la que Mann armó su “Montaña Mágica”, en concreto, tuberculosis—: (17)

“Si alguno de sus procesos es enfermizo, piense que la enfermedad es el medio por el cual un organismo se libra de lo extraño; es preciso, entonces, ayudarlo a estar enfermo, a tener íntegramente su enfermedad y a hacer que ella irrumpa, pues esto constituye su progreso. En usted querido señor Kappus, ocurren tantas cosas! Debe usted ser sufrido como un enfermo y confiado

como un convaleciente; porque quizá sea usted ambas cosas. Mas: usted es también el médico que ha de vigilarse. Pero en cada enfermedad hay muchos días en que el médico no puede hacer más que esperar. Y esto es lo que, sobre todo, tiene usted que hacer ahora, en tanto que es su propio médico”.

Cabría marginar esos consejos de Rilke con los que el Dr. Behrens le propinaba a Hans y Joachim Castorp, a Settembrini, a Naptha, a Madame Chauchat, a Mynheer Peepkorn, y a su disímil clientela en el sanatorio de Davos, a través de la “Montaña Mágica”.

La novena procede de Furvborg, Jonsered, en Suecia, 4 de noviembre de 1904:

“Y respecto a los sentimientos: son puros todos los sentimientos que lo concentran y lo elevan; y es impuro el sentimiento que solamente comprende un lado de su ser y que, por ende, lo deforma; todo lo que frente a su niñez pueda pensar, es bueno; todo lo que haga de usted *más* de lo que hasta aquí fue en sus mejores horas, está bien. —Cada ascensión es buena cuando está en toda su sangre, cuando no es ebriedad ni turbación sino alegría donde se transparente el fondo.

¿Comprende lo que digo?”

Rilke ha ido abandonando su tónica, al principio estricta y orientadora, si bien él lo niegue, pues en el postrero párrafo de la décima y última carta que, cíclicamente firma en París, cual la inicial, el día siguiente de Navidad, 1908:

“El arte mismo no es más que una manera de vivir, y puede uno prepararse para él viviendo de cualquier manera, sin saberlo. En toda realidad se está más cerca de él que en las profesiones irreales, seudo artísticas que, dándonos la ilusión de estar cerca del arte, prác-

ticamente niegan y ofenden la existencia de todo arte, como, por ejemplo, lo hace el periodismo en pleno y casi toda la crítica y las tres cuartas partes de lo que se llama y quiere llamarse literatura. En una palabra, me alegro de que haya usted salvado el peligro de llegar a eso, y de que esté tranquilo y animoso en la dura realidad. Quiera el año que se aproxima conservarlo y afirmarlo en ella. Siempre, su Rainer María Rilke”.

Media mucho de 1903 a 1908; tal desahogo, denunció cruel amargura. Y, en *Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge*:

“Por lo demás no quiero escribir más cartas. ¿Para qué decirle a nadie que cambió? Si cambio, ya no soy el de antes, y si soy otro que el que era, es evidente que ya no tengo relaciones. Y por lo tanto no quiero escribir a extraños, a gentes que no me conocen”. (Obr. cit., p. 20).

#### LOS CUADERNOS DE MALTE LAURIDS BRIGGE

Guillermo de Torre —en la mencionada Nota, p. 15—: “¿Acaso la poesía en sus últimos, en sus más puros reducidos, no tiene algo de esencialmente incommunicable? Pero Rilke, como todo creador afortunado, posee entre sus numerosos libros una obra-clave, cuyo encanto es pluralmente asequible, a cambio de la penumbra en que hayan de permanecer —confinadas por la incommunicabilidad de toda poesía y particularmente de la suya al cambiar de lengua— ciertas magias, ciertos misterios no revelados de otras obras. Y esta obra es *Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge*”.

Esos “cuadernos” —tal vez denominados así por aquéllos, llenos de ri-

mas que el autor llevaba de un lado para otro— están fechados: París, 11 de septiembre, rue Touillier; y, al principio: “¿De modo que aquí vienen las gentes para seguir viviendo? Más bien hubiera pensado que aquí se muere. He salido. He visto hospitales. He visto a un hombre tambalearse y caer. He visto a una mujer encinta. Se arrastraba a lo largo de un muro alto y cálido y se palpaba de vez en cuando, como para convencerse de que aún estaba allí. Sí, allí estaba...”

Un temblor creciente —provocado por la penuria y las preocupaciones— azota al praguense: “Tengo miedo. Hay que hacer algo contra el miedo cuando se apodera de nosotros. Sería demasiado terrible caer aquí enfermo, y si alguien tratase de hacerme llevar al Hotel Dieu, seguramente moriría”.

Huye de París hacia Viareggio, donde emerge el “Libro de la Pobreza y de la Muerte”, 3a. Parte del “Libro de Horas”, del 13 al 20 de abril de 1903, de manera que es algo bizantino afirmar que en dicho tomo o en los *Cuadernos*, brota en Rainer el tema de la angustia, porque en éstos, a los primeros pasos: “Uno tenía su muerte, y esta conciencia daba una dignidad singular, un silencioso orgullo. Todavía mi abuelo, el anciano chambelán Brigge, llevaba —ello era palpable— su muerte consigo. ¡Y qué muerte! De dos meses de duración, y tan ruidosa que se le oía hasta en la casa de labor”. (Obr. cit., p. 23).

Rilke confiesa a Ponge (alrededor de 1924): “Nunca he leído a los filósofos, excepto en estos últimos años algunas páginas de Schopenhauer”, si bien Dehn —cit. por Offenbach, Nota 6: “Nietzsche es un pensador existencial. Rilke un poeta existencial. (En medio quedaría Kafka, agregaríamos, novelista existencial). La filosofía de Nietzsche es tam-

bién poesía. La poesía de Rilke es también un filosofar, un círculo inmediato en torno al problema de la existencia. Esto se comprende mejor si se considera que ambas veces el "pensamiento" es aplicado a la vida por duras que sean las consecuencias. Nietzsche obtiene resultados muy crueles para sí mismo por su rechazo de los valores burgueses. Rilke obedece a la "ley de la vida propia" y al "precepto de la muerte propia", hasta sacrificar todo lo que en general se llama "vida", hasta —apartando de sí todo lenitivo— sufrir una muerte llena de tormentos. En éste, como en aquél, una dirección de todo el ser mantenida estrictamente, aun pagada, en caso necesario, con la vida".

Por su lado, De Torre: "En este sentido, la visión rilkeana de París, por desolada e infrecuente, impresiona. Revela una sensibilidad desollada, "familiar de lo inefable", como él mismo escribió en un poema abierto al misterio de los seres y de las cosas más oscuras. Y, como siempre, en toda efusión rilkeana, la presencia del misterio indiscernible, la presencia de la muerte, unida al estado de angustia que hay en su génesis, determina que muchos hayan buscado un enlace de Rilke con la filosofía existencial. Advirtamos, sin embargo, que no es en los *Cuadernos* sino en las *Elegías de Duino* donde cabe notar plenamente esta relación. Se cuenta que al leer esa última obra Heidegger reconoció cómo en sus páginas el existencialismo había alcanzado su más feliz expresión poética". (Not. cit., p. 15-6) Rilke sería el puente lírico entre Kierkegaard, que fue de sus predilectos y Heidegger.<sup>(18)</sup> Faltaría examinar a Kafka como novelista existencial, insistimos, de "El Proceso" a "La Metamorfosis", pasando por "El Castillo" o "América".

¿Quién es el sujeto principal de los

Cuadernos? Y De Torre: "El protagonista habíase presentado a su imaginación, cuando hizo el viaje a Escandinavia, evocando la figura del joven escritor noruego Sighjorn Obstfelder, muerto prematuramente. ¿Se trata, empero, de una autobiografía, como algunos han pretendido con trasposición de personaje? Angeloz lo niega. El caso, con todo, es que en Malte hay mucho de Rilke, y que precisamente las partes del libro que más nos afectan son aquellas en que el autor se escapa de las pequeñas fabulaciones novelescas y da rienda suelta a su agudeza introspectiva". (Nota cit., p. 15).

En Malte, además de su dosis rilkeana, vibra bastante de Jens Peter Jacobsen, hasta donde alcanzan nuestras informaciones. Ya Rainer, en su segunda carta a Kappus, desde Viareggio, 15 de abril de 1903, le declara que hay libros que están siempre entre sus cosas dondequiera que se encuentra la Biblia y los de Jacobsen.<sup>(19)</sup>

Con Offenbach admitimos que una investigación, a fondo, acerca de la influencia de Jacobsen sobre Rilke todavía no se ha realizado, pero es muy posible que considerable proporción de los "Cuadernos" responda a aquél, tanto por las confesiones de su artífice como por la técnica desusada.

No se trata, así pretende, superficial, De Torre, de entremezclar pequeñas fabulaciones novelescas con agudeza introspectiva. Tampoco puede abandonarse la cuestión a mera autobiografía simbólica, con trasposición del personaje. Tratemos de ir al meollo:

En primer lugar, se ha mantenido por la exégesis que Rilke fue un europeo que otrora era sinónimo casi de universal, dejando a un lado el calificativo de "apátrida" que alguien, con evidente injusticia, le espetó. No estamos muy

de acuerdo con ese europeísmo, que se deriva periféricamente de los innumerables periplos y multinacionales amistades de Rainer. Este sería y siguió siendo checoslovaco y bohemio, mejor, praguense, bien a su pesar. El pasó por Europa, aunque Europa no pasara por él, conservándose el niño que respetó y quiso al padre, abominando a la madre. Rusia es otra blusa de Rilke, aportándole, en el criterio de los comentaristas, un elemento en que abundaba y que los eslavos “puros” apenas acentuaron: su soledad, derivada de un confeso anhelo por la infancia que lo remite irremisiblemente al hontanar.

Demás está repetir la santificación que de la niñez reitera en las “Cartas a un Joven Poeta”. Pero coexisten o contraexisten en él dos tendencias: la de la infancia con la de la madurez, o sea, el Rilke añorante con el Rainer que pugna por convertirse en poeta: y lo fue también en prosa, tanto en los *Cuadernos* como en las *Cartas*. En unos y en otras previene a los impetuosos contra la premura juvenil, añadiendo a lo citado algo significativo, de Malte; quien acostumbra —¿será esto adoptado, de Jacobsen?— alternar, mediante su técnica *sui generis*, métodos y vivencias:

“Creo que debería empezar a trabajar un poco, ahora que aprendo a ver. Tengo veintiocho años, y, por decirlo así, no me ha sucedido nada. Rectifiquemos: he escrito un estudio sobre *Carpaccio*, que es malo, un drama titulado *Matrimonio* que quiere demostrar una tesis falsa por medios equívocos y versos”.

Hasta aquí Malte o Rainer o Jacobsen —¿cuál de los tres?— se ocupa de autocrítica, es decir, de procedimientos más o menos literarios, pero, en seguida, avanzan las vivencias, en ese marea-je que a muchos ha pasado inadverti-

do, ocupándose en relatar su cariño por Valery, o sus contactos con no sé cuántas féminas, unos sociales y otros íntimos, que no resistiría un verdadero misógino, a lo Nietzsche<sup>(20)</sup>, dicen los Cuadernos:<sup>(21)</sup>

“Sí, pero ¡los versos significan tan poco cuando se han escrito joven! Se debería esperar y saquear toda una vida, a ser posible una larga vida; y después, por fin, más tarde, quizá se sabrían escribir las diez líneas que serían buenas”.

Rilke es antirromántico, al sostener que la poesía no es “cosa de juventud”, tal muchos afirmaron y siguen afirmando en el viejo continente y en nuestras latitudes:

“Pues los versos no son, como creen algunos, sentimientos (se tienen demasiado pronto), son experiencias. Para escribir un solo verso, es necesario haber visto muchas ciudades, hombres y cosas; hace falta conocer a los animales, hay que sentir cómo vuelan los pájaros y saber qué movimiento hacen las florecitas al abrirse por la mañana. Es necesario poder pensar en caminos de regiones desconocidas, en encuentros inesperados, en despedidas que hacia tiempo se veían llegar; en *días de infancia cuyo misterio no está aún aclarado; en los padres a que se mortificaba cuando traían una alegría que no se comprendía (era una alegría hecha para otro); en enfermedades de infancia que comienzan tan singularmente, con tan profundas y graves transformaciones; en días pasados en las habitaciones tranquilas y recogidas, en mañanas al borde del mar, en la mar misma, en mares, en noches de viaje que temblaban muy alto y volaban con todas las estrellas —y no es suficiente incluso saber pensar en todo esto. . .”*

Hemos subrayado su leitmotiv; y, además, agrega recuerdos de muchas

noches de amor, en las que ninguna se parece a la otra, de gritos de parturientas, de moribundos, haber permanecido sentado junto a los muertos, para terminar diciendo que no basta tener recuerdos sino saber olvidarlos.

Al extremo de sus iluminaciones que él llama "experiencias": "pero mis versos todos nacieron de otro modo; por tanto no son versos. ¡Y cómo me engañaba con mi drama!" (Obr. cit., p. 30-1).

A los pocos renglones (34-45) domina el abuelo y a quienes llamaba "la familia", entre reminiscencias de Unsekloster, donde lo había llevado su padre; y, en seguida, una estampa de la *Bibliothèque Nationale* (los *Cuadernos* abundan en expresiones galas), detenerse en los anticuarios librereros de viejo o vendedores de aguafuertes en la rue de Seine, para caer en una de sus dolencias "cuyo alcance me ha sido siempre tan extraño", la que exige tratamiento en la Salpêtrière —donde Charcot le enseñó a Freud alguno de sus secretos interlineamos— sin que olvide preguntar, cambiando lecturas y aflicción: ¿Crees que Flaubert, escribió por casualidad su *Saint Julien l'Hospitalier*? bajo distinto ángulo: "No pidas a nadie que hable de ti ni siquiera con desdén. Y si pasa el tiempo y echas de ver que tu nombre circula entre los hombres, no hagas de ello más caso que de todo lo que encuentre en sus bocas". (Obr. cit., p. 74).

De París, Malte pasa sin más trámites a Ingeborg, al lado de aquella cuyo afecto nunca gozó: "Recordábamos que había habido un tiempo en que mamá deseaba que yo fuese una niña y no este muchacho que, Dios mío, sí, tenía que ser. Yo había adivinado todo esto, no sé cómo, y había tenido la idea de llamar alguna vez por la tarde a la puerta

de mamá". (Obr. cit., p. 87). Y, en su dualidad efectiva: "En lo que concierne a mi padre, su actitud respecto a Dios era de una perfecta corrección y de una irreprochable cortesía. En la iglesia me parecía, a veces, al verle de pie, a la espera o ligeramente inclinado, como que fuera precisamente capitán de cazadores al servicio de Dios". (Obr. cit., p. 95).

En suma: una técnica que adoptó a París como simple punto de referencia con objeto de dolerse ante sus miserias, sin admitir sus grandezas, fugándose en cualquier minuto a lugares remotos, o a sus lecturas obsesionantes. La autobiografía comprendida la simbólica con trasposición de personaje, jamás apresará ese flujo y reflujo suave, pero intenso, soterrado, que Kafka apuró hasta su acuciante palpitar.<sup>(22)</sup>

Rilke, igualmente, apela a superponer impresiones y recuerdos, de manera que el lector véase asediado, a doble batería, bajo un ritmo incesante, que va siempre de los afanes de trabajo (con los que nunca se conformó el perfeccionista Rainer) a sus implacables vivencias, "desolladas" para decirlo con De Torre, las cuales exhalaban, inextricablemente, esencias delicadas:

Esta es la nostalgia —habitar en las nubes y no tener patria en el tiempo. Y éstos son los deseos: diálogos en voz baja— de la hora cotidiana ante la eternidad. —Y ésta es nuestra vida —una hora solitaria que entre todas las otras se eleva desde la vispera—, una hora que sonríe diferente a sus hermanas y se calla ante lo eterno. . .

Hay, al menos, tres Rilke: el de los métodos, que producen bellezas; el de las vivencias, a veces terribles, a veces dulces; y el mundano, lleno de atenciones para sus amigos y de fervor cuando amó.<sup>(23)</sup>

San Salvador, diciembre de 1975.

## NOTAS

- (1) Desde México, enviamos a Aguilar Chávez un artículo que él, finamente, intituló, "Cuartillas de José Salvador Guandique", publicándolo en "La Tribuna", donde estaba encargado de la dirección, el domingo 28 de octubre de 1945, con foto del aeda en su jardín. Así, cargando sobre sus espaldas, treinta abriles, ellas mismas se sentirán sobrecogidas por su "resurrección", aquí. No tengo en mi abono más que fueron redactadas en junio de 1942. Tardé, pues, en remitírselas a Manuel, dado que andaba en predios no habituales...
- (2) Mi rilkeanismo es viejo, pero jamás envejecido: el Dr. Julio Fausto Fernández, entre una serie de elogios que agradezco: "esteta admirador de Rilke", nos calibró en "Sueños y Reflexiones en el Atardecer" —Direcc. de Public., Minist. de Educ., San Salvador, 1947, p. 225— con subtítulo "Ensayos Espirituales, Filosóficos y Jurídicos", de extraordinaria calidad.
- (3) Ver, del suscrito, "Dos Centenarios: Thomas Mann y Rainer María Rilke" —*Sábados* de "Diario Latino", 21 junio pdo., donde detallaría interesantes aspectos de ambos aconteceres, tan desproporcionados, que aun tipográficamente el primer homenajeado emergió con rasgos más fuertes que el segundo.
- (4) Ver, del suscrito, "Primer Nietzsche: Schopenhauer, Educador", *Sábados* de *Diario Latino*, 26 julio pdo.: e *Introducción* al T. XV de sus *Obras Completas* Ed. Aguilar, Buenos Aires, 1951 —por Felipe González Vicen, a la "Correspondencia" de Federico.
- (5) Ver "Rainer María Rilke, Vida y Obra. Testimonios Gráficos", por Ingeborg Sch-nack, Ed.: Frankfurt del Meno, 1975, p. 8.
- (6) Leonid Pasternak, tío del Nobel, autor de "Dr. Jivago".
- (7) En la nota que antecede a "Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge" —Ed. Losada, Buenos Aires, 1958— Guillermo de Torre: "En relación con otras grandes figuras de su época y de su lengua, Rilke sólo podría relacionarse con Stefan George. Pero éste quedó siempre algo prisionero en su esteticismo simbolista y en su país. De suerte que la relación entre ambos poetas es casi puramente cronológica. Más cerca, por encima del espacio y del tiempo, está Rilke de ciertos grandes poetas iluminados: un Novalis, un Blake, un Rimbaud" p. 17.

- (8) Thomas Mann caricaturizó al anterior Nobel alemán bajo la exótica figura de Mynher Piperkorn, en su "Montaña Mágica". Ver, del suscrito, "El suegro de Chaplin, Eugenio O' Neill, con Hauptmann", *Sábados* de "Diario Latino", 1º febrero pdo.
- (9) A Simmel lo hemos expuesto cabe la dirección formalista neokantiana y su método lógico-abstracto, en "Datos de Sociología" —Tip. La Unión, San Salvador, 1947— p. 27 y 56.
- (10) Gandhi, en *Autobiografía* —Ed. Kraft, Buenos Aires, 1955—: "Efectué también un estudio intensivo de los libros de Tolstoi, que me impresionaron profundamente. Comencé a darme cuenta cada vez más de las infinitas posibilidades del amor universal. También leí un libro titulado "Así Hablaba Zaratustra" p. 165.
- (11) Analizó tal coparticipación en "Fragmentos Epistolares: de Thomas Mann a su hermano Heinrich" —*Sábados* de "Diario Latino" 6 julio 1968 y en "Otro Olvidado: el Problema de ser hermano de un Premio Nobel", mismo periódico, 15 agosto 1968.
- (12) Para las "Cartas", utilizó versión que me ha acompañado luengos lustros, ediciones "Amanecer" —Buenos Aires, 1941— Trad. de Carlos Offenbach.
- (13) Expertos en enumeraciones como Guillermo de Torre:  
"En primer término, diversos artículos de Azorín, un ensayo de Antonio Mari-chalar, en España; un prólogo de Xavier Villaurrutia, en México; y en la Argentina sendos comentarios de Carlos Estrada, José Blanco y Marcos Victoria". Nota cit. p. 15.
- (14) Ernst Johann y Jorg Junker —"Historia de la Cultura Alemana de los Últimos Cien Años" —registan que, en 1954: "una encuesta acerca de los poetas preferidos arroja los siguientes resultados: Rilke (68), Trakl (56), Weinheber (42), Heise (40), Benn (38), Brecht (32), Carossa (31), Holthusen (28), Heym (22), Kastner (22), Hofmannsthal (20), Ina Sidel (19) y Bergengruen (16).
- (15) Rainer comunicó a su amigo, Hermann Pongs, el 21 de octubre de 1924: "En 1902 me trasladé a París, porque Ricardo Muther me había hecho la propuesta de escribir algo sobre Rodin. Aunque del arte plástico, en su esencia, poco me había sido revelado, parecía yo preparado para su obra puesto que mi esposa tiene el derecho de considerarse alumna de Rodin. Por ella —a quien de joven le fue dado poder llevarle sus trabajos semanalmente, durante muchos meses— se había preparado en mí un cambio; había llegado a ser más capaz de comprender las cosas del arte, desde el punto de vista de la forma y parecía un tanto más a salvo de caer en las casuales sugerencias del mero contenido, que influye en el no preparado, siempre que le interese de algún modo, aunque la forma sea más deficiente".
- (16) La santa Rusia enseñó a Rilke ese largo esperar que a tono con Balzac, produce el genio: "Rusia fue la realidad y, a la vez, la intuición profunda y cotidiana de que la realidad es una cosa distante que viene con infinita lentitud hacia los que tienen paciencia. Rusia: país donde los hombres son solitarios; donde cada cual lleva un mundo en sí; donde cada cual está lleno de obscuridad, como una montaña; donde cada cual es hondo en su humildad sin temor de humillarse y, por consiguiente, piadoso. Hombres llenos de lejanía, de incertidumbre y de esperanza; seres que devienen. Y sobre todas las cosas un Dios nunca definido que eternamente se transforma y crece". (De una carta a Ellen Key).
- (17) Alcancé a tratar en Anáhuac a Xavier Villaurrutia, devoto rilkeano, autor de "Canto a la Primavera", quien perteneció a los escritores y poetas mexicanos, llamados "Contemporáneos". Y les dediqué un artículo —*Sábados* de "Diario Latino", 18 diciembre 1971—. Entre ellos, figuraba Jaime Torres Bodet a quien vi fugazmente en la "Semana Dariana" (enero 1967). Y el 15 de abril 1974, recibiera su despedida, porque pocos días más tarde se suicidó en México D. F.:  
"Muy estimado amigo: Junto con sus rápidas líneas, recibí hoy una copia de su importante artículo sobre Salvador Novo en que tan amablemente alude a la

amistad que me unió con él y con escritores como Gorostiza, González Rojo, Ortiz de Montellano y Xavier Villaurrutia, todos ya desaparecidos. De la generación que los críticos han reunido bajo el título de "Contemporáneos", no quedamos ya en realidad sino Pellicer, Elías Nandino y yo. Como usted lo supone acertadamente, sentí mucho la enfermedad y la muerte de Novo. Lo felicito por su comentario, que leí con interés y con emoción. Hizo usted muy bien en reproducir el último de sus sonetos, en cuya melancolía se advierte un presagio fúnebre".

- (18) Nosotros en la Nota (15) de "El Hegel de Zubiri resulta Escolástico". (Revista Cultura No. 60, enero-mayo, 1975): Y nuestro sabio amigo, el jesuita eminente, de los de antaño por supuesto, doctor Ramón Ceñal: "Por esto Heidegger, en su búsqueda del lenguaje esencial, escucha con especial predilección la voz de los poetas. Holderlin y Rilke, entre los modernos, son sus preferidos". (*Palabra, Ser y Fundamento — Tres Lecciones sobre Heidegger*. "Cuadernos Hispanoamericanos, No. 124).
- (19) Offenbach, nos ilustra: "Jans Peter Jacobsen, poeta y novelista danés (n. 7 abril 1847 y m. 30 abril 1885). Fue gran admirador de la literatura francesa. Influyó mucho en los autores alemanes de los años posteriores a 1870. Entre sus novelas, "Niels Lyhne" fue la primera que leyó Rilke. Por esta época lo imita en sus "Dos historietas praguenses", publicadas en 1899. A él le debe, según Hermann Pong (Euphorion, 1931, p. 38) la original idea de "la muerte propia" que llevamos en nosotros "como la fruta lleva el hueso". Rilke escribe a Lou Andréas-Salomé: "No puedes imaginarte cuán necesario se me ha hecho".
- (20) Ya relacionado con los Cuadernos: "Y dos años antes de morir le escribe a Hermann Pongs (desde Muzot, 17 agosto 1824): "...pero en lo que se refiere a Jacobsen, aún más tarde y por muchos años, me ha sucedido con él algo tan indescriptible, que no estoy en situación de precisar, sin engaño e invención, lo que él ha significado para mí en aquellos tempranos años. Es más: allá en los tiempos de París, él era para mí un compañero en el espíritu y una presencia en el sentimiento que ya no viviese más, me parecía a veces orfandad insopportable; pero justamente la extraña necesidad que me llevó a alcanzar a conocerlo (Jacobsen se hallaba gravemente enfermo), educó en mi temprano la libertad y receptividad para la muerte. Propensión que en la patria de Jacobsen y en Suecia debí ver extrañamente confirmada". (Offenbach, notas, cit.).
- (21) Ver, del suscrito, "Nietzsche, Poeta del Conocimiento", I y II, *El Diario de Hoy*, 28 enero y 4 febrero 1968. El rubro de Thomas Mann.
- (22) Ver del suscrito, "El Estremecedor Mundo de Kafka", *Sábados* de "Diario Latino", 23 enero 1971.
- (23) Valery llegó a Zurich y Rilke lo supo, decidiendo éste rendirle a aquél un saludo-homenaje. ¿Pero qué? Y de pronto se hizo la luz: ¡Manzanas maduras de su huerto, cultivadas por él! Pronto enviara paquete rotulado: "Al Señor Paul Valery, poeta, Hotel Bellevue". El destinatario sólo dijo: No comprendo. Si también en Zurich hay manzanas... (Ver, del suscrito, "Rilke, Valery y las Manzanas". *Reporte*, 18 febrero 1971). Y a propósito: "Su muerte acaece al comenzar la plena irradiación de su obra, el 29 de diciembre de 1926. Un día, recogiendo rosas para ofrecer un ramo a una amiga que le había anunciado su visita, se hirió con una espina. El pinchazo le ocasionó una infección, complicada con una leucemia. "Quien había cantado —glosa Angeloz— la grandeza de la mujer y la belleza de la rosa, perecía por el pinchazo de una rosa, cogida para una mujer". Y otros recuerdan cómo Rilke, en sus últimos días, al negarse a las inyecciones que pretendían administrarle, exclamaba: "No; déjenme morir de mi propia muerte. No quiero la muerte de los médicos".

HUGO EMILIO PEDEMONTE

## El Cuarto Centenario de la Muerte de Luis de Camoens

Menéndez y Pelayo, quizá el más conspicuo admirador de Camoens, entre todos los críticos españoles, consideraba al autor de *Os Lusíadas* un poeta hispánico; lo dice claramente: “. . . el espíritu de ese poema no es sólo *portugués*; es eminentemente *español*, porque tendencia y ley general de la raza ibérica fue en los últimos años del siglo XV el entenderse *por mares antes nunca navegados*, llevando la fe y la civilización a los extremos del orbe; Camoens, como gran poeta *español*, comprendió maravillosamente aquel movimiento, y como gran poeta *portugués*, acertó sinteti-zándolo en los compañeros de Vasco de Gama (. . .) En aquellos felices tiempos era raro el vate lusitano que no emplease la lengua de España central tanto o más que la propia”. (M. y P. *Cartas desde Portugal* (1876) y *Horacio en España* (1877)).

Quizá no le faltara razón al gran polígrafo santanderino, en cuanto que la obra de Camoens no se entiende totalmente sin la presencia de España en ella; sea porque también escribió magníficamente en nuestra lengua, sea por la evidente influencia que Garcilaso ejerció en él o por la influencia que él, a su vez, ejerció en la poesía española y especialmente en Góngora, Lope, Quevedo, Carrillo y Sotomayor, sin contar la épica, pues *La Araucana* tuvo como modelo *Os Lusíadas* antes que a las epopeyas latinas o italianas.

Camoens, cuya vida y muerte fueron tan desgraciadas que, vivo, sufrió destierro, cárcel, mutilaciones y miseria y, muerto, ni siquiera quedó el menor rastro de sus huesos, es, sin duda, uno de los más grandes poetas de todos los tiempos. Los portugueses lo consideran un poeta clásico, en el sentido virgiliano y humanístico, y los alemanes e ingleses, un romántico; las dos tendencias se integran de manera completa entre el espíritu épico y lírico de Camoens. Pocos poetas sugieren tanto como él la impresión de poeta nato: la poesía es, sin más, su verdadero idioma. Ya en *Os Lusíadas*, en que las normas de imitación virgiliana y el tono de la narración histórica, constituyen obstáculos de la libre expresión, muchos pasajes tienen carácter de confesión autobiográfica y un estilo coloquial que es, al mismo tiempo, fácil y preciso, como el de quien se comunica cordialmente para ser mejor entendido. El mismo estilo coloquial domina enteramente su poesía lírica y también el internacional del Renacimiento, la lengua de los petrarquistas y bucólicos, la que Camoens aprendió con tanta perfección como si fuese su propia lengua. Pues Camoens es, sin duda, un poeta culto y hasta erudito como pocos entre los renacentistas. Innumerables reminiscencias de la poesía antigua, italiana y española, revelan sus vastos conocimientos literarios. La historia portuguesa, la geografía de Asia, la mitología grecorromana y la astronomía se funden en *Os Lusíadas* de modo tan coherente, que forman un sistema cósmico, cerrado como el de Dante, compuesto del infierno de las tempestades oceánicas, del purgatorio de las privaciones sufridas por el gigante Adamastor y del paraíso voluptuoso de la Isla de los Amores y, como en el segundo plano del *Triregno* de Dante, donde aparecen el Arno, la colina de Fiésole y la ciudad de Florencia, en Camoens, detrás de las maravillas de la India y de los terrores del mar, se columbran las “dulce y claras aguas del Mondego” y el paisaje de Coimbra.

Camoens logró, como ningún otro poeta de extracción virgiliana, la unidad esencial del asunto realista y del *estilo sublime*. El punto vulnerable de ese realismo de *Os Lusíadas* es el aparato mitológico, las intervenciones de los dioses que impiden o favorecen la empresa de Vasco de Gama. Además de constituir parte integral de su modelo virgiliano, el aparato mitológico fue para Camoens más importante que para otros poetas épicos renacentistas; sólo así le parecía posible ‘sublimar’ el tema histórico-nacional y conferirle la dignidad de los acontecimientos trascendentales: la Providencia cristiana se sirve, para la creación del imperio católico-portugués, de los dioses paganos; pero los dioses de Camoens no

pasan de ser imponentes figuras retóricas, metáforas plásticas como pintadas por Rubens, tal como si el poeta estuviera ya ante los umbrales del Barroco.

Una existencia de incesantes desventuras sumió al poeta en el pesimismo, pesimismo de cristiano neoplatónico, para quien el mundo es una “prisión terrestre oscura” del alma. Ninguna consolación estoica, tan familiar a sus vecinos españoles, puede atenuar ese pesimismo del que son cómplices “fortuna con amor”; mas, Camoens encuentra otras armas para vencer la hostilidad de esos ‘enemigos’; en cuanto al amor, y mal que le pese al erotismo petrarquista, los amores de Camoens eran tan reales como su mala fortuna; pero el camino de su desgracia personal constituyó al mismo tiempo “el camino de la subida” del neoplatonismo, cuando su poesía lírica alcanza la “intelectualización de la emoción”, en la frontera misma de la poesía pura. Es cuando Camoens descubre aquel camino, con una gran meditación poética que es uno de los puntos culminantes de su obra: la paráfrasis del *Salmo CXXXVI: Sóbolos rios que vão/por Babilonia, me achei,/onde sentado chorei/as lembranças de Sião.*

El otro aspecto del pesimismo camoensiano es la sustitución de la vida cotidiana por la ilusoria, la evasión que busca a través de la égloga; pero la égloga de Camoens es, en verdad, una elegía. El modelo no era el *mimos* de Teócrito sino la égloga virgiliana, con pastores dialogando en elegante lenguaje, sobre asuntos domésticos y amorosos, más o menos fútiles, entre los que se insertan alusiones personales e importantes sucesos históricos. Petrarca dio en el *Carmen bucolicum* el ejemplo de las églogas modernas en lengua latina; pero Camoens siguió la impronta de Garcilaso, al que el poeta portugués sintió más cerca de su temple y de su genio y, por qué no decirlo, de su *romanticismo* y de su tristeza.

Sitio aparte merece la obra de Camoens en castellano y por la cual también es un clásico español. Su amor a España se recoge a lo largo de aquella y, más precisamente, en el Canto III, octava 17 de *Os Lusíadas*: *Eis aqui se descobre nobre Espanha,/ como cabeça ali de Europa toda,/ en cujo senhorio e gloria estranha/muitas voltas tem dado a fatal roda;/ mas nunca poderá com força ou manha/a fortuna inquieta pôrlhe nada,/ que lha não tire o esforço e ousadia/ dos belicosos peitos que em si cria.*

Cita Camoens, entre los suyos, varios versos castellanos anónimos

y también de Manrique, Boscán, Garcilaso, Garci Sánchez de Badajoz, etc. A pesar de alguna opinión autorizada (por ejemplo Costa Pimpão, a quien sigue en España Filgueira Valverde) no parece que Camoens haya escrito ningún soneto en castellano y uno que se le atribuye con el número 147 de la edición de 1685, en realidad es una traducción (y no precisamente de Camoens). La perfección, tanto lingüística cuanto retórica que demuestra el poeta portugués en sus letrillas castellanas y en el fragmento final de la *Egloga I*, hacen inadmisibles las mediocres versiones de los sonetos que se le atribuyen.

La primera traducción que se hizo de *Os Lusíadas* fue la española, apenas unos años después de aparecida la edición príncipe. Una de estas traducciones fue la de Benito Caldera —citado por Cervantes en *La Galatea*—, publicada en Alcalá en 1580; la otra del sevillano Luis Gómez de Tapia, publicada en Salamanca, también en 1580 y reeditada —en versión corregida por autor anónimo— por Montaner y Simón, en Barcelona, 1913. La tercera traducción la hizo en Perú, Enrique Garcés (también traductor de Petrarca), que era miembro de la *Academia Antártida*, en la que se reunía en Lima con otros traductores como Diego Dávalos y Figueroa, Antonio Falcón, etc. La versión de Garcés se publicó en Madrid en 1591. En 1639 aparece la apoteosis camoensiana del luso-castellano Manuel de Faria y Sousa, en una traducción literal acompañada de eruditos, difusos y admirativos comentarios, en 4 tomos en folio, que también vio la luz de la capital española. A partir de entonces, Camoens parece un poeta olvidado en España hasta el siglo XIX, cuando Lamberto Gil publica una nueva versión en Madrid en 1818 (reeditada en 1921).<sup>(1)</sup> En 1872 aparecen, también en Madrid, las de Juan G. de la Pezuela y Ceballos, conde de Cheste, pésimo traductor del Dante y no menos de Camoens, y la del extremeño Carlos Soler Arqués. La de Manuel Aranda Sanjuán es una versión en prosa editada en Barcelona en 1874. En nuestro siglo no aparece ninguna otra traducción<sup>(2)</sup>, hasta llegar a la última realizada por Ildefonso-Manuel Gil, Ed. de la Universidad de Puerto Rico —Revista de Occidente, Madrid, 1955.

Quisiera elogiar alguna de estas traducciones; pero todas ellas están

- 
- (1) Ildefonso-Manuel Gil cita una edición de 1911 que no he podido hallar y José Filgueira Valverde la cita, sin fecha, en la Biblioteca Clásica de Hernando (en realidad sucesores de Hernando), tomo C.
- (2) Filgueira Valverde cita una en prosa de Pedro González Blanco, que probablemente quedó inédita; el autor gallego es el único que da noticia de esta traducción.

lejos de reflejar el auténtico mundo poético del original. La de Aranda Sanjuán, en una prosa fluida, es la que mejor se entiende y la de Lamberto Gil, la menos forzada de las compuestas en verso. En cambio, este último autor ha tenido excelentes aciertos en la versión de los sonetos y otros poemas líricos, como también, en algún caso, Maristany, José María de Cossío y José Filgueira Valverde. El mejor traductor hispanoamericano de Camoens es el colombiano Guillermo Valencia.

Por fin, cabe decir que, convencionalmente, se conmemora el cuarto centenario de la muerte de Camoens; pues la fecha de su muerte y aun la de su nacimiento no están definitivamente probadas y documentadas. Aporto algo a este problema si explico que, con motivo de una beca que me otorgó la Fundación Gulbekian para una investigación sobre Camoens, tuve ocasión de comprobar un hecho insólito y este hecho es el de que Camoens nunca percibió la cantidad de 15.000 réis que debió cobrar durante tres años, según el albalá del 23 de julio de 1572. ¿Por qué? Difícil resulta pensar que el poeta, en las precarísimas condiciones económicas en que vivía, no se embolsara la dádiva del tesoro real. Las dos hipótesis que para mí son válidas respecto a un hecho tan excepcional son: una, que Camoens murió al poco tiempo de publicar su monumental poema y, otra, que se exilió voluntariamente en alguna de las colonias portuguesas asiáticas o africanas o, incluso, en Brasil. No tomo al pie de la letra la cita, que hace Camoens en una carta, de Escipión El Africano: *Ingrata patria, non possidebis ossa mea*; pero es posible que, al cabo de innumerables y constantes sufrimientos, el poeta dejara definitivamente su patria, a la que había enaltecido con su grandeza y en la que siempre encontró privaciones y dificultades. Fue, es claro, miopía y mezquindad de una época. Nada consta hoy más que el fervor que los portugueses sienten por su máximo poeta y la justicia, aunque póstuma, con que se exalta en esta fecha su glorioso nombre.

Mientras quiso Fortuna que tuviese  
esperanza de hallar algún contento  
o el placer de algún suave pensamiento  
hizo que mis afectos escribiese;

pero temiendo Amor que aviso diese  
con mi escritura un parecer exento

me oscureció el ingenio con tormento  
para que sus engaños no dijese.

¡Oh vos, a quien amor tiene en prisiones  
de ajena voluntad!, cuando leyereis  
en breve libro casos tan diversos,

verdades puras son y no ficciones:  
Entended que, según amor tuviereis,  
tendréis entendimiento de mis versos.

\* \* \*

Que nuevas artes busca Amor —sostengo—  
para matarme y nuevas acechanzas  
mas no me quitará las esperanzas  
pues me quitará lo que no tengo.

¡Mirad de qué esperanzas me mantengo!  
¡Mirad qué peligrosas confianzas  
que no temo contrastes ni mudanzas  
perdido en este mar por donde vengo!

Mas, con cuanto no puede haber que pene,  
donde esperanza falta allá me esconde.  
Amor un mal que mata y no se ve:

Que días hay en que mi alma tiene  
un no sé qué, que nace no sé dónde  
y no sé cómo duele sin por qué.

\* \* \*

El tiempo que de amor vivir solía,  
no siempre al remo estuve condenado  
sino que, ahora libre, ahora atado,  
en varias llamas variante ardía.

Que verme arder de un fuego no quería  
el Cielo sino en muchos abrasado

ni que mudando causas mi cuidado  
hallar mudanza en mi ventura haría.

Y si por breve tiempo exento andaba  
era porque engañarme procuraba  
para cansarme con mayor cadena.

Loado sea el amor en mi porfía:  
por distraerme se pasaba el día  
sin dar descanso a tan cansada pena.

¡Ah, Dinamene mía!, así dejaste  
a quien dejar no puede de quererte.  
¡Que ya, ninfa gentil, no pueda verte!  
¡Que tan fugaz la vida despreciaste!

¿Cómo ya para siempre te apartaste  
de quien lejos estaba de perderte?  
¿Pudieron esas aguas esconderte  
y no ver a quien solo abandonaste?

Ni hablarte me dejó la dura muerte,  
que tan rápidamente el negro manto  
lanzar sobre tus ojos consentiste!

¡Oh mar! ¡Oh cielo! ¡Oh sombra! ¡Oscura suerte!  
¿Qué vida perderé que valga tanto  
si tengo por tan poco el vivir triste?

\* \* \*

Amor es fuego que arde sin arder;  
es herida que sangra y no se siente;  
es un placer sin nada complaciente;  
es un dolor que duele sin doler;

es un querer que todo sea querer;  
es andar solitario entre la gente;  
es contentar no habiendo que contente;  
es jugar que se gana con perder;

es preso estar por propia voluntad;  
es servir al vencido el vencedor;  
es tener con el falso lealtad.

Mas, ¿cómo puede hallar a su favor  
en los mortales pechos amistad  
siendo en sí tan contrario el mismo amor?

\* \* \*

Dulces y claras aguas del Mondego;  
dulce descanso de mi remembranza  
donde la falsa y pérfida esperanza  
lejano tiempo atrás me trajo ciego.

De vos me aparto; pero así no niego  
que la memoria que de vos me alcanza  
no me deja de vos tener mudanza  
pues cuanto más me alejo más me allego.

No quiero de mis males otra gloria  
sino que en vuestras aguas se recoja  
la de mis ojos en el mismo río.

Y ya pudiera ser que en mi memoria  
viendo correr el mal de mi congoja,  
su curso se acompañe con el mío.

Rizados hilos de oro reluciente,  
que ya con bella mano recogidos,  
ya sobre frescas rosas esparcidos  
hacéis que su hermosura se acreciente.

Ojos con que miráis tan dulcemente  
en mil divinos rayos encendidos;  
si ausente me robáis alma y sentidos,  
¿qué sería de mí no estando ausente?  
Ingenua risa que a mayor fineza  
nacer de perlas y coral parece,  
¡oh quién me diera ya que su eco oyese!

Si sólo imaginando tal belleza  
de nuevo amor el alma desfallece,  
¿qué hará cuando la vea? ¡Ah, quién la viese!

\* \* \*

Aquella cautiva  
de quien soy cautivo,  
porque de ella vivo  
no quiere que viva.  
Yo nunca vi rosas  
en suaves manojos  
que para mis ojos  
fuesen tan hermosas.

Ni en el campo flores  
ni en el cielo estrellas  
me parecen bellas  
como sus amores.  
Rostro singular,  
ojos sosegados,  
negros y cansados . . .  
mas no de matar.

Una gracia viva  
en sus ojos mora  
y es cautivadora  
de quien la cautiva.  
Los negros cabellos  
hacen olvidar  
que —por comparar—  
los rubios sean bellos.

Negrura de amor  
tan dulce figura  
que la nieve jura  
cambiar de color.  
Buena compañera  
que alegre acompaña,

bien parece extraña  
pero no extranjera.

Presencia serena,  
la inquietud se amansa  
y en ella descansa  
cuanto me da pena.  
Esta es la cautiva  
de que soy cautivo  
y pues de ella vivo  
es fuerza que viva.

(Traducciones de Hugo Emilio Pedemonte).

**OS LUSIADAS**  
**DE LVIS DE**  
**CAMÕES.**

**Canto primeiro.**

 **A**rmas, & os ba-  
rões assinalados,  
Que da Occidental praya Lusitana,  
Por mares nunca de antes na-

uegados,  
Passaram, ainda alem da Taprobana,  
Em perigos, & guerras esforçados,  
Mais do que prometia a força humana,  
E entre gente remota edificarão  
Novo Reino, que tanto sublimarão.

**E** tambem as memorias gloriosas  
Daquelles Reis, que forão dilatando  
A Fee, o Imperio, & as terras viciosas  
De Affrica, & de Asia, andarão deuastando,  
E aquelles que por obras valerosas  
Se vão da ley da Morte libertando,  
Cantando espalharey por toda parte,  
Se a tanto me ajudar o engenho & arte.  
**A**      **Cessem**

Primera página de la edición príncipe de *Os Lusíadas*, aparecida en Lisboa en 1572.

ROSE MARIE GALINDO

## El elemento femenino materno en “Pedro Páramo”

Varios han sido los puntos de vista desde los cuales ha sido enfocada la novela “Pedro Páramo”, de Juan Rulfo, y sobre todo, varios los temas que han sido considerados como centrales a la obra. Para Luis Leal, por ejemplo, la novela presenta como tema central el rencor encarnado en Pedro Páramo. <sup>(1)</sup>

Para Rodríguez Alcalá, “El tema del rencor, aceptado por más de un crítico, no es el tema importante de la obra. Entrelazado con él, descubre el análisis, el tema de la nostalgia. Pedro siente nostalgia de su niñez, de sus amores infantiles con Susana. Dolores Preciado tiene nostalgia del Comala Paradisiaco, tan diverso del infierno en que pereció de horror y de asfixia Juan Preciado, Susana San Juan tiene nostalgia de su esposo muerto”. <sup>(2)</sup> Para Sommers, por otra parte, “El elemento dominante en ambas mitades de la novela es la muerte”. <sup>(3)</sup>

Es quizá el artículo, “La estrella junto a la Luna, variantes de la figura materna en Pedro Páramo”, de María Luisa Bastos y Sylvia Molloy uno de los cuales aporta mayores elementos de base para interpretar la novela, al centrar su análisis alrededor del elemento femenino, haciendo ver como, “lo femenino circunscribe y signa la novela, a pesar de que un hombre parezca ser el eje de su argumento”. <sup>(4)</sup>

Sin embargo, poco se ha analizado la obra a partir de la oposición mundo materno/mundo paterno, oposición que me parece ser central en

la obra, por signar el destino trágico de los personajes, especialmente de los personajes masculinos principales: Pedro Páramo y Juan Preciado.

Desde su título mismo, la novela se enmarca en el mundo del padre: "Pedro", "La piedra", el fundador, el Padre.

Pero también, lleva implícito el destino final de este mundo paterno: el páramo, la tierra baldía e infértil. Y es que en realidad "Pedro Páramo", es una novela que no sólo expone una presencia: la del mundo paterno, presencia que avasalla y arrasa con el equilibrio idílico de Comala, sino también, y quizá más profundamente, la novela plantea una ausencia fundamental: la ausencia del mundo femenino materno.

La madre, como soporte narrativo, está prácticamente ausente en "Pedro Páramo", lo cual, obviamente, no ocurre con el elemento paterno. Por ejemplo, pocas son las referencias que se tienen de la madre o de la abuela de Pedro Páramo, las cuales mueren antes que Pedro comience su ascenso al poder. Lo mismo sucede con respecto a la madre de Susana San Juan, quien muere cuando ésta apenas comienza la adolescencia. La madre de Miguel Páramo ni siquiera es identificada en la novela. De Dolores Preciado no se cuenta más que con su voz, retenida en las memorias del hijo. Incluso muere la mujer de Abundio, madre de su pequeño hijo. Con respecto al desempeño de la función de la maternidad en las mujeres de Comala, ésta se manifiesta ausente, debilitada o desviada: Susana San Juan no tiene hijos; Damiana Cisneros llena su maternidad frustrada siendo nodriza de Miguel Páramo; de Eduviges Dyada se dice que, "fue madre por casualidad", "por servir a sus semejantes" y de este hijo no se tiene ninguna referencia en la novela. En general, las mujeres de Comala se ven lanzadas a la maternidad ya sea por haber buscado el goce sexual o por pasividad ante los hombres.

Y sin embargo, en toda la novela se advierte una reiterada nostalgia por lo materno, nostalgia que se encarna, de manera trágica en los sueños de la loca Dorotea, de quien se dice en la novela que es "la única a quien le gustan los bebés" (p. 67) y en la aceptación de su misión maternal en la hermana incestuosa:

*"Yo le quise decir que la vida nos había juntado, acorralándonos y puesto uno junto al otro. Estábamos tan solos aquí, que los únicos éramos nosotros. Y de algún modo había que poblar el pueblo. Tal vez tenga ya a quien confirmar cuando regrese."*  
(p. 56).

La ausencia del mundo femenino materno presenta diversas manifestaciones en la novela: se encuentra como muerte real de la madre de los personajes, como es el caso de la madre de Susana San Juan o de la mujer de Abundio; como nostalgia y búsqueda del hijo perdido en Eduviges y Dorotea, como alejamiento del deseo de la madre en el caso de Juan Preciado y como establecimiento del cacicazgo y del poder de la figura del padre en el caso de Pedro Páramo.

En este trabajo, me propongo analizar dos de las manifestaciones básicas de ausencia del elemento femenino materno, representadas 1) en la trayectoria de la vida de Pedro Páramo y 2) en el viaje a Comala de Juan Preciado tratando de mostrar cómo ambas manifestaciones se encuentran signadas por una estructura semejante: el alejamiento del hijo del mundo femenino materno hacia el mundo del padre y, como consecuencia, el advenimiento de la tragedia.

Esta semejanza en la vida de los personajes puede ser vista como uno de los elementos unificadores de la historia del hijo con la historia del padre.

### 1. *Pedro Páramo y el elemento femenino materno.*

Por ser Pedro Páramo el personaje que con más claridad encarna la figura del padre en la novela y por ser quien establece la dependencia de Comala en su persona mediante la posesión de todas sus tierras y de sus mujeres hasta llegar a construir un mundo patriarcal en el cual, incluso la salvación de las almas de los habitantes de Comala es determinada por su poder, el elemento femenino materno se expresa de manera muy debilitada alrededor de su figura, llegando, en ciertos momentos de su vida, a manifestarse como completa ausencia, siendo, precisamente, esta ausencia de lo femenino materno en la vida del personaje lo que lleva a la infertilidad y al infierno de Comala.

La vida de Pedro Páramo, se expresa como una serie sucesiva y continuada de alejamientos de lo maternal. La primera referencia directa que se tiene del personaje en la obra presenta a Pedro en su niñez, circunscrito al mundo de la madre y de la abuela.

Ni Lucas Páramo ni el abuelo de Pedro están presentes. El abuelo ha muerto y de Lucas Páramo no se tiene más referencia, a este nivel de la obra, que la noticia de su muerte contada a Pedro por su propia madre. Este mundo materno de Pedro es presentado en la novela acompañado de una serie de motivos tales como la "lluvia", "la brisa", "las flores", las cuales señalan una época idílica en Comala:

*“El agua que goteaba de las tejas hacía un agujero en la arena del patio. Sonaba, plas, plas y luego otra vez plas, en mitad de una hoja de laurel que daba vueltas y rebotes metida en la hendidura de los ladrillos. Ya se había ido la tormenta. Ahora de vez en cuando la brisa sacudía las ramas del granado haciéndolas chorrrear una lluvia espesa, estampando la tierra con gotas brillantes que luego se empañaban. Las gallinas, engarrunadas como si durmieran, sacudían de pronto sus alas y salían al patio, picoteando de prisa, atrapando las lombrices, desenterradas por la lluvia. Al recorrerse las nubes, el sol sacaba luz a las piedras, irisaba todo de colores, se bebía el agua de la tierra, jugaba con el aire dándole brillo a las hojas con que jugaba el aire.” (p. 16).*

*“Había chuparrosas. Era la época. Se oía el zumbido de sus alas entre las flores del jazmín que se caía de flores.” (p. 18).*

Sin embargo, ya desde este nivel, la pertenencia de Pedro al mundo maternal no es completa. Su vida de niño transcurre en una serie de ensueños, también idílicas, alrededor de una figura femenina: Susana San Juan, quien en el curso de la vida de Pedro funcionará como el hilo conductor de su alejamiento de lo materno. Es por ella que el niño Pedro interpone una división entre su interior y el mundo materno: su ensueño alrededor de Susana no es comunicado a su madre o a la abuela. Lo vive para sí, en una serie de monólogos interiores:

*“¿Qué tanto haces en el excusado, muchacho?*

*—Nada, mamá.*

*—Si sigues allí va a salir una culebra y te va a morder.*

*—Sí, mamá.*

*—Pensaba en ti, Susana. En las lomas verdes.*

*Cuando volábamos papalotes en la época del aire.”*

*(p. 16).*

Será el deseo de alcanzar a Susana San Juan la fuerza motriz que impulsa a Pedro a salir de su pobreza y a construir su poderío, olvidando los consejos y los valores inculcados por la abuela:

*“No estás allí para ganar dinero, sino para aprender. . .*

*Es necesario que te resignes.” (p. 24).*

*“Espere a tenerlo todo no solamente algo, sino todo lo que se pudiera conseguir de modo que no nos quedara ningún deseo, sólo el tuyo, el deseo de ti.”* (p. 86).

El segundo alejamiento de lo materno femenino en la juventud de Pedro Páramo está marcado por la muerte de su madre y de su abuela y su establecimiento en la Media Luna, hacienda de Lucas Páramo.

Con respecto a la muerte de estas figuras maternas, no se tienen mayores referencias en la novela. Sin embargo, puede establecerse que cronológicamente ambas muertes ocurren antes de que dé inicio el cacicazgo de Pedro en la región, e incluso, antes de su matrimonio con Dolores Preciado. Al hablar sobre los preparativos de este matrimonio dice Fulgor Sedano a Pedro:

*“Dice que usted nunca va a misa. Le prometí que iría. Y desde que murió su abuela ya no le han dado los diezmos.”* (p. 43).

Al hablar con Dolores, Fulgor expresa:

*“El quisiera que fuera ahora mismo. Si es por los ajuares, nosotros se los proporcionamos. La difunta madre de don Pedro espera que usted vista sus ropas. En la familia existe esa costumbre.”* (p. 43).

Sin embargo, tal como se presenta en la novela la noticia de la muerte de Lucas Páramo, dada a Pedro por su madre, podría pensarse que es alrededor de este tiempo que ocurre la muerte de la madre de Pedro, sobre todo porque el “rubullir” y el “retorcerse de su cuerpo”, términos con los cuales se describe la pena materna, se encuentran asociados en otros pasajes de la novela al advenimiento de la muerte. Con la muerte de la madre, se aleja también la protección que ejerce sobre el hijo, protección que se hace evidente en la frase “impidiendo la llegada del día”, y en el “cielo sin estrellas”, motivos con los cuales se describe su presencia en la puerta.

*“Por la puerta se veía el amanecer en el cielo. No había estrellas. Sólo un cielo plomizo, aún no aclarado por la luminosidad del sol.”*

*“Y aquí, aquella mujer, de pie en el umbral; su cuerpo impidiendo la llegada del día.”* (p. 28).

La llegada del día y el sol luminoso funcionará en la novela como símbolo del cacicazgo de Pedro, de su mundo patriarcal y de los efectos de este mundo sobre Comala. Ilumina la tierra vacía, en ruinas, a la hora de la muerte de Pedro y es una llanura que reverbera en el sol lo que encuentra Juan Preciado en su viaje a Comala, tiempo después.

Las estrellas son un motivo que aparece en repetidas ocasiones en la novela, generalmente como símbolo del elemento sexual que destruye y acarrea la muerte: se habla de un cielo con estrellas cuando se acerca la muerte de Juan Preciado, llueve estrellas cuando muere Miguel Páramo y cuando el padre Rentería recuerda su diálogo con la hermana de Eduviges, donde se habla del suicidio de ésta y de su muerte sin perdón; se habla de "un cielo lleno de estrellas, gordas, hinchadas de tanta noche" en el encuentro sexual de Pedro con la chacha Margarita (p. 109) y también se harán presentes en la ensoñación que destruye a Pedro Páramo:

*"Suave, restregada de luna; tu boca abullonada, humedecida, irisada de estrellas; tu cuerpo transparentándose en el agua de la noche. Susana. Susana San Juan". (p. 128).*

A partir del resquebrajamiento de su mundo materno y de la muerte de Lucas Páramo, Pedro da inicio a su cacicazgo. Logra conservar la Media Luna mediante su matrimonio por interés con Dolores Preciado y extiende sus tierras a través del asesinato y la intimidación. Cambia de domicilio, abandonando la casa materna por la Media Luna, produciéndose con este desplazamiento geográfico un nuevo y definitivo alejamiento del mundo materno. Únicamente una vez será evocada la madre: en el amanecer de la muerte de Miguel Páramo y su alejamiento de ella será evidente:

*"Vino hasta su memoria la muerte de su padre, también en un amanecer como éste; aunque en aquel entonces la puerta estaba abierta y traslucía el color gris de un cielo hecho de ceniza, triste, como fue entonces. Y a una mujer conteniendo el llanto, recostada contra la puerta. Una madre de la que él ya se había olvidado y olvidado muchas veces, diciéndole: Han matado a tu padre". (p. 71).*

Sin embargo, el cacicazgo y el poder de Pedro, establecidos para lograr el amor de Susana San Juan, fracasan: Susana San Juan es siempre una ausencia en la vida de Pedro. Cuando niña, se va del pueblo y cuando por fin

regresa a Comala, treinta años después y Pedro se casa con ella, Susana vive la locura de su amor por Florencio. Muere, simbólicamente, el 8 de diciembre, día en que el pueblo celebra la fiesta de la Natividad, y su muerte, celebrada sin saberlo, por Comala, acarrea la cólera de Pedro y la muerte del pueblo.

Paradójicamente, la muerte le llega a Pedro a través de Abundio, hijo de una madre abandonada por él y cuya mujer, la Refugio, también acaba de morir.

## 2. *Juan Preciado y el elemento femenino materno.*

Es quizá en el segundo nivel de la obra, la historia de Juan Preciado, donde puede apreciarse con más claridad cómo el alejamiento del elemento femenino materno conduce al personaje a la tragedia.

Tal como Bastos y Molloy señalan<sup>(5)</sup> la novela se inicia “con la declaración de una busca; también con la declaración de un pacto con una madre”. En su lecho de muerte Dolores Preciado revela a su hijo el nombre de su padre, haciéndole prometerle que irá a visitarlo una vez que ella muera. La petición de Dolores, sin embargo, es establecida en los siguientes términos:

*“No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio. El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.”* (p. 7).

Mediante su petición, Dolores le asigna a su hijo, con el cual obviamente forma una unidad, la misión de constituirse en vengador de la afrenta, del despojo y del olvido económico de que madre e hijo fueron objeto por Pedro Páramo, y sobre todo, la misión de recobrar lo que les pertenece por derecho materno: “No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro”.

Si se tiene en cuenta que una de las formas mediante las cuales Pedro Páramo logró su cacicazgo sobre la región fue casándose con la rica Dolores y apoderándose de sus bienes, la misión asignada a Juan por su madre en su lecho de muerte, se ubica dentro de un contexto de restitución no solamente de los bienes sino del equilibrio perdido en Comala por la acción de Pedro, en otras palabras, del orden idílico que conoció Dolores y con cuyo recuerdo alimentó su vida mientras vivió en Sayula.

Y sin embargo, Juan no sólo no acepta esa misión al decir: “No pensé cumplir mi promesa” sino, lo que es más, comienza a tejer un mundo de

sueños alrededor de la figura de Pedro Páramo, sustituyendo la petición de venganza de la madre por la ilusión por el padre desconocido.

Es desde esta inversión del motivo de su viaje a Comala que Juan inicia su progresivo alejamiento de la figura materna, el cual una vez realizado, le llevará a una serie de alejamientos sucesivos, simbolizados en los encuentros con las figuras femeninas maternas sustitutas que le reciben en Comala.

Su propósito de viajar a Comala para encontrar al padre es reiterado tres veces: la primera vez, en su encuentro y seguimiento de Abundio, la segunda, en su encuentro con Eduviges Dyada como manifestación de su deseo de quedarse en Comala y la tercera, en la aceptación que hace de la invitación de acompañar a Damiana Cisneros a la Media Luna, para pasar allí la noche. En cada uno de estos encuentros, paralelo al alejamiento del deseo de la madre se dará un acercamiento de Juan a su propia muerte.

El encuentro de Juan con Abundio tiene lugar en un sitio llamado "Los encuentros", el cual presagia con su nombre, el destino que le espera a Juan en Comala. Es a través de Abundio, en su camino a Comala, que Juan empieza a enterarse de la realidad del mundo de su padre, fundamentalmente, que Pedro Páramo es un "rencor vivo" a pesar de haber muerto hace muchos años. Sobre todo es introducido al mundo geográfico de Comala, producto del padre, tan diferente a los recuerdos de Dolores Preciado:

*"En la reverberación del sol, la llanura parecía una laguna transparente, deshecha en vapores por donde se traslucía un horizonte gris. Y más allá, una línea de montañas. Y todavía más allá, la más remota lejanía." (p. 9).*

*"Hay allá pasando el puerto de Los Colimotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarillada por el maíz maduro. Desde ese lugar se ve Comala, blanqueando la tierra, iluminándola durante la noche." (p. 8).*

Eduviges Dyada, sin embargo, representa un punto todavía cercano a la figura materna en el progresivo alejamiento de Juan: se le revela como su madre posible, como su "casi madre" por haber sustituido a Dolores en el lecho de Pedro Páramo la noche de sus bodas y como la amiga de la infancia de la madre a quien, ésta, desde la tumba, le revela la

llegada del hijo al pueblo, haciendo con ello que Eduviges despliegue toda una serie de actitudes protectoras de carácter maternal con respecto a Juan. Sin embargo, paradójicamente, estas actitudes protectoras están cargadas de una carga letal para Juan Preciado y funcionan como elementos que, al hallarse relacionados con la historia de Pedro Páramo, acercan a Juan a su destino trágico. En primer lugar, Eduviges conduce a Juan al cuarto donde años atrás fuera asesinado Toribio Aldrete, y sin revelar este detalle, lo aloja allí, centrando su charla alrededor de sus recuerdos sobre Dolores Preciado, en el recuerdo de su fallido encuentro sexual con Pedro Páramo y, sobre todo, en la muerte de Miguel Páramo. En sus relatos se hace evidente el aspecto femenino sexual de su persona, elemento que se hará presente de manera total en la hermana incestuosa y que presagia a Juan su futura muerte.

*“Me valí de la oscuridad y de otra cosa que ella no sabía: y es que a mí también me gustaba Pedro Páramo. Me acosté con él, con gusto, con ganas. Me atrinchilé a su cuerpo.”* (p. 22).

Ante esta presencia ambigua, donde lo sexual se mezcla con lo materno la lógica de Juan Preciado comienza a derrumbarse:

*“Yo creía que aquella mujer estaba loca. Luego ya no creí nada. Me sentí en un mundo lejano, y me dejé arrastrar. Mi cuerpo, que parecía aflojarse, se doblaba ante todo, había soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él como si fuera de trapo.”* (p. 15).

Una vez que Eduviges relata el episodio de la muerte de Miguel Páramo, se marcha dejando a Juan en la oscuridad del cuarto mortuario, presagiando, con su alejamiento, el abandono en que dejara a Juan la voz de la madre páginas adelante. Una vez que Eduviges se marcha, el pasado se hace presente y Juan oye el grito agónico de Toribio Aldrete. De la inquietud y el sobresalto que este suceso le produce llega a sacarlo la figura de Damiana Cisneros.

Con su encuentro con Damiana Cisneros, Juan Preciado se halla más lejos de su madre y más cerca de su muerte. En primer lugar, acepta ir a la Media Luna, recinto del padre, cuando Damiana le promete que allá descansará mejor. En segundo lugar, Damiana se le presenta como su nodriza: “Te conocí desde que abriste los ojos” y su relación materna con Juan se

encuentra más debilitada que en el caso de “la casi madre”, Eduviges. Por otra parte, en su vida pasada Damiana estuvo más cerca de Pedro Páramo que Eduviges: no llegó a acostarse con él, pero por haberse dado a respetar sirvió como caporal de todas las sirvientas de la Media Luna durante su vida y fue el apoyo de Pedro en el momento de su muerte.

En su camino a la Media Luna, ya fuera de la casa de Eduviges Dyada, Damiana revela a Juan la condición de alma en pena de Eduviges y el misterio del cuarto a donde ésta le había llevado. Le habla, también, de la realidad que se vive en Comala, del eco y de las sombras, y con sus palabras ayuda a Juan a profundizar el silencio y a reconocer más allá de él las voces escondidas y las sombras de los aparecidos que deambulan por el pueblo, rememorando su vida pasada. Pero al igual que en el caso de Eduviges, su ayuda presenta la doble cara de lo destructivo: Juan no llega a la Media Luna y la promesa de descansar, por fin, en la casa del padre se desvanece al cuestionar la condición de alma en pena de Damiana:

*“¿Está usted viva, Damiana? Dígame, Damiana. Y me encontré de pronto solo en aquellas calles vacías.” (p. 46).*

Damiana Cisneros se desvanece y con ella la última figura sustituta materna que encuentra Juan Preciado en vida, dejándolo inmerso en un mundo de ecos y de fantasmas que ya no puede eludir y que representa su inmersión en el mundo de muerte de Comala. En su charla con Eduviges, Juan había sido incapaz de escuchar el caballo fantasma de Miguel Páramo; ahora, después de su encuentro con Damiana, ve y escucha esa otra realidad del pueblo. Los ruidos, las voces y los rumores se le hacen evidentes. Y es así como el contraste entre la realidad y los sueños, entre el mundo conocido y amado por la madre en su juventud y el mundo del padre se le revela, descubriéndosele la condición de Comala y la futilidad de su esperanza:

*“Vi pasar las carretas. Los bueyes moviéndose despacio. El crujir de las piedras bajo las ruedas. Los hombres como si vinieran dormidos. “. . . Todas las madrugadas el pueblo tiembla con el paso de las carretas. Llegan de todas partes, copeteadas de salitre, de mazorcas, de yerba y de para.” (p. 50).*

Una vez que la contradicción entre el mundo de su esperanza y el mundo de la realidad se le hace evidente, Juan Preciado siente el impulso

de regresar. Su regreso supone la vuelta al mundo materno, a Sayula, al lugar seguro de la madre. A partir de este momento, también, Juan Preciado tratará de alejarse del mundo del padre, como si comprendiera la carga de destructividad que tiene para él: ya no mencionará el nombre de Pedro Páramo cuando el alguien que le invita a entrar a la casa de la pareja incestuosa le toca los hombros y le pregunta qué hace allí; tampoco pregunta por él cuando habla con la hermana de Donis, sino que recurre al nombre de su madre:

*“¿Cuánto hace que están ustedes aquí?  
—Desde siempre. Aquí nacimos.  
—Debieron conocer a Dolores Preciado.  
—Tal vez él, Donis. Yo sé tan poco de la gente.”* (p. 55).

Sin embargo, todos los intentos de regresar al mundo materno le son reiteradamente bloqueados a Juan Preciado.

Su encuentro con la pareja incestuosa marca una nueva y diferente etapa de su viaje. Aquí, las figuras femeninas maternas sustitutas desaparecen y en su lugar surge la mujer incestuosa, carcomida por el pecado sexual y la culpa, como un símbolo claro del mundo de Comala. En este encuentro también la condición de pecador de Juan Preciado, heredero del mundo de Pedro Páramo por opción voluntaria, se hace evidente en la única descripción que de él se tiene en la novela: la hermana de Donis, le describe como un pecador y un mal hombre, condición que ya ha sido apuntada en el letrero del medallón que pendía del cuello de Eduviges cuando recibe a Juan Preciado, el cual decía: “Refugio de Pecadores”.

*“Se rebulle sobre sí mismo como un condenado. Y tiene todas las trazas de un mal hombre. Levántate, Donis. Míralo. Se res triega contra el suelo, retorciéndose. Babea. Ha de ser alguien que debe muchas muertes. Y tú ni lo reconociste.”* (p. 53).

En la casa de la pareja incestuosa, por otra parte, se cumple el alejamiento definitivo de la madre por parte de Juan Preciado y se acrecientan los signos que señalan el encierro trágico de Juan en el mundo del padre. La madre no puede verlo y su voz, la voz que en el recuerdo le ha acompañado desde su salida de Sayula, se pierde “más allá de la tierra”, como

si se fuera por el camino “que atraviesa toda la tierra”, negándosele a Juan parte de la promesa hecha por la madre al hablarle de Comala:

*“¿No me oyes? Pregunté en voz baja y su voz me respondió:*

*—¿Dónde estás?*

*—Estoy aquí, en tu pueblo, junto a tu gente.*

*—¿No me ves?*

*Su voz parecía abarcarlo todo. Se perdía más allá de la tierra.*

*—No te veo.” (p. 60).*

*“Allá me oirás mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos que la de mi muerte, si es que alguna vez la muerte ha tenido alguna voz.” (p. 12).*

Poco antes del encuentro erótico de Juan Preciado con la hermana de Donis, aparece la estrella de la tarde y la luna, como un anuncio de la conjunción de la lejanía de la figura protectora materna y del acercamiento del elemento femenino sexual. Una vez realizado este encuentro sexual con la mujer incestuosa, la muerte le sobrevendrá rápidamente a Juan Preciado. Su muerte será, al igual que la muerte de Pedro Páramo, una muerte donde el calor se prende al cuerpo, como la muerte de un condenado. Con ella, Juan Preciado encuentra la herencia paterna: el infierno, la sexualidad pecaminosa y la muerte.

Una vez que su destino se ha cumplido en la muerte, Juan encontrará su pasado y la historia de su padre en los relatos que le cuenta Dorotea y en los monólogos que escucha de Susana San Juan, enterrada a la par de su tumba. Con Dorotea, su madre de la muerte, se cierran, definitivamente, sus encuentros. El orden idílico buscado por Dolores, el orden de la vida, se le niega para siempre a Juan Preciado. Sin embargo, se establece el equilibrio de la muerte: el hijo encuentra la historia de su padre y la mujer que en vida nunca tuvo un hijo encuentra a Juan Preciado. Nuevamente vuelve a llover en Comala y se cierra, así, el círculo trágico.

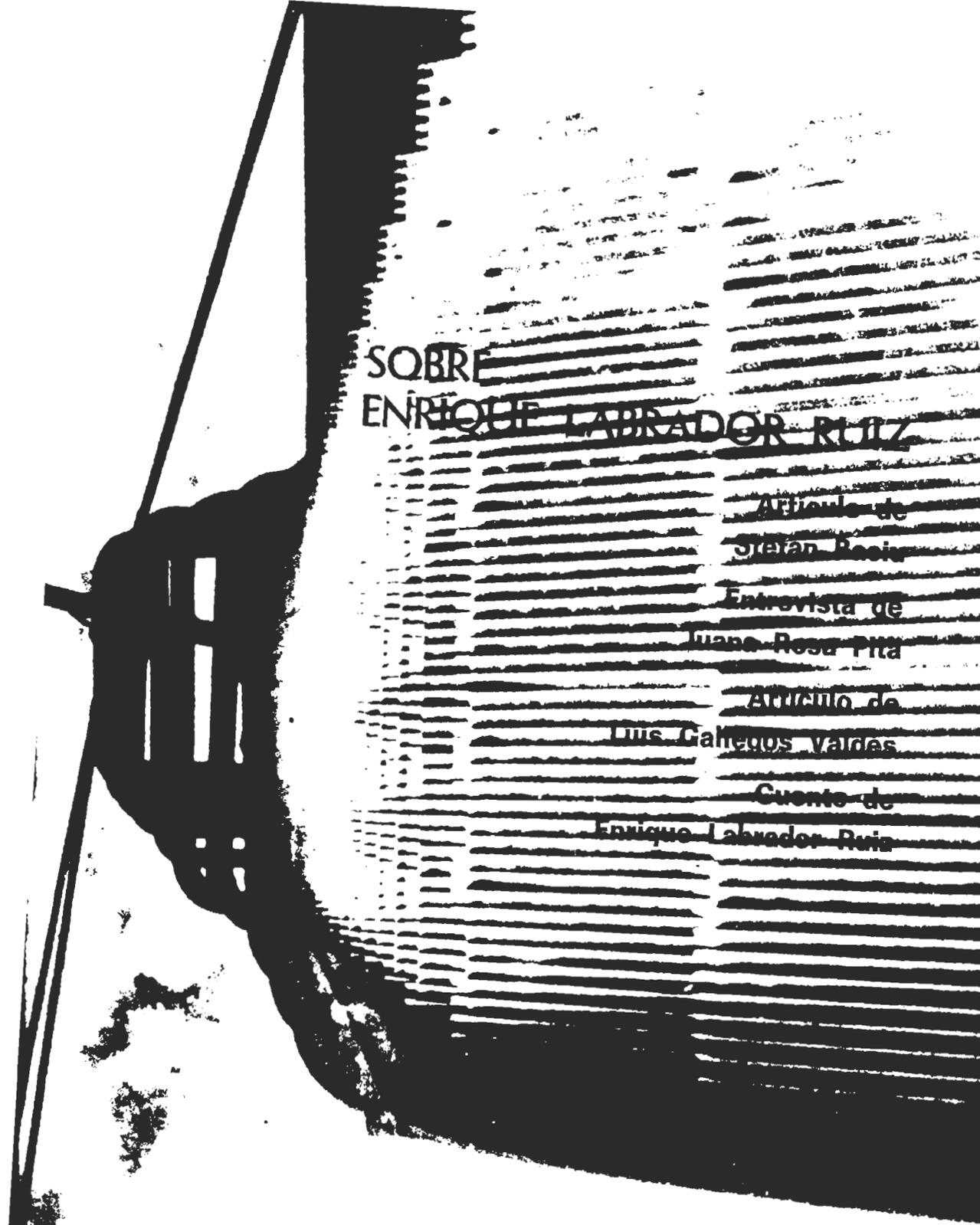
*“¿Oyes? Allá afuera está lloviendo. ¿No sientes el golpear de la lluvia?” (p. 65).*

### CITAS

- (1) Leal, Luis: **"La Estructura de Pedro Páramo"**, en Homenaje a Juan Rulfo, Anaya/Las Américas, 1974, p. 22.
- (2) Rodríguez-Alcalá, Hugo: **"Juan Rulfo: Nostalgia del Paraíso"**, op. cit, p. 37.
- (3) Sommers, Joseph: **"A través de la ventana de la sepultura"**, op. cit, p. 50.
- (4) Bastos, María Luisa y Molloy, Sylvia: **"La estrella junto a la Luna, variantes de la figura materna en Pedro Páramo"**, p. 247.
- (5) Bastos y Molloy, op. cit, p. 248.

### BIBLIOGRAFIA

- Rulfo, Juan: **"Pedro Páramo"**, 13 Edit, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- Giacomán, F. Helmy: **Homenaje a Juan Rulfo**, Anaya/Las Américas, 1974.
- Bastos y Molloy: **"La estrella junto a la Luna, variantes de la figura materna en Pedro Páramo"**. 1975.



SOBRE  
ENRIQUE LABRADOR RUIZ

Artículo de  
Stefan Bozin

Entrevista de  
Juana Rosa Pita

Artículo de  
Luis Galegos Vargas

Cuento de  
Enrique Labrador Ruiz

**ENRIQUE LABRADOR RUIZ**

Notable novelista y periodista cubano (1902). Es uno de los precursores de la narrativa hispanoamericana actual. Vive en Miami. Obras principales: "Cresival" (Novela, 1936); "Anteo" (Novela, 1940); "Carne de Quimera" (Relatos. 1947); "La Sangre Hambrienta" (Novela, 1950)...

**STEFAN BACIU**

(Ver CULTURA 65)

**LUIS GALLEGOS VALDES**

(Ver CULTURA 64)

**JUANA ROSA PITA**

(Ver CULTURA 68-69)

*STEFAN BACIU*

## ENRIQUE LABRADOR RUIZ

Al llegar a La Habana en 1959, como enviado de "Tribuna da Imprensa", la primera visita que hice fue al embajador brasileño Vasco Leitão da Cunha. De un lado, mi director, Carlos Lacerda, buen amigo del embajador, me había recomendado hacerlo, y, de otro lado, la actividad de Leitão da Cunha durante la dictadura de Batista, había hecho de él una verdadera "leyenda viva", debido a sus ideas políticas democráticas, que solía poner en práctica acogiendo a todo cubano antibatistiano que acudía a la Embajada del Brasil en busca de asilo político. Tanto él, como su mujer, "dona Nininha" (que en español significa más o menos "doña Nenita") y los demás diplomáticos que integraban la misión

brasileña en la capital cubana, habíanse transformado en centro de la vida diplomático-política, y las habitaciones de la embajada tenían a veces el aspecto de una casa de huéspedes.

Vasco Leitão da Cunha ("Vasco", le llamaban familiarmente en el Brasil) era un hombre sencillo y noble al mismo tiempo, dueño de una sólida cultura literaria, social y jurídica, lleno de experiencia y de sabiduría que había acumulado al correr de los años, en el transcurso de una carrera de las más brillantes del "Itamaraty", como es conocida la cancillería brasileña.

Al presentarme a la embajada y al entregar mi tarjeta, fui conducido después de pocos minutos de espera al despacho del embajador que

me recibió amable y cordial, como si fuese un viejo amigo. En realidad, yo era el primer periodista brasileño que llegaba a Cuba después de la subida al poder de Fidel Castro, si descontamos un grupo que viajó a La Habana oficialmente en los primeros días de Enero de 1959, para asistir a la explosión popular que siguió a la fuga de Batista, permaneciendo en la capital unos pocos días.

Al decirle al embajador que fuera de los políticos, me interesaba muchísimo conocer a algunos de los escritores cubanos, Leitão da Cunha me dijo que —a su juicio, el más importante de todos, el más “accesible”, y el “mejor amigo del Brasil y de los brasileños”, era el pro-sista y cronista Enrique Labrador Ruiz.

—“¡Usted tiene que conocerlo lo antes posible. Es, además de gran escritor, un cubano típico: generoso, cordial, simpático, culto y bien informado!”. Al escuchar estas palabras del embajador, recordé que al salir de Río de Janeiro, Mariano Picón-Salas, que me había acompañado al aeropuerto, me habló con el mismo entusiasmo de su amigo Enrique, a quien consideraba uno de los más destacados escritores de Cuba.

—“Vaya a conocerlo, Stefan”, me había dicho don Mariano, “¡así Ud. entrará en contacto con la verdadera Cuba!”.

Leitão da Cunha llamó a uno de los funcionarios de la embajada, el cubano Manolo Abelend, que era amigo de Enrique Labrador Ruiz y me lo presentó, pidiéndole a Manolo que me pusiera en contacto lo más pronto posible con Labrador Ruiz. En seguida me despedí del embajador, que me había invitado a venir a la embajada aquella misma noche; estaba invitando el gobierno cubano a una recepción, para que pueda reencontrar a Fidel Castro (lo había conocido en la Ciudad de México en 1956) y conocer a su hermano Raúl, al “Che” Guevara y demás personalidades de la revolución del “26 de julio”.

\* \* \*

Me encontré con Labrador Ruiz a la hora del almuerzo en una cantina que tenía un pequeño jardín, al aire libre, no muy lejos del “Malecón”, ya no me acuerdo ni del nombre, ni de la ubicación exacta, pasados más de veinte años desde aquel día— y qué veinte años...

Yo venía acompañado por Manolo Abelend, Labrador Ruiz nos esperaba, vi que tenía a su lado unos periódicos —y, para mi alegría, unos libros con su nombre en la portada, y que, suponía, me estaban destinados... Encontrar en el Brasil, en aquellos años (y —supongo— hoy día también) un libro cu-

bano, era algo así como un sueño imposible...

Labrador Ruiz mediaba entonces sus 50 años, un tanto fuerte pero no grueso, con unos ojos vivos que brillaban al correr de la conversación que transcurría en un español —para mí— velocísimo y a veces casi incomprensible, a causa de los cubanismos y modismos, que tanto él como Manolo Abelend usaban con frecuencia, y eso que no se debe olvidar que yo tenía ya cierta “práctica” adquirida a través de mis amistades panameñas. Naturalmente que la primera cosa que quiso saber, era la razón de mi presencia en Cuba, y al oír que venía a hacer reportajes y entrevistas para el diario de Carlos Lacerda, se animó todavía más, porque —me decía— admiraba al periodista y político brasileño.

Naturalmente, hablamos más de literatura que de periodismo, y pude darme cuenta que —al contrario de la mayoría de los escritores hispano-americanos—, estaba bastante informado de la literatura brasileña: me habló de su admiración por José Lins do Rêgo, el novelista, y Manuel Bandeira, el poeta, y me preguntó por Jorge Amado, mencionando también a Jorge de Lima, con quien parecía haber mantenido correspondencia e intercambiado libros, lo que me llevó a acordarme nuevamente del fichero que el poeta brasileño tenía en su gabinete

médico, en “Cinelândia”, donde por primera vez vi los nombres y las direcciones de Gabriela Mistral, Francisco Luis Bernárdez, Max Jiménez, Andrés Eloy Blanco y otros. Me preguntó por los más jóvenes, que sólo conocía de nombre, y le hablé de João Cabral de Melo Neto, Clarice Lispector Lêdo Ivo y de la “generación del ‘45”.

Después me tocó el turno y le pregunté por los escritores cubanos que yo conocía: Lino Novas Calvo, Nicolás Guillén, Jorge Mañach, Eugenio Florit, Mariano Brull, José Lezama Lima —hasta que la conversación giró de nuevo hacia el tema del día— la política, y Labrador quiso saber *qué* pensaba yo sobre lo que estaba ocurriendo en su país.

Más tarde hizo una llamada telefónica y me dijo que había arreglado una cita con el pintor y caricaturista Juan David, y que éste estaba esperándonos. Me acuerdo de un pequeño apartamento, si la memoria no me falla, en “El Vedado”, lleno de luz y de cuadros, donde nos quedamos un buen rato. Al salir, en la calle, nos cruzamos con un hombre que saludó a Labrador, y entonces supe que era Alejo Carpentier, a quien ya conocía de las historias caraqueñas, contadas por Beatriz y Mariano Picón-Salas. Hacía calor, el sol brillaba sobre La Habana, Labrador Ruiz me entregó su libro recién-salido, “El pan de

los muertos" y seguidamente me fui al "Hotel Nacional", donde estaba hospedado. Tenía que descansar un poco, pues en la noche estaba invitado a la recepción donde iba a conocer al gobierno de Castro.

Aquellos días giraban en su totalidad en torno a la política y a las conjeturas que se hacían sobre ella; Fidel Castro había tomado el poder en enero y estábamos apenas en marzo, de modo que los pocos esfuerzos que hice para informarme un tanto más de la literatura cubana, fueron casi inútiles. Por esto, los encuentros, bastante frecuentes, con Enrique Labrador Ruiz eran para mí algo así como un oasis en medio de un torbellino dominado por un hombre: Fidel.

A veces Labrador venía al hotel, salíamos a pasear, y durante las caminatas tenía que contarle con todos los detalles a quiénes había "conseguido" ver y entrevistar.

—“Dos semanas, en las circunstancias presentes, es muy poco”, decía él, “te tienes que venir a Cuba y poner casa en La Habana por algunos meses, para ver cómo anda todo esto y la manera como vivimos”. Mi amigo estaba tan entusiasmado con la idea, que quiso comenzar a buscarme un apartamento de alquilar. Si digo que en marzo y abril de 1959 yo “sabía” o “presentía” algo, sería, sin duda una exageración, aunque ya me preocupaban las palabras que me ha-

bía dicho cierto amigo de ordinario discreto, que estaba bien informado de la política cubana, y ciertos hechos (“insignificantes” en apariencia, tal vez) como la guardia que “cuidaba” la finca del ex-presidente Carlos Prío Socarrás, me daban un aire de “déja vu” y no podía evitar de pensar en lo que había vivido en mi Rumania natal, unos quince años antes.

Nos reunimos a menudo, en cafés y en bodegas, y me acuerdo que cierta vez vino con nosotros un amigo común, Sandu Darie, el ex-caricaturista “Hay” de las revistas rumanas “Adam” y “Cuvantul Liber”, en la década de los años '30. Darie vivía en Cuba y era bastante conocido como artista gráfico. El se había ido de Rumania, creo que poco antes de la segunda guerra, para escapar de las persecuciones raciales, huido de la dictadura. Lo que no pude comprender fue cómo había aceptado decir “sí” al castro-leninismo, quedándose en Cuba, bajo otra dictadura.

Al dejar La Habana, ya tenía bastante claro que la idea de Labrador Ruiz, de “poner casa” para “observar la revolución” no era más que un sueño lejano. Al llegar a Río de Janeiro, se lo conté a Mariano Picón-Salas, y éste me escuchó con tristeza, a pesar de que a él, Fidel Castro nunca le había caído bien.

Así, Labrador Ruiz quedó —literalmente— atrás y en la ratonera.

Pero desde entonces nuestro intercambio epistolar fue estable y desde La Habana solía recibir cartas y recortes de diarios y revistas, que —más y más— se colmaban de mudos comentarios, de puntos de exclamación, o de una sencilla palabra, que *decía* todo, como “ojo”, “¡mire!” o “hélas”. Era lo bastante, como para comprender que la puerta de la ratonera estaba por cerrarse: ¡el telón de hierro bajaba implacablemente sobre Cuba!

Una vez en el Brasil, traté de llamar la atención, por medio de reseñas, entrevistas y reportajes, sobre la importancia de la obra de este prosista y memorialista, cuyas técnicas de la “novela gaseiforme” habían contribuido de manera decisiva y precursora en la renovación de la prosa cubana y por ende, hispanoamericana. Naturalmente que en la difusión de esta obra tuve, inmediatamente, como aliado a Manuel Bandeira (y en esto quedamos), pero sus intervenciones y su “pistolão” (enchufe) junto a algunos editores no dieron ningún resultado positivo. En aquellos años, el interés de los editores brasileños por la literatura hispano-americana era mínimo, cosa que sólo comenzó a cambiar con el llamado “boom”, hábilmente manejado por los Mario Benedetti, Emir Rodrigues Monegal y compinches menores.

Debo reconocer melancólicamente, que todo mi empeño —entre los

años que van de 1953 hasta 1962— para “convencer” a los editores brasileños de la importancia literaria de la “otra” América Latina, la hispánica, no pasó de ser una quijotadita. De esta manera Labrador Ruiz quedó tan desconocido allá como lo había estado antes.

Después yo me fui a los Estados Unidos (no sin hacer antes una breve visita a Miami, en 1960, de donde a mi regreso publiqué un reportaje en “Tribuna da Imprensa”, titulado “En Miami he visto a los rusos blancos de América”, que causó un gran revuelo entre los cubanos que se preparaban a volver a La Habana “mañana”).

Para Labrador Ruiz iba a comenzar la larga noche del silencio que duraría casi dos décadas. Sus cartas de La Habana hacíanse cada vez más escasas y para comprenderlas había que *interpretar* los silencios y leer entre las líneas.

Por aquellos tiempos mi amigo sólo podía enviarme un “telegrama aéreo” al año, firmado con unas líneas hechas a la carrera que resultaban “indescifrables”; fue entonces cuando escribí una crónica titulada “¡José no, Enrique sí”, donde —una vez más— subrayaba la importancia precursora de la novela “gaseiforme”, llamando la atención sobre el hecho que el “Paradiso” de José Lezama Lima vino mucho más tarde, y que —en consecuencia— el auténtico innovador de la prosa cu-

bana era —no José, sino Enrique—. El pequeño texto que forma parte de los artículos que suelo llamar “Palabras en Libertad” salió en más de una decena de revistas, diarios y suplementos literarios, pero —naturalmente— el “boom” seguía “dale que dale” con Lezama Lima y Alejo Carpentier, este último, en comparación a Labrador Ruiz, un “innovador” de poca trascendencia.

Claro que esto no daba lugar para hacerse ilusiones, porque Labrador Ruiz después de haber abandonado Cuba, donde por fuerza fue obligado a dejar toda su biblioteca, papeles, correspondencia, cuadros, en una palabra su *vida* entera después de pasar unos años, primero en España y después en Venezuela, para viajar finalmente a los Estados Unidos, sigue tan... inédito como en los años de su “exilio interior”.

Nuestra correspondencia se reanudó de nuevo con la misma asiduidad y desde Miami, donde vive y trabaja, a la isla de Oahu, donde escribo estas reminiscencias, las cartas del joven septuagenario son tan

frecuentes, tan alertas, tan vivas y tan amicales, como aquellas que solía recibir en los primeros años de los '60 en Río de Janeiro.

En el “mundo libre”, Labrador Ruiz sigue siendo —literariamente— víctima si no del *boom* (q.e.p.d.), de sus herederos y acólitos. Basta con decir que hasta 1981 no ha sido editado ningún nuevo libro suyo, sin hablar de la (tan merecida) edición completa de sus obras.

Sé que en la Florida se ha organizado un encuentro donde ha sido tema de ponencias, y que en España se editó casi en silencio un libro de Rita Molinero sobre su obra. Aquí en el Océano Pacífico, con los paupérrimos recursos a mi alcance, le dedicamos un cuaderno de la “carta internacional de poesía” MELE, con la colaboración de Eugenio Florit, Juana Rosa Pita y uno que otro más: bien poco, muy poco, en medio de la envidia y de la injusticia, *clima* natural para esos “ninguneados” que son los libres y los rebeldes en el mundo hispanoamericano.

JUANA ROSA PITA

## LA PALABRA EN EL ESPEJO: CONVERSACION CON ENRIQUE LABRADOR RUIZ



Con esa su pasión por que no le hagan cuentos sobre ningún suceso real o irreal, llegó a este mundo Enrique Labrador Ruiz, el 11 de mayo de 1902, justo a tiempo para no perderse el nacimiento de la República de Cuba. No había astrólogos en esa casa del humilde carpintero para informar que el niño había nacido bajo el signo del Toro, cuya fijeza terrenal es de todos conocida. Pero un mínimo de iniciación en la Cábala hubiera bastado para hacerse cargo de lo que se traía la criatura. Su número Onomástico (5) lo pre-

disponía a la incertidumbre, la vacilación, la confusión, la inquietud, que no resueltas, podrían precipitarlo en la irritabilidad, la impaciencia y el desaliento. Vale decir: su nombre —la cifra mágica obtenida por el

concurso de cada una de sus letras— lo convertía en disidente nato, tal como si se tratara de un ser plantado en una existencia contra la cual habría de rebelarse (revelarse) su naturaleza. Su número de Sendero de Nacimiento (1) le deparaba numerosas experiencias extrañas y un pasaje por la vida imponiendo sus propias convicciones y realizando sus propias ideas (dudas): una vida constructiva y creadora. Su número de destino, en fin, lo condenaba a galera perpetua, pues condicionaba su éxito a una vigilancia constante de las oportunidades —previo control de las emociones— y a una laboriosidad infatigable.

Ah, pero el día que Enrique, siendo aún niño, escogió el idioma como terreno de su particular labranza y entró en amistad íntima con las palabras, dio el giro decisivo al timón de la nave en que lo habían embarcado sus propias vibraciones numéricas. Lo demás es historia literaria.

En 1983 cumple ya medio siglo la revolución estilística de la novela desatada por el escritor cubano con la primera de su trilogía gaseiforme. Mucho antes de que Agustín Yáñez publicara *Al filo del Agua* (1947) o Julio Cortázar su *Bestiario* (1951), ya Labrador había inaugurado lo fantástico y con ello, los primeros ejemplares vivos de lo que luego se daría en llamar “nueva novela”. Desde el inicio, la narrativa labradoriana es de imprevisible espontaneidad, como la vida misma, cuyo diseño y sentido profundos han de ser encontrados (por quien lee o quien vive) bajo un atavío de aparente anarquía y cuyos personajes se encuentran y desencuentran tal si fueran planetas de cambiante órbita en un sistema de sol desconocido.

Quien lo conoce sabe que Labrador es su propio estilo: su narrativa destila cubanía quintaesenciada (enrarecida) por una visión personalísima y una *manera de vivir* (título de uno de sus libros de ensayo) implicando en la experiencia las palabras. La forma, la estructura, el vocablo... todo es en su escritura un elemento funcional que participa del fluir imaginario. Cada una de sus obras da testimonio. Abren el camino los relatos gaseiformes: *El Laberinto de sí Mismo* (1933), *Cresival* (1936) y *Anteo* (1940). Los novelines neblinosos: *Carne de Quimera* (1947) y *Trailer de Sueños* (1949). Le afianzan el reconocimiento *La Sangre Hambrienta* (novela, 1950), *El Gallo en el Espejo* (1953) y una colección de semblanzas de gran originalidad: *El Pan de los Muertos* (1958). Respecto a este último ha dicho otro gran escritor cubano (desterrado en Madrid): Gastón Baquero:

“¿Quién se atreve a llamar periodístico, para desdeñarlo, a este libro viril sin desplante, vigoroso sin bravuconería, quevediano sin plagio? Aquí está el gran periodismo literario o la gran literatura periodística, como se quiera. Enrique Labrador Ruiz que nos dio *Trailer de Sueños*, en 1949, abriendo novísimos caminos a las letras hispanoamericanas con este texto —como los abriera en 1933 con *Laberinto o El Laberinto de sí Mismo*— es también, para que no se le quede en falta ningún rasgo exigido a los escritores de raíz, de cuerpo entero, un periodista impar. Lo que escribe para los periódicos queda, como queda lo que escribe para sus novelas. Porque es todo uno y lo mismo, una sola y única cosa: escritor por destino, nacido para escribir en letras su emoción del lenguaje, su fabulación luminosa del mundo y la gente”.

Se ha hablado también del humorismo esencial así como de la polisemia de los textos labradorianos, quien no desdeña ningún género literario “con tal que no sea afectado”. Y nada más afectado que el realismo realístico, que al prescindir de la vida interior se desentiende de la vida propiamente humana. Porque hay que señalar que Labrador detesta a Hemingway y admira la conducta ejemplar de León Bloy, quien decía: “mi cólera es la efervescencia de mi piedad”.

¿Habrán vivido siempre en un estado de hiperestesia característico realzado por el insomnio y el estragamiento?, se pregunta uno ante este octogenario juvenil. Dice que vive del aire y me sospecho que no miente: jamás lo he visto comer dos bocados seguidos —excepto hoy, que ha venido a mi casa con Cheché, a compartir la succulencia parroquial de un arroz con pollo—. Con sus casi cincuenta años de vida, el matrimonio es casi tan ancestral como la nueva novela. Cheché es a todas luces la compañera de temple que precisa un hombre neblinoso. “Hay que tener un gran valor para estar casado con el Ché dos veces”, comenta Enrique con picardía calcada de una tira de “Los tres pilluelos”. Mientras, su mujer, que gusta de los claveles y ha prometido solemnemente no casar con escritor en la próxima ronda, se declara guardiana de la memoria común. Labrador no lo niega pero sigue en sus trece, como diría un paisano: “puesto que soy escritor siempre tengo la última palabra”. Cheché —lo mismo que cuando tenía una trenza larguísima— se bebe cada sílaba como quien oye querer: ¿No es eso el amor?

La sobremesa es sustanciosa. Todo es sustancia cuando Labrador lo nombra: todo es sobremesa. Su ironía festiva complace a todos por igual (mis padres y mis hijos le hacen coro): a todos nos mantiene en

ascuas. Como sus obras, está lleno de recursos expresivos. Y es que la palabra de Labrador nos acomete con la rapidez figurada de los sueños. Quien se distrae se lo pierde. ¿Se trata de un personaje onírico? Vaya usted a saber; aunque de su terrenalidad inveterada no cabe la menor duda. La prueba más palpable es que en estos tiempos de diluvio histórico, no se le ocurrió salvar los sueños en un arca sino —claro está— en un trailer.

Después de la torta de chocolate hay ánimo para pasar a otros manjares, igualmente divinos. No hay que cambiar el tono: se trata simplemente de continuar la conversación, pero a punta de grabadora. Algún crítico neoacadémico acometería con preguntas amenazantes. Por ejemplo: “¿A qué cree usted que pueda achacarse la importancia estructural de la preposición *por* a lo largo de toda su cuentística?”, o algo por el estilo. Pero yo prefiero el método de la curiosidad afectiva, que consiste en asomarme de muy buen talante al laberinto de él mismo, que es un modo enriquecedor de asomarme al laberinto de mí misma, que es, en fin, una excelente manera de seducir al minotauro. Y de eso se trata: de seducirlo, dándole tiempo al hilo sin necesidad de que corra la sangre.

La conversación con este maestro de la palabra saltarina y el concepto claro, como ha señalado Eugenio Florit, es siempre esclarecedora. Comencemos.

—Dígame, Enrique, ¿qué relación hay entre la naturaleza de su prosa gaseiforme y el hecho de que usted viva prácticamente del aire y duerma poco?

—Eso parece cosa metafísica, pero yo podría sustanciarla de otro modo. Yo estoy acondicionado para trabajar de una manera contra la naturaleza, es decir: yo puedo pensar, como todo ser consciente, pero no pensar de una manera muy profunda. Necesito estar delante de mi máquina de escribir porque ella piensa mejor que yo.

—Aceptado. Eso trae a colación otro asunto. Además de la orden del tornillo, ¿qué otra distinción literaria considera importante?

—Antes que la orden del tornillo, nada mejor que eso. Benito Quinquela Martín, es un gran pintor a quien conocí mucho en la Boca, en Buenos Aires, y . . . como a todos nos falta un tornillo, él ponía una cosita aquí en la solapa. Ese tornillo me lo puso a mí también. Había puesto tres mil tornillos ya, de modo que la orden era muy larga. Pero otra orden importante es la orden de la caballería. Yo soy de caballería, es decir, yo soy quijotesco: monto a veces en un pobre caballito, defendiendo

si están en pie o no... la forma vocabularia es tan cambiante y tan efímera que a veces me veo mezclado de confusión. Entonces remito un término que es absolutamente cubano, a Guatemala, a Honduras o Nicaragua, con lo cual me busco unos líos espantosos, puesto que no son así.

—Permanezcamos en terreno conocido entonces. ¿Qué es para usted lo real? ¿Qué grado de relación o casualidad cree que existe entre sueño y acción, entre lo subjetivo y la realidad?

—Para mí la realidad es siempre lo irreal; a partir de ese hecho funciono yo. Lo real para mí no tiene ningún valor puesto que yo lo irrealizo en el acto, ¿verdad? Entonces lo sustancio y lo elevo o... lo dejo caer. Depende de mi estado de ánimo y de mi contrición espiritual con respecto a mis pensamientos posteriores. Soy una persona muy vocada a hacerme otra vida nueva, puesto que estoy a punto de salir de ésta. Ya tengo ochenta años; entonces estoy acercándome ya a mi nueva vida que me está esperando por ahí, en alguna parte. Yo en mi nueva vida no voy a ser escritor: voy a ser crítico de escritores. (Risas).

—Bien, pero ha demostrado tener la misma vocación desde que era joven. Es el llamado de lo imaginario. Háblenos de su poder: del poderío de lo imaginario sobre “la realidad”.

—Claro, porque lo real puede ser ilusorio. A veces yo me encuentro con casos reales que son totalmente ilusorios. Yo no tengo ninguna mentalidad: soy un hombre impulsivo y además trabajo con algo que se llama lo empírico. Tengo mis duendes, que me acogen y me defienden de angustias y pesares cotidianos, pero también me iluminan para el misterio que se llama el mañana. Es decir: no estoy seguro de lo que estoy seguro; estoy seguro de todo lo que es inseguro.

—En efecto, es la disposición de ánimo del que viaja y está siempre descubriendo o desconfirmando cosas viejas. También como periodista usted ha sido un gran viajero. Tengo entendido que China fue uno de los países que más lo entusiasmaron. ¿Por qué?

—Ah, una cultura vieja, llena de refinamiento, llena de reverencia y llena de algo que me inclina a respetar. Quiero decir: saber que no todo lo que tenemos en la mano es lo cierto, sino que hay otra cosa. Si se decía constantemente que China era el centro del mundo y que el mundo se acababa en China, el chino para mí es una cosa respetable. Yo no sé chino; sé un poco de cantonés, del pequinés no sé nada, puesto que a Cuba no ha ido nadie de Pequín. A Cuba no fueron más que los pobres chinitos de Cantón, que eran unos chinitos chiquitos, cuando eso no se

ve en China. Esa es sólo una pequeña región que no tiene más que 80 millones de habitantes; y China... sabes que la tercera parte de la humanidad es china. Hay algo que me inclina a respetar al chino; su sentido de la deferencia, de la cortesía y del entusiasmo ante gente creadora.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Seis meses. Ya hace veinte años de eso.

—Saltemos otros tantos años luz para hablar de uno de sus cuentos. Me refiero a “Cinqueños”, de *El Gallo en el Espejo*. La protagonista del cuento es *telegonía* (a mí me parece maravillosa, pero al protagonista, horrenda): palabra llena de sugerencias imposibles. ¿Hasta qué punto está usted convencido del poder mágico de ciertas palabras, es decir: de su influencia energizadora o letal sobre la vida?

—Yo de esto de la telegonía no sabía nada. Hablando con unos familiares míos que son médicos (mi hermano era médico) me enteré. Siempre hablaban de la telegonía porque es un hecho real y exacto. Entonces me pareció que había que influir y además, añadirle la noticia que la telegonía funciona de manera mucho más misteriosa que tener una sentencia que se permite perpetuarse. Es decir: la telegonía es mental, como dice el término, telegonía es impregnación hacia después. Entonces esta cosa es también lo que yo veo en la obra literaria. Yo no me siento nunca delante de la máquina sabiendo; yo sin saber lo que voy a hacer, meto la cuartilla y escribo la primera palabra y ya sale todo. Yo no tengo nunca pensado cómo va un cuento ni cómo no va un cuento. Tengo algunos recursos de recuerdos para usar el vocabulario de la época o el que me hace falta para ambientar la cosa, pero mi sentido profundo nunca está expresado, puesto que yo tampoco soy poseedor de ese sentimiento y mucho menos de ese sentido, sino que voy a tientas hasta que el misterio me ayuda. Y es que soy un aliado de él.

—Aliado incondicional del misterio, he ahí el secreto ¿no es verdad? Pero supongamos que un día usted —por debilidad, claro está— quisiera resumir en pocas palabras su cosmovisión. ¿Cómo lo haría?

—No sé: no tengo mucho sentimiento de esa angustia. Todo es angustia. Y angustia es eso: tener la preocupación de lo no existido o que puede haber existido o que está vagamente, presuntamente o impresionantemente anunciado y no encontrado. ¿Como eso lo resuelvo yo? Dejando que mi máquina me ayude a resolverlo, que es quien sabe más que yo.

—Usted no es de los que amaestra la vida, para que encaje en

esquemas intelectuales más o menos de moda. Es poeta: no hay nada preestablecido en su mente que pueda sobreponerse a la vivencia que lo mueve.

—Claro, no puede ser, puesto que yo no soy un científico o un técnico de estas cosas, sino un hombre con impresiones y ciertos atisbos en zonas de misterio, que es donde me muevo. Dan o no dan; no sé si siempre soy exacto, pero como hay una cosa que se llama el vocabulario y ése me parece que se me da mejor, las palabras me ayudan a salir de todos los atolladeros mentales que puedo tener, puesto que no hay nada más importante que la palabra. He dicho muchas veces que yo no me he casado con Cheché ni con ninguna persona sino con las letras del alfabeto: Mis mujeres son las 27 letras del alfabeto; con ellas es con quienes tengo que relacionarme y tienen que ayudarme. Además, me son tan fieles que nunca me traicionan.

—Es refrescante ver que Ud. no se queja a voces de la imposibilidad del lenguaje, de que nada importante es expresable. Todo lo contrario, usted admitiría que incluso lo inefable es accesible gracias al concurso del lenguaje, algo así como por impregnación de sensibilidad. Ese mito tan difundido últimamente de que el español no sirve, que es un idioma incapaz de grandes sutilezas expresivas, etc. ¿Qué cree de todo eso?

—Me parece que son una cuerda de vagabundos que no saben lo que es el idioma. ¡Qué van a saber lo que es el idioma! El idioma es el tesoro, en todos los idiomas. Los idiomas están en nuestro corazón. Es decir, hemos nacido en un idioma tal vez un poco menguado con respecto al rico de otros idiomas más sutiles o más finos o más recurrentes para expresar las cosas. El idioma está en la formación de uno. Yo, por ejemplo, no leo más que una sola cosa; yo no leo novela hace muchos años, yo no leo cuento hace muchos años: no leo más que diccionarios, que es donde están todas las noticias del mundo para mí. Los diccionarios me allegan las noticias. Por ejemplo: si yo encuentro de pronto una palabra que es bella, le busco sus ascendientes, la rastreo. . . Eso es lo que me da una cierta calidad para encontrar profundidades que no se hallan fácilmente y mucho menos acusativamente contra el idioma. El idioma es la cosa perfecta, lo más bello que hay, y si no hubiera idioma yo no me podría expresar constantemente como vivo, nada más que hablando ¿no?, o escribiendo nada más.

—Sin lugar a dudas. Mi experiencia poética con las palabras es similar. A veces cae subrepticamente una de ellas en un verso y yo misma me sorprendo. “¿De dónde habrá salido esta palabra? (No la

ideas que tal vez no tengan mucha importancia o mucho estamento para la defensa, pero como soy un cruzado de la causa, de esta causa que se llama la letra o el entendimiento, o la forma del entendimiento que reduce a más que letra, pues por ahí batallo, y voy siempre quijotesicamente haciendo aventuras en las que salgo maltrecho y perdido siempre y jamás me conformo.

—Saldría maltrecho, pero lo disimula. Y sus aventuras gozan de buena salud literaria. ¿Es cierto que Julio Cortázar jamás ha reconocido la deuda literaria que tiene con usted, renovador de la narrativa e inaugurador de lo fantástico? A mí siempre me dio la impresión que los conejitos de “Carta a una señorita en París”, de Cortázar, no eran más que los herederos despersonalizados del gran “Conejito Ulán”.

—Bueno, no tiene por qué mencionarme, porque nadie menciona a quien le ha antecedido. Además, yo soy siempre una constancia sobre esta gente, puesto que cuando yo hice mi primer libro ellos no habían nacido.

—Cuéntenos de un matrimonio que usted conoció desde dentro: Neruda y Delia del Carril. ¿Qué se ha hecho de ella?

—He contado muchas cosas; tengo una larga historia de esa familia a quien he querido muchísimo. A Delia que la quise muchísimo y ¡está viva, eh! Te lo digo porque está en Santiago de Chile pintando maravillosos caballos. La vi cómo pintó por primera vez. Un día, por burla, en su casa de México, Pablo le dijo: “Delia, ¿a ti te gustaría la pintura?” E inmediatamente dijo que sí y salió diez minutos después a comprarse un atuendo de pintora, es decir: un pantalón negro, una boina y unos pinceles. No había pintado nunca. Era una forma inteligente de Pablo para quitarse de encima la mortificación constante de Delia. Pero ha resultado una pintora de verdad. De esta gente tengo grandes recuerdos: los estoy contando constantemente. Hay días que me los paso completos hablando con Pablo (ahora después de muerto) y me aconseja que no sea imprudente; que no cuente más cosas de él.

—Cuéntenos entonces de las palabras. Como académico de la lengua, ¿qué actividad realiza? ¿Ha hecho algún descubrimiento?

—Dignos de mención, pocos, puesto que me mandan unas largas listas preguntándome qué quiere decir la palabra *bachata*, qué quiere decir la palabra *mondongo*, qué quiere decir la palabra tal y cual. Claro, ésa es la función del académico, porque el académico no inventa nada sino que recoge. Pero como no tengo el atestiguamiento de esos términos

tenía en mente, aunque quizá inconscientemente en corazón). Entonces voy al diccionario y compruebo que por alguna o algunas de sus acepciones que yo desconocía o había olvidado, le viene como anillo al poema. Si llego a estar diez horas buscando esa palabra de seguro no la hubiera encontrado. Son como pajarillos las palabras: se acercan cuando nos creen dormidos o cuando se convencen de que no las queremos para cazarlas sino para casarlas. ¿Qué me dice?

—Es el sentido ontológico por definición. Un escritor no tiene más instrumento para expresarse que sus palabras, en efecto. Ni la poesía ni la novela se hacen con ideas, sino con palabras. Grandes novelas se han escrito con palabras. ¿Cómo hubiera podido escribir Proust si no hubiera tenido palabras, en un ambiente tan pesadoso, tan tristón, tan desdichado como tuvo? Un asmático, un enfermo, mentalmente un poco difícil, encontró esa maravilla que se llama su idioma y en su idioma lo expresaba todo, aun sentimientos que no sabía cómo los estaba expresando, tal vez con palabras que lo traicionaban a él incluso. ¡Porque las palabras tienen un poder también de traición . . . !

—Y ¡dígallo!

— . . . como tienen el poder de la lealtad. Yo podría cerrar este pensamiento, este vago pensamiento, este idiota pensamiento que ni siquiera es pensamiento, sino una errabundez, una forma errabunda que trata de mejorar las cosas: *si se tienen palabras se tienen pensamientos*. Primero las palabras, el pensamiento viene después. La filosofía de hoy en día no es más que palabras. Los grandes filósofos de nuestro tiempo no han escrito más que palabras. ¿Qué ha escrito Sartre sino palabras? A veces detestables palabras, pero las ha escrito. (Risas).

—Y menos mal que las palabras más hermosas no nos abandonan. ¿Qué hubiera sido de nuestro poeta Angel Cuadra, durante los quince años de injusto encarcelamiento en la isla, de no haber tenido la riqueza de su idioma y el “mágico subsidio” —como él dice— de ciertas palabras solidarias? Con un buen jinete se puede ir lejos, ya lo dijo Martí: “¿Quién no sabe que la lengua es jinete del pensamiento, y no su caballo?” Dígame, Labrador, ¿cuáles fueron los libros favoritos de su juventud, aquellos que quizá todavía relee o que no necesita hacerlo?

—Claro, por definición, Quevedo, el amo de las palabras. A Cervantes lo tengo a distancia, me parece que no es tan grande. Grande se llama Quevedo, puesto que era el poseedor de un idioma maravilloso y además un sentido tan sarcástico de la vida. Porque la vida no es un acto

teatral que funciona con esquemas, sino que imprudentemente se produce como le da la gana. Quevedo es padre para mí, y el clásico de mi corazón. Soy un lector constante de Quevedo desde que era un niño. De tal modo que yo cuando era jovencito, mi padre me quiso hacer un regalo (yo tenía catorce o quince años) y me preguntó: “¿Qué quieres que te regale?” Y le dije: un diccionario. A él le sorprendió, porque era un hombre humilde que no tenía una profesión letrada: era un albañil, mejor dicho, un carpintero. “Y ¿pa qué tú quieres eso?”, me dijo. “Para saber el valor de las palabras”. Yo soy un hombre decidido por esas cosas, de tal modo que me permito inventar palabritas también.

—Sí, porque a veces no queda más remedio. . .

—No, los recursos no están a mano y mi filología no es tan profunda, entonces le echo mano a algunas cosas. . . ¡Y me sale mejor! Por lo menos hago el apunte. En eso consiste la aventura de la creación, que a veces culmina en una nueva forma, en un neologismo. Y todo ello lleva a conclusiones que son más serias. El escritor, para mí, no es un deformador por esencia, pero sí es un alterador. Yo no deformed las cosas pero sí las altero. Me gustaría más de otro modo. Tanto me gustan que las hago de otro modo. No tengo ningún éxito, porque soy muy desdichado en el sentido de que no tengo ninguna publicidad y que soy un escritor olvidado, un poco arrinconado. Me importa poco: mi placer es fabricar. Yo todos los días me hago mis cuartillitas y las escribo a mi manera, a mi modo. Y si a alguna gente no le gusta, allá ellos.

—Y ¿qué es lo que está escribiendo ahora?

—Escribo cuentos todavía. Hay cosas que me gustaría hacer con más reposo, pero no tengo tiempo suficiente para escribir memorias. Además, yo no tengo que escribir memorias mías porque no tengo nada memorable en mi vida; pero tengo las memorias de los otros, que las tengo dentro de mí. Y esas son las que voy a contar, las que estoy contando.

—Y de los casi veinte años que vivió usted en Cuba, silencioso por no ser silenciado, ¿quedan cuentos y novelas? En otra ocasión me habló usted de unas siete obras inéditas. ¿Pudo sacarlas del país?

—No, no están aquí, no las tengo en mis manos: se quedaron en Cuba. Una de ellas es la continuación de *La sangre hambrienta*, que prosigue en una novela que se llama *El ojo del hacha* y termina con otra que se llama *Custodia de la Nada*: una novela previsible, puesto que yo vi que el cubano no estaba conservando nada sino la Nada. Y la prueba de que esto es cierto es que lo que tenemos en Cuba es la Nada.

—Y ¿qué probabilidad hay de recuperar esos textos?

—Bueno, únicamente que yo viviera cien años más y que tuviera la suficiente capacidad para ir a recogerlos y volver a publicarlos. *El ojo del hacha* está terminada, no así *Custodia de la Nada*, que es lo que hemos hecho los cubanos: custodiar una cosa que no tiene sentido. Esa es nuestra paternidad.

—Siempre he pensado que los poetas formamos una especie de cofradía invisible de hijos del adiós contra la Nada; una Nada que está siempre parapetada y acechante.

—Sí, esa es nuestra enemiga. . . Y nuestra amiga, puesto que es una solución de nuestro devenir, de lo que viene mañana. Por eso no tengo mucha conciencia de estas cosas, en el sentido realístico, puesto que no soy realístico en nada. Tampoco lo es mi literatura. Si he recogido el vocabulario cubano de una época, lo he hecho para expresar de algún modo el hombre de mi país, como era, como se expresaba. Y eso ya está expresado, luego no me queda mucho interés en esas cosas. Yo he sido muy amigo de gente tan importante como Ramón Gómez de la Serna, que me decía, en palabras magníficas, pocos años antes de morir: “Labrador Ruiz” (me escribía) “no deje usted la cosa irreal; lo real no tiene ningún valor”. Me decía eso porque tal vez no le gustaban ciertas referencias muy constantes o muy exactas a la vida normal de Cuba. Prefería *Laberinto*, prefería *Cresival* o prefería *Anteo*, que son libros totalmente sentados en el aire, ¿verdad?: en una mesa de cristal de Bacarat donde no hay cristal ni Bacarat.

—En otras palabras, la realidad ha de ser apenas punto de partida (motor) de la trascendencia, ¿cierto?

—Por supuesto, siempre la trascendencia, aunque la trascendencia es muy sutil también, porque puede estar en el pico de una botella o puede estar en un obelisco o quizá en una pirámide. Y una pirámide para mí es una irrealidad también. No podemos confundirnos y atosigarnos con la explicación realística de lo que uno concibe o piensa, porque el pensamiento es tan vibrátil, tan continuo, que te dedicas a una cosa y sale otra. Entonces sale para mejor: sale contra ti para mejor. Si tú no eres muy consciente de eso —y a veces uno es inconsciente de esa materia o de ese trabajo que se está haciendo o de ese material que uno maneja— tienen que dejarse arrastrar por eso. El azar produce más cosas que la necesidad de producir buenas cosas.

—Claro, porque el azar es una ley que nos sobrepasa. La llamamos azar sólo porque no podemos. . .

—¡No podemos gobernarla! Eso es todo: funciona desde otra parte.

—Da una especie de contento irrenunciable saber que cuando las palabras nos traicionan es por lealtad a algo...

—A algo bueno, ¡verdad! Es lo ilógico que tiene la lógica, puesto que una cosa matemáticamente cuadrículada, en lo que a mí respecta, sería muy pobre, le falta aliento, le falta ala, además, le falta esa cosa misteriosa que puede crear el hombre instantáneamente, sin darse cuenta de que lo está fijando. En general el creador es lejano a su creación y a veces, sorprendentemente, se encuentra con cosas que ni siquiera ha pensado. Y es que hay un elemento de sorpresa que está funcionando de una manera... qué sé yo, diría mística.

—Y cuántas veces decimos lo que todavía no sabemos y aún más: ¡lo que nunca aprenderemos!

—La creación siempre es un misterio. Nunca puede decirse que la creación es un acto fortuito que uno realiza puesto que ha pensado hacerlo así. Así se lanza uno a hacerlo. Y luego, si no sale así sino de otra manera más bella y más hermosa y más sorprendente, y si uno es fiel a sí mismo, tiene que comprender que eso es lo que está uno destinado a crear y su propia naturaleza no lo había advertido, puesto que la naturaleza humana es imperfecta, pero no la empírica: esa sí es perfecta. Siempre hay unas cosas misteriosas por ahí, unos agentes que lo ayudan al poeta; eso que antes llamaban las Musas funciona en prosa también... Hay que admitir que tres indios modificaron para siempre la poesía española. El primero Rubén Darío, en el año 1904 (y 5 y 6) en Madrid; el segundo se llama (no podría prescindir nunca del segundo)...

—¡Vallejo!

—¡Vallejo! ¡Hermoso! Y luego Pablo. Son tres indios que modifican la cosa que se llama el lenguaje; el lenguaje hispano que hablaban imperfectamente en su país. Y eso está reconocido por todos los grandes poetas españoles: a partir de Machado, a partir de Valle Inclán. No se le dice que es un genio en España a un jovencuelo que dispara esas cosas... También se le dice a Vallejo. ¿Hay un poeta que haya sido —en el sentido puro de la poesía— más delirantemente antipoético? No, no lo puede haber, puesto que peleando, ferozmente, en su tierra contra Huidobro, un poeta afrancesado (no estoy aquí condicionando sus virtudes y su mérito como poeta; estoy diciendo que es un poeta afrancesado y lo fue totalmente) hizo valer su voz. Porque Pablo, no fue un poeta afrancesado, como Rubén no fue un poeta hispanizado: fue un poeta que traía las cosas de un reino interior increíblemente indeterminado. ¿Dónde estaba ese reino? ¿Dónde estaban las princesas a quienes les cantaba,

si no existían en ninguna parte? Y eso le pasaba desde que tenía doce y catorce años. Va a Valparaíso y hace una obra gigantesca: Sale *Azul*, el libro más antipopular en su tiempo. Yo he visto en Santiago de Chile, en la calle San Cristóbal, las montañas de *Azul* ahí tiradas y nadie las había comprado.

—¿De qué año hablamos?

—En el año 48. ¡El *Azul* de Rubén Darío! . . . que le zumba: ¡Ahí tirado! Todo esto se aplica a la poesía y a la prosa. No hay ninguna gran prosa sin antecedentes poéticos, aunque sean crípticos. Porque la prosa que no dice más que “camino hacia adelante” (en una definición un poco anticuada), no está hecha más que de eso: de elementos poéticos. Lo otro se llama vulgaridad; no es prosa. Para mí la poesía constriñe: obliga un poco a cauces muy cerrados; la prosa da una tremenda amplitud. Es tan bueno Darío en prosa como en verso. Y lo mismo Machado, el gran cariño de Darío. Mi tendencia es a ver en la prosa el cauce abierto. La prosa necesita camino largo para decir más cosas. La poesía es fulgurante. La prosa tiene que arar. El verso no debe arar: debe herir.

—¿Qué poetas y prosistas contemporáneos prefiere? O tal vez es usted como Neruda, que prefiere leer —además de diccionarios— libros de ciencia.

—La poesía no está en mi tendencia. Y la prosa, también tengo mis dudas. Yo soy un inconforme. A partir de que soy inconforme conmigo mismo no tengo ninguna condescendencia con los demás. Me gustan los libros de malacología. Yo he sido un compañero infatigable de Pablo buscando caracoles. El me contaba muchísimas historias de malacología: en Acapulco, en España, en Cuba, en Chile, buscando caracolitos. Nunca hablé con Pablo de literatura. A Pablo no le importaba hablar de poesía. En cambio me echaba en cara que yo no supiera dónde estaba el *Spondulus Imperialis* en el siglo XVI, que se había extinguido en el Mediterráneo. Entonces me obligaba a ciertos estudios muy curiosos y me enseñaba libros magníficos sobre la materia. Y yo me complacía mucho en eso puesto que me alejaba de su poesía, me alejaba de mi prosa y no teníamos que caer nunca en política. ¿Conoces el dibujo que le hizo a Pablo, Toño Salazar, el mejor caricaturista de Hispanoamérica?

—Sí, precisamente lo vi en el número 66-67 de “Cultura”, donde apareció una buena muestra de sus semblanzas y dibujos, en ocasión de habersele otorgado el Premio Nacional de Cultura (rama de Arte) en 1978. La musaraña del dibujo, como él mismo dice, es admirable:

la cabeza de Neruda está sembrada en la playa de medio perfil y párpado de almeja.

—¿Sabían sus amigos que usted seguía escribiendo, ocultamente, en Cuba?

—No, ¡nadie! Tal vez Cheché, vagamente, porque me ve escribiendo aunque no sabe lo que estoy escribiendo.

—Sus obras están agotadas. ¿Hay algún proyecto editorial —que usted conozca— para el futuro inmediato?

—Jamás he tocado la puerta a ningún editor. Mi placer es crear. Si mis obras están un poco olvidadas, alguien a lo mejor las publicará cuando se pueda. Mi placer termina cuando está cumplida la creación.

—Conserva usted la frescura —el ímpetu— de los inicios. Demos un salto atrás de 50 años. ¿Qué recuerda?

—Bueno, *El Laberinto* se publicó en el 33. Es un libro para mí importante porque rompo un camino. Yo nunca he ido deliberadamente contra nada, sino que alteré la forma de explicar ciertas cosas. Yo estaba aburrido de oír y de leer una literatura que me parecía convencional, de la tierra. Pero yo siempre he hecho la diferencia: una cosa es contar la tierra y otra cosa es comer tierra. (Risas). (Yo soy comedor de alimentos terrestres pero no de tierra). Y eso me llevó a modificar mi pensamiento en esa dirección, es decir: quise alterar los términos de cómo debía contarse la prosa. Estaba cansado de leer la novela de Luis Felipe Rodríguez, que me parecía infinitamente trivial: cosas como el hombre de la tierra sufriendo contra las dificultades de vivir y por el estilo: de poco vuelo. A eso había que ponerle alas. No estoy muy seguro de eso, pero creo que de ahí surgió la teoría de la novela gaseiforme: ponerla en estado de gas, no tan a ras de tierra, sino dejar que mi lector pensara tanto como yo. Porque un lector inteligente vale mucho más que un escritor inteligente. El lector debía ser mi colaborador, el que me acompañase en la mitad de mi trabajo. Yo doy las cosas como pienso que deben ser, que deben expresarse, pero mi lector tiene que ayudarme y tener alguna mentalidad también avanzada para eso. Ese primer libro mío fue acogido con una verdadera barrera de silencio. Decían francamente: “Ahí está un loco haciendo unas cosas inconvenientes”. Esa era la definición que daban de mí: un loco. Pero como yo siempre he sido persona de hábitos sedentarios acostumbrado a trabajar en las redacciones de los periódicos, seguía haciendo lo mío en momentos de silencio. (Ese primer libro lo escribí en la redacción de un periódico). Había que modificar la temática del asunto. No sé si salió bien o mal: el libro anda todavía por

ahí, cuestionado. Luego viene el *Cresival*, que es más difícil, puesto que es el libro que hace de un feto nacido en una casa de una abortera . . . lo hace periodista. Por un error se llama Cresival: tal vez la señora que iba a tener ese niño le iba a poner Parsifal (o Perceval) porque había visto una ópera que se llamaba así. Después vino el error. Y como la vida no es más que una sucesión de errores, que a veces son felices, pero a veces . . .

—Bueno, se ha dicho que la vida es un gran malentendido.

—¡Ya lo creo! (Risas). Como te decía, he sido lector a veces de libros un poco oscuros, puesto que me ha interesado mucho la cosa del misterio, de la parasicología, de los extremos un poquito más lejanos, es decir, cuando el ser no se encuentra a sí mismo y tiene que echar mano . . . El ser profundo de uno, digo. Porque el ser no es el que está siempre comiendo y almorzando y buscándose el condumio. Yo he hecho una vida muy pobre, como periodista al fin, nunca he tenido sobreabundancia económica. Y siempre me ha parecido que no es tan fácil pensar en esa circunstancia como en la del que hace filosofía en un despacho, donde tiene una selección de libros magníficos, para repetir hasta los errores de los maestros. No, a los maestros también hay que salirles al frente. De modo que no me angustia que alguna gente me dé algunos puntazos por ahí (entonces me están calificando como maestro, ¿verdad?). Ya no, ya no se ocupan mucho de mí, lo cual me da una gran placidez espiritual. A mí no me interesa ser un consagrado puesto que soy un hombre creativo, soy un hombre hacia delante y la operación *haciadelante* la estoy haciendo yo siempre. La vida no es más que una operación hacia delante, no hacia atrás. Claro que cargo recuerdos. Y los míticos o los embellezco. Y no sólo eso sino que . . .

—¡Los altera!

—Eso hace el creador. Ahora yo estoy en otra fase, puesto que soy siempre un alterador y además soy un alterador de mí mismo, porque estoy en contra de algunas cosas que antes dije. Me parece que eso es lo inteligente: no tengo ninguna intención de calcificarme, de convertirme en una especie de monolito que no se mueve. No: yo soy una persona imprevista; imprevista para mí mismo. Unos días amanezco como si fuera un emperador y otros días como si fuera un mendigo. Me gustan mis ideas. Además, esas sustancias me son agradables. No tengo preocupaciones físicas por las cosas ni tengo ambiciones por tener nada. Soy una persona desprendida que he vivido siempre con el maletín arregladito para coger el tren e irme de este mundo. Fatalmente me he quedado

años más de lo que yo pensaba: yo creí que me tenía que ir antes de este mundo. Entretanto, soy una persona que puede estar creando por la mañana, por la tarde, y al otro día estar contra lo creado. Con lo que hice el día anterior ya no me basta. Luego se quedan las cosas por una gaveta y ni las miro. Esa cuarentena tiene a veces para mí hasta cuarenta años. Entonces un día me encuentro con una paginita y veo que no está mal. O quizá no estaba en un momento de receptividad total cuando la escribí. Porque yo creo que a mí me escribe alguien lo que yo tengo que escribir; alguien de otra parte: de otro mundo onírico. Y es que vivo en sueños: mis mejores páginas las he escrito dormido.

—El *Trailer de Sueños* me imagino que será uno de los libros de cuentos que escribió dormido ¿no?

—Sí, lo escribí en ese estado mediundínico. Y ese cuento premiado que todo el mundo conoce, “Conejito Ulán”, lo soñé. Conejito lo soñé a las tres de la mañana. A las tres y media me senté en la máquina y ahí quedó hecho.

—¿Y salió de una pieza?

—De una pieza, porque estaba dictado. ¿Quién me lo dictó? Pues no sé. ¿Cómo voy a saber eso? Si yo estoy también en manos de otras personas. Y digo personas por usar un término convencional. No digo otros seres por no acercarme a los espiritistas: no soy espiritista. Me pongo un poco inconveniente ¿no?

—Claro que no. Usted quiere señalar el misterio sin caer en la trampa de pretender dilucidarlo. En otras palabras: no quiere de ningún modo cosificar el misterio, convirtiéndolo en objeto de consumo utilizable para fines ajenos a la vida del arte, al arte de la vida.

—Por supuesto, no tendría ya ningún valor. Con lo codificado yo no quiero nada: Los códigos no me van. Para resumirlo sencillamente: soy un escritor lleno de libertad, no me interesa la política, no me interesan para nada los estados de ánimo circundantes. No me interesa nada más que lo permanente en una especie de ángulo especial en que yo lo sitúo: lo permanente transitorio. Ya no es tan permanente, puesto que yo en seguida lo estoy rebajando, quitándole categoría. Nada categorizado me interesa —repito—. Yo mismo no tengo interés por mí. Me siento como una especie de vehículo. Tampoco me quiero poner en la situación excepcional de un vidente. Puede ser que algunas veces alguien me anuncie lo que tengo que escribir. Pero de una manera simbólica porque yo no soy consciente tampoco de lo que me están diciendo. Sim-

plemente me levanto, hago la cuartilla y se acabó. Luego la veo por la mañana y me parece hecha por otro.

—El secreto está en mantenerse en perfecta disponibilidad.

—Sí, y hay que estar siempre vigilando. Fíjate que cuando publicó *La Sangre Hambrienta* —quince años después de *El Laberinto de sí Mismo*— recibí una carta de Ramón Gómez de la Serna que me decía: “¡Mal Enrique, por ahí no! ¡Vuelve a lo tuyo. Eso es una cosa convencional que tú has hecho para complacer a tus criollos, pero no es lo que tú tienes que hacer”. Ramón, que era un delirante creador de cosas fantásticas!

—Y el *Trailer de Sueños*, ¿lo escribió antes o después de *La Sangre Hambrienta*?

—Antes, un poquito antes. Eso es algo que escribí para cuentos de revistas, pero a un editor le gustó y me sugirió cómo publicarlo. ¿Nunca has visto esa edición?

—No, la verdad.

—Es bellísima, con los grabados de Portocarrero. Está en la colección de libros raros de la Universidad de Miami y también en la de Yale. No lo puedes sacar y fotocopiar, pero te permiten verlo. Sólo hay trece ejemplares en los Estados Unidos. El de Yale me lo enseñó Rodríguez Monegal. Me contó que se había pasado un mes en casa de Pablo Neruda en Isla Negra, para hacer ese libro magnífico que se llama *Neruda: Viajero Inmóvil*. “Y me decía (no había un día que no me lo repitiera): «Busca a Enrique, busca a Enrique»”. Eso me contó Monegal. “Tienes que conocer a Enrique”, le insistía Pablo.

—Reinaldo Arenas es también un gran admirador suyo.

—Sí, él me ha dicho que “la influencia labradoriana en los escritores nuevos de Cuba es absoluta”. Y Heberto Padilla me dedica su novela diciéndome “todos te hemos robado: hay que decir la verdad”. Lo dicen ellos.

—Menos mal, porque hay quienes parecen incapaces de admitir que el mundo no empezó con ellos. En un libro de ensayos de Alejo Carpentier que se le publicó póstumamente, leí —y no podía creerlo— su afirmación categórica de que no había nada en la literatura decimonónica de finales de siglo en Hispanoamérica: nada digno de mencionarse.

—¿Así dice? Se olvida de los padres de su literatura: para brillar, para brillar él. Bueno, Alejo era un descastado, como todo el mundo sabe. No un mal escritor, pero un hombre innoble: nunca tuvo nobleza. Siempre separó esta cuestión, porque sí es escritor. Y ahí está lo perverso,

que sabiendo ser escritor sea un hombre tan vil, que se entregue a las cosas miserables de la política. Y tan entregado en términos de literatura, que si hubiera sido en términos políticos estaba bien. Pero qué va a esperarse de Alejo, que ni era cubano, ni era ruso ni era francés. Su madre era rusa blanca. Él nació en Bakú, de un padre que era aparejador de obra en los pozos de petróleo y cuando tenía tres o cuatro años abandonó Cuba y nunca más se supo de él. Yo pensé que había desaparecido en el Canal de Panamá, pero me dijo Monegal que un teatro de San José de Costa Rica lo hizo el padre de Carpentier. En fin, todas esas cosas distorsionan la mentalidad de una persona. Alejo estaba viajando en un tren francés cuando tenía 18 años y lo cogió la policía porque no había hecho el servicio francés. Entonces el embajador cubano, Don Juan Antigas, que había recibido clases de ruso de la madre de Alejo, le hizo el favor de hacerlo pasar como si hubiera nacido en La Habana. Alejo no nació en La Habana. Tampoco habló nunca el español: habló un idioma mistificado entre francés y un poco bakuciano. Que fuera comunista, no lo sé. Oportunista sí ha sido siempre. Con decir que estuvo once años haciéndole los discursos a Pérez Jiménez en Caracas. Todos los periodistas de Caracas lo saben. Y luego va a Cuba, aspirando a ser embajador en París, que no podía serlo. Entonces lo hicieron nada menos que consejero cultural en toda Europa, lo que le permitió escribir seis o siete libros cómodamente. Creo que hay un par de libros de Alejo importantes; no hay duda que los hay. Como cuando se habla de Gabriel García Márquez. ¿Que es un sinvergüenza? Sí, un sinvergüenza sí es, pero no es mal escritor. ¡Porque *Cien Años de Soledad* es un libro bueno! Hay que saber respetar esa posición. No tengo nada contra ese señor: sé solamente que estaba en La Habana cuando Playa Girón y salió huyendo de Cuba. Era empleado de Prensa Latina, luego es un cobarde: no aguantó Playa Girón y se regresó a Colombia. Alejo hubiera hecho igual. Alejo le fundó la primera planta militar que hubo en Cuba a Batista. Y fue el director de esa planta. Hay buenos escritores que son malas personas, eso es todo. Lo fatal es que el escritor es escritor y la conducta moral entra detrás. Pero para mí no entra detrás sino junto con la obra.

—Además, desde el momento que quieren regimentar la literatura y codificar la vida mediatizan su propia obra.

—Es la retrovisión. . . Alejo sabía también otras cosas: sabía música. Tenía un defecto grave: ¿cómo se puede hacer un libro de la música cubana donde no aparezca Ernesto Lecuona, “porque no es música *popular*”? Fíjate, ya está parcializando la política. Como se fue de Cuba. . .

Pero si no es músico ese hombre ¿quién es músico entonces?: músico cubano.

—¿No se darán cuenta que al traicionar a los demás no hacen más que traicionarse a sí mismos? ¡La mentalidad fundamentalmente política es tan limitada y confinante! Por ejemplo, ¿no le parece conmovedor que un régimen marxista leninista como el cubano, para el que la poesía es un oficio secundario sin poder para incidir en la realidad, le tenga tanto temor a los poetas, tanta roña a su palabra en libertad y a su misma existencia concreta? ¿No será que en el fondo le tiene miedo a la telegonía? Pero como su materialismo rampante no les permite admitir la posibilidad de un fenómeno de estirpe espiritual, no les queda más remedio que inventarse conspiraciones e intenciones ajenas a la libertad y espontaneidad solidaria: contrarrevolución, CIA, etc., etc. ¿Cómo después de más de veinte años de indoctrinamiento y escarmiento puede existir gente que piense, sienta y actúe de manera tan imprevisible? Porque una visión poética es un atentado contra los poderes de la historia: nada tiene que ver con su determinismo materialista.

—¡Nada absolutamente!

—Yo me figuro que el poeta es la vergüenza enquistada del Estado totalitario, pues constantemente hace sospechar que el ser humano —mal que le pese al ogro— puede que sea un misterio telegónico no regimen-table, y mucho menos reducible a efectos concretos codificables. El desprecio hacia el poeta nace del horror a su filiación espiritual. Su sexto sentido le atrae resentimientos.

—¡Está muy bueno eso! No se me había ocurrido: “¡el padre es el que se fue!” Eso de ver un extraño connubio inexistente, imposible físicamente; cuando son las impregnaciones a distancia: las raíces misteriosas.

—Como no entienden nada de trascendencia y son alérgicos al lenguaje del misterio, todo deben achacarlo a . . .

—A hechos reales. Muy bueno, muy buena la observación. Mira, me has aclarado . . . puede haber sido premonición mi cuento. A mí no se me había ocurrido, pero ahora me doy cuenta que sí, que es otra de las implicaciones del cuento. Yo no tengo que darlo todo porque tampoco soy consciente de eso. El escritor es un superdotado espiritual respecto a sus contemporáneos.

—Por eso es tan lamentable que despilfarre, distorsione o traicione sus talentos. Por eso es que su conducta moral no entra detrás sino junto con su obra, como usted dice. Por motivos de modería ideológica, en esta época ha habido un culto a la superficialidad (por parte de muchos es-

critores competentes) que va en proporción inversa al horror sagrado contra las cosas del espíritu. Yo lo veo como un ascetismo de la peor especie, porque sólo la profundidad proporciona a los textos suficiente carga eléctrica para enriquecerse de sentidos —en vez de caducar— con el tiempo.

—La tercera dimensión de la cosa has visto ahí. Porque de la segunda el escritor es consciente, pero la tercera se le va de la mano. Además, el destino de la obra nunca es previsible. El más simple soneto es imprevisible: está fuera de la mano del poeta. Está en su espíritu que es otra cosa, pero no en su mano. Su mano es obediente a un pensamiento errático que está vagando por ahí. El creador nunca es el padre de lo que sale. Hoy me atrevo a cosas más graves: el creador está manejado por otro creador. . .

—Que le pone en el camino incitaciones.

—Que no están necesariamente al lado de él, ni presentes aquí. Es decir: la literatura es una consecuencia, un dado de manos infinito. Todos bajamos de otra literatura (podemos remontarnos hacia atrás de siglo en siglo hasta las mitologías). Siempre es pasado de mano a mano: quien te manda a ti a escribir como me manda a mí a escribir no son mis sentimientos de hoy ni los tuyos de hoy; eso viene de otros sentimientos no dichos en un momento dado por otros seres: cosas que se quedaron perdidas o la angustia de un ser que no se pudo expresar. Y esto no tiene nada que ver con espiritismo ni formas vulgares de trascendencia anímica. Nosotros no somos más que los tentáculos de algo que está gravitando por ahí. Por eso las ideas no se pueden decir (ni voy a hacer o voy a no hacer) porque las ideas no se transmiten: pasan de mente a mente, y de buenas a primeras lo hacen mejor que tú y antes que tú. Fíjate cómo te lo he puesto: fácil de entender pero muy difícil de explicar.

—Inmejorable. Sigámosle el hilo. El hecho de que sea usted y no otro el receptor y trasmisor quiere decir que. . .

—Tengo las experiencias necesarias.

—Eso es lo que quería oír. Su visión tiene mucho que ver con su manera de vivir: con su particular estilo de comunión sensual y de contemplación. Eso lo dice maravillosamente Raoul (García Iglesias), lo hemos conversado muchas veces: “si las antenas no están a punto, la estación se te llena de interferencias y no es posible sintonizar nada con sentido”.

—Sí, sí, él y yo lo hemos hablado. Y ahí entra también el misterio de la elección: ¿cómo te elige a ti y no a otro? Será por la constancia:

¡el sacrificio que supone andar siempre a la cuarta pregunta! Pero siempre con fe.

—Qué buena frasecita esa de a la cuarta pregunta. Creo que con ella debemos dejar al lector, para que la saboree en todos sus sentidos. A lo mejor estar a la cuarta pregunta, literalmente, es el pasaje a la cuarta dimensión. Entonces, es posible que graviten las “mentiras que son verdades indudables”. ¿No está Labrador convencido de que su oficio consiste en articular las preguntas que inciden en el misterio de la vida? (Articularlas y no responderlas). Nos urge articular la cuarta pregunta, para que no se quede en los “limbos flojos” de la subconsciencia. Y para ello hemos de dejar la charla a un lado y regresar, por la mirada interior, a la matriz de lo real, donde el pasado en presente se afutura, nosotros nos descaminamos y las palabras se lanzan al rescate.

Miami, junio de 1982.

*LUIS GALLEGOS VALDES*

## ESCRITORES HISPANOAMERICANOS DEL SIGLO XX: Enrique Labrador Ruiz

Entrar en materia con el creador de la “novela gaseiforme” no es fácil. ¿Quién puede asir fácilmente un gas como no sea encerrándolo en un recipiente y esto a riesgo de que por la expansividad molecular le estalle en la mano? El equilibrio metastable, que dicen los físicos, no siempre puede lograrse por largo tiempo con moléculas en libertad, y esto precisamente le pasa a este escritor cubano con algunas de sus obras escritas a presión para encerrarlas en el limitado espacio de un cuento, o hechas con tal libertad de fantasía en la concepción de los personajes, que éstos parecen escapar de pronto por las rendijas de puertas y ventanas de la obra, si es que antes no se han escapado por la chimenea convertidos en humo que se pierde luego en sonriente nube en el nítido

azul del cielo. Desde la nube —como en una caricatura de Toño Salazar— parece sonreírnos Enrique pluma en mano. Todo es posible con este autor, capaz de hacernos las más insospechadas jugarretas con el humo de sus libros, humo lírico de ilusión a veces, otras humo denso que deja hollín en las paredes. Este autor viene en la línea de Quevedo a desembocar en temas y personajes de su Isla, pero dentro de un realismo que busca el contraste de lo grotesco, las tintas subidas, el retorcimiento barroco, la riqueza de giros y vocabulario, en una estilización en que lo intelectual y lo real se proyectan en el plano de la novela en una sola dimensión, la del humorismo, o se refractan como a través de un prisma en una fugaz policromía. Del barroco tiene la fecundidad, la intensi-

dad, el dinamismo, la desmesura, el contraste; por otra parte, sus personajes son susceptibles de atravesar una pared como cualquier fantasma; pero, al mismo tiempo, lo son asimismo de hincarse en el suelo con la fuerza elemental de un árbol, cuyas raíces se pierden a nuestra vista en las interioridades de la tierra. Esta cosa raigal se la da a Enrique su fidelidad justamente a la tierra.

La cubanidad respíranla sus personajes por todos los poros de la carne o a través de las moléculas en libertad dentro de la inestabilidad gaseiforme. En sus cuentos de "El Gallo en el Espejo", parte a la búsqueda del carácter cubano, un rastreo como él dice. "Cuentaría Cubiche" subtitula a su gallo elocuente, gallo socrático por excelencia, puesto que canta y rebusca sin que Esculapio se altere; porque la pluma le sirve de pronto de bisturí que corta tejidos cancerosos o suprime su bulbillo sospecho. La anécdota quizá trivial le sirve para capturar el rasgo de carácter huidizo, escondido bajo capas de convencionalismo o de hipocresía. Es un cura de almas este escritor, un psicólogo que no pretende teorizar sino mostrar, pero cuán lejos Labrador Ruiz de todo naturalismo fotográfico. El dialogismo de sus cuentos es el asidero firme con la realidad; mas, después de leerlo, nos deja pensativos, tras haber sonreído o reído a costa de la ingenuidad o de la ridiculez. De un

defecto, de un objeto, de una prenda salta a la motivación de un cuento, mientras su gallo locuaz se asusta ante el espejo o aprueba sacudiendo su chorcha encarnada cual borla doctoral. "Cinqueños" es la historia de Arturo Quintero, el cinqueño, o sea, que tenía un aditamento dedal en una de sus manos, como un muñoncito dejado allí por la naturaleza como un caprichoso souvenir. Lo terrible para Arturo —una vez superado su complejo a causa de aquel adminículo supletorio— fue que también la hija le salió adicionada con un apéndice igual. "El nacimiento de la niña fue un batacazo atroz", escribe Labrador Ruiz. "¿Qué absurdo testimonio traía en su manita? Esta pobre niña ¿qué fementido pensamiento no actualizaba? Claro que ella, al comienzo, hubiera querido tener un hijo con Arturo; ¡claro!, con el Arturo del noviazgo, bello y sin maldad, pero aparecer un signo suyo, peculiar y único, en este momento, era como proclamar que seguía en éxtasis ante el tirano, cosa que fue tan pasajera por lo demás". Se refiere a Gloria, la madre de la niña; ahora veamos la desdicha de la niña del lado del padre. "El médico le había dado nuevas definiciones y ya en camino de ahuyentar de aquella mente esos terrores que le hacían desdichado, añadió que era un fenómeno biológico comprobable en la herencia y aunque raro, no tanto entre animales. Contó que

una yegua cubierta con garañones no vuelve a tener descendientes de raza caballar pura, y cruzada en ocasiones con asnos se ha dado el caso de tener potrillos orejudos; más aún, esta impregnación llegaba a veces a obrar sin apareamiento alguno como el ejemplo de yeguas que vieron cebras en su establo y luego su descendencia salió con rayas acebradas". La seriedad profesional que explica las tretas de la biología no logra encubrir la sorna que hay debajo de tales palabras. Este es el humorismo del escritor que hace proyectar la sombra en la cabeza del pedante doctor.

Pasemos ahora de una inútil excrecencia corporal a una prenda tan corriente e innecesaria como el sombrero femenino. "Tu sombrero", un cuento que se inicia con estas palabras: "El sombrero de Caridad Mejía había viajado mucho más que su cabeza; había viajado, por lo menos, tanto como la cabeza de todas las señoras, de todas las jóvenes del pueblo. Presentársele viaje a cualquiera de ellas y correr en seguida para la casa de Caridad Mejía era uno y lo mismo". Este es el tono, familiar, casi campechano con que el autor nos mete de una vez en el pequeño obrador de la modista pueblerina. Para añadir: "El sombrero de Caruca, se ha dicho, variaba según el tiempo. Esa plumita que trajo de nuevo, el *aigrette* según decían las entendidas, aunque en

verdad no fuera tal, volvíase una ramita de flores cuando asomaba el verano". ¡Qué bonito! se dice el lector y piensa que hay una poesía de las prendas femeninas aunque no sean tan íntimas como aquel sombrero tan usado y abusado por las señoras del pueblo. Fluye del cuento el encanto de "las cosas vulgares" que hubiera dicho Alberto Guerra-Trigueros, esas cosas por todos manoseadas y que sin embargo tienen una nobleza que más que el material de que están hechas —fieltro o paja de Italia— se las da la manufactura que las humaniza al sensibilizarlas. El caso del sombrero de Caridad Mejía, a través del cual el ojo inquisidor del cuentista nos hace pasar, como por un filtro mágico, el ambiente de un pueblo, acaso del interior de la Isla, con sus chismes y su concejal. Fina sátira que hace el escritor del mal gusto, de la cursilería pueblerina y que finaliza con un rasgo de ternura imposible para las mentes de poca imaginación. Muere una pobre mujer del pueblo a cuyo cadáver llega a ponerle la modista el sombrero ante la estupefacción de los presentes: "—¡Tu sombrero! —musitó como en un rezo. Debiste habérmelo pedido lo menos siete veces" . . .

Creo que con lo anterior fácil será a nuestros oyentes hacerse cargo del estilo de Labrador Ruiz. Como todo auténtico novelista éste se va de veras a fondo dentro de la realidad

o hace deliciosos escarceos como el de un sombrero que sirve para poner de manifiesto toda la excelencia que a veces esconde el ser humano, esa bondad que no siempre fluye al hilo del diario vivir. Labrador Ruiz sabe sacarle partido a todas las posibilidades de un asunto, de un personaje, de un motivo. Sobre todo veo en él al auscultador que se acerca a las paredes más sordas de la realidad para escuchar sus más íntimas vibraciones, no como un lírico, sino como un investigador de los diversos planos superpuestos que esconde esa realidad vulgar de todos los días. Nos da por lo demás una lección: en nuestros países hispanoamericanos esa realidad no ha sido explotada todavía por los escritores, novelistas y cuentistas sobre todo. Si bien ya no puede decirse como hace muchos años dijera Luis Alberto Sánchez, el agudo crítico literario peruano, que "América es una novela sin novelistas", le falta mucho que explorar a nuestra literatura de creación. Temas y personajes, asuntos y anécdotas están ahí, a la mano, lo que falta es que los escritores se decidan y se olviden un poco de los libros europeos y vayan, como aconsejaba Ortega y Gasset a un joven argentino "derechamente a las cosas".

Esto es lo que escritores como el cubano Labrador Ruiz han hecho: ser fieles a su medio, sin demagogias ni improvisaciones de última

hora. Me imagino que ahora los jóvenes andarán en Cuba a vueltas con el realismo socialista, esa fórmula que ni los mismos escritores soviéticos han llegado a aplicar a derechas por su implícita absurdidad, dictada como ha sido, más que por una necesidad de orden literario, por la perentoriedad de la policía política, según reciente declaración de un escritor soviético exiliado en Italia, Valerij Tarsis. La realidad de cada uno de nuestros países —tan semejante aunque con su propia matización— la han descrito, narrado e interpretado, como estamos viendo, nuestros escritores, sin que por ello haya sido agotada. La preocupación por lo social puede coincidir o no en una literatura con la actividad revolucionaria, pero el testimonio del escritor tiene que despojarse, para que lo sea de veras, de toda mediatización política, puesto que precisa de la perspectiva que el arte impone a sus creaciones como norma.

Hace más de diez años cayó Enrique Labrador Ruiz en San Salvador. Fuimos a verlo Trigueros de León y yo al Hotel Nuevo Mundo. Cordializamos de inmediato. Enrique posee la simpatía, la gracia, el buen humor. Es un soltero empedernido y vive entre objetos de arte —pipas, caracoles, máscaras, libros, muchos libros— en su casa de Reina, 108, en La Habana. Pero ama a las mujeres, la buena mesa regada por los buenos

vinos. Es una especie de Simbad el Marino arrellanado en cómodo sillón frailuno. De su escritorio van saliendo, como de una caja de sorpresas, novelas, ensayos, crónicas, porque este escritor es, como dijo el gran Rubén Darío, de los que deja

encinta a las nueve musas, y tan tranquilo.

1966.

---

(La anterior charla formaba parte del Programa que, bajo el título general "ESCRITORES HISPANOAMERICANOS DEL SIGLO XX", leí ante los micrófonos de Radio Nacional de El Salvador YSS, en junio del año indicado).

ENRIQUE LABRADOR RUIZ

## CENIZA EN EL FOGON

*POR LO MENOS EN este siglo, que se recuerde, cada 18, cada 20 años, venía la bestia a destruir la ciudad. Estaba hecha de ansiedades y locuras, de rabias y fobias inexplicables. Sus últimas apariciones correspondían exactamente al 6, al año 26, al año 44. Medio mil novecientos se muestra transido de su largo espiar receloso, de la constancia en su furia agazapada. La mayoría de edad, a punto que le presta uñas y garras, cola y espinas, le arma de un vigor homicida. Su adulez bien alimentada y bien ejercitada hacia el imán de cierto mes de cierto año, dentro de su coraza imponente, le convertían en el monstruo de Octubre. Esta renascencia poderosa y su perturbador designio a plazo fijo marca algo más que una voluntad de daño: un castigo. Por analogía, una cuenta que saldar. El día de San Lucas se presentaba negro...*

La Voz, monótona, impersonal, escuchada con manifiesta indiferencia ape-

nas sirve de fondo a charlas que se elevan, humosas, contra un fondo opaco. El auditorio de circunstancias, se desentiende y va a lo suyo.

—Yo debí haber muerto un hombre en la otra vida, o antes de la otra vida, puesto que cuanto me... paso de tragos, siempre ese cadáver...

Con suma repugnancia decía cómo se acreditaba semejante hecho, estúpidamente ¡y tan ajeno a su corazón! De esta atonitud movíale:

—¿Y eso...? ¿Cómo lo explica...? ¿A qué obedece?

—¿Explicármelo yo...? Si no tiene explicación posible... Pero le juro, como me llamo Radomiro, que ese mudo pensionista de mis querellas, que ese viejo habitante de mis dudas y remordimientos calamocanos, alienta desafortadamente...

—¿Vive?

—¿Qué quiere usted? Y si no vive, ¿qué hace parándose a cada momento

en el fondo impreciso de ciertos recuerdos, a ciertas horas?

Con lo que venía a explicarse, sin género de duda, el uso que hacía de su temperancia, o que había hecho, allá... donde fuere, y el concepto que, sobre todo después de los hipos finales, tenía de su conciencia.

—Fraudulento simulacro —dijo el otro—. ¡Inconcebible! Es como si se dijese...

No acabó la frase. La gruesa bellaquería que adivinó hizo pensar a Radomiro: "Toma a mal mi complejo de culpabilidad. No entiende; confunde".

Y se puso a mirar su cuaderno de notas.

Nadie como los poetas para las mutaciones.

Tenia pensado su *Diván*, todo eso que creyó posible realizar con los recuerdos de su juventud, y las experiencias y los descalabros de la madurez. Por esto o por lo otro siempre quedó a medias; no hubo *Diván*. Algunas veces había besado con gran devoción una cuartilla feliz: "Este es el poema perfecto..." Mas a la tarde siguiente, ¿se quiere saber?, un bonito discurso desanillaba altisonancias de este linaje: "Entumecido por continuos anacolutos, desfallezco y perezco; no hago sino miserias. Diderot decía, refiriéndose a la erranza de su mente, "mis pensamientos son mis ramerás". Los míos, ¿qué? ¿Tengo acaso pensamientos como no sean para recordar tristezas y rumias bobas?"

La extraña Voz, corriendo por ásperos badenes llegaba a importunarles un poco:

... *De tórax columbario, de respirar de horno, su abrazo habría de ser mortal, cuenta habida de tantos músculos en tensión por tanto tiempo... Peludo*

*se le hace, crispado, y con ese gesto embravecido que desde muy atrás se apresta a abolir la gracia de...*

Interrumpieron y completaron, de mala gana, con esta anticipación:

—La gracia de las agujas, cornisas y chapiteles... ¿Ya está?

Pero no estaba, ni mucho menos. De nuevo se oía:

... *Insaciable, su inextinguible furia concentrada... Trizas quiere ver hecho cuanto puede abarcar... Su... espeso rencor...*

—¡Shit! ¿Quién será?

—Por lo que parece, un propagandista de demoliciones; ¿te fijas?

—Cobres, salitres, estaños, azúcares —musita alguien con timidez—. ¿Dónde he leído yo de esas cosas? Son, en alguna parte, negocios en gran escala..., negocios... ¡pero no recuerdo!

Con despiadada alegría sus antiguos conocimientos en la materia asomaban por instantes, se hacían livianamente persistentes, con burla, unos segundos; luego, el recuerdo en blanco, total.

Esta forma de la desesperación, laminada y fundida a esas cuatro palabras, venía a cumplir el requisito indispensable no previsto; venía a instrumentar un acorde de actividad completamente inhumana, y que de otra manera hubiera carecido de sentido.

El estribillo "cobres, salitres, estaños, azúcares" se enriqueció de pronto con "carnes frías" y ya entonces la persona que había soportado tan bien todo lo demás, hizo una mueca atroz... ¿Hasta dónde se iba a llegar por ese camino? Frustrado el juego, ¿qué restaba sino hacerse a lágrimas o gritos? Pero ¿quién se independiza tanto que pueda gritar o llorar... aquí..., espontáneamente? El había sido un caba-

llero, con todos los agravantes, y se conservaría así hasta donde fuera, como fuera, leal a sus principios.

En tanto, se le ocurrían fórmulas, formularios, formulaciones. Una mujer de edad indefinida le saludó. Amartelado amante, bajó su jipi hasta el suelo mientras que ella...

\*

¿Secretaria de qué magnate había sido ella?

Un gran despacho de muchos cristales y muchos teléfonos la tuvo prisionera largo tiempo. Con suma presteza había puesto al corriente todo el antiguo sistema oficinesco, modificado los trámites caducos, echado a un lado la bahurrina papelera y con el advenimiento de adresógrafos, multígrafos, mimeógrafos, dictáfonos, sembrado cierta alegría en los rostros de sus dependientes. Porque Enedina era un ser de mucha corteza y fibra y, amablemente, no consideraba a nadie libre de su influjo; a nadie.

Su jefe era su jefe, sólo que con las limitaciones de su naturaleza (vejez, petulancia, suficiencia) y otras, no menos desdeñables, que ella le inventaba. Un rubito de patillas al principio le hizo la corte, con mucho respeto, naturalmente, así que ella apareció victoriosa y aniquiladora en el umbral de la contabilidad científica, impartiendo órdenes que iban más allá de lo que estrictamente traía aparejado su cargo. Otro jovencito de largos alcances, perito en estadística, también; y hasta el caballero muy peinado que encaneciera en el manejo de los fondos del negocio, no tuvo a mal dedicarle, junto a lánguidas miradas, una cierta afable protección de un orden, ¡ah!, bastante profesional. Pero ni por esas... Ella

quería otra cosa, aunque para algunos, no está demás el decirlo, y visto que no se interesaba ni siquiera por el "viejo", no quería nada.

Es de imposible omisión relatar en qué fincaba uno de sus orgullos empeñosos: en que al *stencil* no se le llamara *stencil*... Teniendo en español (¡qué buen descubrimiento!) el muy legítimo "estarcido" ¿a qué esa charlatanería de darle cambiazo sin más trámite? Estarcir vale por todo técnico picado, sea como sea, haya o no brocha o cisquero, y además, ¿no es sabrosamente menos inferior que un término tomado en préstamo?

Y se echaba a reír pensando que tendría que mudar los muebles de la oficina, pero que por el momento carecía de aliento, de fantasía.

Le saludaban.

Le habían saludado así un millar de veces por año, allá, allá... donde fuere, y conservaba el buen sabor de esos saludos en su corazón. Es agradable ver flotar las alas de un jipi en el aire, transparentes, niveas, se siente uno confortable.

Contestó con una sonrisa. El hombre dijo:

—¿Sabe usted, querida amiga, "nitratos, carbonos"...?

Dio vueltas; quedó flotando la frase sin sentido.

—Ella ha dormido siempre, en invierno, con los puños cerrados, como los niños; en verano, con las piernas abiertas, como las niñas.

El comentario tuvo este coronamiento:

—...Cuidándose la cabellera como si en cada bucle de su cabello un resorte oculto... ¿eh? le previniese del peligro de estropeárselos, y con ellos, su fibroso pensamiento abullonado...

Desde el ángulo negro:

—Retórica...

—Tómalo como te parezca, pero...

Sobre las palabras, con gris tono, la fastidiosa Voz:

... *Algunas gentes habían columbrado, como en los antiguos tiempos, antes, mucho antes de que los barómetros marcasen peligro y los hombres de ciencia dijese lo que les es propio, señales indelebles, ciertas señales. Misántropos cautelosos barruntaron: hay un signo sangriento hacia el sur; una cruz de llama oculta, presagio funesto. Otros conjeturaban la presencia de las remotas ordalías, decisión celeste hecha tangible por sobre el nimbo de las encapuchadas tardes. Quién más allá creía ver crecer y avanzar...*

Sin hacer mayor caso a la fanfarria, prosiguieron:

—Vaga prehistoria de un homicidio no cometido ¿no es ello acaso el atavismo deficiente de esa muerte que le corresponde a todo hombre, acto ajeno a culpa, pero necesario a satisfacer una ley remota según la cual *nos pertenece* cierta vida?

Píladés dijo:

—Creo que sí... Ahora puede que hayas acertado.

Se oyó aún:

... *Creía ver crecer y avanzar...*

—El corazón de una mujer siempre quiere algo; eso de que no quiere nada es un absurdo.

—Visión: ella ha dormido...

—Ella ha dormido, Alfred, y de esto no te quepa la menor duda, como le ha dado su real gana. ¿Ya no es un querer, eso?

—Sí, hombre, sí... Y a veces no aspiran a más que oír, de labios determinados, una buena palabra bien dicha. ¡Otro querer, vaya!

... *la rueda flamígera del estrépito y*

*la desolación... perforando el firmamento, rompiendo las pilastras y los petriles de ese puente que media entre el hombre y el abismo... Como ver, lo que se llama ver con los ojos de la cara, lo cierto es que nadie había visto y todo ello parecía alucinación o entresueño.*

—¿Alucinación? ¿Entresueño? ¿Te fijas?

—¡Oh, quién tuviera a mano un papel de esos para sacar muchas copias! Acabo de terminar las patas del *Diván*; me gustaría que circularsen; son hermosas y pulidas.

—¿Un stencil...? Necesitas un stencil...

—No —dijo Radomiro con precisión—. Un estarcido es lo que yo necesito. Así es como se dice. No lo olvides jamás.

## II

¿Y TAGUENCA...; y Argimiro Tagüenca? Contrariamente al relativo bienestar en que una medianía discreta lo hospedara, íbase sintiendo. En sus oídos había sonado la edad de serenarse. Galante, lo que se dice un hombre galante... Bueno, si lo fue..., tal vez con magras maneras, por no romper una manzana de concordia que a veces florece en las mezquinas babilonias de las casas de huéspedes, en los suburbios, o bajo los pórticos mal iluminados de ciertos teatruchos barrioterros, pero, eso sí, siempre con amargos finales disidentes. (Concordia: disidencia: acomódense ustedes, no queda más remedio; ese es su carácter).

Porque ¿qué está haciendo ahora si no tratando de cuadrar definitivamente su liquidación con respecto a los negocios que de tiempo lleva con la señora Laura? Todo el día ha reflexionado que

eso debe acabar, puesto que la señora Laura ¿qué es? Un fantasma, ni más ni menos; un martirizante fantasma que le subyuga a pesar de saberlo lleno de múltiples historias capitosas. ¿Le quiere de veras? ¿Y cómo va a saberse esto nunca? De veras, de veras... ¿quién lo sabe de verdad? Pero, en fin... ¡Le subyuga!

Dulce, tal vez un poco torpe, extrañamente fina, frizando una edad imposible de precisar, metida de cabeza en todas las cosas del mundo —le importen o no—, lo amable de su ser le defendía y resguardaba de las verdaderas pasiones, no obstante su sola presencia despertarlas y encresparlas. ¡Oh paradoja! Si diez años antes le hubiere visto... Pero está visto que él ha sido destinado a viajar con retraso en muchos trenes y gentes; ha sido el viajero retrasado por antonomasia, el cual, aunque llegue, siempre llega después y con el enfado de no tener nada que descubrir, el gasto hecho, las vicisitudes sufridas.

Sólo que la deseaba todavía.

—O no... El mundo está lleno de paradojas.

Esta otra persona del diálogo, por las trazas, parecía como venida de un orbe distinto... del rojo orbe solar, si se quiere. Siguió hablando a su modo, entre dientes, adelantándose a los pensamientos ajenos. Miró fijamente a Argimiro:

—Sensibilidad periférica... Cinco noches sin dormir, y el “no saber lo que se quiere” (¡ah! ser libre; ser libre...) le ponen de pésimo humor, con ganas de... ¡uf!..., hasta de ronzar vidrios... Y clavándole la vista:

—Pitiatismo, le han asegurado, ¿no? Seguramente.

No respondió.

Se ampollaba de desatinos su razonamiento. ¿Qué es lo que en verdad quiere, o rehúye, o condena? ¿Se puede seguir así? Calofrío, calambre, calentura... ¡calomel! Para otras cosas, ¿qué? Todo eso imagina mientras el médico, analítico, cuenta los cigarros que le quedan en la pitillera. Y sigue pensando que ha sido un mediano profesor... que ha tenido alumnas, él, y no ha sabido, al cabo, sacar partido... El...

¡Haberse cuidado tanto todo el tiempo para venir a dar en pendientes vanas! Mejor sería hundirse de una vez en el arrebató de la sensualidad, ese oso fiero con tres órdenes de dientes, como lo pinta un profeta, y tan concupiscente que puede asaltarnos en cualquiera de los tres estados de nuestra vida. ¡Mejor!

... Pero al fin llegó y al fin hizo lo que quiso. ¿Qué fueron entonces puertas atrancadas y refuerzos tensos? ¿Qué esa montaña de precauciones, esos escaparates de cristal, precintados... esas cortinas de hierro bien apuntaladas, esos anuncios lumínicos bien cogidos por cuerdas de barco... esas...?

—¿Qué inventaría ese pastor protestante, me querrá decir usted...? Si una alumna más se atreviese...

—¿Lo dice por el tono de voz?

—¿De quién, si no...?

Argimiro estaba pensando: “Sólo que el sexo a veces tiene una extraña memoria... Y dicen que el sexo no tiene memoria”. En trances semejantes se lo ha repetido; sólo que duda. ¡Ah, duda!

Se oían otros comentarios:

—¡Qué ridículo y fastidioso tipo! ¿Quién es?

—No lo sé... Pero no ha sacado todavía las bestias del apocalipsis, y eso es un consuelo.

—Ya las sacará, no se preocupe usted. Las tiene en el pesebre... Una

necedad, pero vendrán. ¡Y a qué paso! Va a verlo.

El médico dio fuego a su cigarrillo. Miró a todas partes y retomando el hilo de su vieja charla:

—Pero ella, tal vez, lo que ha sido toda su vida... (¿no será atroz decirlo ahora...? ¡pobre señora Laura!... ¿ahora, cuando parece otra cosa?) fue... una modelo gratuita; esa persona que por puro amor a su persona muestra su cuerpo y su rostro a que se lo copien —en condiciones no siempre favorables, hay que decirlo, puesto que después de copiado puede que ni sea reconocido— muestra su cuerpo y su rostro al acto inicuo de rehacer la naturaleza, según un decir rabínico. Debe estar condenada por tales desafueros. ¿Qué ha sido su vida? Quince o veinte años de esplendor; quince o veinte imágenes superpuestas; quince o veinte posturas...

El tiempo aquí no cuenta. ¿Están, de verdad, por sobre el tiempo? Un discurso que no pierde su hilo podría decirnos... Pero para discurso:

*...Disparando sus ballestas en la oscuridad... todo retiembla y se hunde... Su lomo luciferino da botes profusos; salta de la decorativa escayola a la elemental arenisca donde crecen plantas exóticas... provoca el derrumbe entre bandazos brutales. Una fusta de ira restalla en su costado y él, con la más punzante de sus... pezuñas, barre la tierra, la escarba y ahonda en busca de una huella protuberante: su inmediato antecesor...*

—¿Por qué no rezamos *ad repellendas tempestates*? —dijo el médico.

—¿Irá usted a misa por esa bagatela? —aventuró Pilades.

La voz de Pilades se oía después, por amoscar al lector:

*... Abajo, esa ciudad odiada le debe todavía algo, y él...*

—¿Más?

—No lo dude usted: más; y tal vez más hasta la eternidad.

—En ese caso...

*... Atraído por todas las calamidades su vasto volumen se llena de ojos escrutadores y ya cumplido el paso de su tremenda trayectoria, contaminando las aguas de beber y repartiendo el virus de las peores plagas, nada faltará entonces al esplendor de su toisón...*

La Voz, en la voz de cualquiera:

*...Una ráfaga colérica abatió ...Una ráfaga...*

La señora Laura recordaba para todos:

—Cerrar la puerta del cuarto con el espejo colgado hacia afuera... ¡trae desgracia! Es como echar la cara al mundo por una rendija del alma... ¿Habré yo dejado mi espejo...? Por lo que veo... Esa maldita costumbre... ¡Y esas alumnas majaderas!

Argimiro terminaba sus vacaciones de profesor, según su cuenta. La señora Laura decía adiós para siempre. El médico hablaba para otro auditorio:

—Padece de licantrópía y con el bohordo de su pita el mejor amanecer se ahorcará. Y ambiguamente amostomado... a los jagüeyes que crecen... ¿Veis la visión?

—El bohordo de la pita, ¿qué queréis decir? —dijo una tonta.

—No haría falta tanto para que parezca un péndulo, si el buen aire sopla del mar con suavidad.

—¡Pobre Tagüenca!

—¿Y por qué se ha creído lobo? ¿Tiene una explicación?

—A saber: esos pasos que toma, para asaltar a las criaditas en los parques solitarios, de 7 a 9, en la noche...

—Parecerá, en esas circunstancias, una liebre...

—Exageraciones, Enedina; exageraciones.

—Pero retener esas banalidades tiene su enjundia.

—Humorista...

—¡Psh!

Miraba a sus valientes pechos, cálices de tentación; mirábalos con amor, quería retenerlos a su lado. Anduvo en su pitillera. Sino que Radomiro...

—Humorista..., bueno —dijo el médico por último—. Ironista, mejor. (Y pensando, con odio, en Radomiro, transparentó este juicio: “¿Por qué no auspiciará su obra este poeta del *Diván* como los autores del XVII, con iniciales misteriosas... “D. D. C. A. Fulanito... Duque de la Superlativa... Comisionario Distribuidor de la Piedad Divina... Por el Erario Sin Par...”

La afinidad se impone. ¿Acaso no dijo otro poeta que los poetas eran los legisladores secretos del mundo? ¿Cómo se acuñan tonterías! *Dedique... Done... Consagre...* A todos los caballeros; a todas las damas de corte... Pero no más infimas cabriolas y miraditas para donde yo miro...) Y volviéndose a ella: —La verdad, que le deje quieta a usted... ¡Que le deje en paz!

—¿A mí...? Apenas nos vemos. Ahora anda siempre en largas pláticas de negocios: comenta de nitratos, de carnes frías, de azúcares... ¿Será posible? —Me digo yo—; y parece que es posible.

La tonta:

—Alfred... Visón... ¿Sabéis del señor de los negocios? Aquí hablan de él. Parece que quieren saber de él.

Las miradas ya no hacían daño. El viento traía la andanada de la Voz:

...Una ráfaga colérica abatió la cárcel, allá arriba, donde ella asienta su

*pedra secular, y volvió a abatirla tantas veces como quiso. De entre sus rejas, de entre la oscuridad, salieron aullidos desesperados, y el terror de morir como ratas no superaba al terror de los dementes que en el manicomio pedían morir también de forma menos cruel. Algunos guardianes, contagiados de esta amarga angustia, se dieron a cavilar en una fuga colectiva sin detenerse en sus...*

—Pesca con barbasco, se llama eso, ¿Quién escapa?

Filosofía de estufa y pantufla, la tuya. Aquí, con estos calores, en medio de este gineceo de metáforas huracanadas... (¿será un periodista... con la cabeza llena de viento lento y violento?) ¡es como si se ahogara uno de nuevo!

—¿De n-u-e-v-o-?

...Consecuencias... *Con-se-cuen-cias...* ¡Consecuencias! Pero no bien se conjuró esta nueva catástrofe... Esta nueva...

—¿Tú dices que es como si nos ahogásemos de nuevo...? ¿Qué Fata Morgana ves?

—¡Calla, luego te digo! ¿Pero es una radio?

—¡No; ahora! ¿Estamos ahogados? Quiero saberlo...

Se oyó un sollozo. Se cumplía otro presentimiento.

Radomiro dijo:

—“Ese eres tú con nombre diferente”. Verso perdido que vuelve... Horacio... ¿En los “Epodos”; en las “Sátiras”? ¿En las “Odas”? ¿Cómo identificarlo? Tal vez en boca de Trebacio... o de Cacio.

Salmodiaba la Voz:

...De ese aire que corre a una velocidad de 170 millas por hora, ¿qué esperar? Tromba y trombón a la vez...

*Cadáveres degollados ya aparecían por los portales, entre restos de chimeneas y planchas de filoso metal. Un poco más y todo...*

Alguno preguntó en medio de la angustia:

—Dime, androide, ¿qué es ello? ¿Qué sucede? Porque estas enajenaciones de tonel azul y violín enfundado, y ese blandir imágenes literarias cuya dulzura, es posible, sea peor que su crueldad secreta, ¿a dónde conduce? No creo en lo palpable pero me es necesario constituirme. Guardianes quiero para no despeñarme; guardianes que me guíen por la oscuridad. Las definiciones nos ayudan a vivir y sin definiciones, ¿qué hace el hombre? Dime, androide, ¿qué es esto? ¿Qué plana catástrofe, aquí... , donde todo es plano... , hasta el tonel, y el violín y las metáforas?

Con nauseabunda elocuencia, la Voz:

*... Así inicia su vuelta que va a estremecer hasta los más enterrados durmientes de la vía... que desollará los cables de alta tensión...; que dejará al descubierto... Y no habrá quién le contenga porque se baña en sangre...*

—Esta voz, ahora, me recuerda la voz de mi trasbisabuelo, palaciano rancio, hombre esencial... “y como quiera que pequeño de cuerpo su órgano resonaba muy claro”.

—Claro varón de Castilla, Hernando del Pulgar, ¡salud!

*... Es posible que algo aliente: todavía: aquella torre a medio caer; aquel cupé de la era de los abuelos que se mantiene intacto en el zaguán; un ascensor con la boca abierta en un primer piso abandonado; tal maceta íntegra, con su única flor erguida como una befa, bajo una cobertizo; y otras cosas que laten de alguna manera, como ex-*

*traños filamentos sensibles, pero que laten desde siempre, le arrebatan aún...*

—Siempre he despreciado el Caos. ¿Será un castigo? ¿Quién me manda este castigo?

—Debíamos darnos cuenta. ¡Son puras quimeras!

—Quimeras al revés. Siempre quimeras. Esto es de un orden bastante tonto. Y aunque sé guardar las formas...

*... He aquí que tomando otro respiro acomete, el testuz en alto, olisqueando su propia enrarecida atmósfera, ciego, perdido, demente, de nuevo a la destrucción...*

—¡Ah! Sí que es tonto, ¡Ulises! ¡Ulises!

Sobre el estruendo:

*No; lo que no pasar y pasar debe de mi boca escuchar puedes seguro: me dio Apolo entender de lo futuro.*

### III

—LO APETECIBLE del oprobio es entenderlo. Desentenderse del oprobiano, liquidarlo de un puntapié o de un pistoletazo, anula el drama. No interesarnos por las maquinaciones que crea ese ominoso desmán, el contraventor sentido que lo solivianta y armamenta (porque si no hay arteridad no hay oprobio) es forma de penuria mental. Quise ver siempre cómo se fabricó la deleznable, la ínfima carcasa de lodo batido con que embadurnar...

—¡Pobre Visón! Te veo pidiendo ya las palmas académicas para ese mal autor, porque te trastorna su drama mediocre, y te haces solidario de él. ¿No sería mejor...?

—Lo cardinal es lo excéntrico. Hay quién difunde así la dicha del más allá. Por parcelas.

—Expresión sin sentido. Lleva atraída el error; lo conduce diestramente pero es error y enfermar es lo que se saca de andar en ello. ¿Qué tenemos que ver nosotros con esa dicha vacía, con esa cosa regresada sin haber partido? Más... Allá...

Más allá, tronchos de palabras:

*...Ocho horas llevaba la lucha. Dentro de los hogares se habían agotado las provisiones; la calle, cosa vedada. Perdidas las esperanzas... En el cielo plomizo a veces un lampo rojo, en soberbio contorno, le envuelve como una capa trágica... Y el día no acierta a desentumecer su luz inválida...*

—¿Te gusta eso, Visón?

—Alfred, no creo muy edificante esta lectura. ¿Victoriosa? De todo punto... Mira a la tonta cómo intenta salvar polluelos de su sueño en ese río de sus deseos. ¿Podremos saber por qué nos oprobia... esa cantaleta?

—Y bien que nos embadurna... ¿eh?

*...A esa luz, algunos vieron cómo... con qué maña se hizo para arrancar de su asta, a las doce en punto, rajante y certero, la "bola negra" que en el observatorio marca las doce meridiano. Otro gusto suyo fue inmovilizar la aguja anomométrica... fina pluma, débil pero exacta, que le lleva el récord...*

El patrón que decían emprenderla con todo, ingenios, farmacias, seguros de vida, automóviles, víveres, gomas, ferretería gruesa, y alguna señora en disputa, cambió miradas significativas con su antigua secretaria. Ella pensó:

—Es un mosaico de simulaciones. No tiene una amante siquiera. La emprende con las amantes de sus amigos. Ahora... esta Laura...

—Piensas —pensó el patrón—, piensas eso porque te atormentas con su in-

fatigable sonreír. De veras, no me gusta. Me gustas tú; siempre me gustaste tú. ¿Qué tal con eso? ¿Y el oprobio?

—No tengo nada que ver con eso; no tendré... Como tampoco con la vida secular, por supuesto, que me imponen las lecturas clásicas.

—Gracias lecturas, ¿no?

El médico, al vuelo, al paso:

—Estimulantes... Son el aperitivo del sueño. ¿Se duerme bien?

*...Y barría, tumbos aquí, tumbos allá... lanza quebrada en el rejón, fatiga que le agarrota... Exhausto, socavador de su propia destrucción, se le sintió entonces desatado, todas por una, retumbar en su último colazo...*

—¿Qué alegría! El último colazo...

*...Y de entre sus vértebras crujiendo se alzó un surtidor al cielo... Toda el agua de la costa... ahora se le alía... Esa agua que nos ha servido para embellecer el rostro de la ciudad...*

—A Carolina Salgado la van a encarcelar. Me lo han asegurado, de buena tinta. Negocios de bolsa negra con el lobo ese del patrón. ¿Adulterio? Tal vez también... Pero para eso no hay cárcel.

—¿Y quién es esa... Carolina Salgado?

—¿Ya no te acuerdas? Es la segunda mujer de mi primer esposo. Ha sido sorprendida en operaciones... de-lic-tuo-sas...

Los fallos eran frecuentes. Carolina Salgado había muerto muchos años antes, soltera, solitaria, virgen, aplazadora. Su rostro andaba en galerías: fue modelo. Continuó Enedina:

—Lo que le cuento, doctor, es la pura verdad.

Y el doctor: "Cada día se me hace más fastidiosa la aventura del amor; parece que ya no es aventura para mí."

Parece que el conocimiento de los secretos del oficio me va distanciando del hecho de inventarme un mundo, y este distanciamiento, por la raíz, ya sin metáfora posible..." Lo sacó de su meditación la tremenda Voz:

*...Y el mar ruge... A media mañana todo es negro en su contorno; las olas se adensan, cobran una fuerza inusitada, se hacen arietes destructores... Estremecido, sofocador, el mar contiene un extremo tembloroso de la infatigable...*

Dijo el médico:

—Enedina: todos debemos un gallo a Esculapio. Sólo que falta elegancia a la hora de mandar pagarlo. Voy a cumplir con mi deber, con toda elegancia... ¿Me permites que te confiese..., que ya la aventura...?

—Aguerrido proselitista: ¡veo tu propaganda sofisticada! ¿Qué quieres? ¿Qué sales ganando con esa necesidad? ¿Puedes? ¡A mí!...

Intervino Pilades:

—Tienes razón, Enedina. Ha pasado toda su vida diciendo cosas semejantes, sin éxito, pero con ufanía. Mándale a paseo. Te espero. Laura nos acompañará.

*...Y entonces habrá de verse a más de un barco sentado sobre el arrecife... boyantes objetos inservibles... las cacerolas del puchero, tal retrato, un guante, gafas rotas, juguetes, el ataúd siniestro de un pantalón con su pierna dentro y esa navegadora camisa de noche, la cual suscita la idea de que inicia un viaje de bodas hacia el infinito...*

—¡Cursi! Uno se contagia. ¡Cursi; cursi! ¿pues no me dan ganas de llorar...?

—Anfiscio: baja el tono a ese abominable radio. Es insoportable; no cesa un minuto.

—Pedante: ocúpate de ello, si te place; yo no sé que haya radio por aquí. Lo que sí quisiera...

—Con tanta muerte distribuida, imagino, quisieras tronchos de vida, ¿no? No hagas caso de la sintaxis; no la pulo, no la limo. No tengo ningún interés en esas flagelantes tareas... ¿Tronchos de vida, dije? Pues sí. Eso es.

*...Y cuando todos hablan de las casas que quedaron en pie diciendo ésta es una fortaleza", aquélla un castillo", y se hizo el recuento de los perecidos, viejos hubo que rumiaron: "En días no volverá; no volverá para mí; para otros, a su fecha, desde las islas de los Caimanes, desde el golfo de los Mosquitos..."*

Silbó el médico. ¿Qué quería decir?

Quería decir, sin duda, como otro, días antes de su suicidio: "Primero me verán muerto que pálido..." Porque su gallo a Esculapio, su cicuta y todo lo demás le ponían en trance mortal, pero, ¡eso no!, ni ligeramente bajo de color.

—¡Hombre, doctor, y usted le hubiese señalado el sitio del corazón al pobre poeta?

—¿Qué cosa de malo hay en ello?

—No sé... Si no pienso en eso... Pienso sólo en que algunos mantienen, hasta el final de sus vidas, una académica afición al obstáculo, ¡Bodeleriana gente!

—Lo que yo hubiese dicho a aquél es que se quitase los calcetines rojos —comentó la irreverencia de un tercero—; porque bajar a la tumba con calcetines rojos no me parece decente... Ni porque estén de moda.

—¡Calle, indiscreto! —concluyó el médico—. Nada mejor que callar... (Y volviéndose a Pilades). —Le decía que no hallaba nada de malo en indicar

puntos precisos, en momentos precisos, y me mantengo en ello. ¡Oh!... No olvide que se ha dicho que el hombre es un aventurero del pensamiento; lo que no es lo mismo que decir que el hombre tiene intelecto... ¿Quién no aprueba esto?

Caminaban o hacían como que lo hacían por entre escombros supuestos, soles locos, detenidas materias, virtudes públicas sonándose las narices y precoces asesinos con la brújula del crimen entre las manos.

—No... no es lo mismo.

La noche derrotada era tangible. Oyóse aún:

...Y mientras necesidades perentorias y nuevas ilusiones hacen olvidar un poco esa posible, esa larga incubación, la inalterable ciudad, magullada su piel y su alma se dispone...

—No; no es lo mismo.

—En esta leprosería de los recuerdos —dijo Radomiro— parecemos las víctimas de un ciclón... Acaso lo seamos... Acaso estemos ejerciendo un pendolaje vitando: presas prohibidas; cosas que flotan a merced de...

—Lo que te aseguro es que para pesadilla, ¡basta! Aunque yo a veces me despierto y sigo soñando.

...Se dispone a embellecerse al sol tal una frívola coquetuela... Tal una frívola y muy ejercitada...

—Llamadores del cielo, ¿qué ferrados portones no se vendrían abajo con estos golpes...?

—Estoy completamente estupefacto —dijo Alfred en trivial condolencia.

—¡Estupefacto hasta la estupefacción!

Y en un giro muy rápido de su conciencia crítica:

—¿No es verdad que esto tiene mucho de...?

—No lo digas —atajó Visón—. Te

crispa la monotonía de los espejos. Nos recuerdan, nos identifican, nos condenan. Parece que están diciendo siempre: "Ese eres tú con nombre diferente". ¡Nos traicionan!

—¿De los espejos...? ¡Qué poca cosa calculas! Porque si aquí no hay nadie, ni nada, y todos son espejos...

La vana, la horrenda, la inagotable Voz:

...Sólo que una codicia carnicera empezará a labrar también, decidida y en sangrentada, la imponderable entraña de rencor que alienta el enemigo invisible.

—¡Cursi! Más que cursi...

—Sin caballos, sin bestias apocalípticas, ¡pero cursi!

Se oyó por último un hervor de gresca, y en medio de la clandestina atmósfera, gritos femeninos:

—Esto es insoportable, ¡Dios mío!

—¿Tanto te martiriza?

—Tanto nos ha martirizado. Es un como no vivir.

—Tal vez sea, Enedina, el vivir de otro modo. ¿Pero para quién te emperifollas tú? Le vas a tocar en punto débil. ¡Y en este sitio!

\*

La total liberación logró entreverse cuando el que leía en aquel papel lleno de grasas grises, muy sobado y marchito, viendo que lo escrito era el escrito de otro mundo, así lo dijo y lo rompió en pedazos muy pequeños. Se le quedaron mirando, pero él, pío y pajizo, sin titubear, lanzó enérgicamente los tales pedazos hacia la tierra con el mismo desprecio con que se tira un poco de ceniza en el fogón.

(de CARNE DE QUIMERA, 1947).

BICENTENARIO  
de DON ANDRÉS BELLÓ

DE EL SALVADOR

DISCURSO

David Escobar Gamido

CONFERENCIA

Muchos Homajes

**DAVID ESCOBAR GALINDO**

**(Ver CULTURA 68-69)**

**MATIAS ROMERO**

**Filósofo y ensayista salvadoreño (1927). Ha publicado: "¿Ha muerto la Filosofía?" (San Salvador, 1970). Su orientación es cristiana, con una densa carga existencial.**

DAVID ESCOBAR GALINDO

## BELLO, EL HUMANISTA

(Discurso pronunciado en nombre del Gobierno de la República en el Homenaje del Bicentenario: Teatro Nacional, San Salvador, 29 de noviembre de 1981).

Las efemérides celebratorias de los hombres representativos nos acercan, más allá de la voluntad del homenaje, a la significación del trabajo humano y al posible monumento irradiador que es toda vida cumplida.

Este año 1981 es pródigo en recordatorios de gran magnitud. Calderón de la Barca nos reanima los fulgores siempre vivos en tallado diamante del Barroco. Juan Ramón Jiménez atisba, a la vuelta de su primer siglo, los crepúsculos malva de su vigilia en pos del Dios deseante y deseado. Pero para nosotros, los que recibimos la llama del castellano en cuencos humedecidos por la espuma de las mares ignotas y desafiadas, 1981 es el año del humanismo original, el año del orfebre con alma de ciclope, el año de Ulises en busca de Itaca áurea porque está construida con el Oro de las Indias: el año de Andrés Bello.

Es ya un lugar común decir que Andrés Bello es el primer humanista his-

pano-americano. Y como todos los lugares comunes, se trata una verdad que de tan sabida casi se sobreentiende; y por eso, se la hemos dejado en prenda a los eruditos, cultivadores benedictinos (pero, si se descuidan, también bizantinos) de la verdad. Así es como, de pronto, ante el golpe de aldabón catedralicio del Bicentenario, vislumbramos cuál podría ser el fruto mejor de la efemérides: rescatar a Bello, recuperar su obra de las manos de la erudición, y acercarla al fuego de los días actuales, para ponderar sus fulguraciones y concertar su valía con lo que hoy necesitamos y soñamos.

En el albor de la Independencia (entre la fusilería de la pasión política y ese otro fragor de los clamores enciclopedistas) se anuncia en la recoleta Caracas el vuelo de dos luminarias inconcebibles. Estamos asistiendo a un fenómeno celeste en el cielo vaporoso de la América irredenta. Es como el equinoccio de primavera con dos astros y dos

designios. ¡Menuda sorpresa se habría llevado el que, por aquellos días, hubiera podido leer en la mano de América las líneas del futuro!

Están aquí, surgiendo al mismo tiempo, el Genio de la Independencia y el Constructor del Humanismo. Es decir: el doble esfuerzo en pro de la Libertad. Simón Bolívar hace surgir naciones del resplandor de su espada. Y Andrés Bello, como alquimista de la Cultura, redescubre, para todo el Continente, la piedra filosofal de su unitario destino en los trabajos del espíritu.

Porque el Humanismo de Bello no es simplemente una magistral reelaboración de los materiales europeos. Su Humanismo nace de una nueva visión, de una diferente perspectiva vital: es el Humanismo alumbrador de hombres y sociedades que se caldean en la hoguera del propio alumbramiento, y está señalado en la frente con la ceniza de una nueva purificación: la que surge del apretado aliento del mestizaje.

Bello comprende que la Cultura de América es el fruto de esa semilla europea plantada en el humus capitoso del Nuevo Mundo, y toda su vida se esfuerza de modo indesmayable por abonar esa semilla y por hacerla crecer plena en su identidad. Toda la obra del gran venezolano es un esfuerzo implícito por alumbrar para la Cultura lo que los grandes capitanes y dirigentes próceres habían alumbrado para la Independencia.

Ayudar a fundar Hispano-América. Hacer que reconociera su propio rostro en las aguas del pensamiento, de la poesía, de la crítica, de la avidez razonada y razonable. Eso pretendía Bello. Esa fue su misión. Es Humanismo desde la raíz de la identidad multinacional, sin inhibición, sin incertidumbre, sin quebranto. Y así lo vivió: hasta el fondo

de su vigilia de hombre apasionado por el saber. Hombre de gabinete en permanente cosecha servicial, universal. ¡Y cuánta vida práctica surgió de aquellas cuatro paredes estrechas e iluminadas!

Lo primero, pues, que debemos a Bello es la afirmación, como desiderátum de conducta del hombre hispanoamericano, de ese ser que le corresponde: el ser hispanoamericano. Y, además, el descubrirlo con honradez, el vivirlo con devoción, el proyectarlo con serenidad y dinamismo.

El ser hispanoamericano es una lengua. Bello la estudió filosóficamente, y levantó el monumento de su Gramática "para uso de los americanos". El ser hispanoamericano es la necesidad de una sensibilidad plena y orgullosamente mestiza, que se anime en su doble tradición. Bello, desde la nostalgia londinense, bordó sus silvas con el gozo áspero de la tierra, de la mano de Virgilio, pero deslumbrado por las constelaciones del trópico. El ser hispanoamericano requiere un Derecho que cimiente su vida personal e institucional, y otro Derecho que rija los principios de su vida interestatal. Ahí está la obra máxima: el Código Civil de Chile, que recoge las mejores herencias del Digesto y de las Siete Partidas, de las ordenaciones germánicas y del Código de Napoleón, y lo junta todo, con mano de relojero, en el equilibrio de las permanentes verdaderas para los nuevos tiempos sucesivos. Y ese Código alimenta otros Códigos. Y es recibido íntegramente en El Salvador, Colombia, Ecuador... Y Bello funda el Derecho Internacional Americano, que luego ha dado al mundo grandes lecciones de civilización perfectible con el Derecho de Asilo y el Derecho de No Intervención... El ser hispanoamericano está

siempre urgido del magisterio de sus grandes hombres. Y Bello funda la Universidad de Chile, enseña en la cátedra, enseña en el periódico, enseña en el libro... Es el maestro en su más alta jerarquía. El maestro del progreso por medio de la palabra, en función del racionamiento, en homenaje permanente a la libertad interior, y, por consecuencia, colectiva.

Bello nos dio, en fin, la enseñanza viviente de la pasión en el intelecto y de la serenidad en la conducta. Fue, además, como dice Blanco Fombona, "honrado y preciso". Honrado en su vida de discreta medida; preciso en la nitidez de sus reacciones. Y es que, en el trasfondo de su cotidiana devoción a la ardua brega, estaba el tomasol de la poesía; el fuego prerromántico, cernido por una cálida, invencible nostalgia de transferrado. ¡Con sólo leer ese prodigio de emoción reflexiva que es "La Oración por Todos" queda patente la hondura de su verdad humana!

Bello era el sabio que nunca renunció a las apetencias vivas del corazón. Sus razonamientos en múltiples disciplinas estaban sazonados con las especias sabrosas del símbolo y de la metáfora. Por eso quizás conservan la frescura, a pesar del polvo de los años.

De él nace toda una corriente que, partiendo de los veneros del ánimo continental, se transforma, cada vez con mayor impulso, en surtidor planetario: el Modernismo como expresión proyectiva y conjunta, es su primer momento estelar, cuando la Cultura hispanoamericana se posesiona, con todo derecho, de su sitio en la Cultura de Occidente. El segundo momento es la novela realista de los primeros cuarenta años de este siglo, con "Doña Bárbara" a la cabeza: la simbolización del gran contraste telúrico y humano; civilización/

barbarie. Y el tercer momento es el empuje incontrastable de la novela-poesía actual, encarnado en tres nombres capitales: Neruda, Borges, García Márquez. La simiente estaba en Bello. El calor de la convicción estaba en Bello. El ejemplo estoico estaba en Bello. Está en Bello.

Por eso Andrés Bello —en su obra múltiple— sigue teniendo ese poder de invitación universal. Más allá de las circunstancias su propia vida es una irradiación sin fronteras. Poeta virgiliano y fervoroso autodidacta en Venezuela, su patria de origen; profundo estudioso y nostálgico divulgador en Inglaterra; maestro y patriarca de la Cultura en Chile tierra generosa que alienta el fuego de sus vigiliadas... De ahí, en alas del pensamiento fundamental y la palabra insuperable, inspirador de todo el Continente... Y así humanista. Espejo y figura de humanistas.

Se acercó a las fuentes del idioma, desde muchos rumbos. Entendió, como nadie, que la Historia bien vivida es el equilibrio de la tradición ponderadamente renovada. La ciencia y la filosofía de su tiempo le sirvieron de acicate, no de cadena. Hay en él una lección que está en el trasfondo de su obra y de su vida: Hay que crear para vivir. Y la creación verdadera es una fusión de realidad y de sueño; de verdad recibida y de verdad presentida. Más allá de lo aleatorio y circunstancial queda el rescoldo del espíritu, cuyas brasas es necesario soplar con el aliento del espíritu.

A partir de Bello, la Cultura con signo propio se vuelve, para Hispanoamérica, movimiento de accesible inspiración. Oficio contra la barbarie, y no sólo culto a lo simplemente recogido y aséptico. Cultura como valor asiduo y natural. Síntesis dinámica de Independencia y Cultura. Es decir: Bolívar y

Bello, más allá de las vicisitudes y las conquistas inmediatas: en el Gran Sueño de la América recreada. Un siglo después, Venezuela daría al otro cruzado: el abnegado de la Democracia. El hombre que, en síntesis de herencia, y en función de sus retratos vivos de la realidad angustiosa y esperanzada del Continente, del círculo de Florentino Coronado, Marcos Vargas, Demetrio Montiel y Santos Luzardo, traería, remojado de sentimiento plurigenésico, el aliento consubstancial de una estirpe cósmica —según la intuición de Vasconcelos— para convertir su esfuerzo en semillero de Democracia.

Es el sacrificio del Ideal: el que traza, con su ejemplo de genuina hidalguía

ciudadana y creadora, la otra cara del triángulo.

Y con Gallegos, pues, la lección tripartita se completa, a modo de señalar un posible y necesario camino a los hombres de América: el de la justicia que no niega la libertad; el de la libertad que no niega el orden; el del orden que no niega la justicia. . .

Bello aró en la tierra del verbo. Los surcos están aquí, ávidos, en el cuerpo de nuestra geografía espiritual. Reconstituye la Odisea oceánica del idioma. Pareciera que, en el campo de la Cultura, es la voz que gritó: “¡Tierra!”. Por eso su reflejo interior es una oda. La Oda al Humanismo. Que reza así:

# ODA AL HUMANISMO

América del sol joven esposa,  
del antiguo Oceano hija postrera,  
en su seno feraz cría y esmera.

(ANDRES BELLO,  
*Alocución a la Poesía*).

(de David Escobar Galindo)

I

Tierra Destinada

*Temprano*  
*con Venus en las sienes*  
Y este sabor a leche  
*memoriosa en los dedos*  
*voy saliendo de la cáscara tímida del yo*  
*(colectivo y filial)*  
*mientras las piedras huyen de sí mismas*  
*por la inmóvil pradera*  
*que oyó las imprecaciones*  
*solares de los conquistadores*  
¡Arre, ásperas almas  
*del mediodía consular! Entramos*  
*con vosotras al verde de las turquesas aleteantes*  
*al blanco de la anona que se regala en plumas*  
*de faisán carismático*  
Y al azul de los ecos  
*con que la tierra alumbra*  
*—alumbramiento sólido*  
goteante  
y animoso—  
Es un coro descalzo

*de sombras entre el zumo de los dioses*  
*—el Sol y su hijo único—*  
*Porque las lluvias construyeron el atrio de la tierra*  
*hicieron gradas en el pétreo labio*  
*caminaron a solas por milenios*  
*inventaron la tórrida Cultura*  
*del instinto*  
*La palidez del búho en llamas*  
*La sal del ocelote*  
*La mazorca que canta*  
*historias de aves*  
*más ebrias de fulgor que el ave fénix*  
*Y por ahí el invento superior:*  
*El Hombre con sus sienas*  
*—con sus dedos—*  
*El yo ceremonial*  
*sabio esqueleto*  
*de los días que apenas se deslizan*  
*y ya son desafío*  
*de las arenas con pepitas de oro*  
*¡Salve a ti, Corazón del humus temporal,*  
*el que aguarda las letras silbantes del latino!*  
*¡Ah mañana juiciosa*  
*de las abras oceánicas*  
*que recibe doblada la rodilla en la espuma!*  
*Claridad retoñando*  
*en el dédalo de ojos incompletos*  
*—Destino*  
*—Sangre*  
*—Espejos*  
*Y de repente un grito*  
*Y el pájaro que trae*  
*en el pico sangrando*  
*—como entraña del Dios—*  
*esa palabra: “¡Tierra!”*  
*que resuena en las rubias soledades oscuras*  
*en la pasión oleosa del cruento sacrificio*  
*para que nazca en las arenas torrenciales*  
*esta otra Palabra.*

## II

### Alba del Verbo

#### i

*¡Gloria a ti, hueco asombro castellano!  
Terminación del semen salpicante.  
La cultura está aquí, raíz quemante,  
con su nuevo destino soberano.*

*Allí, en esa canasta de oro vano.  
En el expolio del amor bramante.  
—Pero también, ¡oh estrofa de diamante!,  
entre el húmedo estiércol del arcano.*

*Y la cultura aparecida empolla  
su huevo secular: El silogismo  
de emplumadas esencias. La memoria.*

*¡Memoria tutelar que desenrolla  
no el papiro fungoso del abismo,  
sino el quemado sueño de la historia!*

ii

*Si no el quemado sueño de la historia,  
al menos esta intempora primicia:  
—Sacrificio lunar cuya franquicia  
sueña con la escolástica victoria.*

*Y en el claustro, en la cama y en la noria,  
el sol es esa luna que codicia:  
la del mestizo en pánica delicia,  
ya triángulo de luz definitoria.*

*¡Morded el fruto, pues! La pitahaya.  
¡Bebed el fuego, pues! La caña viva.  
¡Cantad la gloria, pues! El canto fuerte.*

*¡Fruto del fuego que en su gloria raya!  
Y en latino decir, habla furtiva.  
¡Salamandra en los hornos de la muerte!*

iii

*Salamandra en los hornos de la muerte  
es la verdad, la ley y la cantiga.  
—¡Que no se oculte, no, que el habla liga,  
porque el habla en esencia se convierte!*

*Estamos hechos de la escrita suerte.  
Y tal verdad al fuego nos obliga.  
—Palabra fiel en mercurial intriga,  
porque el Dios en nosotros se divierte.*

*Filosofamos ebrios: respiramos.  
—Somos la estrofa, el código. Y el eco.  
De Felipe Segundo y Atahualpa.*

*Ah invención de cultura en que porjamos,  
porque en ella nos oye el muro hueco  
y el olor de los símbolos nos palpa.*

### III

#### La Aventura y el Símbolo

*Caminamos seguros entre aguaje y sequía*  
—Garcilaso nos guía

*Mordemos las edades en la almendra y el azafrán*  
—De la mano huesuda de Gracián

*Temblamos la estrellada noche ufana*  
—por la agonía de Villamediana

*Necesitamos pues que el sueño nos arroje*  
—con el manto quimérico de Lope

*Rondamos desasidos avatares*  
—con la linterna lógica de Suárez

*Volteamos los espejos en el fardo*  
—tras la respiración de Saavedra Fajardo

*Somos a los ubicuos racionios proclives*  
—en el elixir fiel de Juan Luis Vives

*Vibramos en la intrépida campana  
—con el pulso inaudito de Sor Juana*

*Y además desde ahí  
nace el caleidoscopio zahorí*

*Nos bañamos a ciegas en el agua de pozo  
de este nuevo decir maravilloso*

*¡Ah radiante fruición  
de Juan Ruiz de Alarcón!*

*¡Ah magnético brazo  
del otro Garcilaso!*

*¡Humanismo y destello  
de Andrés Bello!*

## IV

### Aire con Aguilas

—*Batallad, por la luz, batalladores,  
con manos/plumas/sueños  
surtidores.*

*(Bello y Sarmiento:  
La batalla espumosa  
del pensamiento).*

—*Batallad, en el fuego  
del troyano  
y del griego:  
mas con arma y escudo  
del pensamiento intrépido  
y desnudo.*

*¡Sarmiento y Bello:  
La balanza que pende  
de la energía áurea  
de un cabello!*

*¡Grácil batalla!  
De águilas absolutas  
en el aire quemado y diamantino.*

—*Son distintas las rutas,  
pero es uno el destino.*

## V

### Saga del Humanista

*Voy a contar esa experiencia propia:  
gozo y regalo y desafío de la posible cornucopia.*

*Era una tarde, en la ventana.  
¡Se insinuaba la estrella, el libro me servía!  
(Había, por ahí, recién mordida, una manzana)  
y la oración, de súbito, fue ese misterio que vivía.  
—Misterio deslumbrante de la indigencia humana  
y misterio gozoso de maternal/onírica armonía.*

*Por todos la oración. Descubrí el sustantivo  
pleno, terrible: todos. ¡Ah saber unitivo!  
Y la apagada rima neoclásica brillando  
como diamante blando.*

*Comprendí: son lo mismo  
la verdad, la elegía.  
El campo: respirada convicción de espejismo.  
Y la sangre: mi sien tan colmada y vacía.*

*¿Quién hollaba los pasos de Virgilio,  
sino este velador que inventaba praderas y conjuros,  
entre los cuatro muros  
de su exilio?*

*¡Sólo un espíritu nobilísimo —me dije—  
pudo escribir tales estrofas aleteantes!  
(Después supe que un espíritu así nunca transige:  
norma de perfección: lujo de los pensantes).*

*Así la norma se hace ley. Verso y arista.  
—El Código Civil vestido de amatista.  
—El Derecho de Gentes en su inocencia ática.  
—Palomas picoteando maíz en la Gramática.*

*Nadie me dijo nada del señor  
que pulía sus páginas con sutil resquemor,  
con gracia reposada y todopoderosa.  
¡La Cultura de América tiene por él olor  
a aventura juiciosa!  
Olor a orégano y a rosa.  
Pero no rosa vagamente europea.  
Aquella voz de “¡Tierra!” fue semilla de idea.  
Porque la limpidez deviene inmensidad,  
destino de espumosa vigilancia:  
desde los templos de la piedra sin edad  
hasta los agridulces sueros de la temperancia.*

*Somos griegos, señores. Griegos con plumas.  
¡Recién nacemos de las intrépidas espumas  
del descubrimiento!  
Y la palabra se nos vuelve ala de fuego en el aliento.*

*Pero aprendemos también que la disciplina  
es ese niño que lee en su ventana:  
la Oración por Todos, salvaje y cristalina,  
cristianamente tan pagana.*

*¡Oh señor don Andrés Bello, el razonable,  
el buceador sin límites en su gabinete de hombre culto!  
—El que hizo el viaje a la Nosteria navegable,  
a la total Agricultura del verdor insepulto!*

*Con la ley y con el poema,  
con la naranja y con la norma,  
con el ensayo y con la gema,  
con el artículo y con la forma:  
el ánade y la codorniz,  
la piedra pómez y la raíz,  
¡ejemplo universal del mismo ejemplo!  
¡contra la barbarie de la piedra!  
—La piedra está bien en el templo,  
donde el hierbajo desvelado medra.  
En cambio aquí, mientras el hombre se desnuda,  
el pensamiento hila su vestido mayor.  
—¡Oh sagrado misterio de la duda,  
oh sombra discursiva del fulgor!*

*(¡América, América, bárbara y electiva,  
goteando por la hoguera de una palabra viva!)*

*Allá, sentado, bajo su luz casera,  
entre la bruma de Londres o la luz nacarina de Santiago,  
el humanista es señor de su primavera,  
y en esa primavera no hay estrago.*

*¡Gloria a la savia de su estirpe que vuela!  
—Que dibuja en el aire la inmortal carabela.*

*San Salvador, Noviembre de 1981.*

MATIAS ROMERO

# ANDRES BELLO, CID CAMPEADOR DE LA FILOSOFIA HISPANOAMERICANA

¡Dios, qué buen vasallo,  
si ovicse buen señore!  
(Poema del Mfo Cid).

## I

### INTRODUCCION

- 1) *Honroso encargo de la Academia Salvadoreña de la Lengua, de la Sociedad Bolivariana de El Salvador y del Instituto Salvadoreño de Cultura Hispánica.*

Trato de cumplir, y sólo lamento que tan laudable intento sea superior a mis fuerzas, el difícil encargo de la Academia Salvadoreña de la Lengua, de la Sociedad Bolivariana de El Salvador y del Instituto Salvadoreño de Cultura Hispánica, instituciones que me encomendaron presentar un trabajo sobre la personalidad de don Andrés Bello, “el sabio de América por excelencia”, como lo llama un ilustre venezolano de nuestro tiempo, el doctor Rafael Caldera<sup>1</sup>. En efecto, señores, les ruego me den la razón y miren con benevolencia mi atrevimiento. ¿No es acaso una arriesgada empresa

el acercarse así, con tan poca preparación, al que el doctor Insúa Rodríguez llama “el más grande de los pensadores de que puede enorgullecerse Hispanoamérica en la edad contemporánea?”<sup>2</sup>. ¿Y no está ya de antemano condenado al fracaso, o por lo menos al resultado de la superficialidad, el intento de interpretar y comentar, aunque sea para los fines de una conferencia de ocasión, siquiera el libro de Andrés Bello titulado *Filosofía del Entendimiento*, del que dice Marcelino Menéndez y Pelayo que es “la obra más importante en su género que tiene la literatura americana?”<sup>3</sup>.

Hay, sin embargo, tres razones que me dan valor, además del natural deseo y del deber de conocer a un filósofo americano que no podemos ignorar los amantes de la filosofía. La primera razón es que la Academia Salvadoreña de la Lengua tenía que honrar al primer americano que fue nombrado académico honorario y correspondiente de la Real

Academia Española (la primera designación en 1851 y la segunda en 1861), antes de que se fundaran las academias hispanoamericanas. (La Academia Colombiana de la Lengua, la primera, fue fundada en 1871; la salvadoreña en 1876; la venezolana y la chilena en años posteriores). Y este americano que fue honrado con los mencionados galardones fue el autor no digamos de “la mejor Gramática Castellana, a falta de otra mejor” sino de “una de las mejores gramáticas de los tiempos modernos en cualquier lengua”. Son palabras del insigne bellista Miguel Luis Amunátegui Reyes, citadas por Caldera<sup>4</sup>. La segunda razón, por parte de la Sociedad Bolivariana de El Salvador, es que esta sociedad no podía guardar silencio en este año del bicentenario del nacimiento de Andrés Bello, digno maestro del que fue su digno discípulo: Simón Bolívar. Y la tercera, por parte del Instituto Salvadoreño de Cultura Hispánica, es que Bello es uno de los más auténticos representantes de la cultura hispánica, a pesar de la honda influencia que ejerció en él la cultura inglesa. “A pesar de la influencia fructuosa de la cultura inglesa, dice Caldera, Bello no se hizo un sabio inglés sino un sabio americano”<sup>5</sup>.

Andrés Bello nació el 29 de noviembre de 1781 y murió, casi cumplidos los 84 años, el 15 de octubre de 1865.

2) *Bello, un universo de conocimientos y un extraordinario ejemplar de humanidad.*

Comprendí desde el primer momento que, tratándose de un hombre de las dimensiones anchas y profundas de Bello, era un error o una empresa poco recomendable querer abarcar toda su personalidad. Hay figuras que, a la vez atraen con la música mágica de su sa-

biduría y con el imán de su influencia, imponen la distancia del respeto.

Alguien ha dicho que los dos hombres más grandes de Hispanoamérica los ha producido Venezuela: Simón Bolívar y Andrés Bello. El uno con la punta de la espada, el otro con la punta de su pluma, ambos con la frente levantada y luminosa, han señalado los más altos ideales y las más nobles aspiraciones de nuestros pueblos.

Con razón el Dr. Gabriel Méndez Plancarte (citado por Gaos en la introducción a la edición de la *Filosofía del Entendimiento*) dice que “Bello merece —y espera todavía— un libro, un verdadero libro, que desentrañe y valore su multiforme aportación a la cultura de América y aun a la cultura universal”<sup>6</sup>. Y es que Bello, como luego diremos, es polifacético, sorprendente, desconcertante. No sólo es un universo de conocimientos sino que es creador en no pocas ramas, y ciertamente un creador audaz. Y no sólo es un caudal riquísimo de sabiduría sino que ese caudal, magníficamente orientado y dominado, es un espectáculo de serenidad, de estructura equilibrada, de articulación, de lógica interna y de sentido humano. Este aspecto humano y ético no hay que olvidarlo nunca. Su pensamiento y su moral se mantienen tan altos y tan serenos que, como dice W. Rex Crawford<sup>7</sup>, Bello no podía ser “un héroe popular”. Por lo mismo se explica lo que dice el Dr. Insúa, que Bello, ante las diatribas desafortunadas de sus enemigos (por ejemplo el feroz odio de Sarmiento), “supo oponer a todos los ataques la muralla de una altiva serenidad”<sup>8</sup>.

Según la magnífica síntesis (síntesis nutrida y apretada de erudición, sin que por eso deje de ser agradable y fácil de leer, ¡éxito admirable!) que nos ofrece

don Rafael Caldera en su libro "Andrés Bello", hay que distinguir en don Andrés el hombre y el sabio. El hombre, privilegiado ejemplar de la raza humana, pudo decir lo del sabio latino: *Nihil a me humanum alienum puto*. Y también lo de Goethe:

*Yo siempre he sido muy hombre,  
es decir, un luchador.*

*Aguza la vista bien.*

*Escudriña con la mirada en el fondo  
(de este pecho;  
mira la señal de las heridas que deja  
(la vida;  
mira el placer de las heridas que causa  
(el amor<sup>9</sup>).*

Bello, hombre manso, de "profundidad y exactitud virgilianas"<sup>10</sup>, no vivió una vida agitada, pero sí activísima, con altibajos y sufrimientos, entre dos mundos, entre dos patrias. Fue casado dos veces, con dos distinguidas damas inglesas. La primera, Mary Ann Boyland (1814), con la que tuvo tres hijos; uno de ellos don Francisco Bello Boyland, autor de la Gramática Latina, que se tiene por obra de don Andrés, por las substanciales modificaciones que éste le hizo. La segunda, Elizabeth Dunn, con la que se casó a los tres años de fallecida la primera, en 1824, y con la que procreó once hijos<sup>11</sup>. Varios de estos hijos le precedieron en la muerte y laceraron su corazón.

Este hombre, pues, a quien Rafael Caldera llama "transeúnte"<sup>12</sup>, tuvo tres etapas en su vida: la caraqueña, la londinense y la chilena, las tres riquísimas, bien vividas y de profunda significación. Caracas: de 1781 a 1810, son 29 años. Londres: de 1810 a 1829, son 19 largos años en tierra extraña. Y Santiago de Chile: de 1829 a 1865, o sea de los 48 a los 84 años.

En Bello sabio, Caldera presenta los capítulos del filósofo, el artista, el filólogo, el pedagogo, el jurista y el sociólogo. ¿Intentaré yo ahora referirme, si quiera sea con un párrafo, a cada uno de estos aspectos para tener una vista en perspectiva del monumental personaje? Los estrechos límites de una conferencia no lo permiten.

### 3) *Tres alternativas para la presente conferencia.*

Permítanme que use la palabra alternativa quizás en una forma de barbarismo, pero que creo se ha impuesto ya por el uso. Originalmente alternativa es la opción entre dos posibilidades. Pero ese límite impuesto por el *alter* latino, cuya significación se ve clara en la expresión *alter ego*, el otro yo, ha sido rebasado en la práctica, pues al hablar de opciones es evidente que éstas pueden ser no sólo dos sino tres y más. Con esta sugerencia para el próximo diccionario de la Real Academia Española, paso a decirles, distinguidos amigos, que obligado a escoger alguno de los muchos aspectos del gran Bello, del monumental don Andrés, se me presentaban a mí en lo particular tres posibilidades o alternativas, para que se me facilitara un poco ser preciso y aportar a una audiencia tan ávida como la de ustedes algún dato importante, algún comentario enriquecedor, alguna apreciación nueva en el estudio de este universo andresbellino que está aún por explorarse. Recordemos lo de Méndez Plancarte: "Bello merece, y espera todavía un libro..."

La primera alternativa, por mi formación latina y humanística, era la de escoger como tema la Gramática Latina, obra publicada en un principio con el nombre de don Francisco Bello Boyland, segundo hijo del primer matrimo-

nio de don Andrés, pero que tiene después, y aun desde el principio (cosa que reconoce el amantísimo hijo), tan substanciales aportes y correcciones del padre, que en definitiva la obra, y así aparece en posteriores ediciones, se adjudica a don Andrés. ¡Y qué bueno hubiera sido que, en estos tiempos de fobia contra el latín, hubiéramos hecho valer los argumentos que ya en su tiempo Bello esgrimía con energía para defender la cultura latina, como fundamento de toda nuestra cultura! Lo dice bien la frase de Quintiliano con que comienza la obra: *Haec ars nisi fundamenta iecerit, quidquid superstruxeris corruet*: “Si este arte no pone los fundamentos, se vendrá abajo todo lo que construyas”. Sin embargo, señores, juzgué demasiado superior a mis incompletos conocimientos del latín un estudio sobre obra tan densa y científica, estudio que, por otra parte, difícilmente hubiera resultado atractivo para nuestros auditorios.

La segunda alternativa era la de presentar desde algún ángulo la magna *Gramática de la Lengua Castellana*, obra que, con alegría lo digo, guardo entre los tesoros de mi biblioteca. Ustedes saben cómo se aman los libros. La edición a que me refiero es doblemente valiosa, pues contiene en un solo volumen la “Gramática de la Lengua Castellana”, de don Andrés, y las “Notas a la Gramática de la Lengua Castellana de don Andrés Bello, e índice alfabético de la misma obra”, por el ilustre don Rufino José Cuervo. Y francamente, señores, la obra de Bello en esta línea es una tierra tan rica y extensa, que en una sola de sus zonas podría el estudioso hallar material de análisis, de deleite, de discusión y de futuras investigaciones. Mencionemos sólo un punto que ofrece particular interés: el análisis exhaustivo sobre los tiempos de la conjugación cas-

tellana y la terminología que usa Bello para los tiempos verbales: ante-presente, ante-futuro, ante-pretérito, co-pretérito, ante-pos-pretérito, ante-co-pretérito, etc. Magnífico tema, a estas alturas de la evolución del castellano, cuando vemos la marcada tendencia a desaparecer de ciertas formas difíciles de la conjugación.

La tercera alternativa era la de escoger la obra filosófica de Bello, la *Filosofía del Entendimiento*, libro prácticamente desconocido entre nosotros, apenas mencionado en las biografías y comentarios. Y pensé desde el primer momento que era aquí donde podía poner yo mi grano de arena, comenzando por leer la obra atentamente y con la mayor responsabilidad. Pero, ¡primera dificultad!, ¿dónde conseguir un libro tan raro? Ni siquiera a través de la Embajada de Venezuela pudimos lograrlo. Hasta que en la Biblioteca Nacional, contra las normas del préstamo de libros, en el caso de los ejemplares únicos, me dieron prestado el único ejemplar de la *Filosofía del Entendimiento*, quizás el único en todo El Salvador. Para que se vea qué poco vale entre nosotros la filosofía.

#### 4) Dificultad al hablar de Bello.

Me decidí, pues, a estudiar la difícil *Filosofía del Entendimiento*, que por cierto es obra póstuma, pues se publicó dieciséis años después de la muerte de su autor, en 1881. ¿Por qué razón? ¿Acaso Bello dejó inédita esta obra para no suscitar molestas polémicas? No adelantemos juicios. Después especularemos sobre el asunto.

La primera dificultad con que topé, una vez que comencé a bracear en las aguas de la filosofía bellista, fue la ausencia casi total de comentarios que

traten directamente y a fondo el asunto. En la misma edición del Fondo de Cultura Económica, México, 1948, se dice, en las solapas, que, siendo conocido el Bello poeta, el gramático, el internacionalista, el pedagogo, el jurista, incluso el periodista, no lo es tanto el Bello filósofo. El primero que sentenció lapidario sobre la calidad del venezolano en esta materia fue Marcelino Menéndez y Pelayo: "Bello fue filósofo..." Eso fue en 1893, en la semblanza que presenta el genio español en su Antología de Poetas Hispanoamericanos. Este juicio, cincelado en escultóricas frases, es definitivo y tan justo como benévolo, tan crítico como respetuoso. Sin embargo, ni Menéndez y Pelayo, ni los que después vinieron (Amunátegui, Orrego Vicuña, Lira Urquieta, Méndez Plancarte, Insúa Rodríguez) se han adentrado en juicios precisos y concretos de investigación detenida. Ni siquiera este último, el Dr. Insúa Rodríguez, que tiene la mejor historia de la filosofía hispanoamericana, quizá la única, eso afirma Gaos<sup>13</sup>, obra rara en las bibliotecas nuestras y que yo tengo la suerte de poseer entre las curiosidades de la mía. Precisamente este autor, catedrático de la Universidad de Guayaquil, es a Bello a quien más espacio dedica: siete páginas.

Como consecuencia de lo anterior, advierto que me he encontrado prácticamente solo en la tarea de enfrentarme con el libro de Bello y que cualquier indiscreción que cometa al tratar de ser sincero en mis apreciaciones debe atribuirse a mi poca preparación y escasas luces, no a falta de respeto ni a poco cuidado.

Por lo dicho se comprende la segunda dificultad en que se encuentra el que va a hablar de Bello. Esta dificultad consiste en que la mayoría de los que han abordado el tema, como suele suce-

der con los próceres que sólo se estudian en las fechas cívicas conmemorativas, han adoptado un tono de alabanza y panegírico, un tono a veces demasiado ahuecado e idolátrico que ha rehuido el análisis crítico y los juicios valorativos. No está fuera de esta lista el propio Dr. Rafael Caldera, a pesar de que dice: "No quiero caer en la posición idolátrica que deforma los ensayos biográficos". Pero esto lo dice ya en la conclusión, al final de la obra, cuando todo el libro ha sido, y con mucha justicia y nobleza, un panegírico. Yo no estoy contra los panegíricos. Lo que digo, es que una cosa es el panegírico y otra cosa es la actitud crítica y científica. Y digo además que, si no nos despojamos de la pose oratoria de discurso conmemorativo, no podremos ni entender, ni aprovechar, ni criticar la *Filosofía del Entendimiento* del sabio venezolano, pues se trata de una obra, como luego lo demostraremos, que es polémica desde el principio hasta el fin.

En cuanto a mí, la primera lectura de la obra me produjo una sensación de desconcierto, de duda y de preocupación. Por momentos me parecía que estaba tocando los pies de barro de una estatua de mármol o el talón débil del famoso corredor griego de los pies ligeros. Sobre todo después de leer el célebre testimonio de don Marcelino Menéndez y Pelayo, citado en la introducción de José Gaos. Y sobre todo después de ver la intención respetuosa y puramente descriptiva, bibliográfica, no crítica, del propio Gaos. Y conste que la introducción de Gaos a la edición de la obra de Bello por el Fondo de Cultura Económica, México, 1948, es hasta ahora, por lo que nosotros sabemos, el estudio más serio y extenso sobre la *Filosofía del Entendimiento*. Son casi cien páginas eruditísimas, pero más bibliográficas

que críticas. Expresa y conscientemente evita Gaos hincar el diente del análisis crítico. Esto me llevó a leer la obra una segunda y una tercera vez, entreteniéndome a roer ciertos párrafos, a tomar apuntes, copias fotostáticas, etc. Y cada vez me sentía menos seguro y más lleno de temor. El tan citado juicio de Menéndez y Pelayo, primero me pareció luminoso y preciso, después lo fui viendo como obligadamente laudatorio, abundante en frases abstractas, benévolo de propósito, soslayando reflexiones demasiado precisas y comprometedoras y nada parecido al católico intransigente y severo que, al furor de los veintitrés años, escribió la colosal obra crítica y dura "Historia de los heterodoxos españoles".

Siendo obligada la cita de la mencionada semblanza de Bello, hecha por el genio español, me permito transcribirla completa, tomándola de la introducción de José Gaos:

"Bello fue filósofo: poco metafísico, ciertamente, y prevenido en demasía contra las que llamaba *quimeras ontológicas*, de las cuales le apartaban de consuno el sentido de la realidad concreta, en él muy poderoso, su temprana afición a las ciencias experimentales, la estrecha familiaridad que por muchos años mantuvo con la cultura inglesa, el carácter especial del pueblo para quien escribía, y finalmente, sus hábitos de juriconsulto romanista y sus tareas y preocupaciones de legislador. Pero fue psicólogo penetrante y agudo; paciente observador de los fenómenos de la sensibilidad y del entendimiento; positivista mitigado, si se le considera bajo cierto aspecto, o más bien audaz disidente de la escuela escocesa en puntos y cuestiones muy esenciales, en que más bien parece inclinarse a Stuart Mill que a Hamilton. En la *Filosofía del Enten-*

*dimiento*, que es sin duda la obra más importante que en su género posee la literatura americana (dicho sea sin menoscabo del aprecio que nos merecen los ensayos de algunos pensadores cubanos), predomina sin duda el criterio doctrinal de la escuela de Edimburgo, como podía esperarse de la fe inquebrantable de Bello en las creencias primordiales del género humano y en el testimonio de la conciencia; pero hay patentes desviaciones que ponen el libro a dos pasos de la doctrina contraria, como si en el espíritu de su autor combatesen reciamente la audacia especulativa y la prudencia práctica. Su doctrina sobre la noción de causa, que para él no es ni principio universal ni principio necesario con necesidad absoluta, sino que se confunde con la ley de sucesión y conexión de los fenómenos, parece idéntica a la que en la *Lógica* de Stuart Mill se propugna; salvo que Bello, como creyente religioso, afirma, a despecho de su sistema, la realidad de la causa primera, libre e inteligente, ordenadora del mundo, al paso que Stuart Mill, sólo como posible acepta el antecedente incondicionado y universal. La idea de substancia queda también vacilante en el sistema de Bello, quien propiamente no reconoce más percepción substancial que la del propio yo, duda mucho de la existencia de la materia, no repugna la hipótesis de Berkeley, según la cual los modos de las causas materiales son modos de obrar de la energía divina, y existen, por tanto, originalmente en la substancia de Dios bajo la forma de leyes generales; y llega, aunque sea por transitorio ejercicio o gimnasia de la mente, a conclusiones resueltamente acosmistas que, negando la substancialidad de la materia, convierten el universo físico en "un gran vacío poblado de apariencias vanas, en nada diferente de un sueño". Pero no consiste en estas ráfagas

de escepticismo la verdadera originalidad de la filosofía de Bello, el cual, por otra parte, siguiendo la buena tradición hamiltoniana, defiende vigorosamente contra el doctor Brown la percepción intuitiva de la unidad de la conciencia; consiste, sobre todo, en sus magistrales análisis, de los cuales puede servir de tipo el que aplica a la memoria y a la sugestión de los recuerdos, y especialmente a las que llama *anámnesis* o percepciones renovadas, y que él distingue sutilmente de los demás elementos que concurren al fenómeno de la memoria. Su doctrina del método inductivo, aunque deriva evidentemente de fuentes inglesas, muestra que estaba profundamente versado en la filosofía de las ciencias experimentales. Bello no dejó escrita su filosofía moral, que a juzgar por ciertos pasajes de un artículo suyo contra la teoría de Jouffroy . . . , quizá no hubiera salido exenta de todo resabio de utilitarismo, si bien interpretado en el más noble sentido, y disculpable en quien había recibido, muy mozo aún, la influencia directa de Bentham, cuyos manuscritos tuvo que descifrar por encargo de James Mill, durante su permanencia en Inglaterra<sup>14</sup>.

Veamos ahora la actitud que toma el entusiasta bellista P. Pedro Pablo Barnola, *societatis Jesu*. La primera vez que hojeé las páginas del sabroso libro Estudios sobre Bello (una de las más recientes obras que conocemos, Caracas, 1969) me sorprendió que el P. Barnola no se refiriera para nada a la filosofía de Bello y estuve por afirmar que adrede evadía el tema para no tener que enfrentarse con una serie de puntos no sólo discutibles sino peligrosos ante los cuales un filósofo escolástico y más todavía un cristiano inmediatamente toma la actitud defensiva. No modifiqué subs-

tancialmente mi criterio ni siquiera después de haber hallado, luego de una lectura más cuidadosa, un trabajo (la oración fúnebre en el año centenario de la muerte de Bello, 1965) en el que toca el problema de la crisis religiosa de Bello. Al contrario, allí confirmé la actitud primero evasiva y después benevolente de Barnola con respecto al talón de Aquiles del gran sabio. Perdonen, señores, que emplee aquí el pronombre de primera persona y les diga que, desde que lei la primera vez la obra filosófica de Bello, sospeché en él una grave crisis religiosa, serenamente callada, disimulada o superada, pero muy grave, y precisamente en las alturas del intelecto y en serio conflicto con los dogmas católicos. Más adelante diremos que en este punto Bello admite un parangón con Descartes, pues mientras hizo paladina confesión de fidelidad a la religión católica, como investigador e innovador llegó a conclusiones manifiestamente contrarias al dogma. En otro cualquiera de los personajes que hicieron alarde y escándalo de antiescolásticos y anticlericales en aquel tiempo tan desfavorable a la tradición, esta actitud no hubiera tenido la menor importancia. Era la moda. Pero en Bello, tan equilibrado, tan espiritual, tan católico, que tuvo, como dice Barnola<sup>15</sup>, en Chile un santo y sabio director espiritual, y que en Londres consultó sobre su crisis a un sacerdote, esto suponía, sin duda, un grave conflicto, un desgarramiento moral.

Barnola, pues, habla claramente de una crisis religiosa, la cual trata de detallar con ciertos incidentes de Londres y que desborda en las tesis manifiestamente heterodoxas de la *Filosofía del Entendimiento*. Es tan cierto esto, que el buen P. Barnola, actuando como confesor póstumo en la oración fúnebre del centenario, absuelve benévola-

mente a Bello y, para no atormentarse con las tremendas conclusiones de la *Filosofía del Entendimiento*, vuelve los ojos y se refugia en otras obras de su penitente, en la traducción de *La Oración por Todos*, en la traducción del *Miserere* y en el bello apéndice titulado *Del Ser Supremo y sus Atributos*, capítulo que está inserto en la discutida obra, algo así como si el autor filósofo, asustado él mismo del destrozo causado por la supresión del principio de causalidad, se convirtiera de repente en fervoroso teólogo y cayera de rodillas, hablando además como metafísico, después de haber desechado con desprecio la metafísica. ¿A quién nos atenemos, al Bello filósofo, o al Bello teólogo?

Precisamente por todo esto, que luego lo detallaremos al analizar la filosofía subjetivista, psicologista y sensista de Bello, es que no estamos de acuerdo con las afirmaciones del P. Barnola y de don Rafael Caldera, cuando dicen que Bello llevó de Caracas bien cimentados sus principios filosóficos, es decir, los principios de la filosofía clásica. Su *Filosofía del Entendimiento* demuestra todo lo contrario. Demuestra una oposición total y radical a la filosofía escolástica, desde el principio hasta el fin, dicho en dos palabras, desde el punto de partida rigurosamente sensista hasta las conclusiones decididamente acosmistas al estilo de Berkeley.

Meditando precisamente en esta situación es que yo he llegado a sospechar (no tengo para ello apoyo documental) que Bello no quiso publicar en vida la polémica obra. Se publicó hasta dieciséis años después de su muerte, en 1881. Y, conste, es una obra que dejó incompleta. ¿Acaso no se atrevió a escribir la segunda parte, la filosofía moral, porque habría tenido que ser

forzosamente utilitarista, en franca rebeldía con la moral católica?

Bello, señores, en este punto es desconcertante, polifacético, enigmático, a pesar de la aparente claridad, y no pocas veces contradictorio. Y la contradicción es de fondo, no simplemente verbal o de *lapsus calami*. Precisamente porque trata de llevar su lógica hasta las últimas consecuencias, por eso luchan en él el teólogo y el filósofo, el hijo de la católica España y el hombre moderno influenciado por la herética Inglaterra. Añadamos, a propósito, el testimonio que trae Barnola sobre el carácter reservado y extremadamente cuidadoso de Bello. El que después sería su íntimo amigo, el Ministro Plenipotenciario de Colombia en Londres, don José Fernández Madrid, tuvo esta impresión, antes de ganar la confianza de su ilustre secretario: "A Bello lo quiero porque es muy buen sujeto, pero tan reservado y puntilloso que es imposible tener confianza en él"<sup>16</sup>.

## II

### LOS ESTUDIOS SOBRE BELLO Y LA ESCASA BIBLIOGRAFIA DE QUE PUDIMOS DISPONER PARA EL PRESENTE TRABAJO.

Si tuviera que interrumpir aquí la presente conferencia, creo que lo dicho bastaría para despertar en muchos una gran curiosidad por el Bello filósofo, que es el más desconocido, el más difícil de interpretar y de comprender. Pero, ¿qué medios tenemos nosotros para intentar semejante estudio? Permítanme decirles, a manera de intermedio, las dificultades que tuve y el poco material de que pude disponer para el presente trabajo. Poco, cierta-

mente, y sin embargo suficiente para provocar la acuciosidad de cualquiera y la capacidad de análisis del más atento filósofo.

Fue una suerte, en primer lugar, haber hallado en nuestra amada Biblioteca Nacional un ejemplar único de la *Filosofía del Entendimiento*.

En segundo lugar, hay que reconocer que el libro del honorable don Rafael Caldera, uno de los hombres que más enaltecen a la Venezuela actual, es un auxiliar magnífico y una como guía turística para iniciarse en ese país que se llama Bello y que es bello en realidad. Y hay un detalle muy importante y muy oportuno para nosotros, que no podemos dejar inadvertido, pues Caldera no lo dice sin propósito. Dice que fue “un hombre de excepcionales quilates, amante fervoroso de la Universidad y de la cultura”, ése es Caracciolo Parra León, a quien le dedica el libro, el que le instó a que se acercara a la señora figura de Andrés Bello. No hay por qué abundar aquí en la profunda impresión que hizo Bello en Caldera. Lo que sí hay que añadir es que Caldera lamenta “el inconcebible olvido” en que las juventudes de América han dejado a Bello. Y esto sí es para nosotros. Precisamente, y vamos a adelantarle ya, pues queremos enfatizarlo y repetirlo muchas veces, el fruto que deseamos de esta conferencia es que quede flotando en el aire, en el pensamiento de los mentores de la cultura universitaria salvadoreña, la sugerencia de que se estudie formalmente el pensamiento filosófico americano y especialmente la *Filosofía del Entendimiento* de Andrés Bello, como texto obligado de comentario y discusión.

La exposición general de las ideas filosóficas de Bello, el análisis y el enfoque hechos por Caldera, en un libro

de 250 páginas (advirtiendo que el formato del libro es pequeño, como manual, casi de bolsillo, son realmente serios. Sin embargo, ésa es mi respetuosa opinión, a Caldera le falta agudeza crítica, su propósito parece demasiado laudatorio y hay puntos en que francamente no estoy de acuerdo. Caldera, por ejemplo, dice:

“No alcanzó en ella (en la filosofía) el rango de revolucionario y creador que lo acreditara como jefe de una escuela, tal como sucediera, por ejemplo, con el Bello poeta americanista, o con el Bello de la Gramática para uso de los americanos. Era demasiado modesto para arrogarse la creación de un nuevo sistema filosófico y estaba profundamente convencido de las verdades cardinales de la filosofía clásica para adoptar una actitud iconoclasta”.<sup>17</sup>

¿Qué sucede en realidad? Con perdón de don Rafael Caldera, en primer lugar, no es lo más apropiado decir que Bello en filosofía “no alcanzó el rango de revolucionario y creador”. Todo lo contrario, Bello en filosofía se sitúa en una posición de avanzada peligrosa, nada menos que acuerpando y aun enriqueciendo con interesantes matices y originales vislumbres las conquistas de las filosofías inglesas y francesas. Tal toma de decisión no era tan novedosa, puesto que los pensadores latinoamericanos de su época casi en unanimidad, eran anti-escolásticos y favorecedores de las novedades filosóficas venidas principalmente de Inglaterra, Francia y Alemania. Y mucho menos estoy de acuerdo en decir de Bello, como absolviéndolo o salvándolo de un pecado intelectual, que no fue iconoclasta. Yo creo que sí fue iconoclasta, audazmente iconoclasta, desde luego que (incluso con palabras duras y despectivas en ciertos momen-

tos) se dio a la tarea de herir con el hacha del sensismo los corpulentos árboles del realismo escolástico, de los famosos conceptos universales, del principio de causalidad, del principio de substancialidad, e incluso poniendo en peligro la noción clásica de libertad, asomándose acá a los abismos del panteísmo y del acosmismo.

En tercer lugar, dispuse de los Estudios sobre Bello, del P. Barnola, Director de la Academia Venezolana de la Lengua, y de dos folletos del bellista don Pedro Grases, precioso material que, junto con el libro de Caldera, nos fueran donados, *in illo tempore*, por la Embajada de Venezuela, cuando el gran don Aquiles Certad y luego el Dr. Solórzano Bruce, siempre bien recordados, mantuvieron una generosa corriente culturizadora que mucho nos benefició. Creo que éste es el momento oportuno para recordar que el 29 de noviembre de 1971, siendo Embajador de Venezuela don Aquiles Certad, Ministra de Educación la Lic. Antonia Portillo de Galindo, y este servidor Director de la Biblioteca Nacional, se firmó por parte de la Embajada de Venezuela y la Biblioteca Nacional un compromiso para celebrar todos los años el 29 de noviembre como Día del Recuerdo de Bello.

En cuarto lugar menciono, con la intención de dar una pista para quienes quieran venir después a interesarse por el gran Bello, que la Biblioteca de la Academia Salvadoreña de la Lengua posee, aunque lamentablemente incompleta, la edición de las Obras Completas de Andrés Bello, hecha por el Ministerio de Educación de Venezuela, Caracas, 1958.

En quinto lugar, me ayudó mucho la preciosa edición, en dos tomos, de "Bello y Londres, Segundo Congreso del Bicentenario", de la Fundación La Casa

de Bello, Caracas, 1980. Agradezco al Dr. Alfredo Martínez Moreno el haberme facilitado estos libros, porque su documentación (con artículos de 36 respetables autores) es decisiva para entender la influencia de la cultura inglesa en don Andrés.

Finalmente debo recalcar, precisamente por los fines didácticos y de divulgación que me he propuesto en esta conferencia, la importancia de esta joya bibliográfica que por una casualidad tengo en mi biblioteca: La Historia de la Filosofía en Hispanoamérica, del Dr. Ramón Insúa Rodríguez, obra única en su género, tan completa y minuciosa, dentro de sus límites, que comienza por hablar de las ideas filosóficas de Cristóbal Colón. Cito con particular interés esta obra porque es la que más nos ayuda a situar a don Andrés Bello en relación con sus contemporáneos latinoamericanos, lo que a mí en lo particular me ha llevado a comprender la posición apasionadamente antiescolástica de Bello, pues ésa era la moda de su tiempo. Más aún, al comparar a Bello con los hispanoamericanos de su tiempo, su antiescolasticismo, mucho más profundo y consciente que el de los otros, resulta equilibrado o, por lo menos, razonado y comprensible.

### III

#### PROPOSITOS DEL PRESENTE ESTUDIO

Después del anterior intermedio bibliográfico, que he puesto deliberadamente para rogarles que consideren la escasa bibliografía de que dispuse y para que disculpen el atrevimiento que luego tendré de entrar un poco más a fondo en las ideas de mi personaje, pasaré a emitir juicios críticos que en parte pueden considerarse desfavorables.

El primer propósito es el de no tomar con el Bello filósofo una actitud tan laudatoria y respetuosa que no permita discutirlo y refutarlo, si es necesario. ¿Acaso no hablamos con libertad de Kant, Locke, Condillac, Berkeley, Husserl, Heidegger, Sartre, Maritain, y les señalamos sus errores, cuando los tienen? Señores, lo grande es que se está demostrando que Bello es un pensador que puede citarse a la par de los mencionados filósofos. Puede citarse y discutirse porque se puso a la par de los mejores de su tiempo, y no desdice ni queda menguado como corredor de la competencia. Lo que pasa es que éste es el Bello desconocido y a la vez el más polémico, como suele suceder casi siempre con el pensamiento filosófico. Lo que vamos a hacer nosotros, adoptando una actitud de análisis crítico y separando los puntos polémicos, de los puntos positivos, es lo que más ayuda a despertar el interés por un autor ¿No les parece que ésta es la mejor manera de tributar un homenaje?

Y el segundo propósito es una sugerencia formal y pública que yo me permito hacer, ya que se me ha concedido la preciosa oportunidad de ocupar esta tribuna en nombre de tres doctas instituciones. Lo que yo sugiero y ruego, a quienes concierna e interese, concretamente a las universidades y al Ministerio de Educación, es que la *Filosofía del Entendimiento* de Bello sea puesta como texto obligado de comentario y de consulta en nuestras clases de filosofía en el bachillerato y en los estudios superiores.

Veamos, señores, si logro convencerles, en las restantes partes de este trabajo, de la importancia de la sugerencia que acabo de hacer y del provecho que se sacaría de estudiar a Bello en forma seria, como americanos que somos y

que, además, se supone que somos americanistas.

#### IV

### BELLO Y EL ANTIESCOLASTICISMO DE LOS PENSADORES CONTEMPORANEOS DE HISPANOAMERICANA.

Para comprender mejor a Bello y para situar debidamente en su época su actitud contraria a la escolástica, vamos a referirnos (consultando principalmente a Insúa Rodríguez, a Alberto Ghirardo, a Leopoldo Zea y a nuestro P. Juan Bertis) a los pensadores del siglo XVIII y primera mitad del XIX. Esta relación con su tiempo hará que Bello, en vez de aparecer como un rebelde más, a la moda, se perfile como un revolucionario de calidad y como un hombre responsable que libró solitario grandes batallas en su pensamiento, antes de pronunciarse en los delicados temas que abordó. Lo importante no es que haya acertado o se haya equivocado sino que trabajó con una lógica imperturbable y con una ética inquebrantable.

En el siglo XVIII y primera mitad del XIX abundan en América hispana las actitudes desaforadas y sectarias enarbolando la bandera del antifanatismo y del antisectarismo. La ola va desde México hasta la Argentina y son los hombres más destacados los que se pronuncian en contra de la tradición escolástica, mientras la dócil y honorable mayoría de los mediocres se mantiene en las aulas universitarias y en los seminarios como defensora de esa tradición. De esos ilustrados y tradicionalistas mediocres (no lo decimos con ironía ni con desprecio) no se hace historia. Pero existían y constituían una corriente todavía fuerte. Bello se refiere, en una carta a Gual que luego citaremos, a

esa formación de tomismo y aristotelismo trasnochados que recibió en Caracas y lo hace en una forma muy despectiva y burlesca.

Pero sus contemporáneos lo hacían de una manera mucho más severa y hasta ofensiva. El gran naturalista mexicano, Antonio Alzate, sacerdote (1729-1790), se burlaba de la filosofía escolástica. Otro sacerdote mexicano, Benito Díaz de Gamarra (1745-1783), se propuso desterrar de su cátedra “las eternas y estériles disputas que hacían las delicias de los decadentes escolásticos”. Insúa dice que “pocos contribuyeron tanto como él a quebrantar en América el prestigio de la escolástica”.<sup>18</sup>

El brillante ecuatoriano Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo (1747-1792), hijo de indio y de mulata, decía en cierta ocasión, refiriéndose a la cultura tradicional de la época: “Vivimos en la más grosera ignorancia y en la miseria más deplorable”, palabras que el buen don Marcelino Menéndez y Pelayo comenta así: “¡Como si sus propios escritos, nacidos bajo el régimen colonial y bajo la educación española, no fuesen la prueba más brillante de lo contrario!”. Muy certero el *touché* de don Marcelino.

De la enseñanza de la lógica en su tiempo dice así Espejo: “La lógica era verdaderamente una intrincada metafísica; y de una exacta indagación de la verdad, se había vuelto una eterna disputadora de sutilezas despreciables e incomprensibles. De allí tantas cuestiones inútiles, en que se evaporaba la delicadeza de los ingenios... los mismos preceptores apenas mostraban tener una idea de la verdadera lógica; y más los ocupaba la famosa cuestión de la distinción entre los predicados metafísicos, y ésta hacía el campo de batalla entre vir-

tualistas criollos y formalistas chapetones... se reputaba lógico más aprovechado e ingenioso el que discurría sofismas más embozados”.<sup>19</sup>

Aquí, señores, tenemos que detenernos un minuto y hacer una advertencia sobre una confusión de la que no está exento el mismo Bello y que aún existe en nuestros días. Y es que se tiene un concepto equivocado no digamos de la escolástica sino de la lógica misma. Oigase bien, señores, la lógica no es la ciencia de la investigación de la verdad. Esa es una frase que fácilmente se desliza pero que contiene un lamentable error. Se confunde lo que son los métodos y los objetivos de las ciencias particulares con lo que es el estudio del pensamiento en sí. Esto lo sabe hoy cualquier estudiante cuidadoso de filosofía, cuando distingue entre lo que son la lógica y la teoría del conocimiento. Seguramente los críticos del siglo XVIII, a quienes no les negamos razón en lo fundamental, lo que querían decir es que se abusaba de la lógica como asignatura y se entretenían demasiado en ella, haciendo ejercicios estériles (que aún hoy en día se hacen como gimnasia mental; recordemos las figuras válidas y no válidas del silogismo y pensemos en la importancia cada vez mayor de la lógica matemática), en vez de darle más tiempo a la psicología, por ejemplo, a las ciencias particulares y aun a la teoría del conocimiento que en esa época apenas se mencionaba como ciencia independiente.

Acercándonos ya más a la época de Bello, Crisóstomo Lafinur (1797-1824), argentino, muy influenciado por Condillac, rechaza lo que la escolástica entiende por ideas y admite sólo impresiones sensoriales, “ya externas de los objetos, ya internas de la acción y re-

acción de los órganos interiores los unos sobre los otros, o de los movimientos obrados en el seno mismo del sistema nervioso o centro cerebral". Del silogismo dice que es una fórmula inútil o viciosa para investigar la verdad. Como se ve, aquí está ya la posición inicial de Bello, el punto de partida sensista a lo Locke y a lo Condillac. No quiero decir que Bello siguiera, ni siquiera que conociera a Lafinur. Es cuestión intrascendente. Lo que quiero hacer ver es que el sensismo, así como otras posiciones antiescolásticas, eran comunes en aquel tiempo.

Es importante que nos fijemos en un argentino muy conocido, Juan Bautista Alberdi (1810-1884), el del famoso aforismo "gobernar es poblar"<sup>20</sup>. Desde luego, no es modelo de filósofo, sus valores son otros, pero tiene apreciaciones que nos ayudan a comprender lo que es y lo que no es el pensamiento americano. El mismo Insúa dice que la concepción que Alberdi tiene de la filosofía es "extraordinariamente raquílica y estrecha"<sup>21</sup>. No es éste el lugar para comprobarlo o discutirlo; nos apartaría de los fines que nos hemos propuesto al trazar este marco que nos ayuda a comprender mejor la figura de Bello. Lo que sí queremos destacar es su afirmación profética de que "la abstracción pura, la metafísica en sí, no echará raíces en América"<sup>22</sup>. Luego dice que "nuestra filosofía ha de salir de nuestras necesidades". "De aquí es que la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en sus métodos, positiva y realista en sus procedimientos, republicana en su espíritu y destinos". ¡Etcétera, etcétera! ¡Qué admirable furor verbal y qué torrente de ideas para los programas de la política y la educación!

Pero, ¿es esto filosofía? ¿Es posible hacer filosofía sin hacer metafísica y estando empeñados en que la abstracción no eche raíces en América?

Con razón Leopoldo Zea dice que la "filosofía" (permitásenos la ironía de estas comillas) de América tenía que ser una reacción contra la filosofía escolástica, contra la filosofía tradicional, para alinearse con los pueblos que ya entonces "encabezaban la marcha del progreso en todo el orbe". "Para escapar al pasado, para vencer el escolasticismo dominante, los pensadores latinoamericanos se inspiraron en los Bentham, James Mill, Saint Simon, Pierre Leroux, Lamennais, Quinet, Michelet, Víctor Cousin, Jouffroy, Lermenier, Benjamín Constant, De Bonald, William Hamilton, Thomas Reid, Laromiguiere y otros muchos más. La ideología, el eclecticismo, el romanticismo, el liberalismo y el tradicionalismo se conjugaron en el pensamiento de los Sarmiento, Alberdi, Bilbao, Lastarria, Mora, Montalvo, Luz y Caballero, etcétera, etcétera".<sup>23</sup> Un comentario así rápido se nos ocurre sobre esta cita de Leopoldo Zea: ¿No es significativo que en esta lista de pensadores latinoamericanos no se mencione al más fuerte de todos ellos, el gran desconocido, Andrés Bello?

No podemos despedirnos de este coro de voces antiescolásticas sin que, para variar, como decimos los salvadoreños, completemos el recorrido con dos testimonios que pongan la nota de equilibrio. El primero es el de un argentino que precisamente se distinguió por su antiescolasticismo y que, sin embargo, acierta a emitir un juicio moderado, después de haber emitido muchos otros en que no quedan bien parados ni su conocimiento de Aristóteles ni el de Santo Tomás. Olvidemos esas licencias verbales del P. Gregorio Funes y aten-

damos el siguiente párrafo que es un poco más comprensivo: "Conviene aprovecharse de lo bueno que nos dejaron los antiguos escolásticos y de las luces de la moderna edad, para presentar nuestra tesis, sin esa sujeción tiránica a las máximas rancias, misteriosas e inútiles del peripato, pero tampoco sin adhesión a partido alguno y en aquel errotismo mitigado, que sabe conciliar la forma silogística con el estilo didáctico y aun oratorio".<sup>24</sup>

Y el segundo testimonio, que expresamente hemos dejado para el final, es nada menos que el de un recio pensador salvadoreño, el P. Juan Bertis (1837-1899), por dos razones: primera porque es en nuestras letras el personaje que, guardando las distancias, por su amplio saber humanístico y su amor a las ciencias, puede llamarse el Andrés Bello salvadoreño; y segunda, porque es en el P. Bertis donde hallamos una justa apreciación de la filosofía escolástica y particularmente de su método.

Por el contrario, en el numeroso coro de quienes cantan cantos fúnebres a la escolástica, no hay uno solo que conozca la gran escolástica, la verdadera escolástica. Ni siquiera don Andrés Bello la conoce, o no da muestras de conocerla. Attendamos al respecto la cita de Caldera, que es muy reveladora: "No cita a Santo Tomás en sus fuentes. Lo cual no era de extrañar, ya que la generalidad de los hombres de ciencia de su tiempo conocieron el escolasticismo sólo a través de las críticas que se le hicieron en la degeneración de la escuela y no estudiaron directamente la escuela tomista".<sup>25</sup> En contraste con esta actitud injusta y desconsiderada de la generalidad de los pensadores de la época, ¿cómo resalta y qué luminosa es la síntesis de perspectiva que presenta, y además en elegante lenguaje, nuestro clásico P.

Bertis acerca de la esencia y el papel de la escolástica! Y conste que Bertis no era precisamente un escolástico defendiendo a los escolásticos. Era un sabio que miraba con justicia y equilibrio a la escolástica desde su posición muy moderna de cultivador de las ciencias. Su artículo "La filosofía escolástica", en la conocida obra *Ciencia y Literatura*, publicada por nuestra Imprenta Nacional, 1941, es uno de los mejores que se hayan escrito sobre el tema en la historia de la filosofía.

Detengámonos un poco, señores, en este punto, aunque sea para señalar temas de posibles estudios para una revaloración de la escolástica y sobre todo para que comprendamos la situación de desventaja en que se encontraban los críticos de quienes hemos venido hablando. Repitamos que estos pensadores no conocieron la gran temática escolástica, la herencia griega que se junta con la corriente judeocristiana para formar un solo caudal, San Agustín y su cristianización del platonismo, la patrística, Boecio, San Anselmo, San Buenaventura, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino y la recepción de Aristóteles, Suárez... Un inmenso manto de injusto silencio se echa sobre ellos. A la escolástica que es ciencia, filosofía, relación íntima con el cristianismo, ontología, metafísica, teodicea y moral, simplemente se la confunde con la lógica. Y ni siquiera con toda la lógica sino única y exclusivamente con ese instrumento que mereció la más enconada de las antipatías: el silogismo. La razón, por otra parte, es obvia. La escolástica, además de que había llegado a una situación de repetirse rutinariamente para transmitir verdades que si no eran eternas estaban muy relacionadas con las eternas, había caído, en la persona de mediocres y aun malos maestros, en un

logicismo ergotista que sonaba pedante, dogmático, formalístico y verbalista. ¡Había que ver con qué gusto se pronunciaba el milagroso *ergo!* Se enarbolaba como un trofeo, como una espada vencedora cortando el nudo gordiano. Francamente, si examinamos más de cerca estos pasatiempos y gimnasias mentales que tanto odiaban sus detractores, no eran otra cosa que ejercicios lógicos, escaramuzas con las diferentes figuras del silogismo y un como goce aeróbico de construir andamios para subir a la conquista del espacio. Antes de llegar al rayo fulminante del *ergo* estaba el sutil ejercicio de los *distingos*, un verdadero arte de cacería, de agilidad jurídica y casuística, de ingenio y hasta de humorismo. Y claro que era fácil cometer abusos. Seguramente el más lamentable de todos fue el darle a la razón racionante un excesivo poder, particularmente en el caso de las pruebas de la existencia de Dios. No fue que se desconocieran las vías del sentimiento, de la intuición y del consenso universal. Al contrario, estas vías se conocían desde Platón hasta Santo Tomás, pasando por San Agustín y los místicos medievales. Tampoco hay que olvidar que junto a la escolástica intelectualista existió la otra, la mística, la intuitiva. Sin embargo, la que fue generalmente conocida y divulgada como escolástica fue la otra.

De modo que, resumiendo, la primera injusticia que se cometió contra la escolástica fue la de ignorar sus grandes temas y sus grandes autores. Una segunda injusticia fue la de no comprender la función didáctica y pedagógica del método escolástico. Precisamente el arte de hacer el planteamiento de la tesis, la explicación de los términos, el estado de la cuestión, las opiniones de los adversarios, el orden de los

argumentos en favor de la tesis, la refutación de los adversarios, los escollos y los corolarios, todo esto constituye un aparato dentro del cual el silogismo es apenas una pieza, una rueda. ¿Acaso podemos decir que el movimiento aquí es puramente discursivo y declarar excluida la intuición? Por supuesto que no. La intuición está siempre presente en el método escolástico, aunque se haga énfasis en la deducción. Pero hay algo más que el P. Bertis expone con meridiana claridad; y es que el método escolástico fue concebido y dio magníficos resultados para la exposición, para la enseñanza ordenada y razonada de las verdades adquiridas, es decir, del tesoro de verdades que constituyen el realismo moderado y crítico de la *philosophia perennis*. Y es perfectamente lógico y justo reconocer que, a la altura de la gran escolástica de los siglos XII, XIII, XIV y XV, cuando la Europa cristiana se había convertido en la caja de resonancia de la tradición grecolatina, existía un tesoro de verdades adquiridas, la gran metafísica realista estaba hecha, el problema de los universales estaba resuelto, aunque Bello diga que el triunfo fue de los nominalistas<sup>26</sup>, a grado de que es aquí donde se encuentra la razón histórica por la cual Kant observó que en su tiempo la metafísica no avanzaba, mientras que las ciencias obtenían cada día triunfos más resonantes. Es que Kant no comprendió que no en vano los griegos y la revelación cristiana se habían ocupado de las verdades eternas y habían trabajado con ellas toda una estructura que era ya constitutiva de la mentalidad occidental. ¿Por ventura es a esto a lo que Bello llama "quimeras ontológicas"?

Una tercera injusticia nos queda por referir, para que quede reivindicada la lógica en cuanto tal. Aun hoy día, cuan-

do en las escuelas de filosofía se ha aclarado la diferencia entre lógica, teoría del conocimiento y psicología, hay quienes cometen deslices verbales y, al encarecer las utilidades y objetivos de la primera, le adjudican poderes y funciones que no le competen. La lógica, la más rigurosa de las disciplinas filosóficas, es en sí una ciencia que hoy está bien deslindada y se estudia por su interés intrínseco, desligada de toda otra finalidad que no sea la de conocer las leyes y la estructura del pensamiento. Sin embargo, no acaban de entender esto los que la definen como una ciencia para la búsqueda de la verdad, confundiendo así con la teoría del conocimiento y con la metodología. Para no insistir machaconamente en estos problemas de aula, sólo recordemos que en los tiempos modernos ha sido la fenomenología de Husserl, después de la cual ha venido una incontenible evolución enriquecedora de pensamiento, la que ha reivindicado en forma irrefutable el carácter formal y fundamental de la lógica, dando a los principios lógicos la majestad de lo absoluto y de lo eterno.<sup>27</sup>

Después de este razonamiento sobre la escolástica, que expresamente hemos querido substanciar con cierta detención, veamos cómo quedan las expresiones de don Andrés Bello. Y citamos palabras de José Gaos: “Bello manifiesta por los escolásticos un desdén que respondía a la tradición moderna que llegó a su extremo de repudiación sarcástica en la segunda mitad del siglo XVIII. Su prosa, en general impasible e impersonalmente didáctica, se colora de un sentimiento que lleva a expresiones de insólito giro personal cuando hace referencia a los filósofos de la escuela”.<sup>28</sup> Estas expresiones a que se refiere Gaos

y que nosotros mismos hemos encontrado acá y allá en la *Filosofía del Entendimiento* son muchas, pero sería oneroso espigarlas y comentarlas. Sólo vamos a citar, por su particular interés, un trozo de la carta que Bello dirigió el 6 de enero de 1824, a Pedro Cual, viejo compañero de estudios de Caracas, a quien le dice “criado a los pechos de la misma alma parens, quiero decir de nuestra vieja Universidad y Seminario de Santa Rosa”. Luego le pregunta: “¿Y qué es de nuestra anciana y venerable nodriza? ¿Ha desechado ya enteramente el tontillo de la doctrina aristotélico-tomista, y consentido vestirse a la moderna? No dudo que sí, porque el impulso dado a las opiniones por la revolución no ha podido ser favorable a las antiguallas, con que se trataba de dar pábulo a la imaginación más que al entendimiento de los americanos para divertirlos a otros objetos”.<sup>29</sup>

Con respecto a esta cita, permítanme contarles el chasco que me llevé y que de paso me demostró lo mucho que desconozco del léxico castellano. Se me ocurrió que la palabra “tontillo” era diminutivo de tonto y que en tal sentido se había usado como despectivo de la filosofía mencionada. Pero he aquí que el término resultó más fuerte y más despectivo cuando encontré su verdadera significación en el diccionario. Tontillo no es diminutivo de tonto sino un tipo de vestidura que usaban las mujeres y también con sus variantes los caballeros acorazados para producir cierto efecto de volumen o ahuecamiento. De modo que tontillo aquí viene a ser sinónimo de farsa, de engaño, de apariencia voluminosa que oculta un vacío. Y esto es exactamente lo que Bello pensaba de la escolástica.

## V

### INFLUENCIAS INGLESA, FRANCESA Y ALEMANA EN EL FILOSOFO VENEZOLANO

Creemos que, por su importancia y profundidad, en este orden es que se deben poner las influencias extranjeras, no americanas ni hispánicas, en Bello: primero la inglesa, y a través de ella en segundo y tercer lugares, la francesa y la alemana.

Bello poseía un temperamento semejante al de Kant, en el sentido de que tendía a echar raíces y no fue hombre de muchos viajes. En realidad sólo sabemos de dos viajes en su vida. Primero, de Caracas a Londres. Y allí se quedó en Londres (no se tiene noticia ni siquiera de que se diera a conocer toda la isla, y mucho menos parte alguna de Europa), por largos diecinueve años. Y segundo viaje, de Londres a Santiago de Chile, donde se quedó hasta su muerte. Era, pues, hombre que incubaba, que empollaba sus ideas, que creaba en su alrededor un universo y que se inventaba su trabajo, aunque ese trabajo fuera sólo de prodigarse, no de recibir remuneraciones, como se ve por las estrechísimas miserias que pasó en Londres.

Como el presente trabajo no pretende ser una reseña biográfica sino un estudio filosófico, no nos entretendremos en referir los vínculos ni las anécdotas de las amistades que cultivó Bello en Londres, además de que estas relaciones fueron en realidad muy pocas, escogidas y profundas. Bello no era dado al aparato social, a pesar de ser diplomático. Con apariencia de reserva y timidez, fue un hombre consagrado con devoción de monje a la elaboración de su pensa-

miento. Así fue como pudo, producir tanto y como pudo, sobre todo, darle estructura y unidad a su vasto saber. Porque Bello no fue un hombre disperso, no fue un genio de chispazos, no fue un talento que se desperdiciara en empresas inconclusas. Había en él un espíritu de ilación, de lógica, de totalidad, de integración.

En un hombre así, tan sensible, tan perceptivo, tan asimilador, Londres ejerció una gran fascinación. En la presentación del Repertorio Americano, revista fundada en Londres por Juan García del Río y de la que Bello fue el principal colaborador<sup>30</sup>, dice así: "Londres es no solamente la metrópoli del comercio; en ninguna parte del globo son tan activas como en Gran Bretaña las causas que vivifican y fecundan el espíritu; en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del genio, más profundas las especulaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes"<sup>31</sup>.

A continuación veremos cuán honda y extensa fue la influencia de la filosofía inglesa en Bello. Nótese bien que decimos "de la filosofía", pues éste es el tema específico que estamos tratando, y no nos referimos a la influencia de la cultura inglesa en general, lo que sería objeto de un estudio más amplio. Con razón Caldera, al tratar este punto, emplea la expresión "piélago de variadas influencias". Después dice "el dédalo de esas influencias"<sup>32</sup>, dando a entender que no es empresa fácil precisarlas y sobre todo distinguir cuándo está Bello simplemente exponiendo lo que ha asimilado de las escuelas y cuándo está roturando un campo nuevo y abriendo brecha por su propio riesgo. Razones hay, en efecto, para parangonar la *Filosofía del Entendimiento* con

el *Discurso del Método* y con las *Regles pour la Direction de l'Esprit* o "*Guía Espiritual*", de Descartes. El libro, aunque al principio no toma el tono de un innovador revolucionario, sino más bien el de un texto para la enseñanza, luego va *in crescendo* y descubre el impulso de un filósofo nuevo que está nada menos que trazándose con su propia mano la carta y el itinerario de su vida. A esa necesidad le había llevado la aventura de sus lecturas y la crisis espiritual que padeció en Londres. Era una crisis de fe y de pensamiento que, no obstante ser profundo y dolorosa, él supo llevar y superar con cristiana moderación. Cuando decimos cristiana moderación nos referimos a la actitud que tomó externamente, a la prudencia con que disimuló su conflicto con los dogmas católicos y al hecho de que no quiso (ésa es nuestra impresión) que la obra se publicara en vida, aunque don Pedro Grases dice que parte de ella se dio a la imprenta en abril de 1847<sup>83</sup>. No queremos decir que, al interior de la obra, las consecuencias fueran moderadas. Al contrario sorprende, por no decir que asusta, el extremo a que llevó su deducción lógica, pues que partió del sensismo psicologista de la escuela ideológica y fue a parar al acosmismo de Berkeley, con cierto peligro, a ratos, de determinismo y panteísmo.

En nuestra opinión, por el orden lógico y de importancia de las influencias (no cronológico), debemos mencionar los autores y escuelas de la siguiente manera:

- 1º—John Locke con su voluminoso *An Essay concerning human Understanding*.
- 2º—La escuela ideologista (Locke, Condillac, Destutt de Tracy, Cabanis, De Gerando, etc.).

3º—La escuela escocesa o de Edimburgo (Thomas Reid, Dugald Stewart, Thomas Brown, William Hamilton).

4º—Kant.

5º—Víctor Cousin.

6º—Berkeley y Malebranche.

7º—El utilitarismo de Bentham y de los Mill.

Citamos primero la obra de Locke y con su título original en inglés porque esta influencia fue lógica y cronológicamente la primera, pues la conoció ya en Caracas, cuando tomó dicho libro para estudiar personalmente el inglés. No hay duda de que el Bello que llegó a Londres en 1810 era ya un iniciado en las doctrinas del fundador de la moderna teoría del conocimiento. Seguramente también, al menos en parte, un admirador y un seguidor. Veremos que desde el principio hasta el fin Locke está presente en la filosofía de Bello.

Precisamente por su iniciación en Locke fue a casar, como anillo en el dedo, en la tendencia ideologista que reinaba entonces en Inglaterra y en Francia. Los mejores entendimientos filosóficos de la época se hallaban, como abejas en una flor rica en polen, metidos en el cerebro humano para arrancarle el secreto de la elaboración de las ideas. Querían saber, nada menos y nada más, si la miel la hacen las abejas o la llevan ya hecha de las flores. Así se nos ocurre describir el laborioso y minucioso trabajo de los filósofos de la ideología, escuela en la que hallamos a hombres tan serios y tan santos como los sacerdotes Balmes y Malebranche. Y allí en medio de tan privilegiados cerebros se metió a trabajar Bello, sin necesidad de presentarse ni de ser invitado, desconocido, modesto, callado, pero muy serio y seguro de sí mismo. Ahora,

señores, a la distancia de casi doscientos años de aquella labor heroica y desconocida (así suele suceder con el pensamiento filosófico) justo es decir que podemos poner las páginas de Bello a la par de las investigaciones de los Locke, los Hume, los Berkeley, los Condillac, los Cabanis, los Malebranche y tantos otros. Con ningún otro filósofo americano podemos hacer esta aproximación que muchos calificarían de exaltada.

En tercer lugar, íntimamente ligada con la anterior está la célebre escuela escocesa que Bello halló en Inglaterra en plena vigencia. Thomas Reid no (1710-1796), pero sí Dugald Stewart (1753-1828), Thomas Brown (1778-1820) y William Hamilton (1788-1856) fueron coetáneos de Bello y coincidieron con su presencia en Londres, aunque no sabemos si los trató personalmente. De los maestros de la escuela escocesa, el que más continua y largamente cita y discute Bello es Dugald Stewart. Se ve que es una referencia que tiene continuamente a la mano. Esta escuela del sentido común, dice el Dr. Méndez Plancarte, citado por Gaos, le sirve de contrapeso y de equilibrio para salvarse cuando estaba "a punto de abrazar el idealismo acosmista de Berkeley"<sup>34</sup>. Nosotros por nuestra parte nos preguntamos: ¿Se salvó realmente Bello del acosmismo o sólo es el deseo que tienen de salvarlo sus admiradores? Caldera dice<sup>35</sup> al referirse al rechazo que hace Bello de la crítica de Balmes al idealismo, que es su adhesión al dogma católico la que salva a Bello; pero el propio Bello no estaría satisfecho con esta defensa y más bien le gustaría que se le tuviera por acosmista, pues en el apéndice al capítulo titulado "La materia" se desprende con desfado de la cuestión diciendo: "Toda la diferencia (entre los que admiten y los que niegan

la existencia objetiva de la materia) se reduce, pues, a un intermedio misterioso desconocido, que los unos suponen y los otros rechazan: intermedio que puede faltar sin que se eche de menos; intermedio que no explica nada. La cuestión no puede ser más frívola ni más estéril"<sup>36</sup>.

En cuarto lugar está la influencia de Kant, bien patente por lo de los juicios analíticos y sintéticos.

En quinto lugar está Victor Cousin, no por lo que tiene de ecléctico sino por lo que tiene de común o de semejante con la escuela llamada ideología.

En sexto lugar, a la altura de tomar decisiones muy graves sobre el carácter del entendimiento humano y sobre la relación de las ideas con un mundo supuestamente objetivo o con una acción directa de Dios, única causa eficiente realmente responsable de todo lo que sucede dentro y fuera del alma, están los filósofos Berkeley y Malebranche, el primero con su acosmismo y el segundo con su ocasionalismo. Esta decisión es muy delicada y muy consciente en Bello. A este punto viene a parar. La tesis de Berkeley era en él una obsesión, un abismo de pura nada o una bella fantasmagoría de pura ilusión que lo tentaba a cada instante en su derredor. Acerca de la influencia de Berkeley dice Arturo Ardao: "Y si Bello huyó de Hume, por Berkeley sintió una atracción profunda, que cavó un foso entre él y la escuela de Edimburgo"<sup>37</sup>.

Finalmente en séptimo lugar y ya en un plano más superficial, por lo pragmático, pero no por eso menos serio, están las tesis utilitaristas, con sus consecuencias en la moral, de Jeremías Bentham y de lo Mill, padre e hijo: James y John Stuart, a los que Bello conoció y trató personalmente.

Para terminar este capítulo de las influencias de Bello, traigamos una cita que es indispensable para comprender la *Filosofía del Entendimiento*. “Más de una vez, dice Arturo Ardao, que trae la cita en un artículo del tomo II de *Bello y Londres*<sup>38</sup>, se ha visto con toda razón apuntar ahí la germinal intención de Bello de elaborar lo que más tarde fue su *Filosofía del Entendimiento*. Tanto más que a esas palabras seguían estas otras en las que se encuentra el mayor interés documental del artículo”. Y las palabras, tomadas del tomo III del Repertorio Americano, págs. 297-298, son las siguientes:

“Falta ciertamente una obra elemental de ideología, y el mejor modo de llenar este vacío sería refundir en un tratado de moderada extensión lo que encierran de verdaderamente útil los escritos de Condillac, Destutt de Tracy, Cabanis, Degerando, Reid, Dugald Stewart y otros modernos filósofos, sin olvidar los de Locke, Malebranche y Berkeley, de cuyos profundos descubrimientos no siempre han sabido aprovecharse los que vinieron tras ellos. Obra es ésta que falta, no sólo a España, sino a Francia y a la Inglaterra misma a quien tanto debe la ciencia del entendimiento”.

De esta manera el origen de la *Filosofía del Entendimiento* en la mente de su autor queda claro. El libro, concebido primero o aparentemente con el propósito de enseñar filosofía en el Instituto Nacional de Chile, tomó pronto las proporciones de una atrevida investigación que ciertamente no estaba al nivel de los estudiantes a quienes supuestamente iba dirigida. Decimos supuestamente porque es evidente que tal investigación o tal exposición de lo que Bello había madurado durante largos años

eran algo necesario para desahogar la atormentada conciencia del filósofo. Allí nos dio lo más íntimo de su pensamiento. Más íntimo que su obra poética. Más íntimo que las gramáticas y más íntimo que su pensamiento jurídico. Y que con ello el filósofo americano se ponía al nivel de actualidad y de avanzada de los más atrevidos autores de su tiempo se pone de manifiesto comparando el solo título *Filosofía del Entendimiento* con otros que entonces se hallaban de moda: “Lecturas sobre la filosofía del espíritu humano”, de Thomas Brown; “Investigación del espíritu humano según los principios del sentido común”, de Thomas Reid; “Tratado de las sensaciones”, de Condillac; “Elementos de ideología”, de Destutt de Tracy; “Elementos de ideología”, de los chilenos Miguel Varas y Ventura Marín; “Filosofía del espíritu humano”, de Dugald Stewart; “Ensayos sobre los poderes intelectuales del hombre”, de Thomas Reid; “Elementos de la filosofía de la mente humana”, de Dugald Stewart, etc.

Así, señoras y señores, con los elementos de juicio hasta aquí enumerados, podemos entrar directamente a considerar en la obra que analizamos del insigne filósofo de América, los puntos que nos parecen polémicos para luego exponer los puntos que nos parecen positivos en el “bellismo”.

## VI

### PUNTOS POLEMICOS DE LA FILOSOFIA DEL ENTENDIMIENTO

El hecho de haber encarecido los talentos, la calidad, la profundidad, la originalidad y la relación de actualidad de la filosofía de don Andrés Bello con grandes pensadores de su época, igual que podríamos decir de los Condillac,

los Bentham, los Hamilton, no nos inhibe de dar un paso más al fondo y de opinar sobre la verdad o la falsedad, sobre lo desviado o bien encaminado de la posición filosófica tomada y de las tesis implicadas en ese largo camino que va, o en ese cortísimo camino, en ese paso fatal, del sensismo al acosmismo.

En este sentido no es exagerado ni irrespetuoso afirmar que la filosofía inglesa hizo estragos en el naturalmente sano entendimiento de don Andrés. Aquella filosofía que, con apariencia de ciencia, estaba sembrando la desolación en la cristiana y escolástica Europa; aquella filosofía esencialmente enemiga de la Iglesia Católica y de España (es notorio cómo el diplomático Bello no deja traslucir por ningún lado su opinión sobre este irreconciliable conflicto entre lo inglés y lo español); aquella filosofía que sentaba las bases del crudo materialismo que pronto se apoderaría del mundo; aquella filosofía que se encerraba cada día más miope en la estrecha faja limítrofe de los fenómenos de la sensación, sin pasar ni siquiera hacia dentro a distinguir y definir la espiritualidad de la idea, mucho menos hacia afuera hacia la trascendencia del gran universo metafísico; aquella filosofía, en fin, se apoderó del entendimiento de Bello y lo amarró fatalmente dejándolo sin acción, como uno de aquellos gigantes marmóreos de Miguel Ángel, en dramático conflicto no sólo con los dogmas de la religión católica sino con las verdades no menos dogmáticas del sentido común. Los esfuerzos que hace el gigante caraqueño son indescriptibles, pero está metido en un callejón sin salida y la rigurosa lógica lo va llevando fatalmente no sólo a la negación de las ideas propiamente tales (es decir estrictamente espirituales y esencialmente dis-

tintas de las sensaciones); y no sólo a la negación del principio de causalidad, atribuyendo a Dios toda actividad dentro y fuera del alma, con el destructor efecto que esto tiene en el terreno de la responsabilidad moral; sino también a la negación increíble, asombrosa, absurda, de la existencia misma del universo. Esta es la razón por la cual es de lamentarse que Bello no hubiera tenido mejor acceso a la aristocrática y luminosa línea central de la escolástica, escolástica que en este caso es sinónimo de filosofía perenne (sin los prejuicios de la marginalidad y degeneraciones de la escuela) y por la cual comenzamos esta conferencia diciendo de Bello (conste que sólo nos referimos a su posición filosófica) lo que burgaleses y burgalesas, saliendo a las ventanas y viendo pasar aquella maravilla de hombre que era el Cid, decían con lágrimas en los ojos: *¡Dios, qué buen vasallo, si oviese buen señore!*

Cada uno de los puntos que vamos a enumerar a continuación, como polémicos que son, no pretendemos desarrollarlos ni discutirlos largamente, y consideramos que es mejor dejarlos a la opinión y al análisis de los interesados, pero sí quisiéramos que fueran una ferviente invitación al estudio del bellismo.

### 1º.—Concepto y división de la filosofía.

He aquí, indudablemente, el primer punto que Bello nos proporciona para una discusión académica. Estamos en el pórtico mismo de la obra, en las primeras palabras. Hay frases magistrales y luminosas, propias de un viejo maestro que impresiona a sus discípulos, que los fascina y los intriga, sin dejarles predecir hacia dónde los lleva. Y comienza diciendo así: "El objeto de la Filosofía es el conocimiento del espíritu humano

y la acertada dirección de sus actos". Nadie se ha dado cuenta de las implicaciones que comienzan a complicarse en cada una de estas palabras. Y sigue el maestro: "Nuestro espíritu no nos es conocido sino por las afecciones que experimenta y por los actos que ejecuta. De su íntima naturaleza nada sabemos". Como repito, no disponemos aquí del reposado tiempo para entrar en el análisis y en la meditación de estas afirmaciones. Sólo digo una cosa, después de haberme pasado largas horas meditando la *Filosofía del Entendimiento*: a Bello hay que leerlo palabra por palabra, con cuidado, con reflexión y precaución. No es un verbalista. Es un orfebre de la idea y de la forma, un artista y un pensador que está trabajando con una ética y una seriedad que lo distinguen entre los pensadores americanos. Hay que ir a los pensadores europeos, siempre más maduros por efecto de los siglos, para hallarle parangón a la sólida serenidad y a la catedrática seriedad de Bello.

Desgraciadamente, en tan lapidario estilo, echamos de menos una definición directa de lo que es filosofía. No es lo mismo decir "la filosofía es..." que esto otro: "el objeto de la filosofía es..." Si se acepta como buena la definición de Bello, redondeándola así: "Filosofía es la ciencia o disciplina que tiene por objeto el conocimiento del espíritu humano y la acertada dirección de sus actos", inmediatamente hallamos interesante material de comentario. Aparece la filosofía con sus dos caras: la especulativa y la práctica, la filosofía como ciencia y la filosofía como forma de vida. Sin embargo, para el ojo avizor y para el oído acostumbrado al silbo del peligro, ya aparece aquí la impronta del psicologismo. Bello no lo oculta. Es explícito desde el principio.

Toda la filosofía se reduce a psicología. Psicología mental o intelectual, de la cual es parte la lógica; y psicología oral, de la cual es parte la ética. En otros términos, la primera es la filosofía del entendimiento y la segunda la filosofía moral. Tanto la una como la otra tienen su parte práctica. La parte teórica de la filosofía intelectual se llama psicología mental o intelectual, y la parte práctica es la lógica. La parte teórica de la filosofía moral es el estudio de los actos de la voluntad, o sea la psicología moral; y la parte práctica es la acertada dirección de los actos de la voluntad, es decir, la ética.

Bueno, nos preguntamos nosotros, como muchos otros lo han hecho, ¿y la metafísica, y la ontología, y la teodicea? Bello no duda en despachar este serio reclamo con una breve nota en que dice que la metafísica, la ontología, la pneumatología y la teodicea "no formarán secciones especiales en este libro". "Las materias que acabo de enumerar tienen una estrecha conexión con la psicología mental y la lógica, porque el análisis de nuestros actos intelectuales nos da el fundamento y la primera expresión de todas estas nociones, y porque la teoría del juicio y del raciocinio nos lleva naturalmente al conocimiento de los principios o verdades primeras, que sirven de guía al entendimiento en la investigación de todas las otras verdades. He diseminado, pues, la metafísica en la psicología mental y la lógica, y he dejado bajo la forma de apéndice lo que me parecía menos íntimamente ligado con la ciencia del entendimiento humano"<sup>39</sup>.

En el capítulo V de su brevísima lógica, mezclando como siempre las cuestiones metafísicas con las lógicas, dice que "la ontología, que trata de las

ideas generales de existencia, tiempo, espacio, causa y efecto, lo finito y lo infinito, la materia y el espíritu, la substancia y los accidentes, es en gran parte la psicología misma; porque la psicología es a quien toca averiguar lo que son las ideas generales, manifestando de qué modo las formamos y lo que en rigor significan...”

“Así la base de la ontología es el análisis del pensamiento en sus materiales primitivos, la exposición de aquellos hechos de conciencia que dominan a todas las operaciones intelectuales”. “La teodicea, la teología natural, es un ramo de la ontología”.

Y como si este crudo psicologismo fuera poco, añade aún afirmaciones que ya son científicas y físicas. “Así la filosofía es en todos sus ramos, lo mismo que la física y la química, una ciencia fundada en hechos que la observación registra y el raciocinio demostrativo fecunda”<sup>40</sup>.

No intentemos en este punto discusión alguna. Bástenos advertir que la querrela del psicologismo, por las enseñanzas claras de la filosofía clásica y por las modernas investigaciones de Husserl y de la escuela fenomenológica, está liquidada.

2º—*Punto de partida subjetivista, psicologista y sensista.*

Por lo que acabamos de decir queda ya expuesta la segunda polémica que es el punto de partida psicologista. Es cuestión de decisión. Bello quiso partir de allí y tuvo que atenerse a las consecuencias. Sin embargo, hay algo importante que debemos advertir. En ésta, como en otras situaciones, a Bello lo salvan su lógica y sus contradicciones. O quizá debería mejor decir que de su

lógica lo salvan sus contradicciones, pues mientras la primera lo va llevando a consecuencias cada vez más sorprendentes, su sentido común y su mente siempre abierta y cautelosa lo hacen apuntalarse en manifiestas contradicciones, para no caer. Tal sucede en este caso. Bello se puede salvar del sensismo extremo, si se pone atención en que defiende con energía y reiteradamente la intuición interna del alma sobre sí misma, estableciendo así tres facultades del alma: 1º, intuirse a sí misma; 2º, sentir; y 3º, juzgar<sup>41</sup>. ¿Quién no ve que aquí el propio filósofo está rebasando y rompiendo el molde psicologista? Lo rompe por los dos lados, por el lado de la intuición interna (que no es una simple sensación) y por el lado de la facultad de juzgar que abre la puerta al mundo estricto de la lógica, que tampoco se puede explicar por las sensaciones.

3º—*Concepto o definición de idea.*

Para comprender la preocupada objeción que le hacemos aquí al filósofo caraqueño, en otras cosas tan luminoso y preciso, recordemos que, si en algún punto la filosofía escolástica fue cuidadosa y celosa, fue en la definición de la idea, como un producto del espíritu, un producto esencialmente distinto de la sensación y superior a ella. En cambio en los textos de los sensistas, ni la sensación ni la idea quedan claramente delimitadas. Es más, en el mismo lenguaje son proclives a usar indiscriminadamente los términos, error o descuido que se viene cometiendo desde *An essay concerning human understanding*, de Locke, quizás teniendo en esto la primera culpa la característica del idioma inglés. La *idea* (aidía) de los ingleses no es ni la *idea* del latín ni la *idéa* (idea) de los griegos.

En cuanto a la enseñanza escolástica, aún suenan en nuestros días aquellas palabras que nuestros cansosos maestros, levantando el índice, nos advertían en lógica y luego nos recordaban de vez en cuando en la gnoseología, cuando nos sentían confundidos: *¡Cave, ni ideam confundas cum phantasmate!*

Jaime Balmes es uno de los filósofos que más claramente advierten sobre este punto, el cual, por otra parte, de tan elemental que es, parece infantil que lo tratemos aquí con tanto énfasis. El ejemplo que pone Balmes es el de la idea de triángulo: “La idea de un triángulo no es su representación sensible, o aquella imagen interior por medio de la cual nos parece que estamos viendo la figura. La idea de triángulo es una, necesaria, constante, la misma para todos; su representación sensible es múltiple, contingente, mudable; luego la idea y su imagen sensible son esencialmente distintas”<sup>42</sup>.

Como ejemplo de la lamentable confusión entre idea y sensación que hallamos en la *Filosofía del Entendimiento* atendamos las siguientes citas: “Este conjunto de sensaciones por cuyo medio conocemos un objeto complejo, forma una idea compleja”<sup>43</sup>. “La acción en que se desarrolla actualmente esa cualidad, coexiste con la percepción; y lo que de esta percepción queda o resucita después en el alma, cuando ha cesado por más o menos tiempo la acción del olor, no es ya percepción actual, sino *percepción renovada, recuerdo, idea*”<sup>44</sup>. “Las percepciones renovadas por la simple memoria o por la imaginación se llaman *ideas*. *Idea* significa imagen; las percepciones renovadas se han llamado imágenes de las percepciones actuales por la semejanza que verdaderamente tienen con ellas”<sup>45</sup>. En esta última cita salta a la vista una

interpretación muy interesante de Bello, interpretación novedosa y peregrina (no digo precisamente que falsa) que se aparta del concepto tradicional que se ha mantenido de que la idea es una imagen que guarda semejanza con el objeto al cual se refiere o del cual es imagen. Eso es lo que se ha dicho siempre. Pero Bello no habla de esa semejanza sino de la que hay entre las percepciones actuales y las renovadas o reproducidas. ¡Y es evidente que el gran problema gnoseológico de la relación entre el sujeto y el objeto no está aquí! Por supuesto que no. En cambio de la verdadera semejanza que la filosofía perenne ha defendido, la semejanza entre la idea y su objeto, ¿qué dice nuestro filósofo? Pues dice que no hay tal semejanza.

Dice así en el capítulo IV: “Si las percepciones de los sentidos externos representan causas remotas, causas que obrando sobre nuestros órganos los impresionan, las percepciones de los sentidos internos nos representan causas próximas, impresiones orgánicas. *No hay ni en unas ni en otras intuición de los objetos, sino sólo de signos a que damos un valor objetivo, signos espirituales, sensaciones, que representan cualidades o estados corpóreos, con los cuales no tienen ni pueden tener la menor semejanza*”<sup>46</sup>. De paso señalemos aquí una grave contradicción. Si ni en unas ni en otras percepciones tenemos intuición de los objetos y si “nuestro espíritu no nos es conocido sino por las afecciones que experimenta y por los actos que ejecuta”<sup>47</sup>, entonces, ¿cómo se puede afirmar que el alma se intuye directamente a sí misma? Bello insiste, y con mucho mérito, pues éste es uno de sus puntos positivos, como luego veremos, en la intuición directa del alma. Habla de una facultad especial, la fundamen-

tal: "la facultad de intuir o sea la facultad que tiene el yo, el alma, de contemplarse a sí misma".<sup>48</sup> Combatiendo al Dr. Brown dice en otra parte: "La conciencia se percibe a sí misma".<sup>49</sup> "La más simple forma de la percepción es aquella en que el alma se percibe a sí misma; sujeto y objeto a la vez".<sup>50</sup> Estas y otras afirmaciones de Bello, en abierta contradicción con su sensismo psicologista, constituyen un mérito no pequeño. Luego volveremos sobre el punto, Sólo anotemos, para que se vea cómo el propio Bello pone en apuros a su sensismo, esta otra cita: "La intuición no es una sensación, ni la conciencia un sentido".<sup>51</sup>

#### 4º.—*Papel de la imaginación como formadora de ideas.*

La filosofía clásica o perenne ha dejado suficientemente claro que no se deben confundir los dos niveles mentales de la facultad sensitiva y la intelectual. Sin embargo Bello, al igual que Locke, al escoger el oscuro camino del sensismo, suprimiendo así las ideas propiamente dichas y reduciéndolas a sensaciones (o lo que es lo mismo, elevando las sensaciones a la categoría de ideas), necesita hallar una vía de acceso, un puente de comunicación que conduzca, de las sensaciones caóticas y de infinitas individualidades, a las grandes síntesis, a los grandes complejos mentales y a ese orden de unidad que constituye el pensamiento humano. Y es aquí donde usa tres términos claves dignos de nuestra cuidadosa atención: el instinto, la memoria y la imaginación. Al instinto, como oscura facultad fundamental, dejémoslo para análisis aparte; y fijémonos en la memoria y la imaginación, que Bello reduce prácticamente a una sola facultad.

La actividad sensorial (que supuestamente está entre la de intuirse a sí mismo y la de juzgar) se realiza en dos planos o momentos: el de las percepciones actuales y el de las percepciones renovadas. Repetidamente Bello ha dicho que es a las percepciones renovadas, o recuerdos, a las que él llama ideas. ¿Y qué facultad es la que renueva las percepciones? La memoria. Pero la memoria no se contenta con repetir, con reproducir. También combina, construye, compone. ¿Guiada por quién o por qué? Guiada por el instinto. ¡Oh poderoso instinto! Brotan a su conjuro los ingeniosos y fantásticos mundos del pensamiento. La memoria, cuando actúa de este modo tan libre y tan creador, se llama imaginación.

Bello dice en el capítulo XIII sobre la composición de las ideas: "La facultad que entresaca de este modo los recuerdos y forma con ellos nuevos compuestos, se llama en general imaginación. Los materiales de las ideas son en realidad suministrados siempre por la memoria. La imaginación no es otra cosa que la memoria, en cuanto forma con los elementos de las percepciones nuevos compuestos".<sup>52</sup> Y más adelante: "La imaginación en su sentido más lato es la memoria que forma nuevos compuestos con los materiales de que provee la percepción. En el sentido estricto de que acabo de hablar, la imaginación es la memoria en cuanto forma, con las percepciones anteriores, conjuntos no sólo nuevos, sino representativos de causas a que no atribuimos existencia".<sup>53</sup>

Si lo dicho sobre la función de la memoria y la imaginación se restringiera al terreno de lo sensible (habida cuenta de que existe memoria sensible y memoria intelectual, mientras que la ima-

ginación o fantasía es sólo sensible), nada tendríamos que objetar. Pero es el caso que nuestro filósofo le atribuye a la imaginación el poder de formar ideas, incluyendo las de los "objetos espirituales": "Las ideas de los objetos espirituales son también percepciones recordadas, que unas veces pertenecen a la memoria y otras a la imaginación, más o menos estrictamente entendida. Las ideas que formamos de los modos de ser, no sólo de otros espíritus sino del nuestro propio, colocado en circunstancias hipotéticas (?), son todas figuradas, pintadas, vestidas, digámoslo así, por la imaginación".<sup>54</sup> Este último texto, bastante confuso, por cierto, se presta a contradictorias explicaciones. Puede entenderse que los *phantasmata*, como lo ha dicho la escolástica, acompañan siempre incluso a las ideas más abstractas y de cosas inmateriales, lo cual es una condición de la mente humana, aun en los momentos de mayor elevación intelectual, en los que no logra desprenderse de esa burlona compañía de las imágenes sensibles. Sabido es que los más encumbrados místicos han recurrido a las figuraciones sensibles para explicar a los profanos sus visiones y que cosa parecida les sucede a los iniciados de las religiones orientales y a los cerebros privilegiados de la ciencia y la filosofía. Cuando suben por breves momentos a la cumbre nevada donde la mente logra mantenerse en blanco, su problema es cómo explicar después a los profanos sus inefables momentos de contacto intuitivo con las verdades superiores. Si interpretáramos, pues, las palabras de Bello según la teoría escolástica, sería acertada la expresión de que las ideas de los objetos superiores se dan *vestidas* de imágenes sensibles. El solo adjetivo *vestidas* nos estaría diciendo que no hay que confundir la cosa

misma con su vestido, es decir, la idea, en sí espiritual, con el ropaje sensible que la cubre. Sin embargo, no es eso lo que ha querido decir Bello. El, seguramente, para ser consecuente con su sensismo, lo que ha dicho es que las ideas que tenemos sobre nuestro espíritu y sobre los otros espíritus (sin poderse excluir a Dios) se reducen también a pinturas de nuestra imaginación. Dentro del sensismo acosmista, no tenemos otra forma de conocer.

A la entrada de la lógica (Cap. I), para enlazar esta disciplina con la ideología o ideogenia que le ha precedido, dice Bello que todas las ideas que se van a manejar en los juicios y raciocinios de la lógica vienen directa o indirectamente de la observación. Su sensismo no puede ser más consciente y enfático: "Las ideas, pues, que no nos vienen directamente de la observación, nos vienen indirectamente de ella por medio de las facultades que hemos enumerado, auxiliadas, si se quiere, de ciertos instintos que para mí se revelan todos en la movilidad natural de la imaginación".<sup>55</sup>

##### 5º—*Obscura existencia y obscuro papel del instinto.*

Si nos diéramos a la minuciosa tarea de registrar cuántas veces y en qué páginas aparece usada la palabra instinto en la *Filosofía del Entendimiento*, con miras a trabajar un índice de materias, hallaríamos, en primer lugar, que este término es clave para definir la posición de Bello (digamos su concepción metafísica), y en segundo lugar, que precisamente por ser una de las llaves del misterio, se le atribuyen poderes oscuros e indefinidos, semejantes a los de un *deus ex machina*.

El problema comienza en que, tradi-

cionalmente y por una concepción casi unánime en los textos de psicología y en los diccionarios de filosofía, se ha ubicado el instinto dentro de la vida estrictamente sensorial, tanto que el mismo Bello trata el asunto en este sentido en su famoso apéndice sobre la inteligencia de los brutos, en el capítulo XII, apéndice de contenido interesantísimo y polémico en el que no sólo defiende la necesidad de un alma en los animales, un alma con inteligencia, sino que esta alma es también inmortal. Entendido el instinto en la forma tradicional, “con el que se ha pretendido explicar la inteligencia de los animales”, dice que no basta para tal propósito y que es necesario tomar “lo que se llama instinto” como “una forma particular de la inteligencia”.<sup>56</sup> Luego, al referirse al hombre afirma que “el hombre también tiene sus instintos”, que “la inteligencia misma los tiene” y que sin ellos “es inexplicable el raciocinio”.<sup>57</sup>

Bello, a pesar de su propósito de “fijar” las ideas “vagas y oscuras” del instinto, no lo logra. En el párrafo en que tácitamente acepta la tesis de Cuvier sobre que los animales, además del instinto, tienen ideas, el instinto prácticamente queda definido como una fuerza distinta de la inteligencia: “¿Pero tiene el animal conocimiento, tiene ideas de los objetos a que sus *instintos* lo arrastran para dirigir a ellos sus movimientos?”.<sup>58</sup> En cambio en la página siguiente, para explicar por medio del instinto la inteligencia y el alma de los brutos, pretensión que rechazó en la página 188, afirma que “el instinto es una forma particular de la inteligencia”.

Las consecuencias son graves si la anterior afirmación la juntamos con aquella otra de que la inteligencia del

hombre también tiene sus instintos, porque esto nos llevaría a concluir, según Bello, que el instinto, tanto en los animales como en el hombre, es una fuerza superior a la inteligencia. Las tesis fundamentales de la estructura del pensamiento, las que hemos mencionado repetidas veces al hablar de la filosofía perenne, a las que se llega precisamente por una evolución de la inteligencia, evolución que la filosofía cristiana interpreta como un proceso de superación y de liberación de las fuerzas inferiores de la sensibilidad, para Bello no serían más que ciegas tendencias instintivas, incoercibles impulsos aparentemente racionales pero en el fondo irracionales, igual que los animales. Esto puede resumirse en una tesis que es en la que irremediablemente cae Bello: LA IRRACIONALIDAD DE LA RAZON.

No sin advertir una vez más que en ésta como en otras muchas afirmaciones Bello contradice su posición acosmista, anotemos que define la sensación como “la modificación producida en el alma por un agente material”<sup>59</sup>. Ese supuesto agente material, llamémosle así, que no se percibe directamente sino que actúa en nosotros por medio de la sensación, es una causa remota<sup>60</sup>. ¿Y cómo relaciona el alma su acción o su modificación con esa causa remota? ¿Cómo le damos a lo subjetivo un valor objetivo? ¿He aquí la primera intervención del instinto: “La significación que da el alma a las sensaciones, haciéndolas representativas de lo que no es ella; la conversión de lo subjetivo en objetivo es una de las claves principales de la teoría del entendimiento”<sup>61</sup>. ¿Cómo se da ese salto? Porque es un verdadero salto, un salto instintivo, pues lo único que podemos saber son nuestras propias sensaciones, así internas como externas, las cuales son no un *signum quo* sino

un *signum quod*, es decir, símbolos, símbolos de a saber qué. “Lo que son la materia y las cualidades materiales en sí mismas y no meramente como causas de sensaciones, no lo sabemos ni es accesible este conocimiento a las facultades mentales de que estamos dotados”<sup>62</sup>. Lógicamente, “se llama ser material o materia todo lo que es capaz de producir sensación”<sup>63</sup>. ¡Dios mío, cuántas contradicciones, si se relacionan estas afirmaciones con la posición acosmista (que más bien debería ser agnosticista) y con lo que en otra parte dice sobre Dios como causa directa de esta fantasía que llamamos universo! Pero no nos distraigamos con esta cuestión. En el presente capítulo sobre el instinto lo que queremos hacer ver es que, según Bello, es el instinto el que da el salto de lo subjetivo a lo objetivo. Fijémonos en el siguiente texto impresionante “La referencia es lo que convierte lo subjetivo en objetivo; es el puente sobre el abismo que media entre la conciencia y el universo externo: elemento importante, que ha llamado la atención desde la primera edad de la filosofía, y campo de batalla entre las diferentes escuelas”<sup>64</sup>.

En un largo y minucioso análisis afirma que damos valor objetivo a las sensaciones de la vista y de los otros sentidos por referencia a las sensaciones del tacto y luego al referirse a la objetividad del tacto dice lo siguiente: “Debemos en último resultado a la experiencia del tacto los juicios primarios y sugeridos que entran en las percepciones de los otros sentidos. ¿Pero quién ha dado al tacto su referencia objetiva? ¿De qué procede que experimentando una sensación táctil no vea yo en ella una modificación espontánea de mi ser, sino una modificación producida por una causa que no es yo, y que está fuera

de mí? ¿Se debe esta referencia a un instinto innato en nosotros, o es obra del raciocinio?”<sup>65</sup>. ¡Cuánto retorcimiento de esfuerzo intelectual por no admitir, con el realismo moderado de la filosofía perenne, la objetividad de las sensaciones y de nuestros conocimientos en general! ¡Cuán profundamente había calado en Bello el acosmismo de Berkeley, acosmismo que ya se presiente desde las primeras páginas de la *Filosofía del Entendimiento!*

Después de lo dicho, no es de extrañar que la segunda importante función que se asigna al misterioso instinto sea la de construir los axiomas, los principios todos que dirigen la razón humana. “Tal es el principio de causalidad que hace referir todo fenómeno a una causa; tal el principio de substancialidad, que no permite concebir una cualidad, una modificación, sin apoyo, sin una substancia en que exista; tal el principio de contradicción, en virtud del cual no puede concebir que una cosa sea y no sea a un mismo tiempo; tal el principio de razón suficiente, en virtud del cual concibo que respecto de todo lo que es, hay una razón para que sea lo que es y no otra cosa”<sup>66</sup>. “Todos los axiomas, todos los principios que dirigen la razón humana, han sido en su origen meros instintos, tendencias racionales que obraban de un modo práctico y que mucho más tarde (en la mayoría del género humano, nunca) se presentan al espíritu como fórmulas generales”<sup>67</sup>. Por consiguiente el principio empírico (llamado así por Bello, y por otros, principio de constancia de la naturaleza) y el principio de causalidad “son dos instintos por los cuales es guiado el hombre sin saberlo. Son dos movimientos impresos a su inteligencia por el autor de la naturaleza”<sup>68</sup>. Lo mismo se diga del principio de substan-

cialidad y de la irresistible tendencia a imaginarnos un universo real, "masa compleja, un ser múltiple que consta de innumerables átomos materiales"<sup>69</sup>. Todo ese algo, de cuya naturaleza íntima "nada sabemos"<sup>70</sup>... ¡pura creación o juego imaginativo del instinto! Mejor dicho: ¡pura creación fantasmagórica de Dios para divertirnos. "El universo está sólo poblado de espíritus, y los espíritus no constituyen elementos parciales de ciertas existencias, sino el todo de todas las existencias que son capaces de percibir. Cada elemento material es una mera influencia del Espíritu Todopoderoso, la cual produce a cada instante ciertas sensaciones en los espíritus que se hallan al alcance que este Gran Espíritu ha querido darla..."<sup>71</sup>.

Pero terminemos con el asunto del instinto y veamos que, por último, ese Gran Espíritu no es sino el productor de nuestro instinto, o acaso el mismo instinto que parece salir de nosotros y conducirnos a mundos que nosotros ni sospechamos ni dominamos. ¡Cosa de admirarse, pero a ello nos conduce la lógica de Bello! "¿No será una de esas creencias instintivas la que tienen todas las razas en una naturaleza superior que gobierna el universo?"<sup>72</sup>. Todos los bellos argumentos en favor de la existencia de Dios (argumentos que Bello no duda en tomar de la filosofía tradicional) tienen como punto de partida y de apoyo ciertos instintos del espíritu humano "que desde luego, sin saberlo él, le guían en el ejercicio de sus funciones intelectuales..."<sup>73</sup>.

6<sup>o</sup>—*Explicación nominalista, o mejor dicho "conjuntista", de las ideas generales.*

En este punto la crítica o, mejor di-

cho, el señalamiento de José Gaos es bien claro: "La doctrina de las ideas generales es nominalista... La anterior doctrina cualitativa de la semejanza sirve para fundar la doctrina de las ideas generales, maravillosamente (pp. 204 ss.) y curiosamente, porque Bello no parece ni divisar el problema de la compatibilidad entre su doctrina nominalista de las ideas generales y la doctrina de las relaciones en general"<sup>74</sup>.

Bello, por su parte, es consciente de la gravedad de su posición cuando deja escapar esta confesión. "Cuando me siento obligado a separarme de la opinión de tantos filósofos eminentes, no puedo menos de desconfiar de mí mismo, por poderosas que me parezcan las razones que militan a mi favor. Debo decir, con todo, que cuanto más medito el asunto, más me convengo de que los escritores a que aludo han adoptado sin suficiente examen la doctrina de las escuelas"<sup>75</sup>.

En seguida se dedica a refutar la teoría tradicional de la abstracción, la que se ha dicho que consiste en separar las notas individuantes de los objetos para fijarse sólo en las que son comunes. Por su fobia contra los nombres abstractos,<sup>76</sup> Bello ni siquiera usa aquí la palabra abstracción y menos la clásica expresión de "conceptos universales". Prefiere la palabra *generalización*. Habla de ideas generales y dice que estas ideas generales son simplemente la expresión de la semejanza que guardan los objetos a los cuales las aplicamos. De modo que no hay tales notas individuantes y comunes en un objeto. Sólo hay semejanzas. Y pone el ejemplo de que, si un ruso de Kamschatka viera por primera vez a un negro del Africa, seguramente no lo creería hombre.<sup>77</sup>

La explicación que Bello da, más que

nominalista, yo la llamaría *conjuntista* porque, según él, la idea universal (abstracta o común), por ejemplo *hombre*, no es el resultado de una filtración en la que se vayan abstrayendo o separando las notas comunes de las individuales (Bello tiene otro concepto de abstracción, que no vamos a discutir aquí, para no ser prolijos)<sup>78</sup>, sino un conjunto tal de semejanzas que pueda convenir a Pedro, a Juan, al blanco de Kamschatka y al negro del Africa. Eso es el concepto indicado por la palabra *hombre*.

“¿Qué quiere decir *hombre*? Quiere decir: Pedro, Juan, César, Scipión, Carlos, Luis, en suma, es un signo de que nos valemos para denotar *cualquier individuo* de especie humana o *alguno* de ellos indeterminadamente. No denota una parte o cualidad sola, ni una porción incompleta de las partes y cualidades que hemos observado en los individuos de la especie humana, sino *el conjunto de todas las partes y cualidades bajo todas las formas y grados en que cada una de ellas es capaz de existir*”.<sup>79</sup> “La idea de hombre es una idea general; pero no es una idea abstracta en ninguno de los sentidos admisibles; porque el hombre es un objeto concreto, una substancia; y porque en la idea del hombre, no atendemos a ésta o aquella de las cualidades que lo constituyen, prescindiendo de las otras, sino el conjunto de todas ellas”.<sup>80</sup> Esta interpretación, tan monstruosa como imposible, obedece a la ya expuesta concepción sensista y a la confusión de la idea con el fantasma. La suma de semejanzas dicha por Bello sólo se da, y por cierto de manera variable, en la imaginación de los datos y notas puramente sensibles, conjunto complejo e impreciso que de ninguna manera puede compararse con la nitidez y precisión que, ante el incontestable testimonio de la

filosofía perenne, tienen las ideas universales de la lógica y las categorías de la ontología.

#### 7°—*Negación de la causalidad.*

Como la negación de la ley de la causalidad es una posición conocida entre los filósofos, sobre todo a partir del demolidor ataque de Hume (1711-1776), brevemente digamos que esta tesis es aceptada y defendida por Bello con argumentos que, a pesar de seguir las huellas conocidas, no carecen de originalidad. Admite la sucesión de los fenómenos, la mera sucesión, querida y tramada con maravillosa precisión y regularidad por Dios, pero no que entre esas “causas” y “efectos” haya nexo de “causalidad”. Adviértase así que Bello lo que niega es la existencia de una ley objetiva de causalidad, o sea una conexión interna de causa y efecto en los fenómenos del universo, independiente de la mente. Pero sí admite y usa con toda libertad (como cualquier filósofo tradicional) el principio de causalidad, como una fuerza instintiva e incorregible de la mente humana, tan instintiva y ciega como la otra creencia en que se basa: la creencia en el principio empírico, o sea en la constancia del comportamiento de la naturaleza o “estabilidad de las leyes naturales”.<sup>81</sup> En otra parte dice: “Creo que concebimos el principio de causalidad como necesario. No podemos concebir que brote en el tiempo un nuevo fenómeno sin que alguna causa lo produzca. El principio de causalidad no se deriva, pues, lógicamente de otro alguno y nace espontáneamente en el entendimiento porque así lo ha querido el autor de la naturaleza”.<sup>82</sup>

#### 8°—*Peligro de caer en la negación de la libertad y de la responsabilidad moral.*

Para un jurista de la estatura colosal

de Andrés Bello, esto que vamos a decir es el punto más delicado. Y es que, si Dios directamente es el autor de esta escena fantástica del universo, escena que se desarrolla entre el Gran Espíritu Autor (¿o actor?) y los espíritus creados, espectadores, ¿por qué no ser él también el autor de todos los actos que nosotros creemos que son producidos por nuestra libre voluntad? “La armonía del universo nos compele, pues, a reconocer un autor y legislador todopoderoso, cuya voluntad ha establecido las conexiones de fenómenos de que resulta el orden general”.<sup>83</sup>

Aunque Bello en el apéndice número I al capítulo IX trata de dejar asegurada la existencia de la libertad humana, basada en la misma obscura fuerza de la creencia instintiva (ya que “por razones irrefragables nos vemos obligados a reconocer que existen causas dotadas de espontaneidad y de elección, en una palabra, *causas libres*, y que sin ellas no puede concebirse el universo”,<sup>84</sup> yo les ruego a los amables oyentes que examinen el texto que voy a poner a continuación, tomado del mismo apéndice, y digan si en este texto Bello no pone a la libertad entre la espada y la pared. Está Bello discutiendo con M. Cousin y cita primero palabras de este filósofo:

“Nuestros actos —dice M. Cousin— no son solamente fenómenos que aparecen en seguida de las operaciones de la voluntad, sino que los miramos, y los otros hombres los reconocen, como efectos directos de nuestras voliciones. De aquí la imputación moral, la imputación jurídica y las tres cuartas partes de la vida y de la conducta humana. Si no hay más que sucesión entre el acto del homicida y la muerte de su víctima, adiós creencia universal de la vida civil toda entera. Toda la vida ci-

vil se funda en esta hipótesis generalmente admitida: que el hombre es una causa; como la ciencia de la naturaleza se funda en esta otra hipótesis, que los cuerpos son causas, es decir, tienen propiedades que pueden producir tales o cuales efectos”.<sup>85</sup> Hasta aquí M. Cousin. Oigamos ahora lo que le contesta Bello:

“Esta me parece la parte más flaca del raciocinio de M. Cousin. Lo que constituye la imputabilidad, la moralidad de los actos humanos, es la volición en que principian, y lo mismo suponen esa volición los que han abrazado en esta parte la tesis de Hobbes, que M. Cousin y su escuela. Que el asesino ponga en acción un *no sé qué*, o que se desarrolle, sólo porque él lo quiere, y en virtud de sucesiones constantes establecidas por el autor de la naturaleza, una serie de movimientos, de fenómenos, cuyo último término es la agonía de la víctima, importa lo mismo para la responsabilidad que la naturaleza y las leyes imponen”.<sup>86</sup> Por la extrema complejidad del asunto y por no disponer aquí del tiempo suficiente, dejo a flor de labios los comentarios y lanzado ahí el tema para una posible discusión.

9º.—*Negación de la substancialidad del mundo y caída en el acosmismo.*

Pocas cosas son tan claras, tan lógicas y tan definitivas como el acosmismo berkeleyano en que se hundió lentamente, consciente e irreversiblemente, el entendimiento de Bello, por mucho que admiradores suyos traten de salvarle, consciente e irreversiblemente, el *Entendimiento* y sobre todo el capítulo XXII, titulado “La materia”, no le quedan dudas sobre el asunto. Caldera trae una cita de un estudio de Bello sobre la *Filosofía fundamental* de Balmes, en

la que dice: "Nosotros miramos al sistema idealista como una hipótesis falsa, porque se opone al dogma católico..."<sup>87</sup>. Y aunque es cierto que el mismo apéndice citado termina contradictoriamente diciendo que "aunque la teoría de Berkeley pudiera en rigor admitirse como una suposición posible a los ojos de la filosofía, es incontestable que se opone a algunos de los más esenciales dogmas del catolicismo y de casi todas las iglesias cristianas"<sup>88</sup> (concretamente menciona en la cita de Caldera el dogma de la transubstanciación); con todo, yo me atrevo a decir que éstas son confesiones del diente al labio, para evitarse problemas con los teólogos. La exposición y el razonamiento hechos en la *Filosofía del Entendimiento*, a lo largo de todo el libro y de manera explícita en los capítulos de la materia (XXII), de la causalidad (IX), de la substancialidad (XII) y de la referencia objetiva de las sensaciones (IV), etc., son demasiado contundentes.

¡Y claro que el mismo Bello está asombrado y temeroso de las conclusiones a que ha llegado! Tanto le inquietan y le preocupan que, seguramente para salvarse de "inquisitoriales" persecuciones, como le sucedió entre otros a Crisóstomo Lamifur<sup>89</sup>, quien tuvo que retractarse, Bello termina el capítulo de la materia diciendo, yo repito que del diente al labio, que considera la teoría de Berkeley como meramente posible<sup>90</sup>, mientras que en repetidas ocasiones, con poco disimulado desenfado, dice que tratar de definir semejante cosa (entiéndase como librarse de sus poderosos argumentos) es una cuestión del todo inconsistente, frívola, estéril<sup>91</sup>, fútil<sup>92</sup> y cuya "resolución no conduciría jamás a ninguna consecuencia práctica ni especulativa"<sup>93</sup>.

¿Cómo llegó Bello a un acosmismo

tan declarado y radical? Primero fue el haberse apartado del camino de la desprestigiada escolástica, en la cual a pesar de todo se hallaban las esenciales verdades de la filosofía perenne, y en su lugar haber tomado tan a pecho el sensismo de Locke. A medio viaje se encontró con la escuela escocesa que tanto se aferra a las verdades del sentido común. De ella lo que tomó fue la importancia del instinto, tema que, por supuesto, no simplemente lo tomó sino que lo desarrolló a su manera. Y más adelante llegó a una bifurcación de caminos; o se iba por el camino de Hume hacia el agnosticismo o el escepticismo, o tomaba el de Berkeley hacia el acosmismo. Y este último fue el que tomó decididamente, decisión en la que sin duda tuvieron que ver su temperamento poético y su espíritu religioso.

10.—*Conceptos de la nada, el espacio, el tiempo y la eternidad.*

De paso en este punto, como en muchos otros, Bello aprovecha la oportunidad para desahogar su preconcebida fobia contra las cuestiones ontológicas<sup>94</sup> y luego se enreda en una discusión con Balmes sobre los conceptos de nada y espacio. Para Balmes la nada es absolutamente nada, incluso nada de espacio, es decir, carencia de espacio, de modo que, si se conciben dos cuerpos solitarios en el vacío de la pura nada, esos cuerpos en realidad no pueden estar separados sino unidos, pues entre ambos no hay nada, ni siquiera espacio. El espacio, por el contrario, es la misma extensión, o sea la cualidad más esencial de los cuerpos. Bello por su parte identifica nada y espacio. "Espacio es la capacidad potencial o actual (de contener cuerpos): la nada es la capacidad potencial"<sup>95</sup>. No entendemos a Bello cuando, por un lado, dice que éstas son

cuestiones ontológicas fútiles, y por otro afirma categóricamente que “la existencia del espacio es necesaria y absoluta. Nada más evidente. Si no existe la materia, existe a lo menos *in potentia* la capacidad de cuerpos y de movimientos: si existe la materia, existe la capacidad *in actu*. Luego, existe en cualquier suposición el espacio. Luego, la existencia del espacio es absolutamente necesaria”<sup>96</sup>.

En otra parte, después de haber descrito la formación de la idea de duración, con la cual se elabora luego la del tiempo (cap. VIII, sobre la sucesión y la coexistencia), como “una hechura de la imaginación”<sup>97</sup>, pasa a la noción de la eternidad, definiendo ésta como “la infinidad del tiempo”<sup>98</sup>. Al respecto tenemos que recordar que este concepto, por ser necesario para uno de los atributos de Dios, ha sido tratado con mucho esmero por la filosofía y teología cristianas, aceptándose como clásica la definición de Boecio: *Interminabilis Vitae tota simul et perfecta possessio*, definición que el mismo Santo Tomás tomó textualmente como irreprochable, la explicó y la defendió en su *Suma Teológica*<sup>99</sup>. La eternidad propiamente dicha sólo es aplicable a Dios (puesto que la duración de los espíritus es problema muy aparte y recibe en la escolástica el nombre de *oevum*) y de ninguna manera se puede definir la eternidad en función del tiempo. En esta materia es demasiado riesgoso investigar por cuenta propia sin tomar en cuenta los logros de la filosofía perenne, a no ser que se quieran repetir errores e inexactitudes que están ya superados por los grandes maestros.

11°—*Lógica improvisada, sin definición y bajo la servidumbre de la psicología.*

La breve lógica en que termina la

*Filosofía del Entendimiento* no es propiamente un tratado de lógica, en el riguroso orden en que se suelen tratar las materias de esta disciplina, sino más bien una serie de artículos sobre temas relacionados con la lógica, con la psicología y la teoría del conocimiento, y no sólo eso sino con incursiones en temas metafísicos, sin excluir, desde luego, el omnipresente y obsesionado acosmismo berkeleyano.

Realmente no hay diferencia substancial entre la primera parte, llamada simplemente *Filosofía o Psicología Mental*, y la segunda, que lleva el título de *Lógica*. El asunto es el mismo: una psicología en la que se inician o se tocan cuestiones metafísicas. Así, el paso de la *Filosofía General* a la *Lógica* no se siente. El capítulo I, que podía numerarse como el XXIII, sigue hablando del origen de las ideas y no se ocupa de dar una definición de lógica, ni mucho menos de hacer una introducción a esta materia. Para hallar un concepto de la misma hay que volver a la página primera de la obra, donde también de manera lacónica se dice que la *Psicología Mental* y la *Lógica* son las dos partes en que se divide la *Filosofía del Entendimiento*. Por *Lógica* se entiende la *Filosofía del Entendimiento* “en cuanto da reglas para la acertada dirección de estas facultades y operaciones”. La *lógica* de Bello, pues, queda reducida a un apéndice o a un capítulo más de la psicología.

12°—*Salto repentino de evasión a la teología.*

Terminamos este capítulo de los puntos polémicos del bellísimo dedicándole una página al tan citado apéndice “Del Ser Supremo y sus Atributos”, en el que, a nuestro modo de interpretar, Bello da un salto repentino de evasión

al mundo de la teología escolástica cristiana, mezclando los argumentos tradicionales de la existencia de Dios con la prueba que él, sin encarecerla mucho, para no despertar sospechas, desliza suavemente como la principal. Esta prueba, sencillamente, es la de "ciertos instintos" que guían al espíritu humano. En otras palabras, tratase de una creencia instintiva cuya validez se confirma porque "sin esa creencia las obligaciones morales carecerían de la más eficaz sanción"<sup>100</sup>.

Después, en la misma página, dice "pasemos a otro género de pruebas", las cuales, sin duda, son inferiores a las "verdades de instinto", pero que "supuesta la existencia del universo, supuesta la existencia de un ente cualquiera, son rigurosamente demostrativas". Y es aquí donde Bello, como cualquier teólogo o filósofo escolástico, echa mano de la causalidad, de la noción de "causa primera", para deducir luego los atributos de la eternidad, de la infinitud, de la independencia, de la voluntad soberanamente libre, de la unicidad, del poder creador, de la inteligencia, de la simplicidad y la providencia de Dios. En este último atributo se detiene Bello con espíritu devoto y cristiano, que confiesa "la necesidad de una revelación"<sup>101</sup>, como para descansar y refugiar su alma, después de que, en las atrevidas y extraviadas incursiones o excursiones de su filosofía ha puesto en peligro o socavado implacablemente las bases racionales y naturales de la revelación. La contradicción entre el teólogo y el filósofo no puede ser más patente.

## VII

### EL BELLISMO Y SUS PUNTOS POSITIVOS

La filosofía de Bello, señores, o

"el sistema de Bello" como dice José Gaos<sup>102</sup>, no es fácil de leer y mucho menos de juzgar. Se colige por los muchos puntos polémicos que hemos señalado y que no pretenden ser exhaustivos. Bello merece un estudio muy serio (nosotros repetimos, como objetivo y fruto concretos de esta conferencia, que este estudio debe ser continuo y a nivel de cátedra universitaria), no sólo para diferenciar lo que toma de otros pensadores y lo que es investigación original, sino para valorar a fondo lo que tiene de erróneo y de acertado. Esta revalorización ha comenzado ya, de hecho, principalmente con el estudio de José Gaos, que tantas veces hemos citado, con las publicaciones de La Casa de Bello y con un volumen que, según dice Caldera<sup>103</sup>, está preparando nada menos que don Juan David García Bacca.

#### 1º.—Originalidad del bellismo, según Olivier Baulny.

Olivier Baulny, profesor francés de filosofía y psicopedagogía, que se ha dedicado a estudiar la historia de Hispanoamérica, tiene en el tomo II de "Bello y Londres", que ya hemos citado, un capítulo titulado "*Andrés Bello et la philosophie anglaise*". En este trabajo habla de *l'originalité profonde du bellismo*, originalidad que hace consistir en los siguientes puntos: (pgs. 207-209):

- a) *Une philosophie du langage*, a la que llama tema mayor del bellismo.
- b) *Une analyse personnelle des problèmes du logos*.
- c) *Une anthropologie de la connaissance qu'il veut dans l'esprit même de l'idéologie, substituer aux énoncés du thomisme*.

d) *Il emprunte la théorie des idées-signes. Mais on se tromperait en n'y voyant qu'une imitation C'est tout un développement original... Mais il faut bien comprendre que Bello n'est pas un compilateur.*

A propósito de lo que Baulny llama filosofía del lenguaje, debemos advertir que estaríamos equivocados si buscáramos en la *Filosofía del Entendimiento* el deliberado propósito de echar las bases filosóficas del gran edificio de la *Gramática de la Lengua Castellana*. Bello dedica especialmente al tema del origen del lenguaje el capítulo XX, con el título de "Sugestión de los recuerdos", el cual no sugiere para nada referencia alguna al asunto, pero este capítulo ciertamente no está concebido para ser lo que otros filósofos, por ejemplo Balmes, llaman gramática general, y desde luego nunca al estilo de la escuela lógica de Port-Royal. Es otra cosa. Y, por otra parte, en el prólogo a la célebre Gramática, Bello no puede ser más explícito al rechazar toda teoría y toda especulación metafísica que pretenda ser base del lenguaje. Lo que le guía es el lenguaje mismo, el uso real que éste tiene entre la gente educada. "La filosofía de la gramática, dice, la reduciría yo a representar el uso bajo las fórmulas más comprensivas y simples. Fundar estas fórmulas en otros procederes intelectuales que los que real y verdaderamente guían al uso, es un lujo que la gramática no ha menester"<sup>104</sup>. En este punto la posición de Bello se definiría como positivista y, mejor dicho, estrictamente científica, no filosófica. "En el lenguaje lo convencional y arbitrario abraza mucho más de lo que comúnmente se piensa"<sup>105</sup>. De modo que el término filosofía del lenguaje tiene que usarse con cuidado, cuando se refiera a Bello y sobre

todo en forma concreta a su *Gramática de la Lengua Castellana*.

2º—*La Filosofía del Entendimiento, una investigación seria y personal.*

Fácil hubiera sido para Bello, con la enorme erudición que poseía, haber hecho un sesudo texto filosófico en el que expusiera, para los fines de la enseñanza en el Instituto Nacional de Santiago, y aun como dice Baulny, como *une philosophie qu'il destinait a la formation de jeunes générations de l'Amérique Latine*, las tesis de la filosofía tradicional y las enseñanzas principales de la filosofía moderna. Pero prefirió el camino más difícil de repensar las cosas, de elaborarlas por sí mismo y de investigar de nuevo él solo muchos puntos que ya estaban trillados por el pensamiento universal. El viaje emprendido, al estilo de las exploraciones de Humboldt, fue fascinante. Es aquí donde hay que leer con atención a Bello, pues en la exposición de los conocidos temas de la ideogenia, hay delicados matices y detalles originales que no deben ser menospreciados ni pasados por alto.

3º—*Afán de precisión científica.*

No menor mérito es su constante y exigente afán de precisión científica, que se expresa en un lenguaje serio, cuidadoso, exacto, lapidario, cincelado, lógico y coherente a lo largo de toda la obra. Cuando es necesario, no duda en inventar sus propios términos; como los de *plesioscópicas* y *aposcópicas*<sup>106</sup>, aplicados a las sensaciones; lo de *homólogas* y *antilogas*<sup>107</sup>, hablando de las relaciones; y el nombre de *anámnesis*, tomado del griego, aplicado "a la pura percepción renovada para distinguirla de los otros elementos que entran con ella a constituir los actos de la memoria"<sup>108</sup>.

Es tan fuerte la tendencia científica (como la de esos pintores que manejan el pincel como si fuera cincel, estilo Andrea Mantegna), que vale la pena cuestionar si Bello es un auténtico filósofo o más bien un científico. Punto muy importante y digno de tenerse en cuenta, pues Bello, como ya lo indicamos en otro lugar, no está exento de cierto cientificismo. Recordemos el caso del pintoresco Bertrand Russell, el cual, como lo analiza el implacable Michele Federico Sciacca<sup>109</sup>, no puede nunca levantarse de la rastrera y horizontal posición del científico inmediateista a la verticalidad ascendente del verdadero filósofo. Claro que no es éste el caso de Bello (ofensivo sería pensarlo), pero, en este sentido, no es un desacierto decir que Bello es mucho más psicólogo que lógico y que filósofo.

4°—*Actitud prudente y respetuosa con la Iglesia Católica.*

A pesar del conflicto señalado con el dogma religioso, desde un punto de vista estrictamente filosófico, sería injusto involucrar en este conflicto a toda la personalidad de Bello. Es aquí donde con toda razón se citan el apéndice “Del Ser Supremo y sus Atributos”, la traducción fervorosa de “La Oración por Todos” de Víctor Hugo, el discurso inaugural de la Universidad de Chile y la conducta misma del hombre a lo largo de su vida, tanto en Caracas, como en Londres y en Santiago. ¿Diremos, entonces, que Bello cayó en la conocida tesis árabe de la doble verdad? No sería una afirmación exagerada, pero dejemos ya ese aspecto teórico y reconozcamos que en la práctica Bello se comportó como un devoto creyente y que su actitud hacia la Iglesia Católica fue prudente y respetuosa. Su fina contextura moral y su sensibilísimo

temperamento poético lo inclinaban a ello. Claro que, como hemos visto en otra parte, Bello en este trance se salva gracias a sus contradicciones, pues la teoría de la doble verdad, a la que le lleva irremisiblemente su *Filosofía del Entendimiento*, no rima con lo que dijo, en tono de gran altura, en la inauguración de la Universidad de Chile: “Todas las verdades se tocan, y yo extendiendo esta asertación al dogma religioso, a la verdad teológica. Calumnian, no sé si diga a la religión o a las letras, los que imaginan que pueda haber una antipatía secreta entre aquélla y éstas<sup>110</sup>.”

5°—*El alma humana, dueña de sí misma, y el triángulo espiritual del acosmismo.*

Una de las tesis más interesantes y que con más énfasis defiende Bello es la posesión del alma por sí misma, es decir, la autointuición, el acto por el cual el yo se percibe idéntico, continuo, uno, indivisible, un todo único con sus modificaciones. Es tan importante y tan firme este punto de partida, que se nos ocurre compararlo con la posición inicial de Descartes: *Pienso, luego existo*. En el caso de los acosmistas *more berkeleyano*, el punto de apoyo en el yo es el vértice principal de un triángulo formado por tres espíritus que son: el yo, el tú y Dios. En medio de ese triángulo queda la materia como una fantasmagoría, como un juego fenomenal de imágenes ilusorias, creado o montado por Dios como una maquinaria teatral, seguramente no para divertirse él mismo sino para divertir (no digamos engañar) a los espíritus de los otros vértices: el yo y el tú. El paso del yo al tú se realiza, dice Bello “por una instintiva e irresistible analogía”; y el paso del yo a Dios, por medio de una tendencia o creencia instintiva. En una

palabra: es el instinto, el misterioso instinto, el que une estos tres mundos tan distintos y tan distantes.

Naturalmente, es el yo el mundo principal, el que está en nuestras manos, mejor dicho, en *mi* mente, y por una razón muy lógica le interesa al acosista asegurar y consolidar este conocimiento fundamental. Lo interesante en Bello es el vigor y la insistencia reiterada con que defiende el conocimiento que el alma tiene de sí misma, el cual dice que es intuitivo y directo, no a través de los fenómenos, tesis eternamente discutible que además parece contradictoria dentro del mismo sistema bellista.

Bello, muy sagaz y nada descuidado, se da cuenta del problema y por eso trata de distinguir en el alma tres clases de conocimiento. El primero, intuitivo, directo, indivisible, idéntico al alma misma, es el conocimiento que ésta tiene de sí misma. Este conocimiento es el único que no es simbólico ni representativo. La segunda clase de conocimiento es el expresado en las percepciones de los sentidos internos. Estas sensaciones sí son simbólicas y representativas, es decir, que no nos dan conocimiento objetivo de algo extramental sino que son algo que debemos considerar en sí mismo, puesto que no conocemos *las cosas* sino sólo nuestras sensaciones internas. O sea que no conocemos ni siquiera nuestro cuerpo. Sólo conocemos sensaciones internas que supuestamente se refieren a una substancia material llamada "mi cuerpo". Y la tercera clase es el conocimiento de las percepciones externas, las cuales, con mucha mayor razón, son simbólicas y representativas, no objetivas.

"La más simple forma de percepción —dice en la segunda parte del capítulo II—<sup>111</sup> es aquella en que el alma se percibe a sí misma; sujeto y objeto a

la vez. En las percepciones intuitivas no sólo percibe el alma sus propias modificaciones sino que las percibe como suyas. Percibe, pues, una relación de identidad entre el alma que está afectada de cierto modo, y el alma que percibe estarlo; entre el alma por ejemplo, que siente o desea, y el alma que percibe ese sentimiento o deseo. Esta relación de identidad es una idea simple". Y añade más adelante: "Mirándose el alma como idéntica, continua y una bajo todas sus modificaciones simultáneas y sucesivas, coloca todas estas modificaciones en sí misma, como en algo que les sirve de asiento y apoyo; de otra manera no podría considerarlas como suyas. De lo cual se infiere (fijémonos en esta conclusión que saca Bello) que percibe este algo intuitivamente, y que la percepción intuitiva de sus modificaciones, lejos de darnos *a posteriori* la noción del yo substancial, la envuelve, como un elemento suyo necesario".<sup>112</sup> En otra parte, usando como sinónimos las palabras alma y conciencia, dice: "La conciencia se percibe a sí misma, o sea que hay conciencia de la conciencia".<sup>113</sup> De modo que el alma, yo, conciencia, son conceptos que maneja en forma sinónima, sin advertir que el concepto del yo abarca forzosamente no sólo al alma sino también al cuerpo. Tampoco se puede decir, sin alguna licencia de lenguaje, que "el alma forma con todas sus modificaciones un objeto único, indivisible, idéntico; sin que por eso deje de percibir diferencias entre sus varias modificaciones, porque no hay incompatibilidad entre lo diferente y lo idéntico".<sup>114</sup> A pesar de estas explicaciones de Bello, es válida la objeción que podría hacerse al pronunciar las siguientes frases: "Mi alma es el sentimiento de tristeza que tengo en este momento", "yo soy mi

dolor de muelas”, “yo soy la sensación de cansancio que me agobia”. Con razón la doctrina escolástica en este punto dice claramente que a nuestra propia alma no la conocemos *in se ipsa* sino *ex actibus tantum*. Itaque *anima in hac vita tantum per actus cognoscitur*.<sup>115</sup> Cuando Bello, después de decir que el alma se intuye a sí misma, añade que “el yo substancial permanece envuelto en una obscuridad profunda”<sup>116</sup> y que no nos es posible describir ni conocer la naturaleza del alma “sino hasta donde se extienden los fenómenos que la conciencia atestigua”<sup>117</sup>, como cuando dice, en las primeras palabras de la introducción, que “nuestro espíritu no nos es conocido sino por las afecciones que experimenta”<sup>118</sup>, se contradice y prácticamente está cayendo en la doctrina escolástica tradicional. Si vamos a ser claros en el lenguaje, ése no es un percibirse el alma a sí misma directamente sino a través de sus actos. *Per actum suum se cognoscit intellectus noster*, dice Santo Tomás.<sup>119</sup>

Estas observaciones que hacemos a Bello, desde la filosofía tomista, y sobre todo señalando sus internas contradicciones, no significan en modo alguno que él tenga que ser el equivocado. Por el contrario, esta seguridad con que nos habla de la posesión de alma por sí misma, como una facultad fundamental, diferente de la facultad de las sensaciones internas y externas, aparte de ser un tema polémico, nos parece ser de los puntos más positivos de su filosofía (que valdría la pena rastrear más en otros escritos suyos) y nos hace pensar en los intuitivos de la filosofía oriental. Nuevamente vemos aquí al poeta y al religioso que era Bello en lo más íntimo de su corazón.

6°—*Profundo estudio de los fenómenos psicológicos.*

Que Bello es un fino y penetrante psicólogo es algo en lo que todos están de acuerdo. A continuación mencionamos algunos puntos que, por la originalidad con que se tratan, nos han llamado la atención. Son sólo puntos que mencionamos para despertar el interés de los estudiosos. No pretenden ser una síntesis de la obra.

- a) Teoría de la semejanza, interesante en sí misma, como parte de la descripción de las relaciones, y sobre todo por ser la base de la explicación nominalista o “conjuntista” de los conceptos universales.
- b) Señalamiento del sentido del tacto como el más importante de los sentidos.
- c) Teoría de la anámnesis (cap. XIX).
- d) Principios o leyes primarias que presiden los actos de la inteligencia, todos basados en la obscura fuerza del instinto. Principio empírico o de constancia de las leyes de la naturaleza. Principios de causalidad. Principio de substancialidad (del yo, de los otros yo y de los cuerpos). Principio de contradicción. Y principio de razón suficiente.
- e) Minuciosa descripción de las percepciones, tanto internas como externas, y patente esfuerzo por hacer ver cómo el yo es una estructura de relaciones frente a ese otro mundo de relaciones que es el universo.
- f) Interesante capítulo sobre la inteligencia de los animales y sobre la existencia en éstos de un alma inmaterial y probablemente inmortal (Apéndice al cap. XII).

- g) Teoría del sentido del esfuerzo (Cap. IV, parte I, pgs. 47 a 51; y Cap. X, parte I, pgs. 145 a 150)
- h) Teoría de las tres facultades del alma; intuirse a sí misma, sentir y juzgar.
- i) Teoría del juicio. División de los juicios en perceptivos, deductivos y testimoniales (Cap. II de la Lógica). Es importante hacer notar que ya desde el capítulo I de la filosofía general, al describir el fenómeno de las percepciones, Bello destaca el hecho de que en toda percepción hay un juicio implícito.

7º.—*Concepción triunfal del universo.*

Para terminar, señores, esta rápida semblanza del sistema filosófico de Bello, el cual a pesar de sus desviaciones y contradicciones aparece como un todo bien articulado y acabado, nada más oportuno y agradable que detenernos a contemplar el universo que nos presenta como obra de Dios, aunque sea como obra de la magia o de la prestidigitación de Dios. Este universo está concebido poéticamente como un espectáculo y devotamente como una manifestación de la divina providencia. El grandioso marco de la materia (agua, tierra, cie-

los, tiempos, estaciones, vida) es el escenario donde “miles de miles de criaturas se agolpan a la vista” (cita palabras de Paley)<sup>120</sup> y donde todo es concebido fundamentalmente como felicidad, como placer vital y esencial. Y más aún, por encima de ese placer substancial que es la vida vegetativa y animal, “¿qué diremos de los intensos, de los exquisitos placeres de la inteligencia, de la imaginación, de las afecciones morales?”<sup>121</sup> El dolor mismo y el mal existentes en el mundo, incluso la muerte, se subordinan a la belleza del orden moral, a la voluntad providente de Dios que tiene un “plan de la creación” que “la razón no alcanza a descifrar”<sup>122</sup> y, sobre todo, a la esperanza de la inmortalidad y de la eterna felicidad. En esta aspiración a la imperecedera felicidad es donde Bello coloca a la esperanza, como una facultad trascendental. De modo que el placer de vivir tiene tres formas en una: la *satisfacción* de las necesidades vitales, el *deseo* como fuente de continua actividad y la *esperanza* que nos lanza más allá del goce actual de la vida. Esta esperanza trascendental es una anticipación de lo eterno, un perfume, por así decirlo, de la plenitud a que llegaremos. “LA ESPERANZA ES EL PERFUME DE LA FELICIDAD”.<sup>123</sup>

N O T A S

- 1 Rafael Caldera: “Andrés Bello”, Biblioteca Popular Nacional, Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Caracas, 1965, pág. 23.
- 2 Ramón Insúa Rodríguez, “Historia de la filosofía en Hispanoamérica”, Universidad de Guayaquil, Departamento de Publicaciones, Ecuador, 1945, pág. 155.
- 3 Andrés Bello: “Filosofía del Entendimiento”, Fondo de Cultura Económica, México, 1948, introducción de José Gaos, pág. XIV.
- 4 Rafael Caldera, ob. cit., pág. 150.
- 5 Ob. cit., pág. 33.

- 6 Andrés Bello, ob. cit., pág. XIX.
- 7 Andrés Bello, ob. cit., pág. XVIII.
- 8 Ramón Insúa Rodríguez, ob. cit., pág. 160.
- 9 Emil Ludwig: "La sabiduría de Goethe, una antología de todas sus obras", traducción del alemán por Alfredo Cahn, Editorial Latinoamericana, México, 1952; pág. 94.
- 10 Ramón Insúa Rodríguez, ob. cit., pág. 156.
- 11 Fundación de La Casa de Bello: "Bello y Londres. Segundo Congreso del Bicentenario", Caracas, 1980, tomo I, pág. 18.
- 12 "Bello y Londres", tomo I, pág. 19.
- 13 Introducción de José Gaos a la "Filosofía del Entendimiento", ob. cit., pág. XVI.
- 14 Introducción de José Gaos a la "Filosofía del Entendimiento", loc. cit., págs. IX, X y XI.
- 15 P. Pedro Pablo Barnola, S. J., "Estudios sobre Bello", Caracas, 1969, pág. 187.
- 16 Barnola, ob. cit., pág. 109.
- 17 Rafael Caldera, ob. cit., pág. 75.
- 18 Ramón Insúa Rodríguez, ob. cit., pág. 109.
- 19 Ramón Insúa Rodríguez, citando a Mora, ob. cit., pág. 118.
- 20 Alberto Ghirardo: "El pensamiento argentino", Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1937, pág. 111.
- 21 Ramón Insúa Rodríguez, ob. cit., pág. 150.
- 22 Ib., pág. 150.
- 23 Leopoldo Zea: "Precusores del pensamiento latinoamericano contemporáneo", Edit. Diana, México, 1979, pág. 9.
- 24 Ramón Insúa Rodríguez, ob. cit., pág. 121.
- 25 Rafael Caldera, ob. cit., pág. 86.
- 26 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento", ob. cit., pág. 27.
- 27 Edmund Husserl: "Investigaciones lógicas", traducción del alemán por Manuel García Morente y José Gaos, Revista de Occidente, Madrid, 1976.
- 28 Introducción de José Gaos a "Filosofía del Entendimiento", ob. cit., pág. XXI.
- 29 "Bello y Londres", ob. cit., tomo II pág. 142: Artículo de Walter Hanisch Espíndola, titulado "La religión, la filosofía y la historia en los años londinenses de Andrés Bello".
- 30 "Bello y Londres", tomo II, págs. 59 a 73.
- 31 "Bello y Londres", tomo I, pág. 489, en el artículo "El círculo diplomático latinoamericano en el tiempo de Bello en Londres", por Armando Rojas.
- 32 Rafael Caldera, ob. cit., pág. 81.
- 33 Pedro Grases: "Vida y obra de Andrés Bello. Lección magistral para el alumnado de Educación Superior y Diversificada", Dirección General del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1970, pág. 14.

- 34 Introducción de José Gaos a "Filosofía del Entendimiento", ob. cit., pág. XV.
- 35 Rafael Caldera, ob. cit., pág. 100.
- 36 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento" ob. cit., en el cap. XXII, pág. 325.
- 37 "Bello y Londres", tomo II, págs. 166-167.
- 38 "Bello y Londres", tomo II, pág. 146: "La etapa filosófica de Bello en Londres".
- 39 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento", pág. 4.
- 40 Ib., pág. 402.
- 41 Ib., pág. 55.
- 42 Jaime Balmes: "Metafísica", capítulo de la Ideología Pura, pág. 43, Editorial Sopena, Buenos Aires, 1944.
- 43 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento", pág. 8.
- 44 Ib., pág. 8.
- 45 Ib., pág. 20.
- 46 Ib., pág. 45.
- 47 Ib., pág. 3.
- 48 Ib., pág. 55.
- 49 Ib., pág. 24.
- 50 Ib., pág. 25.
- 51 Ib., pág. 25.
- 52 Ib., pág. 193.
- 53 Ib., pág. 195.
- 54 Ib., pág. 196.
- 55 Ib., pág. 327.
- 56 Ib., pág. 180.
- 57 Ib., pág. 189.
- 58 Ib., pág. 189.
- 59 Ib., pág. 9.
- 60 Ib., pág. 11.
- 61 Ib., pág. 18.
- 62 Ib., pág. 19.
- 63 Ib., pág. 8.
- 64 Ib., pág. 31.
- 65 Ib., pág. 43.
- 66 Ib., pág. 328.
- 67 Ib., pág. 125.
- 68 Ib., pág. 115.
- 69 Ib., pág. 312.
- 70 Ib., pág. 312.
- 71 Ib., pág. 315.
- 72 Ib., pág. 132.
- 73 Ib., pág. 132.
- 74 Ib., Introducción de José Gaos, págs. LXII y LXIV.
- 75 Ib., pág. 202.

- 76 *Ib.*, pág. 27. "El error de los que han creído que percibimos las modificaciones y no la substancia, proviene del prestigio que ejercen sobre nosotros los nombres abstractos; prestigio de que nacieron tantos conceptos erróneos en las escuelas filosóficas de los antiguos, y de que aun después del triunfo de los nominalistas se conservan no pocos vestigios".
- 77 *Ib.*, pág. 200.
- 78 *Ib.*, pág. 211.
- 79 *Ib.*, pág. 200.
- 80 *Ib.*, pág. 233.
- 81 *Ib.*, pág. 114.
- 82 *Ib.*, pág. 123.
- 83 *Ib.*, pág. 117.
- 84 *Ib.*, pág. 126.
- 85 *Ib.*, pág. 121-122.
- 86 *Ib.*, pág. 122.
- 87 Rafael Caldera: "Andrés Bello", ob. cit. pág. 100.
- 88 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento", ob. cit. pág. 326.
- 89 Ramón Insúa Rodríguez: "Historia de la filosofía en Hispanoamérica", ob. cit., pág. 148.
- 90 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento", ob. cit. pág. 325.
- 91 *Ib.*, pág. 325.
- 92 *Ib.*, pág. 319.
- 93 *Ib.*, pág. 319.
- 94 *Ib.*, pág. 157.
- 95 *Ib.*, pág. 156.
- 96 *Ib.*, pág. 157.
- 97 *Ib.*, pág. 100.
- 98 *Ib.*, pág. 101.
- 99 Santo Tomás de Aquino: "Summa Theologica", BAC, Matriti, 1951, I pars, Q. X. art. I.
- 100 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento", pág. 132.
- 101 *Ib.*, pág. 139.
- 102 Introducción de José Gaos a la "Filosofía del Entendimiento", ob. cit., pág. 1 (-50).
- 103 Rafael Caldera: "Andrés Bello", ob. cit., pág. 90.
- 104 Andrés Bello y Rufino J. Cuervo: "Gramática de la lengua castellana" y "Notas a la Gramática de la Lengua Castellana de D. Andrés Bello e Índice Alfabético de la misma Obra". Ediciones Anaconda, Buenos Aires, 1945. Prólogo, pág. V.
- 105 Ob. cit., Prólogo, pág. IV.
- 106 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento", pág. 32.
- 107 *Ib.*, pág. 64.
- 108 *Ib.*, pág. 260.

- 109 Michele Federico Sciacca: "La Filosofía, hoy", Editorial Luis Miracle, Barcelona, 1961, traducción del italiano por Claudio Matons Rossi y Juan José Ruiz Cuevas, tomo II, págs. 137 a 148.
- 110 Andrés Bello, "Discurso inaugural de la Universidad de Chile", 17 de septiembre de 1843, Academia Venezolana de la Lengua, Caracas, 1969, pág. 8.
- 111 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento", pág. 25.
- 112 *Ib.*, pág. 26.
- 113 *Ib.*, pág. 24.
- 114 *Ib.*, pág. 27.
- 115 Joseph Donatt: "Psychologia", Oeniponte (Innsbruck), 1936, pág. 209.
- 116 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento", pág. 27.
- 117 *Ib.*, pág. 28.
- 118 *Ib.*, pág. 3.
- 119 Santo Tomás de Aquino: "Summa Theologica", ob. cit., 1 q. 87 a. 1.
- 120 Andrés Bello: "Filosofía del Entendimiento", pág. 137.
- 121 *Ib.*, pág. 138.
- 122 *Ib.*, pág. 139.
- 123 *Ib.*, pág. 137.

#### BIBLIOGRAFIA

- 1 BALMES, Jaime: "Metafísica", Editorial Sopena, Buenos Aires, 1944.
- 2 BARNOLA, Pedro Pablo: "Estudios sobre Bello", Ministerio de Educación, Caracas, 1969.
- 3 BELLO, Andrés: "Filosofía del Entendimiento", Introducción de José Gaos, Fondo de Cultura Económica, México, 1948.
- 4 BELLO, Andrés: "Gramática de la Lengua Castellana" y "Notas a la Gramática de la Lengua Castellana de D. Andrés Bello e Índice Alfabético de la misma Obra" por don Rufino Cuervo, Ediciones Anaconda, Buenos Aires, 1945.
- 5 BELLO, Andrés: "Gramática Latina y Estudios Complementarios, tomo VIII de "Obras Completas de Andrés Bello", Ministerio de Educación, Caracas, Venezuela, 1958.
- 6 BELLO, Andrés: "Cosmografía y Otros Escritos de Divulgación Científica", tomo XX de "Obras Completas de Andrés Bello", Ministerio de Educación, Caracas, Venezuela, 1957.
- 7 BELLO, Andrés: "Discurso inaugural de la Universidad de Chile", Academia Venezolana de la Lengua, Caracas, 1969.
- 8 BERTIS, Juan: "Ciencia y Literatura", Biblioteca Universitaria, Imprenta Nacional, San Salvador, 1941.
- 9 BRUGGER, Walter: "Diccionario de filosofía", traducción del alemán por José María Vélez Cantarell, Editorial Herder, Barcelona, 1953.

- 10 CALDERA, Rafael: "Andrés Bello", Biblioteca Popular Nacional, Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes, Caracas, 1965.
- 11 CUERVO, Rufino José: Véase: Andrés Bello, "Gramática de la Lengua Castellana", etc.
- 12 DONATT, Joseph: "Psychologia", Oeniponte (Innsbruck), 1936.
- 13 FERRATER MORA, José: "Diccionario de filosofía", 3ª edición. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1951.
- 14 FRICK, Carolus: "Lógica in usum scholarum", editio septima emmendata, Friburgi Brisgoviae, MCMXXXI, Herder.
- 15 Fundación La Casa de Bello: "Bello y Caracas, Primer Congreso del Bicentenario", Caracas, 1979.
- 16 Fundación La Casa de Bello: "Bello y Londres. Segundo Congreso del Bicentenario", 2 tomos, Caracas, 1980.
- 17 GHIRALDO, Alberto: "El pensamiento argentino", Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1937.
- 18 GRASES, Pedro: "Vida y obra de Andrés Bello", Dirección General del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1970.
- 19 GRASES, Pedro: "Vida y Obra de Andrés Bello", con "Selección de lecturas", Dirección General del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1970.
- 20 GRASES, Pedro: "Andrés Bello y la cultura", Dirección General del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Educación, Caracas, 1970.
- 21 HUSSERL, Edmund: "Investigaciones lógicas"; traducción del alemán por Manuel García Morente y José Gaos, Revista de Occidente, Madrid, 1976.
- 22 IBARGUENGOITIA, Antonio: "Filosofía mexicana, en sus hombres y en sus textos", Editorial Porrúa, México, 1976.
- 23 INSUA RODRIGUEZ, Ramón: "Historia de la filosofía en Hispanoamérica", Universidad de Guayaquil, Departamento de Publicaciones, Ecuador, 1945.
- 24 LOCKE, John: "Ensayo sobre el entendimiento humano", traducción del inglés por Edmundo O'Gorman, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.
- 25 LUDWIG, Emil: "La sabiduría de Goethe. Una antología de todas sus obras", traducción del alemán por Alfredo Gahn, Editora "Latino Americana", México, 1952.
- 26 Presidencia de la República de Venezuela: "Natalicio de Andrés Bello", Caracas, 1970.
- 27 Presidencia de la República de Venezuela: "Convenio Andrés Bello. Integración educativa, científica y cultural de los países del área andina", Caracas, 1970.
- 28 SCIACCA, Michele Federico: "La filosofía, hoy. De los orígenes románticos hasta los problemas actuales", Editorial Luis Miracle, Barcelona, 1961, traducción del italiano por Claudio Matons Rossi y Juan José Ruiz Cuevas, dos tomos.
- 29 Tomás de Aquino: "Summa Theologica", BAC, Matriti, 1951.
- 30 ZEA, Leopoldo: "Precursores del pensamiento latinoamericano contemporáneo", Editorial Diana, México, 1979.

# PALABRA SIN TIEMPO

POESIA

de

Raúl Contreras

CARTAS

de

Raúl Contreras

## RAUL CONTRERAS

Uno de los grandes poetas salvadoreños. (1896-1973). Se inicia post-romántico en su libro "Armonías Intimas" (1919). Luego hay un largo paréntesis en que no publica orgánicamente su poesía, hasta que, en 1947, aparece bajo el enigmático heterónimo de **Lydia Nogales**. Los poemas de Lydia —que son lo mejor de su producción— fueron recogidos, en 1956, con el título de "Niebla", en un libro que preparara el crítico español Juan Antonio Ayala sobre todo el caso de **Lydia Nogales**. Más tarde, Raúl —con su nombre— publica dos libros de sonetos: "Presencia de Humo" (1959), y "En la Otra Orilla" (1974, con prólogo de David Escobar Galindo). Quedaba, pues, el largo período comprendido entre 1920 y 1946. Y ese vacío bibliográfico queda cubierto con el material —valiosísimo— que hoy presenta CULTURA: ordenado por el mismo Raúl, y titulado por él: "Versos de ayer". A ello se agregan unas cartas escogidas, en que la calidad humana del poeta se junta al humor juguetón y amablemente punzante, tan característico del enorme poeta originario de Cojutepeque. Sólo nos resta señalar que estos versos —como la mayor parte de su producción— fueron escritos en Madrid, España.

RAUL CONTRERAS

## VERSOS DEL AYER

(1920-1945)

### ATARDECER

*Mujer, dame la red de tu cariño.  
Dame aquellas angustias perfumadas  
como rosas del cielo deshojadas  
sobre la seda azul de tu corpiño.*

*Refúgiame otra vez en el armiño  
de tus manos piadosas y calladas.  
Cuando vi reflejarse en tus miradas  
la candorosa timidez de un niño.*

*Dame las horas que viví de prisa  
asomado al balcón de tu sonrisa.  
Más alejadas cuanto más las sueño.*

*Estoy tan solo. Y el invierno es crudo...  
Y errante va mi corazón desnudo  
igual que un perro que perdió su dueño.*

1920.

## ROMANCE DEL MAL AMOR

*Quiero y no quiero quererla.  
Quiero y no quiero olvidarla.  
Salí a buscar el camino  
con una sombra en el alma.  
Jamás volveré a la villa  
donde ninguno me aguarda.  
La pena de aquella noche  
quiero y no quiero contarla. . .  
Un salón, una ancha puerta  
y el brillo azul de las lámparas;  
en el dintel de los sueños  
moría el son de una flauta.  
Ella, vestida de corto,  
lucía una blusa clara;  
un leve cinto de cuero  
la cintura le apretaba;  
cabeza de ángel caído,  
figura de porcelana,  
en un presagio de ausencia  
me miraba y la miraba.  
Pero tenía en los ojos,  
la niña, una luz extraña.*

*Su mano, alzando la copa,  
me parecía más blanca  
como un cuchillo de nieve  
que los ojos me rasgara.  
Bebía la niña buena.  
Bebía la niña mala. . .*

*Turbados los pensamientos  
dejé la fiesta profana;  
bajé al jardín donde apenas  
la media luna rondaba.  
Y otra niña, en la penumbra,  
me tendió su mano diáfana.  
¿Quién eres? —le dije al verla—  
¿Por qué esperándome estabas?  
—Te espero como el camino  
que los olvidos señala;  
te espero para decirte  
que te apartes de mi hermana;  
el corazón que tú buscas  
palpita en ajena casa;  
los labios que te atormentan  
están cubiertos de escarcha;  
exprime en los labios míos  
todo el jugo de tus ansias,  
que ya no puede ser tuyo  
el corazón de mi hermana. . .*

*Yo recuerdo y no recuerdo  
los augurios del fantasma;  
su voz, rodando en mi fiebre,  
mis arterias congelaba  
y una sed de agua perdida  
llovía el son de la flauta. . .  
Cogí la copa repleta  
de licor que me brindaba  
y la apuré hasta las becas*

*sin que una gota quedara;  
bebí el veneno maldito  
como quien bebe una brasa  
y alcé la copa vacía  
para volver a llenarla.  
Igual que la niña buena.  
Igual que la niña mala.  
¿Y después? Ya no recuerdo. . .  
La luna negra lloraba.*

*¿Dónde se oculta la niña  
vestida de tela clara,  
la del cuchillo de nieve  
que los ojos me rasgaba,  
cabeza de ángel caído,  
figura de porcelana?  
Con una nube en el rostro  
dejó su puesto en la sala;  
la vi salir por la puerta  
sin mirarme y sin mirarla;  
la vi marchar para siempre  
desprendida de su hermana;  
bajo la luna sin luna  
era de luto su falda.  
Y una sombra iba con ella. . .  
Malhaya el licor, malhaya  
el mal amor que me dijo:  
"están cubiertos de escarcha  
los labios que te atormentan;  
toma mi rosa encarnada  
que ya no puede ser tuyo  
el corazón de mi hermana".  
Malhaya también la sombra  
que con otra se juntaba;  
malhaya las piedras grises  
de la calleja. Malhaya.  
Mi corazón la seguía  
entre las luces del alba.*

*No volvió la niña buena.  
No volvió la niña mala.  
Dicen que un lobo, que un lobo,  
se la llevó a la montaña.*

*Sólo quedó la presencia  
del mal amor que me aguarda. . .*

1920.

## COMO LA PRIMAVERA

*Pasó por mi camino vaporosa y ligera  
como una clara sombra teñida de ilusión.  
Y fue un instante sólo como la primavera,  
como la primavera para mi corazón.*

*El viento me traía la música primera,  
tal vez la última rima que cierra una canción. . .  
Y al ver que se esfumaba la sombra pasajera,  
toqué, por cautivarla, mi más ingenuo son.*

*¡Oh son incomprendido que ya ni el viento espera.  
No pude aprisionarla. . . Porque en mis ojos era  
—imagen imposible— la sed de una visión!*

*Y así por mi camino pasó la luz de afuera.  
Y fue un instante sólo como la primavera. . .  
La está llamando a gritos mi pecho en floración.*

1920.

## MOTIVOS DE LA LLUVIA

Llora en mi corazón  
como llueve en la  
ciudad.

Verlaine.

### I

*En las húmedas tardes invernales  
cuando todo de sombras se reviste  
y la vieja canción doliente y triste  
de la lluvia, salmodia en mis cristales.*

*Cuando arrastra las hojas espectrales  
la corriente letal de lo que existe  
y el gris sayal que el universo viste  
agobia los anémicos rosales.*

*Un presagio de ausencia me retiene  
junto al balcón, donde ninguno viene  
a darle un eco al apagado son.*

*Y mientras canta en mi ventana fría  
la lluvia pertinaz, el alma mía  
repite allá en su fondo la canción...*

## II

*Brumas y nieblas en mi sér acopio.  
Y en esta mansedumbre que me embarga  
siento pesar, abrumadora carga,  
las tardes grises como sueños de opio.*

*El goce humilde del martirio propio  
las horas muertas del pasado alarga.  
Cuántas caídas de mi vida amarga  
que en el espejo del recuerdo copio.*

*Color de plomo el horizonte tizna.  
Llora en la calle la tenaz llovizna  
como si fuera un lagrimeo eterno.*

*Y tiritando en el glacial ambiente,  
compenetrado de humedad se siente  
también mi corazón en pleno invierno...*

### III

*Alma, ¿qué hiciste de tus sueños? Sólo  
un fuego fatuo, un espejismo fueron.  
Auroras tristes que al nacer murieron  
sobre la negra soledad del polo.*

*La historia de Francesca y de Paolo  
con tu idilio sin sombras repitieron.  
Cuando buscaste un nido azul, pusieron  
un hospedaje de neblina y dolo.*

*Tardes quizás en que la luz deshoja  
su íntima luz. El aguacero moja  
la oscuridad que mi dolor me trae.*

*Canta la lluvia su canción. Y en tanto,  
sobre el abierto corazón el llanto  
como otra lluvia temblorosa cae. . .*

1920

199

## LA CUERDA ROTA

*Pobre muñequita. Se rompió tu cuerda  
y en tu caja rosa silenciosa estás.  
No mueves los ojos. No ríes. No dices:*

*Papá... Mamá.  
Un niño travieso te tomó ayer tarde  
y tu mecanismo quiso desarmar.  
Te arrancó el cabello; desgarró tu traje  
y quebró tu pecho que era de cristal.*

*Manos de los niños son manos alevés  
que con las muñecas no saben jugar.  
Manos de los niños lo destrozan todo*

*con facilidad.  
Manos de los niños avientan las rosas  
con burla, con risa, con gesto trivial...*

*Frágiles muñecas.  
que en la vida vais  
y tenéis el pecho  
como de cristal,*

*pobres de vosotras si un niño travieso  
os mira y os toma; os deja y se va.  
Donde sólo queda la caja vacía  
se acumula el polvo de la soledad.  
Seca la sonrisa, mudos los suspiros,  
las muñecas rotas no florecerán...*

*Y el eco perdido siempre repitiendo:*

*Papá... Mamá.*

1920.

## AQUELLA MAÑANA...

*Silenciosamente  
pasé por tu puerta,  
el ojo impaciente  
y el oído alerta.  
La casa de enfrente  
sus puertas me abría...  
Sombra en tu ventana  
donde el sol reía.  
Tembló la mañana  
fría, fría, fría,  
en otra ventana  
que no era la mía.*

*Senti que una ola  
salaba mi pecho,  
ausente la aureola  
de amor en tu pecho.  
La calle tan sola  
y el nido deshecho...  
Pero en la otra casa  
alguien repetía:*

*pasa, pasa, pasa,  
que aquí luce el día.  
La voz de una casa  
que no era la mía.*

*Dolor de la cruda  
verdad. ¿Qué se siente  
si muerde la duda  
como una serpiente?  
Por mí, no era muda  
la casa de enfrente;  
por mí, en sus balcones  
la luz se encendía.  
Canciones, canciones  
que el alma no oía,  
porque en los balcones  
la luz no era mía. . .*

*Aquella mañana  
la angustia que reza  
sobre tu ventana  
vertió mi tristeza.  
Vana, vana, vana  
prisión de belleza. . .  
Y cuando una rosa  
sin sol, se moría,  
la casa piadosa  
sus puertas me abría.  
¿Buscar otra rosa  
que no era la mía?*

.....

*Vi una mariposa  
fría, fría, fría,  
posarse en la rosa  
que ya no era mía. . .*

1921.

## CREPUSCULO

### I

*Estoy cerca de ti, como el deseo  
sumiso y fiel. En silenciosa ronda  
los pájaros del mal entre la fronda  
acechan. No hay un trino ni un gorjeo.*

*Impenetrable en tu mudex te veo.  
Suelta en el aire la invisible sonda,  
en tu pupila misteriosa y honda  
en vano busco lo que hallar no creo.*

*Busco tu sér inmaterial, la suave  
claridad de tu espíritu. ¿Una clave  
que está quizás muy alta o muy adentro?*

*Busco tu sed con la ansiedad del río  
que ha secado su cauce en el vacío.  
A ti te busco. Pero no te encuentro...*

## II

*Así te hablé bajo la luz. Creía  
que tu mudex era un cantar gozoso.  
Mas tú mirabas el azul borroso  
sin escucharme. Indiferente, fría.*

*Un asombro de nubes se diluía  
sobre el mustio jardín. Y en el acoso,  
tu cuerpo de cristal con el umbroso  
ropaje de la tarde se envolvía.*

*Los pájaros del mal, porque te vieron  
callar, del parque alucinado huyeron.  
Y nadie supo lo que tú sentiste...*

*El viento flojo se aguzó en mi mano  
como un puñal. Pero el azul lejano  
vistió en tus ojos una sombra triste...*

### III

*Tal vez no supe comprenderte. Acaso  
fue, la agonía de la tarde, intensa  
tu angustia de esperar cuando, suspensa,  
mirabas la penumbra del ocaso.*

*Tal vez tu corazón, pequeño vaso  
donde un rocío de alba se condensa,  
con un temblor de cauce sin defensa  
sintió la misma sed de mi fracaso.*

*Tal vez. Quien sabe . . . Irremediablemente  
huyó el amor. Pero jamás ausente  
podré vivir de tu caricia pura.*

*Y espero hallar, mientras tu imagen guarde,  
tal vez mañana como aquella tarde,  
mi sombra fiel en tu retina oscura.*

1921.

## ROSAS DE SANGRE

*Cinco balines tenía  
la escopeta de mi padre  
para cazar venaditos  
que descendían al valle.*

*A cambio de la escopeta  
—le dije al viejo una tarde—  
te doy, como rosas rojas,  
cinco gotas de mi sangre.*

*—¿Qué tonterías, muchacho,  
de la cabeza te salen?  
Yo saqué mi cortaplumas  
y hundí su filo en mi carne.*

*Saltaron cinco chorrillos  
que enrojecieron el aire.  
Un gorrión detuvo el vuelo  
para teñir su plumaje. . .*

*La escopeta maldecida  
arrojó al suelo mi padre.  
—Dios te bendiga, hijo mío,  
que tu lección me complace.*

*Y lavó mi cortadura  
con la humedad de los árboles  
mientras moría en sus ojos  
la medialuz de la tarde.*

\* \* \*

*Donde rodó la escopeta,  
donde cayera mi sangre,  
al venir mayo florido  
brotaron cinco rosales.*

*¡Qué feliz corre mi vida  
frente a los viejos volcanes;  
cuánta paz hay en el monte  
y qué risueño es mi valle!*

*En vez de los venaditos,  
hoy corren venados grandes...*

1921.

## PROFESION DE FE

(Al poeta-filósofo que  
me da consejos).

*Oh poeta que ignoras la infinita dulzura  
de sentir la caricia de unos labios de miel,  
que desdeñas los goces de la excelsa locura  
por seguir el camino que conduce a la altura  
donde mueren las rosas y florece el laurel.*

*Oh poeta que cantas, filosófico y hondo,  
a las cosas eternas del vacío y del mal;  
en tu cráneo abuecado como un vaso redondo,  
al hervir las ideas va quedando en el fondo  
condensado el residuo de un oscuro ideal.*

*Tú persigues, neurótico, la visión de lo bello,  
mas no sueñas despierto ni te embriagas de azul  
tú no quieres del cisne la tortura del cuello,  
ni robar a los astros su lejano destello,  
ni envolverte entre nubes como en gasas de tul.*

*Tú no sientes el beso de las noches umbrosas;  
tú no evocas la sombra de una muerta ilusión.  
El arcano investigas de las cunas y fosas,  
si en tu verso simbólico profundizas las cosas,  
algo tierno te falta que poner: corazón.*

*Las alturas te atraen y te atrae el abismo.  
En las páginas grises del silencio al leer,  
de las rocas pretendes conocer el mutismo  
y al palpar el misterio de la vida en ti mismo,  
a la Esfinge interrogas sobre el Sér y el No Sér.*

*¿Por qué buscas el alma que se angustia y que reza  
donde sólo espejismo tu neurosis verá?  
Ama la obra más alta de la naturaleza,  
que el artista que busca la soñada belleza  
en estéticas formas de mujer la hallará. . .*

*El porqué de la Vida no investigues, poeta.  
No te importe ser hijo del placer o el dolor.  
Sé optimista en tus cantos —soñador y profeta—  
que la vida no es una cristalina faceta:  
tiene lados de sombra, de grandeza y de amor.*

*Si tú pruebas, filósofo, la sedante dulzura,  
el nirvana que encierran unos labios de miel,  
si te embriagas con vino de la excelsa locura,  
dejarás el camino que conduce a la altura  
y amarás a las rosas más que al verde laurel. . .*

1921

## EL AGUA MIA

*Este agua, agua mia, que tiene un sabor  
de tierra y de luna, viene de un remanso  
oculto en el bosque del mal. ¡Que el amor  
te libre del agua del poeta manso!*

*Puede ser un filtro, o tal vez licor  
que enloquece el sueño. Líquido en descanso  
guarda intacto el áspid que le da vigor.  
¡No bebas el agua del poeta manso!*

*Garras tiene el tigre, garras, y por eso  
va y viene seguro. La paloma, hiel.  
Y el amor taimado, ¿no es cárcel y beso?*

*Por estas lecciones que me dio Luzbel,  
le grito a tus rosas que me tienen preso:  
¡Con el agua mia riego tu vergel!*

1921

211

NO LEIMOS MAS. . .

*Ella era de otro. Pero yo sabía  
que era su vida como un alba quieta,  
sin luz. Y que los versos del poeta  
la despertaban como el nuevo día.*

*Una tarde en que, a solas, le leía  
mis últimas estrofas, la secreta  
canción puso en sus ojos de violeta  
un sortilegio de melancolía.*

*Cayó la sombra en el jardín. ¿Qué nudo  
apretó mi garganta, que no pudo  
decir: su beso no tendré jamás?*

*Su beso ausente. . . Pero el sueño ido  
tembló en las almas; encendió un latido. . .  
Y aquella tarde no leímos más.*

1921

## PIEDRA

*Y la voz de la Esfinge silenciosa  
como trueno apagado en el vacío,  
me reveló el secreto del bastío  
y el alma que palpita en cada cosa.*

*Y supe de la cuna y de la fosa,  
del hielo con calor y el fuego frío.  
Y vi cuajarse el sentimiento mío  
en la estrella, en la carne y en la rosa.*

*¿Qué debo ser —le pregunté al enigma—  
para lavarme del humano estigma  
y asirme a la verdad como una yedra?*

*Y en el desierto sin umbral, que finge  
la vasta sombra del pavor, la Esfinge  
vuelta a la luz, me respondió: Sé piedra.*

1921

213

## AUSENCIA

*El día estaba con ella.  
La noche estaba conmigo.  
Franca, alegre, dulce, clara  
como el aire. Yo, sombrío,  
taciturno, caviloso  
como el bosque. Los hilos  
nos ataban sin atarnos.  
Ella el canto. Yo el mutismo.  
La distancia se acentuaba.  
Y era tan corto el camino. . .  
Andábamos en las horas  
como dos sueños perdidos.  
Tocábamos nuestros mundos  
tan gemelos, tan distintos.  
El de ella, campo de rosas;  
el mío, cerco de espinos.  
Los pensamientos muy juntos  
se alejaban. . . Con el frío,  
yo pensaba en los espacios  
y ella en el sol. Nos fundíamos  
en un metal de silencios  
casi duros; casi huidos. . .*

*Tal vez las manos ausentes  
se buscaban sin decirlo.  
Olor de gajos maduros  
y de tempranos racimos;  
pero los surcos rosados  
eran de ella, no eran míos.  
La siembra de una esperanza  
estaba llamando a gritos  
en la mudéz de los árboles  
ya resecos. Ella el trino  
y yo la rama; ella el viento  
y yo la nube. Sentíamos  
la brújula dislocada  
de los pájaros cautivos.  
Sentíamos que en el véspero  
apuntaban dos caminos.  
El de ella rumbo a la aurora  
y rumbo a la noche el mío.*

*Un día solté las velas  
del barco azul. —¿Espejismo,  
o viaje inútil? —La playa  
oyó lo que nos dijimos,  
lo que las voces no pueden  
repetir para no herirnos.  
El mar, las velas, el barco  
y el horizonte partido  
por el sol. Lloró la tarde. . .  
Ella la arena; yo el río.  
Sobre las rosas lejanas  
cayó un perfume marchito.  
La luz que ardía en sus ojos  
vertió en mis ojos el brillo  
de los sueños que se apagan. . .  
Ella el goce. Yo el martirio.  
El amor se quedó en tierra  
y el dolor se fue conmigo.*

1922

215

## SOMBRA

*Sombra, no vengas a llenar de sombra  
mi claridad. En la temprana puerta  
alguien me espera con la mano abierta.  
No me conoce. Pero a mí me nombra.*

*Cuando una voz que mi camino esombra  
adormece mi vida o la despierta,  
quiero seguir. Pero la voz de alerta  
al ver que retrocedo, no se asombra.*

*Odio lo negro. Y el dolor es negro.  
Sólo al sentir la claridad me alegro  
y tengo miedo al nocturnal capuz.*

*Amo lo blanco. Y el amor es blanco.  
Mi alba es la luz que a la materia arranco.  
Sombra, no vengas a cubrir mi luz.*

1922.

## VIEJAS FRAGANCIAS

*Me encantan de Madrid las calles viejas.  
Los callejones retorcidos, donde  
parece que el espíritu se esconde  
de olvidadas historias y consejas.*

*Evoco aquellas mustias candilejas,  
la joven dama y el galán vizconde.  
Y el suspiro amoroso que responde  
de un bandolín a las nocturnas quejas.*

*Yo quisiera haber sido algún don Diego;  
ir por un largo callejón. Y luego  
sacar de pronto a relucir la espada;*

*el gesto airado, el ademán muy mío.  
Y matar a un rival en desafío  
al pie de los balcones de mi amada. . .*

1923

217

## MARTES DE CARNAVAL

*En estas noches tan heladas,  
cuando las gentes abrigadas  
con la chalina y el gabán,  
a los salones elegantes  
donde se exige frac y guantes,  
a divertirse alegres van.*

*Hoy que, en la calle, su grotesca  
bufa ficción carnavalesca  
celebra cínico Arlequin,  
y en que de cena anda a la husma,  
entre el aplauso de la chusma,  
montado Sancho en un rocín.*

*Rien y pasan las comparsas  
que representan viejas farsas  
de un antiquísimo ritual;  
y es una pobre fiesta estulta  
que en estos tiempos no resulta  
porque la vida . . . es carnaval.*

*Pero, no obstante, se divierten  
los papanatas que no advierten  
la sinrazón y la idiotez  
de ir en la espesa muchedumbre,  
cuando hasta en casa ya es costumbre  
ir disfrazado . . . de honradez.*

*Y van pasando los carruajes  
donde las máscaras sus trajes  
lucen con loca vanidad.  
Hablan las lenguas parlanchinas  
y los Pierrots y Colombinas  
llenan de risas la ciudad.*

*Va una marquesa en su automóvil.  
Y un joven duque de alma móvil,  
que es atrevido y es galán,  
sorbe las mieles de su boca  
mientras, con mano aleve, toca  
un corazón como un volcán . . .*

*Va la chiquilla del estanco  
con su disfraz azul y blanco  
acompañada de un doncel.  
Se cogen ambos por el talle,  
hacen cabriolas en la calle  
y ríe ella y ríe él.*

*Va la cocota y la obrerita.  
La una canta, la otra grita.  
Todo se funde en un clamor:  
el cascabel, la pandereta  
y la guitarra y la trompeta  
y la locura . . . y el dolor.*

*Don Trotamundos que no pierde  
su facultad de viejo verde,  
anda que te anda al buen tuntún,  
reparte risas y piropos  
aunque la nieve con sus copos  
hiele su máscara de atún . . .*

*Así, en la calle, su grotesca  
bufa ficción carnavalesca  
celebra, cínico, Arlequín.  
Y de las dulces cuchipandas,  
harto de vinos y de viandas,  
regresa Sancho en su rocín . . .*

1923.

## FLIRTEANDO

*Muchachita de bucles oxigenados  
que vas todas las tardes a "Molinero".  
Cómo tus ojos negros, vivos, rasgados  
brillan bajo las rosas de tu sombrero.*

*Por tu cuerpo menudo de figulina,  
por tu alegre carita redonda y llena,  
pienso que te escapaste de la vitrina  
de un bazar de juguetes, en Noche-Buena.*

*Picaruela graciosa del traje verde,  
de boquita pintada, de uñas de rosa,  
tu mirada es un áspid que cuando muerde,  
femenina y astuta, muerde alevosa...*

*Yo me río al mirarte, porque comprendo  
que si con tus sonrisas a otros engañas,  
contra mí nada vale que estés fingiendo,  
contra mí que sospecho todas tus mañas.*

*Veo bien tus maniobras desde mi mesa  
y, de tus coqueteos siendo testigo,  
aparento a tus ojos que me interesa  
ese flirt inocente que haces conmigo.*

*Pero es sólo por burla. Que no me halaga  
el sabor de tu boca menuda y linda;  
porque el beso no es beso cuando se paga  
y el amor vale poco cuando se brinda.*

*Has llegado muy tarde... Si yo tuviera  
la ilusión ardorosa de los veinte años,  
aún sabiendo como eres, tal vez cayera  
prisionero en las redes de tus engaños.*

*Guarda para los otros las seducciones  
de mujer que los labios al aire tiende.  
Han ardidado en tu fuego cien corazones,  
pero el mío tan fácil ya no se enciende...*

*Cierra tus ojos negros, vivos, rasgados,  
que de ti solamente burlarme quiero.  
Muchachita de bucles oxigenados  
que vas todas las tardes a "Molinero".*

1923.

## PRIMERAS NIEVES

### I

*Ha nevado en la noche. Y se diría  
que fue la misma nieve atormentada  
puñal para la sombra que dormía  
en los viejos portales refugiada.*

*Despierta la ciudad. En las aceras  
donde forma la nieve húmedos marcos,  
caminan los transeuntes en hileras  
y van saltando congelados charcos.*

*Parece que la angustia de un deshielo  
pesa sobre Madrid. Da el ritornelo  
de la lluvia a los sueños un mentís.*

*Y bajo el frío y la humedad, se piensa  
que la música de oro está suspensa  
o que es como una sinfonía en gris...*

## II

*Aquí, tras el cristal de mi ventana,  
solitario, de pie, contemplativo,  
veo el trajín de la colmena humana.  
Y acaso sin quererlo, hallo motivo*

*para un delirio blanco . . . ¿Es el eterno  
color que tiñe el alma de las cosas?  
¿El ansia de soñar hasta en invierno  
con la caricia ausente de las rosas?*

*No sé. Pero en la calle un El y una Ella  
van repitiendo mi canción. Su huella  
mis ojos siguen indolentemente . . .*

*El cielo opaco sin cesar diluvia.  
Y, para resguardarse de la lluvia,  
los miro entrar en el portal de enfrente.*

### III

*Son jóvenes los dos. Mientras deslie  
su llanto la ciudad, en el dintel  
del portalón acogedor, sonríe  
el alba de ella con el alba de él...*

*Y es dulce meditar: Para ellos nada  
importa el tiempo nebuloso y crudo.  
Nunca siente el rigor de la nevada  
el corazón, cuando no está desnudo.*

*Buena la oscuridad y alegre el ruego  
del beso que del frío salta al fuego...  
cae nieve tenaz que, mientras tanto,*

*ellos, dentro del viejo portalón,  
sentirán que su propio corazón  
los arrebujá como un suave manto.*

## IV

*Y la nieve obediente, cae, cae . . .  
Y el cuadro que a mis ojos se presenta  
a mi memoria vagamente trae  
un ocaso de luz. Alma sedienta*

*de idilicas pasiones fue la mía.  
Cantar de los cantares . . . ¿Y las flores  
que, al amparo del sol, cortaba un día?  
¡Oh sed de aquel amor de mis amores!*

*Cuán rápida pasó, mas qué cercana  
siento la aurora de mi ayer. Temprana  
canción que vive y que perdió su nombre.*

*Canción de soledad . . . Hombre y poeta,  
cuando en la vida se me abrió una grieta  
yo la vencí como poeta y hombre.*

## V

*Mi patria, allá tan lejos . . . Imagino  
verla como una ensoñación quimérica.  
Mi patria, una aleluya que el destino  
cantó en el vasto corazón de América.*

*Aquella tierra donde siempre verde  
el campo está. Donde el erguido monte  
es como una muralla que se pierde  
tras del azul confín del horizonte.*

*Mi patria, tan pequeña como hermosa;  
la que una tarde tibia y olorosa  
abandoné para surcar el mar . . .*

*¿En qué desconocida primavera  
atraca mi nave a su ribera  
y el peregrino volverá a su hogar?*

## VI

*La nieve ha interrumpido su caída.  
Es una tregua. Desde mi ventana  
veo la calle larga y retorcida.  
El viento trae el son de una campana . . .*

*Un tranvía que pasa. Alguien que sube  
sin mirar. Ya abandona la pareja  
el portalón . . . Hay un temblor de nube  
como un adiós cercano que se aleja.*

*Nieve en Madrid. Tras los cristales miro  
un El y una Ella que se van . . . Suspiro  
y evoco el cielo azul de mi país.*

*¡Si yo pudiera revivir lo muerto  
y hacer soñar al corazón despierto  
otra ilusión, bajo el ambiente gris!*

1923.

## ALTAR DE AYER

*Con rosas mustias del recuerdo exorno  
mi altar de ayer. Y me resulta extraño  
que aquellas rosas del rosal de antaño  
parezcan hoy tan deslucido adorno.*

*De mi vencida juventud, en torno  
yo las fui deshojando año tras año.  
Y su perfume dulcemente huraño  
se ha ido en la caricia sin retorno.*

*Rosal que se cansó. Todo lo pierdo  
en esta vía oscura. Amor. . . recuerdo.  
¿Dónde el aroma que mi vida ensalma?*

*¿Dónde el altar de ayer? ¿Dónde las rosas?  
Si tienen fin las materiales cosas,  
yo las quisiera convertir en alma. . .*

1923.

## DOS SOMBRAS

*Sangre de don Quijote llevo en las venas mías.  
¿Soy un contemporáneo de Lope y Garcilaso?  
Amo los arabescos, los jubones de raso  
y las viejas ventanas de espesas celosías.*

*En este siglo veinte de las bellaquerías,  
por mi decadentismo soy un vivo fracaso.  
Pesan sobre mis hombros cuatro siglos de atraso  
y siento, como propias, las glorias de otros días.*

*Eterno enamorado de los nobles rincones,  
amo el Madrid antiguo lleno de tradiciones,  
el de los desafíos y las rondas galantes.*

*Y sueño —¿cuántas veces?— a la luz de la luna,  
sobre el cimientto roto de una torre moruna,  
dialogar con la sombra de mi amigo Cervantes.*

1923.

## EL CIEGO TOCA SU VIOLIN

*Todas las noches en la esquina  
que de mi estancia está vecina,  
un ciego toca su violín.  
La mano seca el arco agarra  
y los sonidos despilfarra  
frente a la luz de un cafetín.*

*Cubre su cuerpo una capota  
tan remendada, sucia y rota  
que no da abrigo ni calor.  
De sus cabellos grises penden  
unos mechones que descienden  
bajo el sombrero sin color.*

*Es un fantasma el pobre ciego  
y es quejumbroso como un ruego  
el son que toca sin cesar.  
No sé por qué, cuando lo escucho,  
con un recuerdo triste lucho  
y me dan ganas de llorar. . .*

*¿Qué voz encierra el instrumento?  
¿Qué afán de olvido es el que siento  
en la amargura de aquel son?  
Cuando la cuerda el arco roza  
parece un alma que solloza  
porque le duele una canción. . .*

## II

*Cae la noche húmeda y fría.  
Pero en la calle hay alegría  
y están colmados los cafés.  
El viento trae, cuando sopla,  
el estribillo de una copla  
de una función de varietés.*

*Y por calmar tal vez el hambre,  
sin que su mano se acalambre,  
el pobre ciego del violín  
toca una dulce sonatina  
donde su pena se adivina,  
frente a la luz del cafetín.*

*Mío es el son, mío es el ruego.  
No me tortures, pobre ciego,  
con tu tardía evocación.  
Cuando la cuerda el arco roza,  
tu caja armónica solloza  
como si fuera un corazón. . .*

1923.

## UN RETRATO

*Es un iconoclasta creyente de sí mismo,  
que adora en sus altares versos y mariposas.  
Y sintiéndose dueño de las albas radiosas,  
serenamente mira el negror del abismo.*

*Es caballero andante. Porque, en su quijotismo,  
ama todas las vidas tristes y dolorosas.  
Y en una mano un látigo y en la otra mano rosas,  
castiga o da su ofrenda, al son de su lirismo.*

*Lleva, con letras de oro, grabado en su estandarte  
su lema de Poeta: "El triunfo por el arte".  
Es águila y paloma. Es cordero y león.*

*Y mientras que camina cantando hacia la cumbre,  
soberbio alza muy alto sobre la muchedumbre,  
como bandera roja, su propio corazón.*

1923.

## MI NOCHEBUENA

### I

*Esta es la noche, Noche-Buena. . .  
Y yo estoy solo y triste aquí.  
Allá en mi casa tendrán cena  
como otros años igual vi.*

*Alegremente mis hermanos  
hablarán todos a la vez  
y evocarán tiempos lejanos.  
Era tan dulce la niñez. . .*

*Sólo mi madre, con tristeza,  
en el ausente pensará.  
Y una visión en su cabeza,  
como una sombra, pasará.*

*El hijo errante que ella adora,  
del ancho mar tras el confín,  
¿qué estará haciendo en esta hora?  
¿hallado el triunfo habrá por fin?*

*El que, de casa, fuese un día;  
porque, tañendo su laúd,  
sintió que dentro de él había  
una ambición, una inquietud.*

*Y de la brisa tras la huella  
tomó el bastón de peregrino.  
Iluso fue tras de una estrella  
que vio brillar en su camino. . .*

*Oh soñación dulce y quimérica  
que ahora me haces suspirar.  
Lejos me encuentro de mi América  
donde la vida era un cantar.*

## II

*Por mi amargura que está abierta;  
entra el rumor de la ciudad.  
Pasa la gente por mi puerta  
y crece más mi soledad.*

*Hay en la calle una alegría. . .  
Risas que estallan como bombas.  
Una infernal chiquillería  
que suena pitos y zambombas.*

*Es la locura. . . ¿Todo el mundo  
quiere arrojar su oculta pena  
como un esclavo que, iracundo,  
al fin rompiera su cadena?*

*Yo sigo a solas en mi estancia.  
Y junto todos los dispersos  
recuerdos llenos de fragancia  
para formar un haz de versos.*

*Madrid ahora se divierte.  
Quiero imitarle; es lo mejor.  
Pero no puedo. . . Que mi suerte  
hoy me ha robado el buen humor.*

*Esta es la noche, Noche-Buena.  
Cuando en Belén Jesús nació.  
Allá en mi casa tendrán cena. . .  
¡Si el pensamiento fuera yo!*

1923.

## LA VOZ DEL SUPERHOMBRE

*Desde su torre de marfil, sintiendo  
dolor de vida y muerte de esperanza,  
dialoga con su voz el superhombre  
y encrespa la melena de sus ansias.  
¿Quién recoge en los pliegues del espíritu,  
sin responder, la admonición Nietzscheana?*

*... "En vano a solas con mi misma sombra  
cierro los ojos para no ver nada;  
siempre a mi oído, crepitando, llega  
el ronco hervir de la colmena vacua.  
Y grito al vulgo del tambor: ¡Silencio,  
turba profana!  
¡Silencio, coro de Arlequines tristes  
que de la risa soportáis la carga  
y, en un desfile de horas y de siglos,  
agitáis banderines y sonajas!  
¡Silencio, histriones de la lengua de oro  
que osáis con el tambor de la algazara  
tundir la hermosa voz del pensamiento*

*y tornar en bullicio la palabra!  
Dejad que un solitario de la vida  
dialogue altivamente con el alba...*

*Y la turba de bobos me sonríe  
o responde a mi voz con carcajadas,  
mientras yo, con los puños contraídos,  
les lanzo mis verdades a la cara.  
Comediantes oscuros de la feria;  
Polichinelas de la mascarada,  
os quisiera estrujar los corazones  
donde una humilde claridad se estanca  
y arrojar a los vientos la ceniza  
del esqueleto que en la carne danza...*

*Odio a la humanidad, porque es tan sólo  
una mezcla de virus y de lágrimas;  
banquete de los débiles, en donde  
es una incubación lo que se palpa.  
No hay una luz sobre la hez redonda  
que hasta mi torre baja.  
Todo lo que es humano es pesadumbre  
y en la carroña del dolor no hay nada  
que sea como un signo entre la niebla.  
El hombre causa horror si está sin máscara...*

*¿Y esta tragedia es vida?  
¿Porque sólo hay acémilas de carga  
y bestiarios audaces que golpean  
las curvadas espaldas  
de los siervos sin boca que se inclinan  
y recogen del polvo las migajas?  
Bestiarios y camellos  
que forman una negra caravana;  
víctimas y verdugos que caminan  
y no salen del círculo; comparsa*

*en la noche del tiempo y que, sin rumbo,  
busca el rumbo perdido. . . Tal la raza  
que puebla la llanura sin contorno  
donde mi torre de marfil se alza.*

*Yo soy un elegido  
que abandoné mi condición de larva  
y empapado en esencia del espíritu  
sostengo con mis manos una lámpara.  
Doy y recibo luz. El que a mí venga  
y me entregue su lacra  
para hacerla fundir en mis crisoles,  
yo se la volveré pura y sin mancha.  
El que quiera abreviar en la corriente  
límpida de mis aguas,  
calmará sus ardores de llanura  
y tendrá sed de abismos y montañas. . .*

*Mas no intentéis la prueba  
porque siendo tortugas y no águilas,  
no podréis ascender hasta mi cumbre.  
Mi torre de marfil está muy alta.  
Dejadme en mi retiro  
soñando con la aurora de un mañana;  
lejos de mi vuestra fanfarria inútil  
que fatiga los pies. A mí me basta  
la noble compañía del silencio  
para que goce, satisfecha, el alma,  
y escrutar con los ojos que no miran  
el hondo azul de las alturas diáfanas.*

*¿Y las visiones líbricas?  
¿Y las creencias cándidas  
que enseñan a postrarse de rodillas  
ante una estrella que jamás se alcanza?  
La estrella es sólo un símbolo. . .*

*Yo soy mi religión, mi templo y ara;  
oficio ante el altar del pensamiento  
y convierto la idea en hostia santa.  
Apóstol de mi propia rebeldía,  
grito a los que no ven: ¡No hay esperanza!  
Los pájaros que vuelan en la sombra  
no saben del color de la distancia...*

*Orates de la vida,  
escuchad mis palabras:  
Yo albergo en mi cerebro el infinito  
porque soy, en el cosmos, Todo y Nada.  
Para sentirme luminoso y puro  
no pretendo estar hecho a semejanza  
de un Sér impar. Apenas  
me basta con un saber que soy sustancia  
de algo imperecedero y misterioso  
que es esencia de soles y de almas.*

*Humanidad, no fío  
en tus glorias efímeras y vanas;  
repudio la ardentia de tus sueños  
donde los grillos del dolor se fraguan.  
Eres la misma, humanidad, la misma  
que ayer en una bestia te encarnabas,  
pues con el germen del eterno simio  
engendras las criaturas de tu casta.  
¿Y dices que te elevas? Ironía...  
Nadie se eleva si la luz le falta.  
Y tú, bajo el agobio de la niebla,  
apenas puedes caminar a rastras.*

*No; tu subida es material. Y todo  
lo que es materia es una lumbre pálida.  
Podrás un día levantar el vuelo  
cuando, en vez de materia, seas alma.*

*Atrás con tus mentiras,  
con tu falso pudor de cortesana.  
No creo en tu virtud. Eres la hembra  
que da su sueño a quien mejor lo paga.  
Tu dorado esplendor es el ropaje  
con que se cubren tus internas lacras.  
Conozco tus miserias escondidas . . .  
Pero el olor de beatitud que exhalas  
hasta mi torre de marfil no llega.  
Mi torre de marfil está muy alta . . .*

*¿Ir tras la gloria? ¿Y para qué la gloria?  
La gloria es una charca.  
La gloria verdadera no ha existido  
ni ha de existir en la caverna humana.  
La gloria es una luz inextinguible  
y no la pobre llama  
que sirve de candil en un sepulcro  
para el necio que quiso aprisionarla.  
Aprende, iluso, a desdeñar la gloria  
si quieres que te brinde de mis aguas.*

*No recojo el aplauso de la turba  
que, al son de las monedas, bate palmas;  
me embriago con el triunfo silencioso  
que gesta en mis entrañas.  
Farsantes de la gloria, os estoy viendo  
bullir como murciélagos sin alas  
ansiosos de subir por las paredes  
y atisbar de mi torre las ventanas.  
Pero no llegaréis . . . Para arrojaros  
a vuestra sima de pavor, me basta  
con dar mi sombra a las pupilas ciegas  
y herirlas con el brillo de mi lámpara.*

*Callad las voces... Y dejad que el sueño  
Cierre mis ojos para no ver nada.  
Pasad sin deteneros, oh bestiarios.  
Pasad, tristes camellos, con la carga.  
Pasad... mientras suspira el superhombre  
de pie sobre su torre solitaria”.*

\* \* \*

*El grito va rodando. Y se repite  
en el tinglado de la eterna fábula...*

1923.

## UN SOÑADOR

*Rabbi, dijo a Jesús de Galilea  
un soñador de cabellera oscura,  
dame el excelso don de la locura  
para que libre de soñar me vea.*

*Soy un atormentado de la idea  
y, con los ojos fijos en la altura,  
siento que me extravía y me tortura  
el sueño, con sus gritos, la ralea.*

*Hazme loco, Señor. Porque soy bueno  
me acosan los demás. El Nazareno  
bajó la frente, y su encendida mano*

*al torturado soñador bendijo.  
Luego miróle tristemente y dijo  
con voz apenas perceptible: Hermano...*

1924.

YA HIEDE...

*Señor, toma la lira que me diste;  
de nada sirve mi canción. Que apenas  
mi canto es sólo una elegía triste  
perdida entre los gritos de las bienas.*

*La anunciación que perseguí, no existe.  
Tengo mis horas de cansancio llenas.  
Y como el alma su dolor resiste,  
me duele hasta la sangre de las venas.*

*Dudo de todo, hasta de Ti. Me acosa  
la pesadumbre de cavar mi fosa  
donde dormir la carne azul no puede.*

*Señor, si ha muerto el corazón lejano,  
pon en el mío tu divina mano.  
Y Jesucristo respondió: Ya hiede...*

1924.

## *¿PARA QUE?*

*Soñar. Pensar. Sentir. . . Mirarlo todo  
al revés que la sabia muchedumbre.  
Palpar con el espíritu un vislumbre  
de idealidad hasta en el mismo lodo.*

*Descubrir el más íntimo recodo  
de la vida. Y tener la certidumbre  
que, subiendo del llano hasta la cumbre,  
de llegar al misterio no habrá modo.*

*¿Tiempo perdido? ¿Desgarrada lucha?  
La voz que nos advierte no se escucha,  
porque lo que es mentira es lo más cierto.*

*Si es inútil bregar con el destino;  
¿para qué avizorar en el camino,  
desde la noche, la señal del puerto?*

1924.

## YA NO SOY . . .

*Ya no soy un hombre sencillo que canta,  
al alba que asoma, la paz del sendero  
y que, sin saberlo, detiene su planta  
por ver si del polvo recoge un lucero.*

*Su secreto amargo me contó la vida.  
Supe —y bien lo supe— que si hay en la flor  
una sola gota de miel escondida,  
la espina que guarda nos hiere mejor. . .*

*Supe que las fuentes que copian el cielo,  
en su fondo ocultan guijarros y lodo;  
que hay entre las aves traición y recelo  
y que la ponzoña del mal está en todo.*

*Por eso aunque ahora flote mi lirismo  
como rama débil sobre mis canciones,  
miro la montaña, mas temo al abismo  
y siento la duda de las tentaciones.*

*Oigo en el camino la voz de las cosas. . .  
¿Vale más acaso ser un inconsciente,  
ir por las orillas repartiendo rosas  
que con reflexiones torturar la mente?*

*Si el fruto es sabroso, morderlo confiado.  
Y si sabe amargo, arrojarlo lejos.  
Sin pensar siquiera por qué está amargado,  
ni estudiar las causas para dar consejos.*

*¿Qué importa que existan peligros ocultos  
si quien los conoce no puede vencerlos?  
El que está en la sombra no mira los bultos  
y, si no los mira, no puede temerlos.*

*Se llegó la tarde y esperaba el día. . .  
¿En qué piedra dura retorcí mis horas?  
¡Quién tuviera siempre la filosofía  
de olvidar ocasos por vivir auroras!*

1924.

## CERRADO EL SOL

*Cerrado el sol. Y el desamparo seca  
mi cansancio. No sabe el peregrino  
si es muda la palabra del destino  
como la esfinge de irrisoria mueca.*

*Busqué en el día una soñada Meca;  
pero la ruta equivocó mi sino.  
La noche larga. Y áspero el camino  
que hila en la sombra una callada rueca.*

*Ya no hay estrella en el confín lejano. . .  
Oh tú —le grito al imposible arcano—  
guía mi huella en este viaje ignoto.*

*Soy, en el mar de la quimera, un nauta.  
Y el vellocino azul del argonauta  
entre mis dedos de metal se ha roto. . .*

1924.

## MAS LEJANA

*Dicen que llegaré. . . Porque el que alienta  
noble tesón y altura en su porfía,  
sobre la arena que la sombra espía,  
se alza. Y un grito iluminado avienta.*

*Quizás. Pero mi angustia en esta lenta  
ascensión de mi grito, ya no es mía.  
¿Y a qué llegar cuando en la boca fría  
sólo un puñado de ceniza sienta?*

*Hasta el dolor se me perdió en la lucha. . .  
No sé si la distancia es poca o mucha,  
si ha de ser hoy o si será mañana.*

*Y en esta fatigosa incertidumbre,  
temo que el grito al enfilarse la cumbre  
la encuentre todavía más lejana. . .*

1924.

## SOY LO QUE SOY

*Mi mundo es irreal. Cumplo mi suerte.  
Y soy uno de tantos tejedores  
que, por ir separando los colores,  
la tela dura del dolor no advierte.*

*Débil acaso, pero acaso fuerte,  
le pido hilos de plata a los albores.  
La luna vio mis claros bastidores  
bordar un traje azul para la muerte.*

*Porque me aparto del telar ajeno  
algunos dicen que soy loco. Bueno.  
¿Tejer o destejer? Todo es lo mismo.*

*Soy lo que soy. Mas lo que nadie sabe  
es que en la luna mi telar no cabe  
y que mi lienzo lo tejió el abismo. . .*

1924.

## FUENTE IMPOSIBLE

*Busco una fuente que mi sed apague,  
clamé sobre las piedras del camino.  
Señor, ¿escrito está que el peregrino  
sediento y triste por el mundo vague?*

*¿Mi inútil caminar quieres que pague?  
Tengo sed, tengo sed. . . Dame tu vino.  
Dame, Señor, de tu licor divino  
que nuble mi razón y no la embriague.*

*En el pavor de mis jornadas largas,  
me dio la soledad gotas amargas.  
Y así la sed que me afligía tanto*

*calmé. Pero ésta que nació en la aurora  
¿cómo podría mitigarla ahora?  
Si ya la noche se bebió mi llanto. . .*

1924.

## MADRECITA MIA

*Madrecita mía que estás tan distante  
y suspiras siempre por el hijo errante,  
madrecita mía de mi corazón,  
hoy que en una noche cerrada me pierdo  
sólo me acompaña tu claro recuerdo.  
Lámpara encendida para mi aflicción.*

*Madrecita mía, yo sin tu cariño  
me siento en la vida débil como un niño  
que salió a la calle y olvidó su hogar.  
Ni una sola rosa perfuma mi senda. . .  
Madrecita mía, no hay quién me comprenda  
ni quién me acompañe si me ve llorar.*

*Dicen que soy malo, dicen que soy bueno,  
dicen lo que dicen. . . Pero cuando peno  
los que no me entienden se echan a reír.  
Harto de desvíos y desilusiones,  
hoy que ya conozco tantos corazones  
quiero ser de piedra para no sentir.*

*Palabras, palabras, llegan a mi oído.  
Pero las palabras son viento, son ruido.  
Con los que no me hablan me entiendo mejor.  
Ya no soy alegre como tú me viste;  
en mis horas largas, tengo el alma triste,  
tengo el sueño pálido. Y dolor, dolor. . .*

*Madrecita mía, madrecita mía,  
ruega por el hijo que perdiste un día  
cuando, en pos de un sueño, se alejó en el mar.  
¿Nunca en tus pupilas se verá el ausente?  
¿Nunca las arrugas de su noble frente,  
madrecita mía, volveré a besar?*

1924.

## UN ALMA VUELA

*Murió el padre guardián. Tocaban a muerto  
las campanas del claustro. Era el anciano  
fraile, que daba con su misma mano  
de comer a los pájaros del huerto.*

*Voló por fin de su prisión liberto.  
Y hoy esperaron su presencia en vano  
los petirrojos, porque ni un hermano  
pisó la arena del jardín desierto.*

*Hasta la fuente de cristal sonora  
su charla alegre ha interrumpido ahora  
y, como en fúnebre oración, se estanca.*

*Alumbra el claustro claridad sombría.  
Y en el ventano de la celda fría  
revolotea una paloma blanca. . .*

1925.

## CANCION ANTIGUA

*Hoy volví a visitar el árbol viejo  
que, erguido en el final de la alameda,  
su temblorosa ramazón enreda  
en la ojiva vitral de un castillejo.*

*Siempre que voy a visitarlo, dejo  
sobre su tronco donde el aire rueda  
un beso alucinado que se queda  
encendiendo el amor, cuando me alejo.*

*El conde Nuño, suspicaz y anciano,  
mi beso oculto sorprendió. Y en vano  
por saber el secreto me importuna.*

*Y es que él no ha visto, en la ventana umbrosa  
que la condesa de la piel de rosa  
besa las ramas al salir la luna...*

1925.

## CUADRO DE ESTIO

*Sor Genoveva de la Cruz, recorre  
el parque conventual. Y de repente  
se detiene a mirar una vertiente  
por donde el agua mansamente corre.*

*Tras del muro se yergue la alta torre  
de un castillo. Y un paje adolescente  
espía a la enclaustrada que, imprudente,  
el blanco velo de su faz descorre.*

*La atmósfera en quietud es como fragua.  
Piensa la monja en el frescor del agua  
y el pie desnudo entre la linfa moja.*

*Madura el sol la torre del castillo.  
Cae un beso en el agua. El piececillo  
ha pecado tal vez... Y se sonroja.*

1925.

## MI ESTRELLA

*Mi estrella brilla con reflejos  
de una pupila sobre el mar.  
Pero mi estrella está muy lejos  
y no la puedo yo alcanzar . . .*

*De la quimera por la escala  
voy a subir ¡Inútil es!  
Quizás consiga a golpes de ala  
tocar su lumbre . . . Mas, después  
¿qué haré con ella?  
Si entre mis manos de mortal  
se romperá frágil mi estrella  
como un delirio de cristal.*

*Es de ilusión la estrella mía.  
Si me apodero de ella un día  
en el azul se apagará.*

*Lo que se toca con la mano,  
lo que se mancha con lo humano,  
huye. Se va...*

*Sólo es brillante lo lejano.*

1925.

## EN POS DEL ALBA

*En pos del alba, sin hacerle caso  
al viento. —¿A contraviento del destino?—.  
Y mientras más cerrado es el camino,  
más lo voy entreabriendo paso a paso.*

*Si me acosa la sed, bebo en mi vaso  
el agua de los sueños, y me obstino  
en seguir adelante. Cada trino  
me libra del augurio de un fracaso.*

*Algo empuja mi voz, algo me alienta  
a caminar. Porque una luz violenta  
que va tras de mis pasos, se aproxima...*

*Y en esta pugna loca con mi suerte,  
sé que al final me entregará la Muerte  
el alba sin color... Sobre la cima.*

1925.

## BORRACHERA

*¿Para qué me la cuentas, si la sé de memoria?  
Te empujó la locura y caíste...  
¿Es ésa tu historia?  
Como todas. Igual. Siempre triste.  
Siempre llena de amor y perjurio.  
Como todas... igual... Pero un día,  
desde el pobre tugurio  
viste luz en la calle... alegría.  
¿Y volaste?  
Mariposa sin sol que tus alas  
en un fuego de carne quemaste.  
Y hoy al polvo resbalas...*

*No me cuentes tu historia  
que la sé de memoria...  
¿Qué me importa lo que eres, si yo sólo te pido  
un momento de charla y una noche de olvido?  
Pero... cuenta tu historia si te place contarla  
mientras bebo mi ajenjo y humea mi pipa.*

*El ajeno, ¿no sabes  
que los sueños disipa  
o los torna más graves?  
Es igual para mí... que me río  
de la vida y la muerte. De todo.  
De la seda, la carne y el lodo...  
¿Por qué tiemblas, mujer? ¿Tienes frío?  
¡Pues bebe!  
Con ajeno y tabaco  
No se siente la voz de la nieve.  
El mejor de los dioses es Baco...*

*Terquedad, tontería  
es llorar recordando el pasado.  
Ya se sabe... Es fugaz la alegría  
como el humo azulado  
de mi pipa... ¿Qué importa el destino  
y que sea buena o mala la suerte?  
Si el final del camino  
es igual para todos. La muerte...  
Te lo digo: eres tonta, muchacha.  
Yo no sé  
si es que ya estás borracha  
o si sólo has bebido... café.*

*¿Con que a ti te engañaron? Pues, chiquilla, tu historia  
es vulgar. Me la sé de memoria...  
¿No te gusta este verde  
tan bonito? Ayer fuiste una oveja  
y hoy loba... ¡Pues muerde!  
Muerde y deja  
de llorar. Que la vida es así...  
Aunque todo es igual para mí.  
Si enseñas los dientes  
a las pulcras personas decentes,  
te dirán que eres linda... Llorar  
es torpeza.*

*Nunca hay que mostrar  
ni bondad, ni dolor, ni tristeza.  
A reír... Con la vida tan breve,  
a reír...  
Esta noche quisiera dormir  
en la calle... tumbado en la nieve.  
Ya casi no humea  
mi pipa. Y el alba  
clareará.  
Si la muerte no fuera tan calva...  
Bueno. Sigue tu historia.  
Una vez yo soñé con la gloria.  
La toqué con mis manos. Y un día...  
¿No es verdad que la gloria es mujer?  
Se llamaba Dolores... ¿María?  
Es igual. Lo de ayer  
por inútil se debe olvidar.  
Yo la quise. ¿Pero ella? Quién sabe...  
Me engañó... Como tú, las mujeres  
son así... Pero deja que acabe  
de contarte mi historia... ¿Me quieres?  
Tienes frío, lo sé, tienes frío  
mi Dolores... ¡Pues bebe, amor mío!*

*Y viene la aurora.  
Y se cierra el oscuro despacho.  
Y se marchan los dos. Ríe ahora  
la mujer. Y suspira el borracho. . .*

## EL RELOJ DE LA LUNA

*Viejo reloj de la luna  
ya no sirves para nada.  
Y sólo una hora, una,  
atrasada  
y olvidada,  
tiene tu esfera marcada.  
—¿De desdicha o de fortuna?—  
Ya no sirves para nada,  
viejo reloj de la luna.*

*¿Se le olvidó al relojero  
darte cuerda? Ya no toca  
tu clara campana loca  
que fue repique y pandero  
y, en el cruce de un sendero,  
junto una boca a la boca  
del trovero.*

*Ya no toca  
tu clara campana loca...*

*Sin péndulo, sin agujas  
te has quedado.  
Reloj de duendes y brujas,  
de hampones y de granujas,  
arañado  
y empolvado,  
la noche te ha arrinconado,  
sin péndulo, sin agujas.*

*Hoy, celebra el aquelarre  
su fiesta de hechicería  
a la plena luz del día.  
Y no barre  
ya tu son la algarabía;  
ni hay cueño que te desgarre  
en la negra misa impía  
que celebra el aquelarre.*

*Hoy, la joven hiladora  
que en la rueca  
burladora  
hila su amor de muñeca,  
no ve impaciente la hora  
en tu triste estera hueca.  
La hiladora  
que desfleca  
su neurosis incolora,  
ya no sabe si tu mueca  
ríe o llora.*

*Viejo reloj de la luna,  
quíbrate, rómpete. ¿Alguna  
nigromancia te ha embrujado?  
¿Para qué sigues colgado  
del clavo que te sujeta  
si ya ni el poeta  
evoca  
tu clara campana loca,  
sorda, muda, rota, quieta?*

*Sólo en la noche callada,  
sin esperanza ninguna  
de fortuna,  
yo atisbo tu campanada;  
mi inútil hora marcada. . .  
¡Viejo reloj de la luna  
que no sirves para nada!*

1926.

## SI YO TUVIERA UN CASCABEL. . .

*Si yo tuviera un cascabel,  
un cascabel de alegre son,  
lo colgaría en mi canción.  
Y con la risa a flor de piel  
me formaría la ilusión  
de que sonaba el cascabel  
dentro del mismo corazón. . .*

*Para alejarme de la vida,  
a cada lágrima perdida,  
a cada injuria, a cada hiel,  
al viento dando mi bravata,  
con son de oro o son de plata  
o son de cobre o son de lata,  
repicaría el cascabel. . .*

*Y si turbara mi locura  
una canción, una ternura  
o una hoja de laurel,  
con claro timbre de alegría*

*—campana al sol— respondería  
la picaresca algarabía  
de mi sonoro cascabel. . .*

*Y esta aleluya simple, acaso  
confortaría mi fracaso  
—salmo de amor, gota de miel—  
cuando en la feria del camino,  
crucificado en mi destino,  
el corazón guardara un trino  
sonando siempre el cascabel. . .*

1926.

## SATIROS DE AYER

*Corazones que manchan la vida  
con el masoquismo de una abierta herida  
que mientras más duele, causa más placer;  
viejos corazones de sangre podrida.  
Sátiros de ayer.*

*Burla y burladores de todos los sueños.  
Pequeños  
siervos de la carne, nunca del amor.  
Con refinamiento de un goce mayor,  
tienden hoy la mano como pedigüenos,  
pidiendo limosna al dolor.*

*No es noble la herida que se va mostrando  
a todo el que pasa. Impúdica es  
la sangre que a gusto se va derramando,  
andando,  
para que la pisen los pies.*

*El dolor, el puro dolor que demacra  
y sublima la vida, no es lacra  
expuesta ante el vulgo. Sólo arde  
en la pira oculta como llama sacra.  
Sin queja, sin grito, sin voz, sin alarde.*

*Sórdidos mendigos del dolor trivial.  
Burla y burladores  
de la miel amarga. Cantores, cantores  
del vino que embriaga la carne brutal.  
Guardad vuestra herida  
que sólo es la angustia de un nuevo placer.  
Sois los impotentes de la mala huida,  
viejos corazones de sangre podrida.  
Sátiros de ayer.*

1926.

POR EL AMOR QUE VA A MORIR

*Hermanos en el sentir.  
Hermanos en el soñar,  
digamos todos un cantar  
por el amor que va a morir.*

*Tú, hermano joven, casi un niño,  
que cuando lloras sólo es por  
un dolor hecho con sabor  
de agua inocente del cariño:*

*canta el primero.  
Y canta tú también hermano  
de la faz noble y un lejano  
mirar de antiguo caballero.*

*Y canta tú que la mujer  
nunca encontraste,  
porque en tu vino deshojaste  
las rosas rojas del placer.*

*Y tú, borracho y viejo hampón,  
hijo bastardo de la luna,  
que de tu vicio hiciste una  
careta para el corazón,*

*canta también. Cantemos todos,  
que en este siglo, suelto el mal  
mató la vid, mató el rosal,  
mató los sueños con sus lodos.*

*Mató el cantar hondo y sutil.  
Y un viento trágico que corre  
va a derribar la última torre  
de marfil.*

*El padre Apolo ha descordado  
su lira inútil, ya sin son,  
y ahora toca el saxofón  
y anda de negro disfrazado. . .*

*Ya no hay ni flauta ni zampona,  
ni alma, ni fe, ni juventud.  
Y es hasta el cielo un ataúd  
donde la luna es la carroña.*

*Hermanos, pocos somos ya;  
pero que sea nuestro ejemplo  
último salmo que en el templo  
alguien oirá.*

*Y mientras llega el turno y llega  
la hora fatal de ya no ser  
más que la sombra de un ayer,  
que se oiga nuestra voz que ruega:*

*Hermanos en el sentir;  
hermanos en el soñar,  
formemos todos un altar  
con cielo, canto, beso y mar,  
para el amor que va a morir. . .*

1927.

## EL NIDO OSCURO

*Pobrecita mía que tarde viniste  
a mi nido oscuro, falto de calor.  
No llovían hojas en el huerto triste,  
ni bajo las ramas cantaba el amor.*

*Pobrecita mía, cascabel de plata,  
trigo malogrado de mi primavera.  
Fue tu risa de oro la última sonata  
del que nada espera.*

*El rosal sin rosas  
olvidó las alas de las mariposas.  
Y todas las fuentes están silenciosas.*

*Bendecida seas,  
porque entre mis nieblas quisiste flotar  
como luz de luna sobre las mareas.  
Bendecida seas. . .  
Y a otro nido claro lleva tu cantar  
para que arropada de ilusión te veas.  
Lo que el nido oscuro no te pudo dar. . .*

1927.

## DIALOGO INUTIL

*¿Sombra de quién? Mi sombra buena  
que me persigues noche y día.  
¿Por qué tu noble compañía  
me da consuelo y me da pena?  
Ojalá fueras copa llena  
de agua de sombra, clara y fría.  
—Copa de sal, el agua mía  
la sed no calma ni serena.  
Sólo el olvido. . .*

*—Lo he buscado  
entre mi sed, y no lo encuentro.*

*—Buscaste fuera y está dentro  
de tu dolor. . .*

*—Vaso sellado.*

*Es mi dolor desamparado  
aguda flecha que en el centro  
del corazón se me ha clavado.  
Siento la fiebre de una herida  
que nunca cesa de sangrar;  
siento la flecha presentida  
que no se puede ya arrancar*

*porque los bordes de la herida  
la aprisionaron al pasar.*

*—Hay un arquero que en la vida  
quiso tu pecho traspasar...*

*—Ave quisiera ser. El ave  
canta y no siente. En cada flor  
con el rocío apagar sabe  
su sed.*

*—Rocío abrasador.*

*No penetraste bien la clave;  
cuando en el nido canta el ave  
puede ser trino o ser dolor.*

*—Es un arrullo...*

*—Mal creíste*

*y en la creencia está tu mal.  
Un alma oculta en todo existe;  
no sólo miel guarda el panal  
ni del color la luz persiste;  
lloran las rosas del rosal  
cuando una pena azul las viste  
y hasta el inquieto manantial  
a veces ríe o está triste...*

*—Sombra, mi sombra, tengo miedo  
de andar y andar. Dame tu mano.  
Temo a la angustia si me quedo  
junto al olvido...*

*—Yo no puedo*

*abrir la puerta del arcano...  
Sigue al amor, aunque el amor  
es ala o hierro que aprisiona.*

*—El mío es ala y es fulgor...*

*—Fuego. Y el fuego no perdona.*

*—¡Es una llama!*

*—Que calcina*

*lo que salvar no pudo el viento...*

*—Como una estrella me ilumina.*

*¡Veo su luz!*

*—Por un momento...*

*—Pesán los sueños en mi espalda*

*y una ilusión vaga sin tino  
por entre nubes de esmeralda.  
—¿Y si la noche vuelve negra  
esa ilusión del desatino?  
¡Ay del incauto que se alegra  
porque una luz vio en su camino!  
—¿Sombra de quién? Sombra que vino  
con rosas tristes en la falda...  
Con este fuego que me escalda,  
¿dónde mis pasos encamino?  
—La luz sin luz quedó a tu espalda...*

*—¡Yo en tu presencia la adivino!*

1927.

## LA ESPERADA

*Yo sé que ha de llegar. Yo la he soñado.  
¿Cuándo será? ¿Y en dónde? Yo he sentido  
su beso leve en el temblor del nido.  
Yo sé que un día la tendré a mi lado.*

*Yo sé que, hora tras hora, la ha esperado  
el corazón en llamas encendido.  
Su voz en fuga alucinó mi oído...  
Yo sé que todavía no ha llegado.*

*Yo sé que al expirar la última rosa,  
sobre su ausencia mi ilusión se posa  
más tímida, más débil, más cobarde...*

*¡Oh loco amor, que aguardas todavía  
si ha de llegar como la luz del día,  
haz que no llegue demasiado tarde!*

1928.

## LEJOS DEL PUERTO

*Sed de buscarla. Y la visión dormida...  
A pleno mar y a cielo descubierto  
dejé la rada del seguro puerto.  
El sol marcaba el rumbo a mi salida.*

*Oh vértigo de luz en la partida.  
Oh rebrincar del corazón despierto.  
Oh buen camino a mi canción abierto,  
ancho y prometedor como la vida.*

*Ancho y prometedor. Pero el alarde  
de ir más allá del viento y de la bruma  
se enredó en las fatigas de la tarde.*

*Lejos del puerto, la visión se esfuma...  
Y hoy se pregunta mi dolor cobarde  
si mi partida fue una sed de espuma.*

1928.

## UNOS OJOS QUE FUERON

*Sí; ya sé que no está rota  
la bombilla y que el cristal  
transparenta el alma pura  
que amó la electricidad;  
que el débil hilo persiste  
tembloroso en espiral;  
que su llama era luz fija,  
inmóvil, sin parpadear;  
que era un alba en el vacío  
y algo más . . .*

*Sí; ya sé que el fuego ausente  
no revela su verdad,  
que en el frío se trasluce  
la presencia del metal.  
Ojos sin lumbre que fueron  
amor, calor, claridad  
y hoy son como dos preguntas  
abiertas a lo espectral.  
Tenían alta corriente  
y algo más . . .*

*Sí; ya sé, mi dulce amiga,  
que cerca y lejos estás,  
que el cansancio de la espera  
provocó la oscuridad.  
Lo sé; pero muy bajito,  
sin llegarte a despertar,  
te digo que no está rota  
la bombilla y que el cristal  
refleja la luz de afuera  
y algo más . . .*

*Tanta viva incandescencia,  
tanto arder, tanto alumbrar  
para que fluya la sombra . . .  
¿Eso es todo, nada más?  
Lo sé; pero yo te digo  
que los sueños no se van,  
que el hilo que se encendía  
no es la única verdad,  
que el claro juego de luces  
intacto en la sombra está.  
Algo más, mi dulce amiga,  
algo más . . .*

*Porque hay un calor que vive  
en el frío del metal  
Porque la llama que el viento  
apagó en la soledad,  
alguien la sigue en la noche  
y alguien la recogerá . . .  
¿De quién reciben los astros  
sin luz, su electricidad?*

*¡Oh pobres ojos que fueron  
y serán!*

1929.

## LA NIÑA QUE NO CRECIO

*Como era tan pequeña, contaban los hermanos:  
Es la mayor, pero no crece. . .*

*Y ella:*

*Tengo trece años, repetía, trece. . .*

*Los pájaros comían en sus manos;  
su paso apenas si dejaba huella.*

*Cuando cogía rosas  
y venía saltando hacia la casa  
defendiéndose de las mariposas  
a pleno sol por la pendiente rasa,  
saltar un solo ramo se veía. . .*

*Como era tan pequeña y tan escasa  
de sombra, ni su sombra la seguía.*

*Llegó a mujer. Le habló la primavera.*

*Ardió su corazón*

*y la envolvió, como una enredadera,  
irresistiblemente la ilusión.*

*Ya era,*

*en el día despierto, una canción. . .*

*Por dentro, toda gracia y hermosura;  
pero, por fuera, igual  
de pequeña. Rebelde la estatura  
no quiso hacer poema el madrigal.  
Y es claro que los hombres se reían. . .  
¿Acaso alguno se atrevió a quererla?  
¡Qué sabían los hombres, qué sabían  
del valor de una perla!*

*Casaron las hermanas. La menor  
tuvo novio también. Por Navidad  
otra boda de rumbo. Amor, amor. . .  
Y en el huerto vacío, soledad.  
Algunas veces el clamor  
de una chiquillería —nuevo enjambre  
de vida— dulcemente la inquietaba.  
Y en el guiñol un saltarín alambre  
de los muñecos gráciles tiraba. . .  
Y fueron y tornaron primaveras. . .  
Ojos que vieron la dorada fuente  
helarse. ¡Cómo el sol entre las eras  
esponjaba afanoso la simiente!  
Los años, en su huida,  
no la vieron secarse. El tiempo hablaba  
sin hablar. Y el asombro de la vida  
sobre un cristal, ya oscuro, resbalaba.*

*Como era tan pequeña. . .*

*Pero una tarde —nadie lo presintió— la leña  
dejó de arder. El pájaro escondido  
se fue quedando mustio, y la risueña  
boca dejó escapar el sueño ido. . .  
Nadie la vio dormirse. Como era tan pequeña.*

*Pequeña fue la caja.  
Y los hermanos  
contaron: la mayor  
ha estrenado este día una mortaja.  
Tenía nieve verde entre las manos...*

\* \* \*

*Alguien que cante su dolor  
verá subir desde la tierra baja,  
cristalizado en el azul color,  
un rosal gigantesco que se cuaja  
de rosas puras del más grande amor...*

1930.

## CUENTO CHINO

*El viento, el último viento  
se rompía en el espacio  
y sus cristales menudos  
nevaban sobre los pájaros;  
en la cresta de los montes  
la luna bailaba un tango  
y el sol, con camisa limpia,  
aplaudía piano, pianno.  
Pero tembló el universo  
y le dio vueltas al cuadro:*

*los ojos de las palomas  
iban teñidas de espanto;  
los perros, en las perreras,  
ahorcábanse con sus rabos;  
la angustia se derretía  
en la boca de los asnos;  
ceniza sobre los bosques;  
las nubes pariendo rayos;  
todos los ríos en huelga;*

*todos los mares parados,  
y en la casa del vecino  
tu sombra y mi sombra. ¡El caos!*

*Dando tumbos en la noche  
yo te colgaba en mis brazos,  
tu carne de ángel en vilo  
olía a menta y a nardos;  
tus ojos se retorcian  
como celestes gusanos;  
el fulgor de tus cabellos  
hipnotizaba mi cráneo;  
arriba, el polvo de estrellas  
y cuernos de luna abajo.  
El mundo que huía loco  
se detuvo a nuestro lado  
con temblor de bestia herida  
y contorsiones de sátiro.  
Mira —te dije— es el mundo  
que por fin ha reventado;  
como una bola sin freno  
irá en el éter rodando,  
lo pueden hacer añicos  
los puntapiés de los astros.  
Salvémosle. Pobre mundo...  
No —dijiste—, destruyámoslo,  
y, como un púgil de circo,  
lo asiste con cuatro manos  
y lo arrojaste a la boca  
desquijarada del diablo.*

*¿Y qué pasó? Me da grima  
recordarte y recordarlo.  
Cien mil demonios con pinchos  
y los pies alpargatados,  
te cogieron lindamente  
como si fueses un rábano  
y dieron fin a tu cuerpo  
entre bocado y bocado...*

*A mí me dieron confites  
y un tambor por el regalo...*

*Entonces, un nuevo día  
despertó en el bosque cárdeno;  
los ojos de las palomas  
tuvieron la paz del asno;  
cobró el aliento del río  
un dulce aroma de plátanos;  
los tigres, muy cortésmente,  
pidieron bicarbonato;  
las ostras daban suspiros;  
los perros se desahorcaron;  
los mares casi lamían  
la suela de mis zapatos,  
y en una jaula de plumas  
un loro gritó: ¡Cacao!*

*Esto que te estoy diciendo,  
no lo vi. Me lo contaron.*

1931.

## LA CAIDA DE LA HOJA

*Arremetí contra el verdugo  
porque tardaba en retorcerme el cuello;  
pero una nube me peinó los ojos  
y el puntapié se me enredó en el viento.*

*150.000 espectadores  
graznaron como cuervos:  
Vaya una birria de espectáculo.  
¡Que nos devuelvan el dinero!*

*El juez sacó la gorda estilográfica  
cargada por el tiempo  
y ametralló mi cara, constelándola  
de luceritos negros.*

*Mi viuda, disfrazada de tranvía,  
hizo rodar los malos pensamientos.  
Frené mi adiós . . . Ella, cambiando el trole,  
cerró los vidrios y bajó el "COMPLETO".*

*(¿Quién saltó del estribo  
y se fue con mi viuda de paseo?)*

*Al hermano verdugo  
hice dos reverencias con los cuernos  
y arrodillé mi boca, suplicándole  
que me diese garrote hasta en el tuétano.*

*Después . . . Ya no sé nada  
del motín que se armó. Sólo recuerdo  
que diez ornitorrincos dislocados  
cargaron con la mugre de mis huesos.*

*(Detrás iba mi sombra  
a cuatro patas sobre el pavimento)*

\* \* \*

*¡Horror! ¡Horror! Y la justicia ¿cuándo  
será justicia y no palo de ciego?  
AVISO AL RESPETABLE PUBLICO:  
Nadie le quite su cachimba al muerto.*

*Que se rompan los códigos.  
Que se cierren los frios parlamentos.  
¡A la cárcel los duros magistrados  
de togas de murciélagos!  
¡Y viva el amor libre! ¡Viva, viva  
el anárquico beso,  
el beso proletario,  
único, prestamista, archiperfecto!  
Lo demás son pamplinas  
y ganas tontas de alquilar el pelo.*

*(¿Me casaré con mi segunda viuda  
al salir del orondo pudridero?)*

*"Se vende en esta noche carne cruda".*

1933.

## EL PARAISO PERDIDO

### CANTO I

*Adán estaba triste. La tristeza del sapo  
contagiaba su espíritu. Cada nube era un trapo.  
Cada son un silencio. La quietud se extendía  
en el cóncavo inmóvil. Y era noche en el día. . .  
Una voz luminosa descendió desde el cielo:  
Te he dado una paloma, un asno y un mochuelo,  
árboles, piedras, ríos. ¿Por qué abates la testa?  
Muévete como el mono danzando en la floresta;  
sonríe con el alba; hiérete en los abrojos  
y en mis aguas eternas baña y limpia tus ojos. . .*

*Y Adán con las pupilas impregnadas de luto,  
hundió sus labios fríos al golpe del minuto.*

*Dios, arrojando estrellas por los ojos divinos,  
hizo girar de prisa los celestes molinos.  
Vaciló el firmamento; bostezaron los astros  
y cruzó por el cosmos una fuga de rastros. . .*

*Como una bestia en celo quedóse Adán dormido.*

*De su boca entreabierta se escapaba un ronquido  
como fuelle de fragua. Y el buen Dios, meditando,  
mil y mil pensamientos fue restando y sumando  
hasta que, en su cerebro, como plástica idea,  
reventó la granada de una gran panacea. . .*

## CANTO II

*Despertó el Primer Hombre de su sueño intranquilo.  
Y brilló su mirada como ardiente pabilo,  
porque tras de una higuera a la luz del sol cruda,  
le guiñaba los ojos una Hembra desnuda. . .  
Tenía las caderas lúcidas y redondas,  
en sus pupilas verdes palpitaban las frondas;  
su vientre nacarado como las rosas tiernas  
descansaba en las fuertes columnas de las piernas  
y en el convado pecho, como dos espolones,  
rompían victoriosos el aire los pezones;  
un ala recogida —de pájaro sin vuelo—  
tatuaba el cuerpo sólido. Y era como un señuelo  
de goces inefables. . .*

*Adán tembló. Sus manos  
cortaron el espacio como alas de milano;  
su carne fue punzada por nerviosas cosquillas.  
Y sintió que se le iban doblando las rodillas. . .*

*De Dios la última obra, la tentadora ofrenda,  
bajo el sol embrujado se le daba estupenda;  
la nariz palpitante, la sonrisa tirana.  
Era golosa y fresca como una manzana. . .  
El Hombre, absorto, mudo, sin avanzar un paso,  
no aspiraba siquiera la esencia de aquel vaso;  
y mientras el deseo le clavaba sus cuñas,  
seguía, como un bobo, royéndose las uñas. . .*

*Siniestra y repentina, asomó la Serpiente  
de escamas del aluminio y ojo fosforescente.  
¿Por qué dudas? ¿Qué aguardas? —le silbó la Maldita  
¿No ves que la hembra fácil al connubio te invita  
con el temblor de espera de sus maduras pomas?  
¿Tu nariz no percibe los sensuales aromas?  
¿Tu carne no se ofusca sintiendo el latigazo  
del amor, que es mordisco y es roce y es abrazo?  
El árbol dio su fruto. . . Si eres criatura humana,  
la Ley está contigo. ¡Cómete la manzana!*

*Dijo y fuese el culebro. Huyeron los querubes.  
Se oscureció el espacio. Se agruparon las nubes.  
Y unidos en la sombra la hembra y el varón,  
la yerba vio el milagro de la pancomuni6n. . .*

### CANTO III

*Después, la voz del Padre tronando en las alturas:  
Adán, ¿por qué te escondes? Pecadoras criaturas,  
¿habéis probado el fruto que os tenía prohibido?  
Y respondió la Hembra: a dátil me ha sabido;  
es dulce. . . pero ardiente. Yo lo he gustado apenas  
y miel, rocío y sangre me corre por las venas. . .  
Y dijo Adán: el fruto es tentador; la cáscara  
cubre la pulpa tierna lo mismo que una máscara;  
mas quien lo come, vive, y un hambre nueva siente.  
¡Bendita, Señor, sea la voz de la Serpiente!*

*Dios, elevando el látigo de su divina furia,  
maldijo a la Serpiente, al Hombre, a la Lujuria.  
Un temblor de luceros le agitaba las barbas  
de donde le brotaban los mundos como larvas. . .  
¡Idos! —clamó el Supremo— ¡Fuera del Paraíso!*

*Y Adán, soberbiamente: la Serpiente lo quiso.  
Me iré, pero juntando su boca con la mía. . .  
Detesto tu morada si tu morada es fría,  
si está prohibido el fruto que da el amor. Por eso  
más que tu paraíso vale el sabor de un beso. . .  
Vuelve a tu cielo blanco a escuchar los violines  
que, destempladamente, tocan los serafines;  
rodéate de estrellas, cúbrete con las nubes;  
duerme con los arcángeles; riñe con los querubes  
y, para calentarte, fuego celeste siembra.  
Que a mí me basta sólo el calor de mi hembra. . .*

*Y esto diciendo el másculo, se abandona al delirio.  
Parece un lodo blanco posado sobre un lirio.  
Y salta y ruge y gime. . . Cuando el espasmo toca,  
una burbuja de oro se le crispa en la boca.  
El sol brilla rumboso como farol de fiesta.  
Los pájaros, en jarras, cantan en la floresta.  
Cruzan por el espacio cometas de colores  
y una lluvia de polen cae sobre las flores. . .*

*Dios, sin decir palabra, triste y meditabundo,  
vuelve a la azul morada de su encumbrado mundo.  
Todo lo ve cubierto de aridez y de hastío.  
Suspira; busca; piensa; se estremece de frío. . .  
Aquel varón rebelde, aquella senda oscura  
donde el pecado suelta la sed que no madura;  
el árbol, la manzana, la voz de la Serpiente;  
la carne que del Verbo se burla irreverente. . .  
¡Ah! Su obra perfecta no salió como El quiso,  
porque el amor humano destruyó el Paraíso.*

*Y Dios, bajo la sombra de un incógnito anhelo,  
siente, por vez primera, la soledad del cielo. . .*

1935.

## EL CAUCE SECO

*El cauce seco. Es una historia larga  
contada por los siglos. Aquí, un día,  
saltaba briosa el agua  
a veces rebotando entre las piedras  
y a veces en puntillas. Casi ingravida.  
Era el húmedo aliento de la arcilla  
que en otra arcilla noble se licuaba;  
era el verdor del bosque distendiéndose,  
como una sierpe, en la llanura baja;  
era el trino maduro, misterioso,  
del pájaro que canta porque canta;  
era el pequeño mundo que en sí mismo  
guarda la lucha y el castigo guarda  
de un sórdido rodar; era el acoso  
de la tiniebla en visperas del alba. . .  
Todo inmerso en los sueños, junto al borde  
de unas ondas en marcha.  
Todo diciendo a la perdida brújula  
que el agua es el espíritu del agua.  
Y todo, sin embargo, refundido  
en un canto de amor y de esperanza.*

*Pero una mano azul, cuentan los siglos  
—se ignora de quién era o quién la guiaba—,  
torció el curso del río. Su corriente  
en otro nuevo cauce trasvasándola.  
Y el cauce antiguo, el cauce seco, inútil,  
falto de gravidez y de sustancia,  
no sintió los trastornos de la luna,  
ni el viento se detuvo entre las ramas  
para arrojarle su caricia de hojas.  
Ni el sol remiso le entregó sus ascuas.*

*Esta es la historia dura. . . ¿Cuál historia?  
¿La que termina, pero no se acaba?  
¿La que pregunta —y nadie le responde—  
¿cuál el origen, la razón, la causa?  
No. No sabremos nunca  
por qué vienen los ríos, por qué pasan;  
por qué se ciegan los caminos y otros  
se abren, como una puerta, en la distancia;  
por qué retrocedemos, por qué huimos,  
rotos los puentes, en la vía larga;  
por qué el polvo rotula nuestros ojos  
y enciende nuestras lámparas. . .  
No. No sabremos el secreto a voces  
de la mano escondida que se ensancha  
para crear, para destruir. Sabemos,  
y no sabemos, que la sombra carga  
nuestro silencio y nuestro grito. Sombra  
que nos envuelve con su luz quemada.  
Y es tan poco saber. . . Lo que los siglos  
cuentan y cuentan a la vida parca,  
se escurre lentamente en nuestras venas  
como una fuga inútil. Subterránea.*

*Túneles del misterio. Bocas frías. . .  
Nunca sabremos qué serán mañana  
los cauces de hoy. Pero sabemos —¿cómo?—*

*del agua turbia y la corriente mansa.  
Sabemos que los ríos no se pierden  
aunque su curso cambia,  
que la arena se nutre de los bosques  
y de la sal, que en las fisuras ásperas  
dormitan las raíces, los anuncios  
de una resurrección de rosas altas.  
El humus está en todo. En el arpegio  
del pájaro que canta porque canta;  
el ángel y la escoria se conjugan  
atentos a la voz de la llamada.  
Los ríos, sí, los ríos no se pierden  
y es una misma la canción del agua.*

*Tal vez los cauces secos  
por eso nos vigilan. Porque aguardan  
la hora del gorjeo, la caricia  
de la mano escondida que se alarga.  
...Y yo ¿qué espero? En la tremenda fuga  
un algo me detiene, otro me arrastra.  
¿En qué raíces invisibles, huecas,  
se me enredan las plantas?*

*¿Por qué sendero blanco de ceniza  
sin prisa de llegar, mi sed avanza?  
No sé. Mas si los ríos no se pierden  
y sólo el curso cambia,  
el cauce seco volverá a ser cauce  
íntegro, puro, al fin de la arribada.  
Y otro verdor levantará mi arcilla  
madura, recia. Sin su costra de algas.*

*La arena, el viento, el caminar sin límite.  
...Y yo estoy solo ante la inmensa nada.*

1940.

ROMANCE DE  
IVAN ALEXANDROVITCH

*Barba rala, ojos oblicuos,  
cabeza cónica, así  
como un demonio pintado  
en un biombo de Pekín,  
las patas de oso membrudas  
de Ferdischenko, el mujik,  
se agarran firmes al suelo  
igual que áspera raíz.*

*El látigo entre sus manos  
ondula como un reptil  
y muerde carnes y escupe  
veneno de sangre ruin.  
Iván, el siervo cualquiera,  
Iván Alexandrovitch,  
presenta el torso desnudo  
a los golpes del mujik;  
su piel con reflejos glaucos  
se vuelve crudo tapiz  
con arabescos azules  
sobre fondo carmesí.  
La nieve bebe la sangre*

*y el aire es como un violín  
que está ensayando en el viento  
una aguda nota gris  
cuando el látigo va y viene  
diez veces y ciento y mil.  
Pero Iván es casi un niño.  
Veinte años apenas y  
el peso de muchas noches  
sobre un pringoso candil;  
al revés que sus hermanos,  
sabe leer y escribir  
y estudia en ajenos libros  
a Gorki, Marx y Lenin.  
Cómo se encienden sus ojos  
con una llama febril  
y ríe con risa extraña  
Iván Alexandrovitch  
que robó leña en el parque  
del Gran Duque Wladimir  
y puso fuego al granero  
del kulak Nicolaivitch.  
Parece que no sintiera  
los trallazos del mujik,  
que su carne fuera hielo  
y su piel de tamboril.  
Dos chorros de humo le salen  
calientes por la nariz...*

*¿Qué importa que en sus espaldas  
borde el látigo un tapiz  
si ya la aurora se acerca,  
la aurora roja por fin,  
y Rusia, la Santa Rusia,  
será un fraterno redil  
donde pazcan las ovejas  
sin pastor y sin mastín?  
Así lo ha soñado el siervo.  
Iván lo ha soñado así.*

## II

*Brillan lejos, como ópalos,  
las cúpulas del Kremlin  
y en su camita dorada  
llora y llora el zarevitch.  
Se le marchita la sangre,  
se le pudre la raíz;  
son mudos los amuletos  
que le ha dado Rasputín;  
son inútiles las lágrimas  
de la zarina infeliz.  
Y el zar, padrecito rubio,  
con ojos claros de gin,  
consulta un mapa de guerra  
y tiembla porque en París  
ya están cerca los germanos  
y ha volado un zepelín.  
La sombra de Pedro el Grande  
sólo vela de perfil . . .  
¿La aurora, la aurora roja  
que no tardará en venir?*

*No se oye la balalaika  
en la casa del mujik,  
el Volga acaricia un cuerpo  
desnudo, a medio pudrir.  
Iván fuera el asesino,  
Iván Alexandrovitch,  
que ha vuelto a incendiar las mieses  
del Gran Duque Wladimir.  
Los perrazos de Su Alteza  
no sonaron su clarín;  
la cabeza entre las patas,  
en ademán de dormir,  
tenían tatuado el vientre  
con un sangrante rubí . . .  
Al filo de medianoche*

*la bestia dejó el cubil  
y robó el mejor trineo  
del poblado, para huir.  
¡La estepa se vuelva lobo  
y devore al jabalí!*

*La turba asalta la isla  
del siervo Alexandrovitch,  
el suelo encuentra cubierto  
de papeles y serrín,  
y en el rincón más oscuro  
alguien logra descubrir  
un icono de la Virgen  
con su vástago infantil;  
tiene clavado en el pecho  
un puñal de pomo ruin  
y el tierno niño la testa  
cercenada de raíz.*

*Al grito de ¡sacrilegio!  
la turba rompe a gemir;  
por los ojos de la turba  
cruza una ráfaga hostil  
y en el claro de la puerta  
la luz se vuelve un tamiz.*

*Los popes, sudando nieve,  
acuden para inquirir  
y hacen cruces en el aire  
con los dedos de marfil.  
El más joven de los popes  
tiene ojos de zahorí  
y una barba hirsuta y negra  
como hecha de áspera crin.  
Su voz resuena entre todas  
sacramento varonil  
y va a clavarse en la estepa  
como una lanza al herir.  
¡Las maldiciones te alcancen  
Iván Alexandrovitch!*

### III

*¿Qué buenos vientos empujan  
tu paso fuerte y viril?  
¿Quién te espera en el poblado  
Iván Alexandrovitch?  
Tu mocedad está lejos  
aunque eleves la cerviz.  
No encontrarás el castillo  
del Gran Duque Wladimir;  
los obuses destruyeron  
sus muros del año mil;  
donde se alzaba la iglesia  
hay un hueco sin cubrir;  
cerca, la hoz y el martillo  
relucen limpios de orín;  
ya degollados los popes  
no te podrán maldecir.  
Tú, comisario del pueblo,  
no le temes al fusil  
que antes hablaba en las manos  
del kulak Nicolaivitch.  
Porque eres dueño del tiempo  
puedes del tiempo reír.*

*Los campesinos acuden  
con un apremio servil.  
Ya no hay danzas, ya no hay cantos,  
ya no hay trigo en el país.  
Las bocas muerden silencio . . .  
¿Dónde las siembras de abril  
y dónde la nueva aurora  
que tú soñabas vivir?  
La Santa Rusia se cubre  
de una atmósfera de esplín;  
no suena la balalaika  
en la casa del mujik;  
los kulaks están dispersos*

*y las barbas de un senil  
señalan una escultura  
del padrecito Lenin . . .  
Con las ramas inclinadas  
y ya seca la raíz,  
no eres el árbol alzado  
frente al látigo del vil;  
porque sabes que te aguarda  
otro látigo más ruin  
que quiere beber tu sangre  
y bordar otro tapiz  
en tu carne asalariada,  
por mandato del Kremlin . . .*

*El icono de la Virgen  
con su vástago infantil  
que, en un alarde de rabia,  
profanaste antes de huir,  
lo arrojaron al estiércol  
los sabuesos de Stalin.  
La religión es el opio  
que al buen pueblo hace dormir . . .  
El suelo pide tractores  
que le rasguen la matriz;  
en vez de campanas de oro,  
el hierro, el cobre y el zinc  
y el petróleo que en la entraña  
del motor pueda rugir.  
Los bateleros del Volga  
van tirando de un carril  
y están erigiendo torres  
que se elevan al cenit.  
Alambres y más alambres  
en una ruta sin fin . . .*

*Tú, comisario del pueblo,  
¿vienes la orden a cumplir?  
Los graneros —si es que hay granos—  
para el Estado. Un ardid*

*cuesta la vida de un hombre,  
o de veinte, o ciento, o mil.  
¿El corazón te golpea  
como una fuerza motriz?  
No es esto lo que soñaste  
en tu arrastre juvenil.  
La paz. La mies para todos,  
sin pastor y sin mastín;  
la Rusia, la Santa Rusia  
como un fraterno redil.  
Pero el Estado es un monstruo  
que devora sin oír  
y en Moscú sigue velando  
un duro mandato gris.  
No borró la aurora roja  
la sombra de Rasputin. . .*

#### IV

*El mal presagio se extiende.  
Los germanos en París. . .  
Suspira la dulce Francia  
con el dolor de Vichy.  
El zar, padrecito muerto,  
está junto al zarevitch  
atisbando los aviones  
que vendrán desde Berlín.  
En la niebla que se entreabre,  
Iván lo puede advertir  
mirando un mapa de guerra  
con ojos claros de gin.  
Le rodean otros zares  
como una curva sutil,  
graves, mudos, distanciados. . .  
Pero no pueden decir  
cuál el secreto del tiempo,  
cuál la suerte de la lid.*

*El polvo que los encubre  
da a sus rostros un matiz  
de misterio. Y el misterio  
es un libro sin abrir. . .*

*Iván enciende su angustia  
en una llama febril.  
La guerra, como Saturno,  
va a devorar al país.  
Se retuercen en su base  
las estatuas de Lenin.  
¿La Santa Rusia de nuevo  
con sangre se va a vestir?  
¿Temblarán bajo los rayos  
las cúpulas del Kremlin?  
¿Podrán la hoz y el martillo  
segar la tremenda vid?  
Los zares gritan sin voces:  
hay que vencer o morir;  
la Rusia, la Santa Rusia  
sólo tiene una raíz. . .*

*Iván no duda. Sus brazos  
se tienden hacia el confín.  
El siervo que ya no es siervo,  
mas siervo de otro cariz,  
con un ¡NO! que corta el aire  
lanza un eco al porvenir.  
Ya su carne no es de hielo  
ni su piel de tamboril;  
dos chorros de humo le salen  
calientes por la nariz;  
olvida la balalaika  
y el látigo del mujik;  
olvida la aurora roja  
y a los amos del Kremlin;  
la tierra hierve en su sangre  
y le quema la cerviz;*

*el pan del mundo se amasa  
con la bomba y el fusil. . .  
Lo que los zares dijeron  
hoy lo repite Stalin:  
¡Por Rusia, la Santa Rusia,  
hay que vencer o morir!*

*La estepa brilla en tus ojos  
Iván Alexandrovitch. . .*

1942.

## MEDITACIONES

*No llegaré. Los ojos que no ceden  
abiertos hacia arriba  
y dobladas al peso de mi cuerpo,  
sin lastre y sin arraigo, las rodillas.  
Aunque mis ansias puras, dominantes,  
una demanda al ciego sol envían,  
aunque mis manos, paralelamente,  
suben en una recta geometría,  
aunque el espacio me conduce al vértice  
del ángulo redondo de la línea,  
no llegaré. Si apenas  
el aire se derrama en mis colinas  
y mi ascensión —¿es ascensión mi angustia?—  
al freno de la tierra está sumisa.*

*¿Qué soy? Pequeña cosa.  
Ni árbol siquiera. Astilla  
que se consume en una llama pobre  
y entre las manos de la sombra, oscila.  
¿Qué soy? Un grito suelto.  
La envoltura tenaz de una caída.*

*Un cazador de nieblas que dispara  
y que cobra la pieza en sus cenizas.  
No sé. No he de saberlo. . . A un paso sólo  
de la distancia mínima  
el pensamiento se conturba. Y rueda,  
como una rueda, en el pavor que gira.  
A un paso sólo, si los sueños saltan  
de la planicie a la curvada cima,  
los sueños que se elevan no se apartan  
de la tirana orilla.  
¿Qué espero ver donde el espacio mengua?  
¿Un sol que más se aleja? ¿La alegría  
de la noche a mi alcance?  
¿Las voces sin palabra del enigma?*

*No sé. No he de saberlo.  
No ha llegado la hora todavía.  
Pero sé que el espíritu y la carne  
en el Gran Todo se desarmonizan.  
Que en la carne que vive, se descubre  
la carne muerta. Que en el alma misma,  
por ser eterna, la quietud se afianza  
y no hay calor. Y sin calor, ¿hay vida?*

*No llegaré. Pero palpando el golpe  
de mi pulso, es un goce la agonía.  
Pienso y escucho. Hago crujir mis huesos.  
Una campana que en mi sangre vibra  
me dice que yo soy. . . Casi incorpóreo  
me desprendo del musgo; casi encima  
de la espora del tiempo  
revuela mi ascensión. Se arremolina.  
Cuando logra mi espera inapresable  
abolir la razón, siento la prisa  
del ir y el no volver. Del desarraigo.  
Y entonces no vacila  
la onda muda en convertirse en onda  
que fluye, que se escapa y que se cimbra.*

*¿Cómo? ¿Por qué? La arena me rodea  
y no veo la arena. ¿Quién me guía?  
Manos sin dedos no maceran astros  
y son manos inhóspitas. La quilla  
y el timón de los barcos sin velamen  
juegan al viento. Pero no lo enfilan.  
Los pies desconectados de las plantas,  
no son. Y las secuencias que mendigan  
es por volver a ser, por asentarse  
en un rastro que sube y que se empina.*

*La espesa procesión. . . Son mis hermanos  
que vienen y que van. Sus huellas pisan.  
Me acerco a ellos y les interrogo.  
No me oyen. No me advierten. No me miran.  
Sus ojos glaucos los cegó la ciencia.  
La ciencia es insumisa. . .  
Son los que han derretido sus minutos  
en los peldaños de una escala fría.  
Los que han tundido muros. Pero ignoran  
dónde empieza la luz, dónde terminan  
el Sí y el No —lo que los peces saben  
y el árbol y la piedra— Su consigna  
es una larga suma de ecuaciones  
que las equis rebeldes multiplican. . .*

*Pero son mis hermanos  
lo mismo que los otros: los que gritan  
porque nadie los ve, los oye. ¿Y esos  
que marchan a la sombra? Se adivina  
el surco que cavaron, sin el goce  
de la germinación de la semilla.  
El agua oculta lavará su barro. . .  
¿Y esos? ¿Y esos? La tremenda fila  
se alarga con mis ojos. Con mi angustia.  
Todos son mis hermanos. No me miran,  
pero yo sí les miro. Mis hermanos  
como el mar, como el pájaro, la nube  
y hasta la tierra misma. . .*

*No llegaré. Pero en el arco roto  
entra mi oscuridad. Templo mi arcilla.  
Ya no pregunto dónde está el abajo  
ni dónde está el arriba.  
Ya no pregunto nada. Y sin bagaje,  
liberado del sol, mi sér camina.  
Mi sér que es el no sér, mi yo seguro  
que se desenraiza,  
el paso a la ascensión. Clave sin clave,  
tal vez llena de luz, tal vez vacía. . .  
A tientas con la duda en mi regazo  
y el asombro asombrado de la huida.*

*No llegaré. Ni llegará ninguno.  
Hay tanto barco muerto a la deriva.  
Tanta noche en la noche. . .  
Pero al abrirse el alba, un día, un día,  
veré desde la tierra mis dos manos,  
enormes, en el cóncavo invertidas. . .*

1944.

## NADA MAS

*Vino de lejos y de cerca,  
del gran misterio —¿más allá?—  
de lo que es puro y es impuro.  
Pella de barro o de cristal.  
Traía rosas en las manos  
y un grito amargo. Su mirar  
como la aurora se encendía  
y era también oscuridad.  
Tal vez mensaje de la noche  
cuando la luz atisba ya  
el horizonte que se extingue  
y abre los límites del mar.  
Tal vez la boca sin contorno  
que muerde el filo del metal.  
Tal vez el hueco de la sombra  
que en el azul rodando va.  
Pero, ¿su nombre? ¿su figura?  
¿su consistencia? ¿su verdad?  
Sólo las puertas lo sabían.  
Era el misterio. Nada más.*

*Me dio su mano y yo la mía.  
Habló a mi oído sin hablar.  
Siempre conmigo. Y yo con ella  
en el connubio, en el afán  
de unir la forma con la forma  
y darle molde a la oquedad.  
Pero —lo sé— como el olvido,  
agua de lágrimas y sal  
puso en mis labios que pedían  
lluvia de sol. La vi marchar  
casi en puntillas. De repente.  
Sola, desnuda, vertical,  
atropellándose en la niebla  
y ahogando el eco de un cantar.  
Sus ojos fijos en mi angustia  
vertían sombra y claridad.*

*Y eran mis ojos . . . Impasible  
tiró las rosas al cruzar  
la puerta angosta, sin salida,  
sin cerradura, sin umbral.  
La vi sin verla. Y no pregunto  
de dónde vino y dónde está.  
Dolor de ausencia en su presencia . . .*

*Era la vida. Nada más.*

1945.



# CUATRO CARTAS DE RAUL CONTRERAS

NOTA: Raúl Contreras, el gran poeta salvadoreño, autor de la Glosa Escénica "La Princesa está Triste..." (1925) y, sobre todo, creador de un heterónimo inolvidable: Lydia Nogales, vivió muchos años en España. En su juventud, post-modernista y vehemente; y, luego de un paréntesis en El Salvador (paréntesis fecundo en parques y jardines), en la última etapa de su vida. De estos años finales son las cuatro cartas que van a continuación —escogidas entre otras de propósito más concreto—, en las que Raúl da buena idea de sí mismo: de su agilidad, de su bonhomía, de su humor (un auto-humor) y de esa suave obsesión de la muerte, que le hacía administrar —con no poco espíritu lúdrico— los detalles sobre el destino de sus cenizas. Cenizas que quedaron, por fin, depositadas, según su parecer, en el Rincón de los Poetas, del jardín natural de Los Chorros. Raúl Contreras nació en Cojutepeque, en 1896; y murió en Madrid, en diciembre de 1973. (David Escobar Galindo).

Madrid, 28 de junio de 1971.

Señor Don David Escobar Galindo,

SAN SALVADOR.

Buen amigo y poeta:

La página mía, que es la suya y la que MUNDO me dedica, está ante mis ojos. ¿Cómo agradecer ese tributo amable?

Intento hacerlo, cruzando la PUERTA que usted ha dejado sin cerrar: puerta franca y acogedora porque así lo ha dispuesto el generoso sentir de usted. Y mis pasos de anciano, al traspasarla, se diría que aciertan a descubrir un corazón que vibra, una juventud que se alza y una mente que piensa. O sea la presencia suya empeñada en retrotraer la lejana presencia mía.

¡Sí hace una década que no escribo versos! No porque haya dejado de amar la Poesía sino porque me siento incapaz, a con desgana, de entrar en ese mundo novísimo en que la rima, la musicalidad y el bello sentir se encuentran casi desterrados. En que las palabras duras golpean a veces los oídos, como pedradas. Una poesía hecha sólo para "iniciados" que comulgan en el mismo círculo, y que no despierta la emoción en el ajeno público. Que ni la siente ni la entiende.

Huyendo de la "pedrea", me he encerrado en la cárcel del Soneto como en un refugio posible. Tiempo ha que guardo en prisión más de un centenar de esos pequeñísimos poemas, fincados en LA OTRA ORILLA. Usted liberó ya a varios merced a la petición que hizo a nuestro gran y querido Hugo Lindo. Otros los solté rumbo al Ministerio de Educación en pasada fecha; me los pidió para grabarlos en un disco que nunca alcanzó la redondez, acaso por andar buscando la cuadratura del círculo...

314

En fin, mi buen amigo y poeta, que Dios le pague su generoso servicio, el cuasi homenaje al “padre espiritual de Lydia Nogales”. Y el afectuoso deseo suyo de reavivar la sombra de un viejo cantor que no acaba de morir.

Lo saluda su agradecido y seguro servidor,

*Raúl Contreras.*

Madrid, 21 de febrero de 1973.

Señor Don David Escobar Galindo,

SAN SALVADOR.

Mi querido amigo:

Tantas cosas buenas me trae, o me trajo, su carta del 25 de Enero, que me he tomado un tiempo prudencial para re-gustarlas y comentarlas. Me abrumba usted con sus cálidas manifestaciones de simpatía. Bueno. Pero cómo se da el caso —digo yo— de que un joven intelectual, de la nueva hornada, tenga frases ponderativas para con un poeta longevo que muele en su molino anticuado y que sólo obtiene "harina de otro costal" ¿Cuestión tal vez de soterrado sentimentalismo y de amor a los trastos viejos? Chi lo sa...

Tal ha sido, en las últimas décadas, el vertiginoso caminar de las actitudes culturales que bien puede decirse que el que no corre, vuela. Y así, en lo que atañe a los usos literarios del presente, yo me siento excluido desde hace largo tiempo. Las modas impuestas por los "príncipes" del versificar ultra-moderno no se ajustan a mi espíritu. Soy, por lo tanto, un retrógrado contumaz y considero que es ya tarde para que me anime a cambiar de vestimenta. Además, no lo deseo. Alejado, como me hallo, del mundanal ruido, empotrado en una crónica enfermedad que me impide movilizarme, sólo conozco, casi de oídas, a los portaliras que triunfan aquí en España y en nuestra América. De usted, amigo mío, apenas he saboreado uno que otro poema caído en mis manos. Y por eso me alegra su promesa de enviarme pronto dos libros editados en Madrid y una reunión cromo-

lógica de su poesía, entre 1968 y 1973. ¡Bienvenidos sean! O serán, para conocerle mejor.

Cuanto a su bondadosa idea de re-editar NIEBLA, luego le explicaré las dificultades que habrá que vencer. Y en lo tocante a que se publique EN LA OTRA ORILLA —libro que pensaba que alguien conseguiría editar después de mi muerte— usted me inclina ahora a salir de mis casillas y me provoca el deseo de que ese “sonetario” casi póstumo vea la luz pública antes de que mi cuerpo pecador se entregue a la madre tierra. Si las gestiones para ello logran cuajar, le agradeceré muchísimo que un joven talentoso como es usted lo avalore con un prólogo. Miel sobre hojuelas para la última jornada poética de un viejo soñador “trasnochado”. Cosa distinta de un viejo trasnochador...

De la recopilación de mis antiguos afanes teatrales, más vale no meneallo. Dejémosles que descansen en paz. Y en lo pertinente a la “lujosa edición de NIEBLA en buen papel y letra grande”, no soy yo quien, en justicia, pueda autorizarla. Recuerde usted que se trata de una propiedad ajena, porque fue el escritor Juan Antonio Ayala quien recogió todo lo habido y por haber acerca de UN SUCESO EN LA HISTORIA LITERARIA DE EL SALVADOR. Que lo hizo con todo cariño y acuciosidad, prodigando elogios en demasía a la fantasmagórica “niña de la palabra de agua pura”, según el calificativo de la inmensa Claudia Lars. A ruego mío, Ayala omitió el nombre del padre de la criatura; pero fui yo quien le proporcionara todos los poemas de NIEBLA que restaban inéditos. Sería entonces obligado su permiso para desgajar NIEBLA del libro que aquél publicó en el año de gracia de 1957. ¡Ay, la pobrecita Lydia a quien su “padrino” —nuestro grande y querido Hugo— quiso después rebajar de categoría comparándola con un “caramelo”! Esto cuando a él le nacieron las primeras canas y se le apagó la mala fiebre “nogalista”. Sic transit gloria mundi...

Me habla usted de su absorbente trabajo en la Dirección de Organismos Internacionales que no le deja tiempo para dedicarlo a sus muchos proyectos y, sobre todo, al cauce de la Poesía. —¿De los desocupados es el mundo?— No se queje usted, mi buen amigo, mientras tenga salud y sea dueño del tesoro inapreciable de la juventud. ¿Y de sus viajes en perspectiva? Uno a Caracas, en marzo, y otro a Washington, en abril, para asistir a la Asamblea General de la OEA. ¡Ahi es nada! Va usted en camino de convertirse en el Kissinger salvadoreño. ¿Cuándo, pues, habrá ocasión de que le envíe, por correo certificado, el original de EN LA OTRA ORILLA para que usted lo trate a su manera? Tan pronto como se sirva indicarme las señas de su domicilio particular. Que se olvidó de mandarme.

Y permítame que ponga aquí cruz y raya porque la cabeza y las manos empiezan a fallarme, o me han fallado ya, como se advierte en los constantes borrones que siembran esta carta. En espera de sus gratas noticias y haciendo votos por su alegría y bienestar, quedo a sus órdenes y le ruego que salude en mi nombre a la familia Lindo.

¡Gracias!

*Raúl Contreras.*

Madrid, 27 de Mayo de 1973.

Señor Don David Escobar Galindo,

SAN SALVADOR.

Mi querido amigo:

Dos días antes de recibir su carta del 16 del mes corriente, tan prometedora como afectuosa, arribó a mis manos su formidable libro **EXTRAÑO MUNDO DEL AMANECER**, que me dejó estupefacto. He estado leyéndolo durante varios días de esta semana y tratando de captar toda la filosofía que encierra, tanto como gustar, por entero, las imágenes poéticas —muy personales— en que abunda. ¿Poeta de vena abierta? Sí, pero poeta cien por cien, de inspiración continua, desbordante; no como una fuente que canta a escondidas sino como un mar que se muestra a los ojos del viajero sorprendido. No rebajo ni un ápice.

En verdad de verdades, crea que su libro me causó una profunda emoción. ¡Qué torrente de ideas! ¡Qué fuerza de inspiración! No acierto a explicarme cómo usted que ya pertenece, o se adelanta, super-modernísimamente, al siglo XXI haya podido simpatizar con la sencilla Lydia Nogales o con la nebulosa "Presencia de Humo". Poesía que se quedó con tres siglos de rezago habida cuenta del vertiginoso caminar de hoy. Sólo una cosa me lo revela, y es el hondo sentimentalismo que perfuma las páginas de su libro. Todo él envuelto en un incienso de amor que sabe a todas las edades: las pasadas, presentes y futuras. Díjérase Eternidad. ¿Es por eso?

En tales circunstancias, considero un atrevimiento mandarle ahora **EN LA OTRA ORILLA**, "sonetario" trasnochado que escribí hace una docena de años siempre tocando la misma cuerda pseudo-metafísica, porque la vejez no me per-

319

mitía meterme en nuevas aventuras ni ensayar otra cosa que los "catorce versos". Tal vez cubiertos de polvo... Era tarde ya para seguir las archi-modernas rutas que a veces me suenan a prosa, y mala, cuando un poeta de barbas nivosas intenta ir a la zaga de la briosa juventud. Cada escuela es hija de su tiempo. Hoy, hombre jubilado y enfermo crónico, ni siquiera escribo versos. Aunque, en ocasiones, gozo leyéndolos, como me ha acontecido con los suyos. Sinceramente.

No obstante, ahí le va el libro que usted me solicita. Se lo envío por correo aéreo. Certificado. Usted queda en completa libertad para acogerlo o rechazarlo. Si es que huele a "cadaverina". Y por favor, antes que nada, le ruego que me dé noticias sobre la enfermedad que padece Claudia Lars, nuestra insigne Poetisa, porque me ha llegado últimamente la nueva triste de que la aqueja un mal que no perdona. Yo, ignorante de todo, le escribí dándole el pésame por el fallecimiento de su marido y cometí la imprudencia de recordarle que ella tenía un lindo rincón —esperándola— en EL JARDIN DE LOS POETAS. Le di el consejo de que recurriera a la incineración tal como he dispuesto yo que se haga con mi cuerpo pecador cuando me llegue la "temprana" hora. Me incinerarán aquí en Madrid y, luego, nuestra Embajada se encargará de enviar mis cenizas, en una pequeña urna, al Instituto Salvadoreño de Turismo para que las oculte en uno de los paseos que otrora construí para el pueblo. El Instituto, en Junta General, ya acordó dar cumplimiento a mi disposición. Por unanimidad y consignándolo así en su Libro de Actas.

Y aquí termino, caro amigo, repitiéndole mis felicitaciones por EL EXTRAÑO MUNDO DEL AMANECER, que tanto me ha gustado. Quedando en espera de los otros que pronto saldrán a luz, como usted me lo anuncia, y que serán, si cabe, no menos deleitosos que el primero.

Un fuerte abrazo de su anciano amigo y devoto admirador que acaba de cumplir 78 "primaveras".

*Raúl Contreras.*

P. D.—Me complace que Hugo Lindo haya establecido una Galería y Librería *de primo cartel*. Que en el presente marcha viento en popa. Mis buenos augurios para el triunfo en lo sucesivo. ¡Y que las "bambas" suenen alegremente en los bolsillos del estupendo amigazo! Vale.

Madrid, 31 de octubre de 1973.

Señor Don David Escobar Galindo,

SAN SALVADOR.

Mi querido amigo:

Tan pronto como saboreé el jubiloso telegrama de usted —fecha 30— que me anunciaba la concesión de la Gran Cruz de la Orden de José Matías Delgado, corrí a la Embajada a enterar a mis compatriotas de la buena nueva. Eso de correr solo es un decir, puesto que mis pies cansinos se desplazan hoy a paso lento y mesurado, olvidando casi la época en que la palabra "prisa" albergaba una dichosa realidad. Fuerza es reconocerlo así.

En la Embajada me completaron la noticia. Conmigo recibirían también el preciado galardón la gloriosa Claudia, el enorme Salarrué y el insigne Toño. Todos viejísimos y admirados compañeros míos; todos lejos ya de los setenta y merodeando los ochenta; todos saltando galanamente los baches mortales, como quien no quiere la cosa. ¡Estupenda combinación, mi querido David! Nada menos que un "pocker" de ancianos olorosos a polilla del siglo XIX. ¡Cómo han de comentarlo, riendo por dentro, los "protestarios" del siglo XX!

¿Y quién manejó las cartas de la baraja para repartir el juego? Aliento la impresión de que fue usted el muñidor generoso, el que tuvo la idea de colocar juntos, ante el público paredón, a cuatro "víctimas propiciatorias" para recibir un aplauso y los últimos honores. A bombo y platillos. ¡Claro! Únicamente a un POETA de Relaciones Exteriores le habrá alumbrado el magín para realizar ese

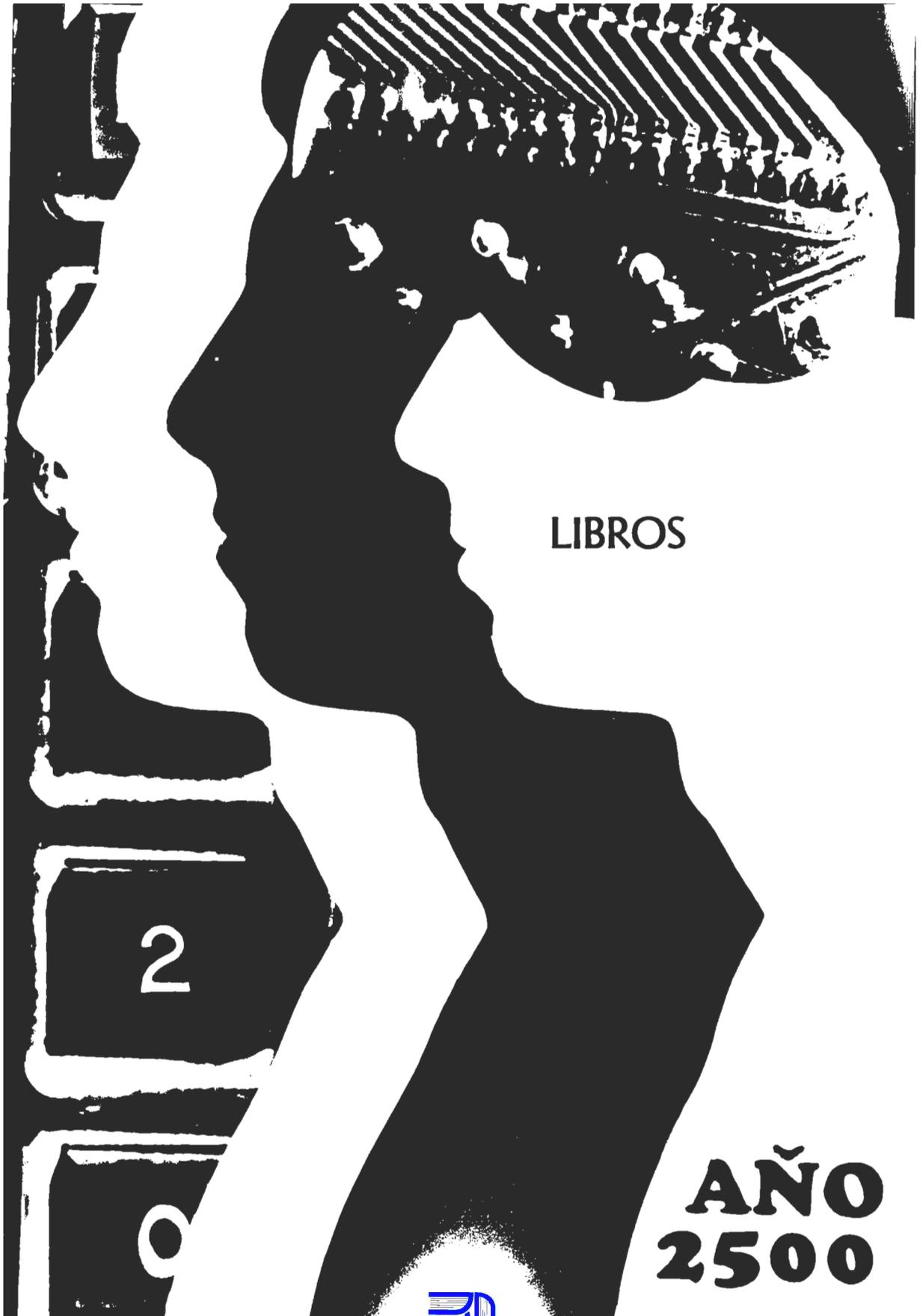
321

empeño: el de rendir un homenaje —no póstumo— a —los viejos adoradores de Nuestra Señora la Belleza. A los que, viviendo más de la cuenta, acaso rehúyen recibir el beso de LA HERMANA SIN NOMBRE. Únicamente.

Entonces... ¡Venga un abrazo fuerte! Y huelgan las averiguaciones. Únicamente.

*Raúl Contreras.*

P. D.—Le confirmo mi carta de septiembre donde le agradecía sus amistosos favores y le acusaba recibo de una fotocopia de la nota-respuesta del Embajador Martínez, a RR. EE. Si usted no ha podido averiguar todavía en qué lugar se encuentra, o trabaja, Luis Gallegos Valdés, déjelo. Aquí me lo dirán unos salvadoreños recién llegados, que lo conocen. Vale.



LIBROS

**AÑO  
2500**



**CENTENARIO DE LA ACADEMIA SALVADOREÑA DE LA LENGUA. (1876-1976). Edición Conmemorativa, publicada por la misma Academia. San Salvador, 1981.**

Editado por la Imprenta Nacional de El Salvador, por disposición del Ministerio del Interior, aparece este denso tomo constituido por importantes informaciones histórico-académicas y por trabajos varios de Miembros de la Institución.

La Academia Salvadoreña es una de las más antiguas del Continente, y su labor se distribuye en dos etapas: la que comienza formalmente en 1876 (fecha del reconocimiento por la Real Academia Española, aunque el inicio data de 1873); y la que principia en 1915, cuando, por haber quedado solamente un Académico —el General y poeta Juan José Cañas—, la Española autoriza una nueva y colectiva incorporación de Miembros.

La información general recogida en este volumen es sumamente valiosa; va desde copias facsimilares de los documentos constitutivos hasta ponencias de Académicos salvadoreños en los diversos Congresos de Academias celebrados hasta 1976. Se da cuenta, también, de importantes homenajes rendidos por la Institución: a Claudia Lars y Salarrué; y a los

Académicos doctores Hermógenes Alvarado h. y Alberto Rivas Bonilla. A los primeros, en 1969; y a los segundos, en 1975.

Asimismo es variada la índole de las colaboraciones de los Académicos que estaban vivos en 1976. Filosofía, crítica, historia, letras, hay en la amplia gama de esos trabajos, que representan el quehacer de un grupo de intelectuales muy activos dentro de la cultura nacional.

Unicamente sería de sentir que todo ese material tan fervorosamente compilado no tenga un orden que lo haga de fácil manejo, sobre todo para quienes no están familiarizados con nombres y sucesos del mundo cultural salvadoreño.

El libro concluye con una útil iconografía de Académicos ilustres de las dos épocas.

Como dato interesante, conviene señalar que, en 1976, eran Miembros de Número y Honorarios los siguientes:

ACADEMICOS DE NUMERO: D. Alfredo Martínez Moreno, Director. D. Roberto Lara Velado, Vicedirector, D. Alberto Rivas Bonilla, Secretario Perpetuo, D. Alfredo Betancourt, Tesorero, D. Matías Romero, D. Reynaldo Galindo Pohl, D. Héctor Escobar Serrano, D. José Escalón, D. Napoleón Viera Altamirano, D. Manuel Alfonso Fagoaga, D. Luis Gallegos Valdés, D. Napoleón Rodríguez Ruiz, D. Mauricio Guzmán, D. Antonio Salazar, D. Pedro Geoffroy Rivas, D. Italo López Vallecillos, D. Carlos A. Siri, D. Joaquín Hernández Callejas, D. David Escobar Galindo.

ACADEMICOS HONORARIOS: D. Miguel Rafael Urquía. D. Rodolfo Barón Castro, D. Julio Fausto Fernández.

La recopilación y formación del volumen de 468 páginas estuvo a cargo de los distinguidos Académicos Luis Gallegos Valdés y Alfredo Betancourt.

---

POESIA NUEVA LATINOAMERICANA. Manuel Ruano, Lima, Perú, 1981.

Un amplio y variadísimo panorama antológico de la poesía latinoamericana más reciente es el que nos ofrece el poeta y crítico argentino Manuel Ruano en las apretadas páginas de este libro. 146 poetas se

agavillan a través del tipo selectivo de Ruano, quien —desde Caracas, su actual residencia— ha lanzado sondas constantes a todos los rumbos de nuestra vasta geografía poética, tan dispersa y conflictiva como nuestra geografía política.

La labor de Ruano, previa a la selección y ordenación de este volumen de sólo 268 páginas, ha sido sin duda ardua y benedictina. Le ha ayudado, evidentemente, su amistad con muchísimos poetas del Continente; pero el mérito de un trabajo de esta madurez y acierto no puede escatimársele. Sobre todo porque —por los autores que conocemos— es fácil percibir que Ruano ha tenido la certera intuición de presentarlos en su faceta más significativa. Esto es más estimable si se tiene en cuenta que un solo poema representa a cada autor.

Parte Ruano de Cardenal, el nicaragüense, nacido en 1925; y el punto de partida es muy válido, pues Cardenal encarna (en los años sesenta y setenta, antes de su actual condición de “poeta oficial”) un claro movimiento renovador de la poesía hispanoamericana, lastrada aún por la herencia ya descomponiéndose del gran Neruda. De ahí, pues, es fácil percibir diversos brotes estilísticos y conceptuales, que, a estas alturas, muestran a la poesía latinoamericana como el mosaico que debe ser.

En orden cronológico —que es un orden tan ordenador, valga la redundancia— Ruano hace crepitar la poesía continental en pequeñas semillas individuales, sin prejuicios ni condicionamientos, salvo el de que aquí, en esta Antología, sólo cabe lo estilísticamente libre y libérrimo, con lo cual el antólogo acaso —y está en su derecho— responde a preferencias muy personales. Al fin de cuentas, la responsabilidad es suya, y él la ha asumido en plenitud de logro y de experiencia. Porque toda Antología —si bien se mira— es un experimento.

En este caso, el experimento —apasionado, vívido— ha resultado estimulante y útil. El material tiene movimiento, y —dentro de la variedad— un tono unitario y coherente que consideramos el mejor aporte del antólogo, que conoce el tema con profundidad.

La muestra de cada poeta va acompañada de una bibliografía básica; y, al final, Ruano presenta a los poetas en sus rasgos más característicos, por medio de lo que llama “Datos para un Fichero Personal”, donde con frecuencia apunta signos de gran penetración sobre obras y personas, en apretadísimas síntesis, reveladoras de que el conocimiento está ahí matizado de eficaz y exigente cordialidad. Ruano deja que su inteligencia se nutra de flechazo adivinador, de resonancia visceral, y él mismo lo confiesa al poner como epígrafe de estos “Datos...” un par de versos

vibrantes —como suyos— de Girondo: “Musicalmente, el clarinete es un instrumento, muchísimo más rico que el diccionario”.

El libro —toda Antología es así— lleva una carga didáctica. Está hecho para mostrar, para enseñar. Y enseña que la poesía latinoamericana de los últimos decenios (termina en Jaime Aljure, colombiano, nacido en 1958) está radiantemente viva (como diría Pellegrini) aun en sus necesarias oscuridades. Responde, en esto, no sólo a la incanjeable naturaleza del hombre, sino, más que todo, a la realidad de nuestra época, en la que, pese a los brutales sectarismos, el espíritu parece más dispuesto a su vertiginosa aventura.

Manuel Ruano es un poeta de gran intensidad; y esa intensidad la pone, en este libro, al servicio de su intuición selectiva y juiciosa, con lo que tenemos una obra nutrida y ágil que será aleccionadora para todos: poetas, estudiosos y lectores.

---

LIBRO DE ELEGIAS. Hugo Emilio Pedemonte. Colección “Juan Alcaide”, Valdepeñas, España, s/f.

Hugo Emilio Pedemonte, distinguido poeta y notable crítico uruguayo que vive en España desde hace muchos años, nos entrega hoy un haz de luminosos poemas, con el que obtuviera el importante premio internacional “Juan Alcaide”, concedido por un jurado en el que figuraran personalidades de la talla de Luis Jiménez Martos, Jacinto López Gorgé y Francisco Mena Cantero.

Pedemonte es un poeta entrañable, de lúcidas y fervorosas corazonadas; y esta condición, tan pronta de su forma de comprender el mundo, se nutre de un aliento nostálgico, muy natural dentro de su conciencia de ser un hombre “de las dos orillas”. De ahí le brota una palabra transida, musical, casi doliente, que vuela a gusto en aires levemente crepusculares y en aromas de densa comunicación familiar.

Lo clásico —fruto de cultura y de vida— parece ser norma natural en la poesía de Pedemonte. El contenido de sus vivencias se acerca a esos moldes por pura ley de gravedad; y así vemos surgir sus paisajes interiores, perfilados por mano memoriosa, y llenos de un color sutil que nos recuerda las miniaturas de otros siglos. Pero que quede claro: este regusto nostálgico es una búsqueda presente, viva, aleatoria, raigal, en la que el poeta —extasiado y dolorido— va haciendo inventario cotidiano de sus ausencias, y perfilando la palabra que mejor las refleje.

Poesía del recuerdo que no acaba de apaciguarse, esta poesía está embargada de premoniciones:

*“La palabra que se convirtió en pájaro  
cantó hasta la llegada  
de la palabra que se convirtió en estatua”.*

*“La pasajera se despidió de mí ¡tan bella!  
y fue seguida por su vieja sombra . . .”*

*“Mas lo que yo recuerdo son sonidos  
que atraviesan los años y que dicen  
aquí habito, este soy, en este instante  
que ya pasó como un rumor de abejas”.*

Y aunque este ha sido su tono a través del tiempo, en las últimas entregas está más consubstanciado y anhelante. El signo de la soledad se resume en visiones como veladas por fragancias sin salida. El poeta deja ver la angustia del hombre lúcido que se enfrenta con las “ruinas circulares” del tiempo. Y aquí el perpetuo tema —el tiempo— recoge, en la ferviente voz, “el peso de los astros”. La soledad individual del infinito.

Pedemonte es poeta de obra parca y decantada. No busca la novedad, sino que la vive. Su poesía tiene así, paradójicamente, una fluida intemporalidad. Un trasfondo de cielo esmaltado y humeante. Por eso uno, en ella, se siente como en una pudorosa y cálida escena de familia.

En cuanto a la forma, Pedemonte —gran sonetista— se va aquí por la vía del verso blanco, sin renunciar al suave verso medido, pero dejando escapar la pluma con leve albedrío.

Un libro, en fin, que es una elegía sin lágrimas; o, quizás, con las lágrimas hacia adentro, en viril continencia que lo entrega todo a la palabra. Y la palabra —esta palabra de poeta consumado— sabe qué decir, y cómo.

D. E. G.



## INDICE

### POESIA

	PAGINA
INCERTIDUMBRE .....	9
JULIETA A ROMEO .....	10
Vintila Horia	
ILUMINACIONES .....	11
EL REGOCIJO .....	13
LA TRAMA DEL MUNDO .....	15
Raúl Henao	

### NARRATIVA

ESPORADIO .....	19
Raoul García Iglesias	
EL JUEGO DE FLORECER .....	30
Carlos Meneses	

## ARTICULOS

	PAGINA
LOS OTROS VASCONCELOS .....	35
Fedro Guillén	
LA POESIA DE JOSE KOZER .....	39
Jorge Rodríguez Padrón	
RILKE: LA POESIA COMO VIDA .....	44
José Salvador Guandique	
EL CUARTO CENTENARIO DE LA MUERTE DE LUIS DE CAMOENS. ....	59
Hugo Emilio Pedemonte	
EL ELEMENTO FEMENINO MATERNO EN "PEDRO PARAMO" ....	70
Rose Marie Galindo	

## SOBRE ENRIQUE LABRADOR RUIZ

ENRIQUE LABRADOR RUIZ .....	85
Stefan Baciu	
LA PALABRA EN EL ESPEJO: CONVERSACION CON ENRIQUE LABRADOR RUIZ .....	91
Juana Rosa Pita	
ESCRITORES HISPANOAMERICANOS DEL SIGLO XX: ENRIQUE LABRADOR RUIZ .....	112
Luis Gallegos Valdés	
CENIZA EN EL FOGON (Cuento) .....	117
Enrique Labrador Ruiz	

## BICENTENARIO DE DON ANDRES BELLO

BELLO, EL HUMANISTA .....	130
David Escobar Galindo	

	PAGINA
<b>ODA AL HUMANISMO</b> .....	134
David Escobar Galindo	
<b>ANDRES BELLO, CID CAMPEADOR DE LA FILOSOFIA HISPANOAMERICANA</b> .....	145
Matías Romero	

### PALABRA SIN TIEMPO

<b>VERSOS DEL AYER</b> .....	191
Raúl Contreras	
<b>CUATRO CARTAS DE RAUL CONTRERAS</b> .....	313

### LIBROS

<b>CENTENARIO DE LA ACADEMIA SALVADOREÑA DE LA LENGUA</b>	325
Edición conmemorativa, Academia Salvadoreña de la Lengua	
<b>POESIA NUEVA LATINOAMERICANA</b> .....	326
Manuel Ruano	
<b>LIBRO DE ELEGIAS</b> .....	328
Hugo Emilio Pedemonte	



**Esta edición consta de 1,200 ejemplares.  
Se terminó el 20 de Julio de 1983 en la Di-  
rección de Publicaciones del Ministerio de  
Educación, San Salvador, El Salvador, C. A.**

